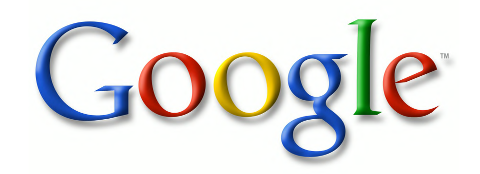
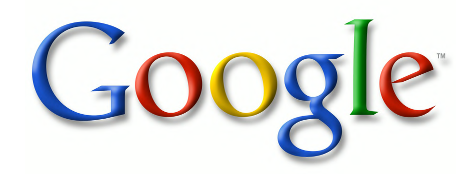






LA TERTULIA.

SEGUNDA ÉP CA.

CIENCI S LITERATURA Y ARTES.

SANTANDER.

Imprenta de Solinis y Cimiano, Arcillero, 1.

1876.

La Tertulia

AL QUE LEYERE.

Entra en su segundo período LA TERTULIA, conservando su nombre antiguo pero con propósitos diversos, si no opuestos, á los que en sus niñeces mostraba. Dirigióse entonces á las damas, y hubo de ser su carácter ameno, la ligereza su alma, su principal distintivo la agudeza de ingenio, su base la charada. Acogióla con indulgencia, no á sus escasos méritos proporcionada, el público femenino; deleitaron á no pocos hombres los discretos y variados artificios allí espuestos á la curiosidad y adivinacion de lectores no muy ocupados ni impacientes, y LA TERTULIA sirvió de honesto y sabroso esparcimiento á gran número de familias montañesas en las largas noches del pasado invierno.

No reniega de sus modestos orígenes LA TERTULIA, pero al entrar en el segundo volúmen de su publicacion, ataviada con nuevas galas tipográficas y en todo lo que á su parte material pertenece sobremanera mejorada, juzga oportuno corresponder á la creciente benevolencia de sus amigos, ampliando el número, calidad y estension de los trabajos que en sus columnas aparezcan. Cuenta para tal objeto con la más ó ménos asídua colaboracion de diferentes escritores montañeses y de algunos forasteros conocidos y apreciados unos y otros en la república de las letras. Segun el uso de tiempo atrás lo manda, titúlase *Periódico de ciencias, literatura y*

artes, no por mera fórmula ó vanidoso alarde, sino porque de todo ello ha de aparecer algo en su coleccion, *Deo volente*. Procuraráse escoger con acierto y relativa severidad los materiales, variarlos en lo posible, unir, segun la asendereada receta horaciana, lo útil con lo agrable, evitar toda pesadez y monotonía, huir del trivial y amanerado estilo periodístico y guardar un cierto *decoro* literario. Antes se disolverá La Tertulia que convertirse en fábrica de malos versos ó de insípidas historietas.

Respetaráse cuidadosamente en sus artículos el dogma y la moral católicos, que son el dogma y la moral de sus colaboradores. Se evitará todo escarceo en el campo de la política diaria ó militante, y solo á la literatura (en toda la estension de la palabra) se dirigirán los aunados esfuerzos de los *tertuliantes*. Tendrá nuestra *Revista* (si tal nombre merece) un carácter español puro y castizo, que importa conservar más que nunca hoy que el contagio estranjero cunde y se propaga que es una maravilla. Será sobre todo *montañesa*, como nacida y criada en la noble capital de Cantábria, y á cuanto con la historia y literatura del país se relacione, dará siempre muy señalada preferencia. Estudios sobre nuestros antiguos monumentos, curiosas investigaciones acerca de la pasada vida de esta noble y poderosa raza, cuadros de su vida presente, noticias eruditas de todo género, biografías de montañeses ilustres, y ensayos críticos sobre escritores del país, tradiciones y leyendas.... todo ocupará lugar en las páginas de este papel volante, destinado, si la fortuna lo consiente, á ser una verdadera *Revista literaria montañesa* digna del pueblo ilustradísimo y opulento en que vé la luz, y eco fiel del muy notable movimiento literario que, de algunos años á esta parte, habrán notado los menos linces, en la capital de la Montaña. Preciso es que esta vaya conquistando por grados la *autonomía* intelectual que otras más afortunadas regiones de España disfrutan; pues ni en viveza de fantasía ni en cordura y buen seso, ni

en laboriosidad y diligencia ha solido ceder el pueblo cántabro á las otras gentes peninsulares. Santander pudiera llegar á ser el centro de una escuela literaria, si para un fin comun llegasen á unirse los esfuerzos, hoy tan gloriosos como aislados, de sus diversos escritores. A tal objeto se encamina La Tertulia, y tal vez sea parte esta razon para conquistarla el aprecio de los montañeses, al cual corresponderá en la medida de sus fuerzas.

La Redaccion.

UTILIDAD DE LA TOLERANCIA DE TODAS CLASES,

PROBADA CON NOTICIAS SOBRE EL DESCUBRIMIENTO DE AMÉRICA.

El primero y más sólido fundamento que pudo tener Colon (y no dejó de alegarle), para afirmar que se hallaria la India navegando constantemente desde Europa hácia Occidente, se halla en estas palabras de la *Geografía* de Ptolomeo (Cap. II): «*Cum enim ex Mathematicis præsuponetur continuam et terræ et maris superficiem, quasi per totas partes, esse rotundam, et idem centrum habere cum sphera cælestium.*» Es decir, que la tierra era un globo, cuyo centro lo era tambien del movimiento circular de los astros, segun el sistema bien sabido del mismo Ptolomeo y lo que parece á nuestra vista, de que tan caro costó á Galileo desengañar á los que no ven, ni quieren ver, mas que por sus ojos.

Con aquella base, y lo que cada dia tarda el sol en dar vuelta á la tierra (ó la tierra en mostrarse al sol, que para el caso es igual), combinado con lo que se desvía cada año á uno y otro lado del Ecuador, formando las cuatro estaciones, no era difícil calcular que ya estaba descubierta más de la mitad del globo terráqueo, de Occidente á Oriente, porque ya era conocido, cuando menos, un cuarto del círculo meridiano, desde el Ecuador al polo Norte; bien que suponiendo su estension menor de la que es realmente, por hacerse sin datos de exactitud matemática la reduccion correspondiente á los rodeos que inevitablemente se daban en los caminos y navegaciones, únicos medios de medir entonces usados, y mas difíciles que en nuestro siglo; en el que, con otros muchos medios, tampoco se ha logrado medir exactamente mas que algunos grados, y aun en esos hay dudas.

Así, en el capítulo VII de su *Geografía*, calcula bien Ptolomeo, con referencia á Marino, tirio, que la tierra más setentrional entonces conocida, *Thule* ó Islandia, distaba á lo mas del Ecuador 63° ó partes, de las 360° del círculo meridiano; pero antes dice que esta division puede tener las proporcio-

nes ó escala que cada cual crea. Él juzgaba, de acuerdo con Marino, que cada grado equivalia próximamente á 500 estadios (cap. XI); los que, á razon de ocho estadios la milla romana y cuatro de estas la legua, dan á cada grado quince leguas españolas próximamente (62 1/2 millas romanas pone Ptolomeo por equivalentes, en la tabla ó mapa XI del Asia); cuando, en realidad, contiene el grado unas veinte leguas. Por tanto, aunque se midiesen despues mejor las distancias, no es de estrañar que Colon calculase haber mucho menos de la que hay á la India oriental, marchando desde España hácia Occidente; pues ya Ptolomeo calculaba que desde las islas Fortunadas ó Canarias, extremo occidental entonces conocido, de donde se empezaba á contar la longitud de Occidente á Oriente, habia 177 1/4 grados hasta *Seras* y hasta *Catigara*, por mar, lo mismo; quedando aun más al Oriente la capital de los *Sinas* (chinos), que entonces seria Nanking. De modo que eran 180°, ó doce horas del círculo diario del sol, la longitud del orbe conocido; las cuales, en el supuesto de rodearle por círculo máximo, esto es, que pasara por el centro, serian la mitad de su circunferencia; pero mucho más rodeándole á la latitud de la zona templada setentrional, donde se habia medido.

A esto debia de añadir Colon lo navegado posteriormente hasta su tiempo al Occidente de Canarias, que, hasta las Azores, son algo mas de 10°; y, por el lado de Oriente, lo que resultaba de las relaciones de Marco Polo, mercader veneciano, que llegó en el siglo XIII al Japon ó *Zipango*, cuando en tiempo de Ptolomeo apenas se habia llegado al principio de la China y del Tibet, que llama *Seras* ó *Sérica*. El mismo Ptolomeo ponia la desembocadura del Ganges á los 145° desde Canarias, y la costa de la China á los 180°, esto es: 35° de diferencia ó distancia entre estos dos últimos puntos; y solo hay 20° á 25°, sin contar con que no se rodea por círculo máximo. Desde el principio de la China al Japon hay 35°, en realidad, que, conforme á las apreciaciones de Ptolomeo, debia suponer Marco Polo más de 50°, máxime cuando volvió del Japon y la China por mar, cruzando el Ecuador dos veces. En efecto: el mapa de la India superior y Gran Tartaria, diseñado conforme á las relaciones de Marco Polo (que en el reverso del mapa mismo se extractan), y publicado, con otros de lo últimamente descubierto, en la edicion de Ptolomeo concluida en 1525, que tengo á la vista (1) se pone á la isla de *Zimpangri* entre los 260° y 270° de longitud E. desde Canarias, y esten-

(1) ARGENTORATI. *Iohannes Grieningerus, communibus Iohannis Kobergér impensibus excudebat. Anni á Christi Nativitate MDXXV. Tertio Kals. Aprilis.*

dida más de 20° de Norte á Sur, que es lo largo de todas las grandes islas, apenas divididas, que forman aquel imperio. Añadidos, pues, á los 270° de Canarias al Japon, ó *Zipangi* de Marco Polo, otros 10° de Canarias á las Azores, en direccion opuesta, quedaban por esta banda 80°, para completar la circunferencia del globo; y, á 15 leguas cada grado, segun los apreciaba Ptolomeo, resultaban ser 1,200 leguas españolas cuanto se proponia navegar Colon.

¡Feliz error! diré con Lamartine, pues se acercaba tanto á la realidad, para un tan buen geógrafo de aquel tiempo como era Colon, que igual distancia muy próximamente hay desde las islas Canarias á las Lucayas, primera tierra del Nuevo Mundo que descubrió, esto es: 60° de á 20 leguas españolas. Aun de esto suponia que mucho debia ser tierra, ó prolongacion del Asia; y por eso, cuando vió prolongarse el mar, disminuyó sagazmente la distancia que se andaba, y cuando creyó que estaba á punto de llegar, llegó, no á la *Zipango* que buscaba, sino á las tierras que ocupan el sitio donde fundadamente la suponia.

En esta creencia murió, y estaban todavía sus contemporáneos cuando se hizo en Strasburgo la edicion de Ptolomeo citada; pues en el mapa general del orbe que la acompaña y tiene la fecha de 1522 (1) se figuran ya todos los 360° de longitud, empezando desde Canarias hácia Oriente; se hace llegar el continente asiático, en *Cathaia* ó China, hasta los 255°, y se figura mar, ó espacio desconocido, hasta los 290° donde se pone lo último descubierto hasta entonces en el Nuevo Mundo, esto es: el continente y una parte de la *Isabela* (Cuba) que Colon no acabó de costear y tuvo por Zipango. La *Española* (Haiti) se pone (como isla) á los 310°; y el continente, ya llamado *América*, prolongándose al Sur hasta más de los 40° de latitud austral, y al Oriente, desde los mismos 290° de longitud, hasta cerca de los 350°, y, por consiguiente, del primer meridiano adoptado; titulándose al estremo oriental *Caput S. Crucis*, esto es: *Cabo de Santa Cruz*. En efecto: el Brasil, al que dieron los portugueses cuando le descubrieron el nombre de *Tierra de Santa Cruz*, se extiende mucho más al Oriente que Cuba y Haiti, aunque no tanto como suponia la mala fé portuguesa, que, por este tiempo, disputaba hallarse incluso en las 370 leguas al Occidente de las islas de Cabo Verde, donde Alejandro VI fijó el límite divisorio entre los descubrimientos de una y otra nacion de la pequeña península hispánica que se repartian sencillamente la mayor parte del mun-

(2) *Orbis Typus Universalis. Juxta Hydrographorum Traditionem Exactissime Depicta.* 1522. *L' F.*

do. Por eso no se dejarian en este mapa, formado con datos portugueses, únicos que se tenian en el particular, mas que 10° desde la tierra de Santa Cruz hasta completar el círculo de 360°, en las Canarias donde se empezaba.

Nótese que hasta 6 de Setiembre de este año 1522 no volvió á San Lucar de Barrameda la competidora del sol, la nao *Victoria*, despues de haber rodeado la primera el mundo, y no podian saberse, ni mucho menos apreciarse debidamente, los inmensos resultados de su viaje. Tampoco de los viajes de los portugueses contiene la menor señal el mapa del Asia, segun Marco Polo; y sin duda los ocultaban, ó desfiguraban; pues en el mapa general citado de 1522 se hallan la isla *Taprobana* y *Java mayor* junto á la de Madagascar; Ceilan á la punta de la península de Malaca, donde están Sumatra y Java en realidad, juntamente con Borneo, y alguna de ellas seria la que se titula *Java menor;* en fin, el *Cathay*, ó China, se pone poco mas ó menos como le describió Marco Polo. No hay el menor indicio del Japon ó *Zipangi*, teniéndosele por parte de lo conocido ó desconocido del Nuevo Mundo, segun queda dicho, ni de las Molucas, donde, caminando por opuestos rumbos, se acaban de encontrar y tratar como enemigas las naves castellanas y portuguesas, por cuatro sacos de especería, en vez de rendirse mútua admiracion y respeto.

Todos los antecedentes referidos en nada disminuyen el mérito de Colon, ni de los que supieron comprenderle, como el prior de la Rábida y los Pinzones; antes le acrisolan y suben de punto, quitando á la casualidad ó aventura cuanto acreditan el estudio y génio; porque otras opiniones más generalmente admitidas en su época pudo seguir: la de Aristóteles, por ejemplo, que tambien supone ser la tierra un globo, pero de cuatrocientos mil estadios de circunferencia, casi el doble de la realidad. Ptolomeo y Colon, como matemáticos, supieron corregir las sublimes adivinaciones del filósofo de Stagira, valiéndose de la comparacion del dia más largo del año en cada localidad, desde el Ecuador al Norte, para calcular con bastante exactitud las latitudes: por ejemplo, la de Islandia á los 63° partes de 90° en que dividian este cuarto de la circunferencia meridiana. Lo que no acertaron, ni tenian medios de comprobar con tanta exactitud, es de qué estension efectiva era cada una de estas partes, y dieron, por consecuencia, al globo terrestre una circunferencia menor de la que tiene en realidad, pero no con tanto exceso como Aristóteles la supuso mayor.

Lo que más claramente se deduce de todas estas observaciones, á mi modo de ver, es la grande utilidad de una tolerancia mútua, entre todos los hombres y para todas las opi-

niones; pues si Marco Polo hubiera encontrado en Kulaib Kan, el gran conquistador de la China, una soberbia semejante á la que otros dominadores de menos importancia han manifestado, y una incredulidad semejante á la que el mismo Marco Polo halló en su patria y familia, calificándose sus relaciones de fábulas, (aunque omitió prudentemente algo de lo más increible, como la muralla de la China), nunca hubiera vuelto á Europa; y en muchos siglos no se hallara una situacion tan propicia como la que halló, para recorrer, favorecido por un soberano tan poderoso y demás descendientes del famoso Gengis Kan, la parte más extensa y desconocida del Asia, en que dominaban. Tampoco hubiera podido fundarse en las observaciones de aquel incansable viajero el proyecto de Colon, ni inspirarle, tal vez, la fé y constancia con que, al cabo de muchos años de lid contre la ignorancia y el fanatismo, alcanzó la verdad y el triunfo.

Ahora ya no hace falta descubrir el mundo material, pero sí gobernar é ilustrar á los que le habitan; y si la Europa no se entiende y armoniza para mantener, cuando no adelantar, la civilizacion general de que tan orgullosa se muestra ¿quién sabe lo que será de ella y del mundo, cuando la mayoría de la poblacion de él, todavía ignorante y bárbara, solo aprenda las artes relativas á la dominacion y las aplique de una manera tiránica y exclusiva? Ya una vez pereció la civilizacion greco-romana: en Occidente, bajo el hierro de hordas salvajes que eran más y peleaban mejor que los romanos; en Oriente, bajo el entusiasmo fanático de los secuaces de Mahoma. Lo que sobrevivió en artes y ciencias necesitó más de mil años para su *renacimiento* (donde ha renacido), padeciendo entre tanto la humanidad todas las exajeraciones de la intolerancia y barbarie. Evítense, al menos, calamidades semejantes á las que aun sufren los descendientes de Priamo y Homero, y aunque el cetro de la inteligencia, como el del poder, pase de unas en otras manos, segun ha sucedido hasta ahora, consérvese la moral cristiana, el ingenio griego, la magnanimidad romana, todo, en una palabra, lo que enaltece al hombre, semejándole á su Criador.

ANGEL DE LOS RIOS Y RIOS.

PARÁFRASIS DE UN HIMNO GRIEGO

DE SINESIO DE CIRENE, OBISPO DE TOLEMAIDA.

Ven, armoniosa lira,
Que un tiempo resonabas
Cual la Lesbiana que de amor suspira,
Y leve acompañabas
Himnos de Teos que el placer inspira:
En dório canto, ahora
Ensalce tu voz grave
No bellas de sonrisa seductora,
Ni la lazada suave
Que une al mancebo y la mujer que adora,
Sino aquella luz pura,
Aquella eterna fuente
De dó mana el saber que siempre dura,
Que es la gloria esplendente
Y la verdad, la ciencia y la hermosura.
Huyo de la falacia
De profanos amores
Por el eterno amor que nunca sácia,
De mundanos loores
Por el divino aliento de la gracia.
¿Es comparable el oro,
O la beldad terrena,
O de los altos reyes el tesoro,
O la amorosa pena,
Al pensamiento del Señor que adoro?
La cuadriga ligera,
Saeta voladora,
Dirija el uno en rápida carrera:
Otro su cabellera
Sobre los hombros muestre brilladora:
Celebren su belleza
Las jóvenes, los mozos:

Otro, avaro, persiga la riqueza,
Que yo tengo mis gozos
En penetrar la soberana alteza!
En vida silenciosa
Quiero vivir y oscura
Sin el eco de fama vagorosa,
Y ver con mente pura
Las obras de la mano poderosa.
¡Ven, oh Sabiduría,
Más que el oro preciada,
Que la luz brotas que al mancebo guia,
Y en la áspera jornada
Vigor das al anciano y energía!
Ya la cigarra bebe
El matinal rocío,
Y alegre canta sobre rama leve...
Sonar la lira debe...
¿Quién ha de producir el canto mio?
Las cuerdas se estremecen
Y dulce voz resuena,
Los sácros himnos á mi Dios empiecen,
Él los espacios llena,
En él comienzan y por él fenecen.
Y toda criatura
Que habita el ancho suelo
Salió por él de la tiniebla oscura;
Velado en lumbre pura
Mora el Señor en la amplitud del cielo.
La Unidad increada,
La Mónada primera,
La causa de las causas no engendrada,
La actividad entera
Se halla en triple poder multiplicada.
En haces reunida
La luz, ya se condensa,
Ya en triple rayo estiéndese esparcida,
Y sin cesar, inmensa,
Brota del puro centro de la vida.
¡Lira mia, detente!
Los celestes arcanos
No revelar es justo á la ímpia gente,
Deja el cielo eminente,
Oculta sus misterios soberanos.
Mas solo en ideales
Mundos reposa el alma
Sin vagos pensamientos terrenales.

Y su anhelar se calma
Tan solo en las esferas celestiales.
Allí brotó la llama
Del alto pensamiento,
Puro destello que el Señor derrama
Desde el sublime asiento,
Soplo vital que la materia inflama.
El alma decaida,
Divina semejanza
Conserva siempre, á la materia unida,
Y guarda la esperanza
De tornar á la fuente de su vida.
De la divina esencia
Partícula es la mente,
Reflejo de la pura inteligencia,
Que dó quiera presente
Reanima y vivifica la existencia.
Emanacion del Cielo,
Cuando el mundo dirije,
Del ángel toma el trasparente velo.
Y fecundiza el suelo,
O el curso errante de los astros rige.
Pero la pura *idea*
A veces encarnada
En la materia yace que la afea,
Y vive encadenada
En la triste mansion y onda Letea.
Mas siempre en nuestros ojos
Alguna luz fulgura,
El alma siente aquí vagos enojos:
Sedienta de ventura,
Quiere dejar los míseros despojos:
A lo infinito tiende
Por una oculta fuerza,
Cuando la nada de la tierra entiende,
Y, sin que el rumbo tuerza,
Místico vuelo los espacios hiende.
¡Feliz, rayo divino,
Si rota la atadura
Que al bajo mundo te enlazó mezquino,
Cumplido tu destino,
Puedes volver á la celeste altura!
¡Dichoso si, áun viviendo
Del cielo desterrado,
Vas los terrestres lazos sacudiendo,
Y en amor inflamado,

De Dios las maravillas conociendo!
  El ánsia vehemente
De verdad escondida,
Dé alas al espíritu potente,
Y brillará fulgente
Lumbre del trono de Jehová vertida.
  Tu curso peregrino
Dirigirá su mano
Con rayo precursor en tu camino,
Y mostrará divino
El foco de belleza soberano.
  ¡Valor, pues, alma mia:
En las eternas fuentes
Tu sed de ciencia saciarás un dia;
Por alcanzar porfía
Del Cielo las moradas esplendentes!
  De terrena existencia
Rotos los férreos lazos,
Has de volver, humana inteligencia,
Con místicos abrazos
A confundirte en la divina esencia.

M. MENENDEZ Y PELAYO.

LA MUJER DEL CIEGO ¿PARA QUIÉN SE AFEITA?

Es evidente que el hombre se acostumbra á todo.

Ama con delirio á su esposa, á su hijo, á su madre: cree que si la muerte le arrebatase el objeto de su amor, no podria sobrevivirle; y llega la muerte al cabo, y se lleva la prenda querida.... y no se muere; la llora una semana, suspira un mes, viste de luto un año, y con el crespon que arranca de su sombrero á los trece meses, desarraiga de su pecho el último recuerdo doloroso.

Vive en la opulencia, contempla la miseria que agobia á su vecino, y cree de buena fé que si él se arruinara sucumbiria al rigor de la desesperacion antes que aclimatarse á las privaciones, á la levita mugrienta, á la estrechez de una boardilla, y, sobre todo, al desden de los ricos. Y un dia la inestable rueda dá media vuelta y le coje debajo, y le vacía los bolsillos, y le desgarra el frac, y le reduce á la más precaria de las situaciones; y, lejos de morirse, frota y cepilla sus harapos, devora los mendrugos de su miseria, y con cada humillacion que le procura el desprecio de sus mismas hechuras, mas afortunadas que él, siente mayor apego á la vida.

Quien se imagina, porque nació en América, que sin aquel sol, sin plátanos, sin dril y jipi-japa feneceria en breve; y la suerte le trasplanta á la mismísima Laponia, y allí, bajo una choza de hielo, sin sol, chupando témpanos, royendo correas de bacalao, y vestido de pieles, engorda como un tudesco.

Quien otro, artista fanático, gana el pan que le sustenta vergando pipas de aceite, ó pesando fardos de pimenton....

Y si así no fuera, si Dios, en su infinita sabiduría, al echar sobre la raza de Adan tantísima desdicha, tanta contrariedad,

no hubiera dado al hombre una memoria frágil, un corazon ingrato, un cuerpo de hierro, una intencion diabólica, y una razon débil y tornadiza, ¿cómo llegaria al término de su peregrinacion por este mundo pícaro?

Pues bien, esta misma ley que tal se enseñorea sobre nuestro corazon y sobre nuestro temperamento, por su propio inatacable orígen se impone tambien al humano criterio y le obliga á aceptar como *cosas corrientes* los absurdos más peligrosos.

No es otra la razon del baile como fórmula *solemne* del regocijo social en la Europa civilizada, donde, *oficialmente*, el rubor, la compostura, el decoro de la doncella tienen un culto; ni me esplico de distinta manera la causa de que en esos certámenes lujosos de la escojida sociedad sea la mujer casada la que dá el *tono* en salones, espectáculos y paseos, con pleno, omnímodo, amplísimo consentimiento de su legítimo consorte.

Y ahora que estamos en nuestro terreno, discurramos sobre este hecho tan notorio como trascendental.

Y pregunto yo:

—¿Para qué se adorna la mujer?

Y me responden todas ellas:

—Para embellecer más y más nuestros naturales atractivos.

—Y ¿por qué quereis embellecerlos más y más? vuelvo á preguntar.

—Por rendir culto á un sentimiento de amor á lo bello que es innato en nosotras, vuelven á responderme; por *parecer bien*, como se dice vulgarmente.

—Y ¿qué es eso de *parecer bien*, tratándose de la mujer? insisto.

—Causar *cierta complacencia* en los hombres de buen gusto, y la mayor curiosidad posible en las mujeres de nuestra esfera, me responden aún.

—Y *¿qué pasa* por los hombres cuando se deleitan en la contemplacion de los hechizos de una mujer?...

Aquí callan estas quizá por ignorancia, acaso por prudencia; pero callan. Mas en su defecto responde la esperiencia de mis francos lectores:

—Un *deséo* más ó ménos vehemente, más ó ménos pronunciado de esos mismos hechizos.

—Luego, concluyo yo, la mujer que adorna sus naturales gracias con el fin de embellecerlas más y más á los ojos voraces de los hombres, si deliberadamente no provoca el asedio de estos, dá, cuando menos, ocasion á él. Esto es lógica pura.

Ahora bien: no tengo inconveniente en admitir esta con-

clusion para la mujer soltera; que, al cabo, con ese anzuelo se pescan casi todos los maridos; pero la que ya le tiene ¿debe ostensiblemente aceptarla para sí? ¿puede, acaso, sin su propio decoro? No, seguramente.

Y aquí me sale al encuentro un hecho que se está pegando testerazos con esta ley.

Mientras la mujer es soltera, las faltas que cometa refluyen sobre ella esclusivamente, y nadie mas que ella paga, á costa de su porvenir, las flaquezas ó debilidades de su fortaleza; pero desde el momento en que se casa, todos sus deslices redundan en desprestigio, en desdoro de su marido. Pues bien, el hombre sabe esto, ¡como que en su egoismo lo ha dictado él como una ley social! y sin embargo, en su ciega obstinacion, cuando se trata de la hija, toda precaucion se le antoja escasa, y cuando se trata de la esposa, toda libertad le parece poca. A la primera le exige un guardian asalariado para la calle, cuando carece de una madre, ó de una hermana no soltera que le presten la influencia de su autoridad; le tasa el número y la clase de los espectáculos y las horas de paseo; le prescribe el modo de andar, las espresiones del rostro y los asuntos de sus conversaciones; le fija el color, la calidad, la forma de sus vestidos, y hasta le impone las horas de descanso y los platos de su comida. A la segunda ni una traba, ni una restriccion en su conducta pública ó privada: es libre como el aire; vá por donde quiere y como y cuando quiera; viste lo que más le gusta, habla de lo que se le antoja y se ocupa de lo que le acomoda. En suma: á la doncella, todas las seguridades; á la casada, á su propia mujer, es decir, á su propio honor, todos los peligros. Áteme usted esa perspicacia por donde pueda.... y prosigamos.

Decia que la mujer casada no aceptaria jamás, ostensiblemente, como móvil de su presuncion, el efecto sensual que he definido; al contrario, sostienen todas que al rendir á la moda ese ostentoso testimonio de adoracion, no les anima otro afan que el de satisfacer esa misma pasion; que visten, que bailan y que pasean, como el gastrónomo come, y bebe el sediento, y estudia el sábio; pero que, *en todo caso*, aun cuando (y esto lo dicen en confianza y muy bajito) aun cuando el efecto que causan en el otro sexo sus exhibiciones y coqueterías les fuera préviamente conocido, ningun peligro corrian en ello, ni tampoco sus maridos, supuesto que el sentimiento de sus deberes, la educacion, etc., etc., se opondrian, y que es un agravio hasta hacerlas capaces por un instante de exponerse siquiera á... y que su distincion por arriba, y que su dignidad por abajo. En fin, que no puede ser.

Yo voy á demostrar que sí.

Al efecto, examinemos su tésis. «Que visten y bailan y triunfan, por el mero afan de vestir, de bailar y de triunfar; y que, aunque *otra cosa fuera,* ningun riesgo corrian en ello ni su honra ni la de sus maridos.»

Tenemos aquí dos aseveraciones, á cual mas importantes, que rebatir; y para proceder en órden, y con mejor éxito, empiezo haciéndome cargo de la primera.

La mujer que necesito para ejemplo, la conoce perfectamente el lector y se la encuentra todos los dias en la calle, en los entierros, en el teatro, en el paseo, en las tiendas, en todas partes menos en su casa. El invierno, el verano, el frio, el calor, la lluvia, el sol, las tinieblas, la alegría, las lágrimas de los demás, todas las estaciones, todas las horas, todas las circunstancias climatéricas, meteorológicas y astronómicas, todas las preocupaciones, todos los acontecimientos sociales, políticos y religiosos la ayudan en su empresa; todo lo esplota para sus fines.—Con el barro se luce una bota hecha *ad hoc* en Francia; sobre el polvo se arrastran unas enaguas que harian la fortuna de un pobre; con el frio se ostentan las ricas pieles y el pesado terciopelo; con el calor las gasas leves; de noche el abrigo fantástico; en el duelo la mantilla de encajes, el rosario de gruesos corales, ó las doradas cifras del devocionario cubierto de oloroso cuero; en el baile, en los salones..... ¡oh, aquí todos los recursos de la fortuna, de la naturaleza y de la coquetería!—Esta mujer no existe solamente en los grandes centros de la elegancia; existe tambien en la más humilde capital de provincia. En la corte será un teatro más grande, más aparatoso; pero su papel es el mismo en los pueblos provincianos, con la ventaja de ser en estos sus relumbrones de más efecto, su vocacion más enérgica, su voluntad más decidida. En una como en otra region, este tipo vive para todo menos para su familia, y de todos se deja ver menos de sus hijos y de su cocinera.—Los demás puntos de diferencia importan poco ó nada: en los tiempos que corremos y lejos de las etiquetas palaciegas, una ejecutoria de rancia nobleza se suple fácilmente con un caudal efectivo.... ó aparente, con un destino bien remunerado, ó con uno de esos créditos *de prestidigitacion* que, por mas que no se conciban en su orígen, se dejan apreciar á cada paso en sus efectos.—La posesion de cualquiera de estos diplomas y un palmito regular, basta á una mujer vana para hacerle creer que no es vulgo, que es *distinguida.* Inmediatamente, no conformándose con que su propio convencimiento se lo diga, exije el testimonio de *alguno mas;* despues no le basta que dos, diez ó veinte que la hallan al paso se lo confirmen: necesita *hacerse sentir* en todo el círculo de sus *semejantes.* Así se lanza á la

carrera del *buen tono.* Si el *porvenir* se vislumbra en ella, se observa entonces que adquiere popularidad en esta esfera su *hechizo* especial, v. gr.: la pantorrilla, un lunar en el seno... algo que pertenezca al catálogo de lo oculto, y á la jurisdiccion esclusiva de los ojos de su marido.—Es de advertir que cada mujer de esta madera tiene su *especialidad* por el estilo; y tambien es de notar que no ignora que los hombres la conocen en todos sus detalles, y que no la conocen estos por haber sondeado con ojo profano los misterios del tocador, sino porque ella la ha puesto *coram pópulo* con la frecuencia necesaria y en ocasion oportuna. — Así las cosas, necesita popularizarse toda entera, y por ende aspira á que de ella se hable como del sol; que nadie ponga en duda sus resplandores; á que sean proverbiales su belleza y su elegancia hasta entre aquellos que no la han visto. Si lo consigue, un síntoma infalible se lo dá á entender: deja de ser *señora* y se convierte simplemente en *Fulana de tal*, sin mas doña, ni mas *de* ni otra zarandaja; ó en *Fulanita*, ó *Fula*, ó *Fulita Tal;* con cuya llana contraccion la citan siempre en sus recuerdos pollos, modistas, solterones, cursis y demás gente nociva... y la prensa, si la hay en el pueblo, que sí la habrá, gracias á Dios, para sahumerio, cuando menos, de estos ídolos, y decirnos si van ó si vienen, ó si vestian de *nube* ó de *carámbano* la noche de la recepcion de *X* ó de *Z.*—La popularidad en esta forma es la consagracion del apetecido encumbramiento de la heroina. Los hombres la admiran y la codician; las mujeres la odian. Triunfo completo.

Sustancia de todo este potaje: una mujer *á la moda*, que aspira siempre y en ocasiones llega á ser, una mujer *de moda.*

Esta aspiracion significa: una lucha sin cuartel con todas y cada una de las demás mujeres que se dirijen al mismo fin y con las que á él han llegado ya; arrancar á estas el cetro y conquistar á todas ellas su corte, ó sean sus apasionados satélites.

Entre estos hay mucho tonto, es verdad; muchos hombres que solo anhelan que el público los vea en familiar inteligencia con el astro de moda; pero los hay tambien muy diestros y muy pegajosos que van derechos *al bulto*, y no gustan de perder el tiempo en escarceos inocentes.

Es preciso, pues, tolerar á los unos, *transijir* hasta cierto punto con los otros y mostrarse afable, nada escrupulosa y un tantito insinuante con todos. (Aquí asoma la oreja la causa de la publicidad del precitado hechizo *secreto.)* Y poner en juego el arsenal de recursos que tal campaña exije, defenderse, acometer, herir con ellos, segun las circunstan-

cias, y no conocer sus respectivos efectos la misma persona que los maneja con magistral habilidad, ¿es posible acaso?

Concediendo cuanto en este asunto puede concederse, admito que no sea la *sensacion* de marras en el otro sexo el móvil único y esclusivo de los alardes públicos de esta mujer; pero negar que la conoce y que la acepta como el arma más poderosa para llegar al fin que se propone... es imposible, porque está á la vista.

Y demostrada así la falsedad de su primera aseveracion, paso á destruir la segunda, tarea harto fácil, en verdad.

«Que aun conociendo la mujer casada el susodicho efecto; aun siendo este el móvil de sus afanes, ni para su honra ni para la de su marido hay peligro en entregarse á ellos.»

Démos de lado todo lo que se viene preceptuando desde Jesucristo hasta el último de nuestros moralistas acerca de la conducta pública y privada que debe observar una *buena* esposa; fuera esta arma, por su temple, demasiado ventajosa para mí; y arguyendo solo al sentido comun, prescindamos tambien del estado, y consideremos á la mujer como sexo simplemente. Y ahora respóndaseme: la que tiene *por oficio* hacer ostentacion pública de sus atractivos morales, físicos y artificiales, aceptar lisonjas y galanteos y resistir más de un asedio tenaz ¿se expone á sucumbir en la lucha?—Es evidente que sí; y aunque la historia de la humana debilidad no lo enseñara, me lo confirmaría el hombre mismo, el vencedor de esas luchas, poniendo un guardian á la virtud de su hija, de cuyas fuerzas desconfía, porque él las ha probado en otro terreno análogo.

Y si la hija es débil ¿por qué no ha de serlo la esposa jóven? ¿tienen acaso distinta naturaleza?

Pero aun quiero suponer, cerrando los ojos á la elocuencia de los mil desastres conyugales que recuerdo, que todas las mujeres *de moda* salen vencedoras é incólumes de sus luchas. La fama que en ellas se adquiere pregona la posibilidad y muy á menudo las *probabilidades* de todo lo contrario.

Una mujer casada como la del tipo que nos ocupa, lo primero de que prescinde es de sus deberes domésticos, de los derechos de la autoridad, de la consideracion, de todo lo que se refiere á su marido..

Pues este síntoma, segun Balzac, hombre competentísimo en la materia, se presenta siempre que la mujer está resuelta á profanar la fé conyugal. Y no es lo peor que lo diga él, sino que los hechos comprueban con una precision horrible, la exactitud de la máxima.

Callo en obsequio á la especie la definicion que dá el mis-

mo filósofo de la mujer que vive, como esta, de sus vanidades mundanas: sus adjetivos sacan sangre, y yo no soy cruel.

Recomiendo, en su defecto, la no menos autorizada opinion, aunque mas suave, del sublime Cervantes, apropósito del mismo asunto:

«La buena mujer, dice, no alcanza la buena fama solamente con ser buena; sino *con parecerlo.*»

Verdad es que las aludidas podrán objetar á este sábio dictámen:—«Nosotras no buscamos buena fama, sino que, conservando la que ya tenemos adquirida, vamos en alas de nuestro gusto por la atmósfera de nuestras inclinaciones.»

Pero es el caso que el sutil manco, como si previera esta objecion, añadió, para confundirla, la siguiente friolera:

«Mucho más dañan á la honra de las mujeres las *desenvolturas* y *libertades públicas* que las maldades secretas.»

Aunque esta máxima es contundente, yo quiero todavía prescindir de ella en obsequio á la mayor amplitud posible para la defensa de las *acusadas.*

—«Balzac y Cervantes, podrán decir estas, no pasan de ser dos hombres de mucho talento.., segun fama, pues nosotras jamás les hemos visto *en la sociedad;* y por tanto, sus opiniones no son al cabo mas que.... dos opiniones particulares.»

Aceptando yo, por un momento, tamaña herejía, en mi propósito de atacar al enemigo (vamos al decir) en sus trincheras, apelo ahora á la sinceridad de los mismos satélites de esas señoras, ó lo que es igual, sus apasionados, sus aduladores, sus amigos, las personas que más las admiran, acatan, estiman y consideran; y les pregunto:—Resueltos á casaros ¿eligiríais para mujer propia una de *esas?* Pongo las dos orejas por la negativa. *Ergo*..... No formulo la consecuencia, porque está en la mente de todos hasta en la de las aludidas, aun desde antes que yo estableciera como premisas los hechos consignados hasta aquí.

Una vez demostrada la existencia del peligro para la mujer, es evidente, por necesidad, el del hombre que, á este propósito, no es mas que un cuerpo con la desdichada virtud de reflejar en tamaño centuplicado la menor de las máculas de la honra de su adjunta.

Habrán observado ustedes que á medida que adquiere populáridad en el mundo el nombre de una mujer, va olvidándose el de su marido, y que cuando la primera está en la cumbre de su triunfal carrera, cuando se la cita en todas partes con la llaneza que más atrás indicamos, el segundo ha perdido todos sus títulos personales.

Verbi gratia.

—¡Quién es ese *sujeto?* pregunto al pasar junto á uno que, sin saber por qué, me llama la atencion.

—*El marido de Fulanita de Tal*, me responden.

No tengo más que averiguar. Ya sé que aquel sujeto es... nadie, ménos que nadie: *el que paga* los despilfarros de la mujer cuyo nombre arrastra.

No puede darse, para un nieto de Cain, una condicion más humillante, un desprestigio más lastimoso.

Pues esto es lo ménos que le cuesta á un marido *la gloria* de serlo de una mujer de moda, ¡lo ménos!

Y, sin embargo, con ello habia sobrado para..... Les aseguro á ustedes que pensando en la posibilidad de despertar de un *sueño* semejante se concibe hasta la *morcilla municipal.*

La idea de esta posible catástrofe me escusa estender mis consideraciones hasta los casos de *lesion enormísima* en el honor conyugal por los propios *escesos elegantes* en la mujer.

El lector, no obstante, puede discurrir sobre esté tema, y de su cuenta y riesgo cuanto guste: yo, entretanto, voy á permitirme hacer una salvedad que juzgo necesaria en mis inofensivos propósitos.

Al condenar la pasion desenfrenada del lujo y de la popularidad en la mujer casada, no pretendo someter á esta á su antigua condicion de esclava, ni trasformarla en beata gazmoña, ni condenarla á perpétua clausura: tan peligroso seria cualquiera de estos estremos como el otro para la felicidad conyugal.—Uno de los más bondadosos moralistas cristianos, dice: *Time Deum et fac quod vis.*—Con tal que temas á Dios, puedes hacer lo que te dé la gana.—En la necesidad de formular yo mi pensamiento sobre el asunto en cuestion, diria algo parecido á este sábio precepto á las señoras mujeres: «Cumplid con vuestros deberes de esposas, y despues haced lo que os acomode»; bien entendido que sujetándose ellas á la condicion de la primera cláusula, no me apuraria por verlas disfrutar ámpliamente de la libertad entendida en la segunda. Ni la visita, ni el vestido, ni el paseo, ni el mismo rigodon, *aliquando*, presentarian entonces á mis ojos el menor síntoma alarmante.

Sin embargo, antes de solemnizar este contrato, precisaria con toda claridad un punto interesantísimo, para evitar ulteriores disgustos.—Yo entiendo por deberes de esposa su atencion constante hácia esos mil detalles domésticos que constituyen el fundamento de la vida íntima, desde el estrado hasta la cocina, desde los calcetines del niño hasta el ropero del marido... ¡Oh, el marido sobre todo! sus derechos,

su prestigio, nada antes que ello.—La tan ilustre por el talento como por la cuna, la condesa Dash, dice á este propósito:—«Tu único, tu urgente negocio (se dirije á la mujer casada) es agradar á tu marido, conservar su ternura y esparcir en torno vuestro un perfume de poesía que le impida pensar en otra cosa.... Vela *tu misma* por lo que él tenga en mas estima, y *no confíes á los criados el cuidado de su ropa y de su gabinete.*»

Elijo de intento esta autoridad, porque su doble carácter de mujer y de mujer del gran mundo presta al consejo mayor importancia.—Las razones en que le funda esta célebre escritora pueden servir á la vez como testimonio de mi sinceridad al proponer semejante *plan de conducta:* «No olvides, continúa, que el marido es el jefe por Dios y por la ley, por la sociedad y por la naturaleza: tu eres débil, él es tu apoyo y tu protector... *¡y nada más dulce que ser protegida por el que se ama!*»

Conspirando á un fin tan dichoso, no cabe egoismo en proponer los medios que yo he propuesto; ni aceptándolos es posible verlos por su lado prosáico.

De acuerdo sobre este punto *ella* y yo, firmaria con la fé de un bienaventurado, el convenio de más atrás... *et si non, non;* entonces, y solo entonces, le diria sin el menor recelo: «haz lo que te dé la gana;» entonces, y solo entonces, la veria sin estremecerme abarrotar su tocador, porque seguro èstaria de que al encerrarse en él, conforme al consejo de la misma ilustre señora, «para *asearse* todo le pareceria poco, para *pintarse* todo le pareceria mucho,» fórmula, cuya aparente trivialidad abarca entero el modelo de una mujer discreta.

Mientras á él se ajustan las de mi cuento, que no se ajustarán, *returnons á nos moutons;* es decir, vuelvo á mi tema. No comprendo cómo es la mujer casada la que *dá el tono* en paseos, salones y espectáculos, siendo tan notorios los riesgos que en la empresa corre el prestigio de su marido... He dicho mal: comprendo que la mujer casada aspire á esos triunfos de su vanidad, y que á ellos consagre todos sus afanes: lo que al sentido comun se resiste es que lo tolere, y hasta lo aplauda (¡borrego!) su marido.

Por eso dije al principio, y lo he demostrado con un ejemplo más, que *el hombre se acostumbra á todo.*

Ahora, si ustedes me preguntan que cómo este supremo legislador de costumbres, egoista y tiranuelo por naturaleza, arregló las cosas de tal manera; cómo promulgó esa ley cuya ejecucion habia de caer sobre su propia mollera á modo

de ignominiosa coroza; cómo, en fin, se colocó, pudiendo evitarlo, en la necesidad de mostrar tan inaudita mansedumbre; si ustedes, repito, me preguntan esto... tampoco sabré dar una respuesta satisfactoria, porque no soy tan fatalista. Y á fé que si lo fuera, nunca podria citar con más oportunidad que ahora el tan sabido apotegma pagano:

Quos Jupiter vult perdere dementat prius.

JOSÉ MARÍA DE PEREDA.

LA FORTALEZA.

TRADUCCION DE VICTOR HUGO.

Qué piensan esas olas que vienen reposadas
á acariciar los flancos de ese fatal peñon,
que brilla entre las brumas, como luciente cota,
al encendido rayo del epirota sol?
No han visto en el espejo de sus tranquilas aguas,
cuyos cristales rompe de aquel gigante el pié,
que allá en su negra cima ostenta blancos muros
como un turbante en torno de su precita sien?
¿Qué esperan? para cuándo su cólera potente
mejor que contra el crímen pudieran reservar?
Dén tregua ¡oh mar! tus iras al débil navegante,
y minen sin descanso la roca secular.

Que en sus cimientos, débil, vacile y se desplome,
y caiga en tus abismos su duro pedernal,
y su hórrida cabeza, cubierta de murallas,
descienda la primera al fondo de la mar.
Oh! dime cuánto tiempo para hundir en la nada
la roca y sus baluartes te fuera menester?
un dia? un año? un siglo?... á qué medir el tiempo
si límites no tiene tu inmensurable ser.
Contra esa roca lanza tus aguas tempestuosas,
rojas con las arenas del fondo de la mar:
un siglo es para el tiempo, en su medida eterna,
lo que en tu vasto seno es una gota mas.
Confunde en tu honda sima ese fatal escollo,
y tus rizadas ondas, con pertinaz vaiven,
pasando y repasando sobre el odiado sitio,
para los hombres borren hasta el recuerdo de él.
Que el alga submarina de verde cabellera
corroa tus contornos con persistente afan,
mientras tendido é inmoble en tu sombrio lecho
en sus abismos duerma el sueño sepulcral.
Que nunca la mirada su fortaleza informe
ni al través de las aguas alcance á percibir;
y en su rodar constante cada una de sus ondas
un trozo de sus torres consiga destruir.
A fin que en este mundo no quede de ellas resto,
y pueda la comarca tranquila respirar,
al ver que ya no existe de Alí, pachá de Epiro,
la torre, centinela fatídico del mal.
Y un dia el atrevido, de Cos diestro piloto,
costeando las riberas que amancillara Alí,
al ver un torbellino que el mar sume en su centro,
diga á los pasajeros absortos «Era allí.»

ADOLFO DE LA FUENTE.

VARIEDADES.

ENVIANDO UNOS VERSOS.

Versos de dias que recuerdo apenas,
¡tan remotos están!
descolorida luz de horas serenas,
á complaceros ván.
Cuando memorias juveniles vienen
tristes á emponzoñar
hondas llagas que bálsamo no tienen,
¿no es mejor olvidar?

ENVIANDO UNOS LIBROS.

Amigos que estos libros hojearon,
decian que en sus páginas quedaron
mi corazon y el pensamiento mio;
por si acaso acertaron,
los libros os envío.

AMÓS DE ESCALANTE.

¡POBRE FLOR!

Una flor de hermosura peregrina
de un jardin arranqué,

y, despues de regarla con mis lágrimas,
á tí te la entregué.
En la nítida nieve de tu seno,
su belleza ostentó
un dia; mas al otro, vida mia,
la flor se marchitó.

Era la flor de mi esperanza aquella
que yo te dí, mi bien:
la nieve que agostó sus bellas hojas
fué la de tu desden.

RICARDO OLÁRAN.

EL AVERIGUADOR DE CANTABRIA.

Con este título aparecerá en cada número de nuestro periódico una série de preguntas sobre materias de curiosidad y erudicion, publicándose ó no las que se nos dirijan, segun estén dentro de las condiciones de LA TERTULIA ó fuera de ellas, á juicio del Director.

Daremos preferencia á las relativas á la historia de Cantábria.

Tanto las preguntas como las respuestas, se dirigirán firmadas á esta Redaccion, insertándose ó no la firma, segun plazca al remitente.

1.ª ¿Sabe álguien la verdadera patria de D. José Gerardo de Hervás, que, á principios del siglo pasado, publicó en el *Diario de los Literatos* una sátira famosísima?

Si nació (como sospechamos) en Portillo, ¿es este alguno

de los dos pueblos de tal nombre en la provincia de Santander?

M.

2.ª Asegura la tradicion que en la iglesia colegial de *Santillana* y en el sepulcro de la nave colateral de la Epístola, existe el cuerpo de la infanta *Doña Fronilde*, gran bienhechora de aquella.

Se desea saber qué *Doña Fronilde* se supone allí enterrada, y cuál es, de las dos que figuraron en tiempo del Conde Fernan Gonzalez.

M. de C.-M.

3.ª Existe alguna traduccion castellana de *Propercio?*

M.

4.ª Se desea saber la etimología del nombre Bárcena, tan comun en muchos pueblos de esta provincia.

B.

5.ª ¿Existe impresa ó manuscrita la obra titulada *Entretenimientos de un noble montañés amante de su pátria?* ¿Quién fué su autor?

E. P.

6.ª ¿Podrá decirnos algun sábio en qué consiste la filosofía de las obras de Rabelais y su mérito literario?

P.

7.ª ¿Qué noticias biográficas existen de *Bernardino de Escalante*, natural de Laredo, además de las que él dá en los *Diálogos de arte militar* y en otras obras suyas?

M. de C.-M.

8.º ¿Quién fué el autor de una traduccion de la *La Guerra de los dioses*, poema impío y obsceno, de Parny, impresa (segun reza la portada) en 1820, *imprenta del Misal Romano?* ¿Puede atribuirse con algun fundamento á don Manuel Ramajo, autor del *Elogio del rebuzno* y de la *Apología del asno?*

X.

9.ª ¿Pertenece á Moratin una traduccion del *Cándido*, de Voltaire, impresa con su nombre en Valencia (aunque la portada dice en *Cádiz*) hácia 1835?

M.

---

10. Se desea saber en qué sitio se hacia el concejo de la villa de Santander, y desde cuándo tuvo lugar fijo donde celebrarse.

E. P.

---

11. ¿Qué noticias se conservan de las relaciones de la inquisicion con la historia de este país?

E. P.

---

12. Se desea saber el significado de la palabra *Rumen*, palabra usada en nuestra provincia en los siglos XV y XVI.

E.

---

13. Se conoce alguna traduccion de *Lucrecio* fuera de una inédita de 1791, que por las iniciales del intérprete (J. M. R. C.) atribuimos al abate Marchena?

¿Pueden interpretarse de otra manera dichas iniciales?

M.

SECCION BIBLIOGRAFICA.

En esta seccion se dará cuenta de todas las publicaciones de las cuales se remita un ejemplar á esta Redaccion, haciéndose además juicio de las que le merezcan, y de todas las relativas á cosas del país.

NOTICIAS PARA LA HISTORIA DE NUESTRA MÉTRICA.

SOBRE UNA NUEVA ESPECIE DE VERSOS CASTELLANOS.

I.

Mucho se ha escrito sobre la historia de nuestra versificacion, y no siempre con acierto. En general, los críticos que han dedicado su atencion á estos estudios pecan de excesivo apasionamiento en pro de ideas preconcebidas y de sistemas forjados, más por capricho erudito, que por detenida observacion de la materia objeto de sus investigaciones.

El primer tratado de arte métrica que en lengua castellana conocemos es el que, con el título de *Arte de trovar ó Gaya Sciencia*, recopiló D. Enrique de Villena, á imitacion y ejemplo de los lemosines Ramon Vidal de Besalú, Jofre de Foxa, Berenguer de Troya, Guillermo Vedel de Mallorca, Guillen Molnier y Fr. Ramon Cornet (1). De él solo se conservan breves extractos, formados por algun curioso, y dados á luz por Mayans en los *Orígenes de la lengua española* (2). Ni en ellos ni en la *Gaya Sciencia*, de Pedro Guillen de Segovia, que es una copiosísima *selva* de consonantes, hallamos nada importante para nuestro propósito. Más granado fruto ofrece el *Arte de trovar*, de Juan de la Encina, que muchos han apellidado *Poética*. Los capítulos quinto, sexto y sétimo tratan de la medida y piés de los versos castellanos, que divide en versos de ocho sílabas ó de arte real, y de doce ó de arte mayor, de los consonantes y asonantes, y de las combinaciones métricas, llamando *mote*, *letra de invencion ó villancico* á las coplas de uno, dos y tres piés, y *canciones* á las de cuatro, cinco ó seis. Hácia el mismo tiempo, y guiado siempre por la

(1) *Arte de trovar.—Continuacion del trovar.—Libro de figuras y colores retóricos.—Summa Vitulina.—Tratado de las flores (Compendio de las leyes de amor).—Doctrinal.* Todos estos libros cita D. Enrique en la parte que del suyo ha llegado á nuestros dias.

(2) Páginas 269 á 284 de la nueva edicion (Madrid, 1875).

luz de la antigüedad clásica, decia Antonio de Nebrija en su *Arte de la lengua castellana* (1): «Todos los versos cuantos yo he visto en el buen uso de la lengua castellana se pueden reducir á seis géneros, porque, ó son monómetros, ó dímetros, ó compuestos de dímetros é monómetros, ó trímetros ó tetrámetros, ó adónicos sencillos, ó adónicos doblados.» Esto nos conduce á indicar algo sobre el orígen de nuestros metros, enumerando siquiera brevemente el caudal que poseia nuestra lengua á fines del siglo XV, y que ha recibido más bien perfeccion que aumento en épocas posteriores. Materia era esta confusa y embrollada, hasta que la diligencia, sagacidad y erudicion de nuestro muy docto maestro el ilustrísimo Sr. D. José Amador de los Rios, ha venido á dar luz á tan revuelto cáos (2). Que el orígen de nuestros metros es latino, claramente lo ha demostrado el erudito escritor á quien acabamos de citar. Que por medio de los himnos de la Iglesia llegaron tales formas á la literatura vulgar, puesto está de igual modo fuera de toda discusion y duda. La degeneracion sucesiva de las formas clásicas puede, sin dificultad, ser estudiada en el *Himnario latino-visigodo*, en la *Himnodia Hispánica*, publicada en Roma por el jesuita Arévalo, y en los copiosos monumentos de época posterior, recogidos por el Sr. Amador de los Rios en las ilustraciones que á esta materia dedica (3).

¿Cómo no habian de introducirse en la poesía vulgar semejantes formas, cuando para celebrar al héroe nacional por excelencia, adoptaba un ignorado poeta por los años de 1133 la clásica forma del *sáfico*, manejándole á veces con habilidad muy notable?:

Eia... lætando, populi catervæ
Campidoctoris hoc carmen audite...
Modo canamus Roderici nova
Principis bella (4).

En los primeros monumentos de nuestra poesía, en los dos poemas del Cid, en las leyendas de *Los tres reys d' Orient* y de *Santa María Egipciaca*, y en el *Misterio de los Reyes Magos*, descubierto en la biblioteca toledana, aparecen metros, en apariencia informes, pero cuyo derivacion latina es incuestionable. Los versos tienen desde diez á diez y ocho síla-

(1) Libro II, cap. VIII. Salamanca, 1592.
(2) Véase el tomo II de su *Historia crítica de la literatura española*, páginas 303 á 360, y 413 á 450.
(3) Pasaremos rápidamente por todas las cuestiones tratadas ya en los libros de este y otros eruditos.
(4) Du-Meril. *Poesies Populaires Latines du Moyen-Age*, Milá y Fontanals, *Observaciones sobre la poesía popular*, Amador de los Rios, obra citada.

bas, como adaptados al canto, dependiendo en otros casos su irregularidad de los errores de los copistas. El poema de *Santa María Egipciacá*, que ha solido imprimirse en forma de versos cortos de ocho ó *nueve* sílabas, consta en realidad de versos de diez y ocho, forma que no tardó en ser abandonada. Los de diez y seis, cuyo hemistiquio de ocho recibe en el siglo XV el nombre de *pié de romance*, vienen, segun la respetable autoridad de Nebrija, del *tetrámetro yámbico ú octonario*, y se encuentran en abundancia en los poemas de esta edad. Los de catorce, malamente llamados alejandrinos, proceden del *pentámetro;* y *pentámetros castellanos* los llamó en el siglo pasado el beneficiado Trigueros, que compuso en tal metro diferentes poemas filosóficos, de lo mas detestable que recordamos haber leido. Con estas tres principales especies de metros se combinan en los poemas de esta edad los de quince, trece, doce y diez sílabas, apareciendo como en embrion todos estos elementos, muertos antes de nacer algunos de ellos. En pós de esta primera época de nuestra poesía, viene la segunda, caracterizada por el cultivo del *arte heróico-erudito,* que nuestro sábio maestro el Sr. Milá y Fontanals apellida *mester de clerezía*, apoyando esta denominacion en los primeros versos del *Alejandro* de Juan Lorenzo Segura de Astorga. La forma general de los poemas de esta edad ha sido encerrada por el mismo erudito en la concisa fórmula siguiente: *tetrástrofos monorrimos alejandrinos*, esto es, versos de catorce sílabas, dispuestos en estancias de á cuatro y ligados por la misma rima. Apénas hay excepciones de esta regla; Berceo, sin embargo, usa en el epitafio de Santa Oria los octonarios, y en el canto de los judíos, inserto en el *Duelo de la Vírgen*, emplea los de ocho y nueve sílabas alternativamente. En tiempo de Alfonso X recibe nuestra metrificacion prodigioso incremento. Las *Cantigas* ofrecen ejemplos de la mayor parte de los metros y combinaciones usados posteriormente. En este punto, como en tantos otros, ha de derramar copiosa luz la anunciada publicacion por la Academia Española de tan precioso monumento. Entre tanto, gracias á los trabajos del Sr. Amador de los Rios, sabemos que en las *Cantigas* se hallan versos de diez y seis, catorce, doce (iguales á los de las *Querellas*) y once (agudos y graves). Esto por lo que toca á los metros de arte mayor. En cuanto á los menores, no es ménos rica la cosecha; de seis (adónicos de Nebrija), de siete (hemistiquios del pentámetro), de ocho (dímetro yámbico, hemistiquio del tetrámetro) se encuentran copiosos ejemplos.

Los versos de doce y los de once sílabas son las dos formas de metrificacion más importantes entre cuantas el Rey Sábio

introduce. A los primeros llamó Nebrija *adónicos doblados*, como á los de seis *adónicos sencillos*, comparándolos en otras ocasiones con el trímetro yámbico senario. Otros, con más fundamento, en nuestro sentir, los equiparan, en cuanto es posible, con los *asclepiadeos*. Compárense estos dos versos:

Mæcenas, atavis edite regibus. (Horacio).
Cá he visto, dice, Señor, nuevos yerros. (J. de Mena.)

y se notará que para nuestros oidos no hay gran diferencia. En cuanto á los de once, su orígen *sáfico* es harto notorio.

Siguen las huellas del Rey sábio D. Juan Manuel y el archipreste de Hita. En las *moralidades del Conde Lucanor* encontramos de nuevo los versos de once y doce sílabas, probando que la tradicion artística no sufrió interrupcion en este punto. El archipreste, que se propuso en su variado poema dar entrada á todos los metros hasta entonces cultivados, no añade, sin embargo, ninguno á los usados en las *Cantigas*, y solo una vez, y con escaso acierto, usa el *endecasílabo*. Reaparece este metro en las poesías de Micer Francisco Imperial, introductor de la alegoría dantesca en nuestro suelo, y llega á ser combinado en forma de sonetos petrarquescos por el marqués de Santillana; pero en esta edad de nuestra poesía aparece eclipsado por el de arte mayor ó de doce sílabas y por los metros cortos, cuyas combinaciones casi agotaron los trovadores de la corte de D. Juan el segundo. Entiéndase esto por lo relativo á Castilla, pues en la España Oriental fué muy cultivado el endecasílabo en el siglo XV, como saben bien, sin acudir á recónditas noticias, los que alguna vez han saboreado los deleitosos cantos del incomparable Ausias March.

Y entramos en el siglo XVI, en que, vencida la oposicion de Castillejo, domina, sin mas rivales que los metros cortos, el verso de once sílabas, cuya supuesta importacion de Italia se ha atribuido á la habilidad de Boscan y á los consejos de Navagiero. Aparecen en nuestro parnaso la cancion petrarquista, la octava, el terceto, la sextina y otra infinidad de combinaciones del endecasílabo, y resucita el soneto olvidado desde los tiempos del marqués de Santillana. Pero aquel clásico Renacimiento de las formas no podia contentarse con las empleadas por los grandes maestros italianos, y debió buscar otras más cercanas á las de la lírica grecolatina. Así vemos á Garcilaso emplear en *La Flor de Gnido* la ligera y gallarda estrofa de cinco versos que desde entonces recibe el nombre de *lira*, y, con escasas excepciones, es usada por Fr. Luis de Leon en las más admirables inspiraciones que atesora nuestro Parnaso del siglo XVI. No la desdeña tampoco

el bachiller Francisco de la Torre, segundo entre los poetas de la escuela salmantina, pero, anhelando acercarse todavía más á la nunca igualada pureza helénica de la forma, construye estrofas del todo clásicas en cuatro odas de lo más acabado que salió de su pluma:

Claras lumbres del cielo, y ojos claros
Del espantoso rostro de la noche,
Corona clara, y clara Casiopea,
Andrómeda y Perseo...
Amintas, ni del grave mal que pasas
Dejes vencerte, ni volviendo el rostro
A tu fortuna, te acobardes tanto
que sienta tu flaqueza...
Amintas, nunca del airado Júpiter
La armada mano descompone umbrosa
Selva de plantas, sin mostrar humana
Su presencia divina...
Tirsis, ah Tirsis, vuelve y endereza (1)...

De tales estrofas á la resurreccion de la *sáfica*, parece que no hay más que un paso. Y, sin embargo, Francisco de la Torre, que daba el nombre de *adónicos* á los versos de sus endechas, no hizo sino por casualidad metros *sáficos*. La introduccion de la bellísima y alada estrofa de Lesbos se ha atribuido con error á Villegas. Punto es este que merece ser puesto en claro, siquiera sea de pasada. Los primeros sáficos que conocemos en castellano, por más que nadie haya parado mientes en ellos, son obra del sábio arzobispo de Tarragona Antonio Agustin. Recorriendo en cierta ocasion sus obras completas (edicion de Luca, 1772), tropezamos en el tomo VII, pág. 178, con una carta á su amigo Diego de Rojas, fecha en Bolonia 1540, y en ella con estas palabras: «*Mitto ad te quœdam epigrammata novi cujusdan generis.*» Los *versos de nuevo género* á que el futuro arzobispo se refiere, son unos *sáficos* que comienzan así:

Júpiter torna, como suele, rico,
Cuerno derrama Jove copioso,
Ya que bien puede el Pegaseo monte
Verse y la cumbre.
Antes ninguno sábio poeta
Pudo ver tanto que la senda corta
Viese que á griegos la subida siempre
Fuera y latinos.

(1) Obras del bachiller Francisco de la Torre.—Madrid, 1753, páginas 54, 30, 8, 48.

Vemos que Ennio, Livio y Catulo,
Pindaro, Orfeo, Sófocles y Homero,
Virgilio, Horacio y con Nason Lucano,
Esta seguian...

¡Cosa en verdad estraña! Antonio Agustin, que apénas hizo otros versos que unas deliciosas octavas á la fuente de Alcover, es quien ha dotado á nuestra poesía erudita de una de sus formas más bellas y galanas! Añádase este laurel á los muchos que ciñen la frente del docto arzobispo.

En sáficos tradujo poco despues el Brocense con admirable fidelidad y acierto la oda X del libro II de Horacio «*Rectius vives, Licini,*» y en sáficos escribió Fr. Jerónimo Bermudez varios coros de las *Nises, lastimosa y laureada.* Ambos fueron anteriores á Villegas, y el segundo es autor de trozos muy notables de poesía horaciona, no inferiores á las dos celebradas odas *Del céfiro y de la Paloma.* Nuevas y graciosas combinaciones métricas usó tambien Francisco de Medrano, felicísimo imitador de Horacio. No recordamos ninguna otra innovacion, que de notar sea, en la dorada edad de nuestras letras. Aun las que hemos indicado tuvieron poquísimos secuaces. Las formas italianas y las nacionales dominaron sin contradiccion apénas. Solo la *lira* de Garcilaso tuvo imitadores, así entre los vates portugueses, como entre los castellanos. La lectura de los escasos tratados de métrica dados á luz en los siglos XVI y XVII, entre los cuáles recordamos el *Cisne de Apolo,* del P. Carballo, el *Arte Poética,* de Rengifo, y la *Rítmica,* de Caramuel, el estudio de los preceptistas que, como el *Pinciano,* (Filosofía Antigua Poética), Cascales (Tablas), Juan de la Cueva (Ejemplar poético) y Miguel Sanchez de Lima (Poética), trataron por incidencia este punto, nos convence de la verdad de la observacion precedente. Solo Caramuel menciona el *sáfico,* citando algunas estancias de la traduccion del Brocense ántes mencionada, y tampoco recordamos de este metro otro ejemplo notable, fuera de los citados, que una oda burlesca de Baltasar de Alcázar al *Amor,* que no sabemos si será anterior á los ensayos de Villegas, aunque nos inclinamos á creer que sí. Lo que á Villegas pertenece es la introduccion del exámetro, de que usó, no sin cierta felicidad á veces, en una égloga, y combinado con el pentámetro formando dísticos, en dos brevísimos epígramas. La posibilidad de estos metros permanece todavía en tela de juicio.

M. Menendez y Pelayo.

(Continuará.)

AL SEÑOR DON JUAN VALERA.

I.

Las sonrisas del cielo de Granada
A tu primer vagido respondieron,
Darro y Genil sus flores te cedieron,
Las doctas musas cítara sagrada.
Cantaste, y á tu música inspirada,
Que el Tajo y Neva con deleite oyeron,
Cien ricos artesones eco dieron,
Eco mil almas en que amor se agrada.
Y el héroe de Crimea sus coronas
Enlazó con las tuyas, consagrando
Su corazon al de tu hermana bella....
Y ¡á desaliento amargo te abandonas!
¿Qué áspid letal hirió tu pecho blando?
¿Qué nube empaña tu dichosa estrella?

II.

¿Viste quizá, como el patriarca moro
De tu aúreo cuento (1), en sobrehumana esfera,
De vida rica la beldad primera,
Sobre el concierto de los orbes de oro?
Y ¿respondiendo al suspirar canoro
De tu inflamado espiritu, ligera
Encarnóse y á tí vino hechicera,
Radiante en alas de celeste coro?
Y ¿la adoraste arrebatado y tierno,
Y de tu corazon colmó el vacío,
Y te llevó extasiado al gozo eterno?

(1) *Las aventuras de Cidi-Yahye*, poema de Valera.—1858.

Y ¿cuando á tí volviste, en sombra horrenda
Convertida la hallaste, amigo mio,
Y en humo vano tu amorosa ofrenda?

III.

¡Amar tu egregio espíritu soñaba
La alma belleza en carne traducida,
Fuera del que á los mundos presta vida,
Del que en su sangre al Universo lava!
¡Fuera del que en la Cruz la muerte brava
A sus plantas miró rota y vencida,
Y escalando los cielos, redimida
Eleva en pos la humanidad esclava!
¡Fuera de Cristo á quien, de amor cautivo,
Multiplicado como fértil grano,
La tierra en aras mil adora vivo!
En Cristo sólo hay bien, hay hermosura
Y verdad y deleite soberano
Donde el alma se goce sin hartura!

GUMERSINDO LAVERDE.

LA MONTAÑESA. (1)

A la ventana soy *dama*,
Y en el balcon soy *señora*:
En la mesa *cortesana*,
Y en el campo *labradora*.

(Cancion popular en la Montaña.)

I.

Ávido de todo linage de gloria y nombradía, aquel insigne ejemplo de privados, D. Alvaro de Luna, cuyo nombre— ¡tanto fué estraordinaria su fortuna!—no se cae de los labios de doctos é indoctos, quiso probar á escribir en prosa con igual despejo, bizarría y esperanzas que habia probado á rimar en la justa, á competir en el coso, y á mandar en las régias aulas y consejos. Buscando asunto, dióse á recoger y compendiar los rasgos excelentes de valor, ingenio y santidad atribuidos á hembras famosas por historias antiguas, sagradas y profanas, é hizo un libro, al cual puso por título: «*De las virtuosas y claras mujeres.*»

Dueño el soberbio favorito de no pocos secretos del corazon femenino, cuya posesion le daban—si no mienten las crónicas—repetidos triunfos ménos deslumbradores y ruidosos, más dulces y lisonjeros que los de la política y las armas, temió sin duda que su esclusivo elogio y cumplida alabanza de las mujeres muertas sonasen en ánimos sospechosos á tácita reprension é indirecta censura de las vivas,—que con parecidos supuestos han sido tachadas obras del ingenio humano, y bajo la fé dudosa de tales juicios corren, calumniadas acaso. Tampoco se le escondia lo arriesgado é imposible de elegir entre el gallardo y bullicioso séquito de sus contemporáneas, mimadas por la córte galante y culta de D. Juan II, ensoberbecidas por el rendimiento y cuotidianos triunfos en liza de Estúñigas y Quiñones, de Merlos y Buelnas, endoctrinadas por las mágicas plumas de Mena y Santillana, de Villena, Lando y Villasandino. Y cortés y corte-

(1) Este artículo fué escrito espresamente por su autor para la obra *Las mujeres de España, América y Portugal.*

sano, huyendo hábilmente de ambos tropiezos, terminó su libro con estas expresivas y elocuentes frases:

«Como quyera que muchos otros exenplos y claras vidas se nos representen e offrescan en onra e loor de las claras e virtuosas mugeres de nuestro tiempo asi de los estados mayor e mediano e menor de las quales algunas dellas oy viven cuya vida gloriosamente ha resplandecido dentro de los termynos de las nuestras Españas, que muy digna seria de memoria perdurable; perdonennos aquellas si faziendo aqui fyn al nuestro libro, las sus vidas virtuosas traspasaremos. Ca seyendo aquestas por nos loadas mas de lo que devrian, avria contra nos logar la suspicion, por aver seydo aquellas de la nuestra propia patria, e aun algunas dellas contemporales al nuestro tiempo. E si menos fuessen loadas de quanto meresciesen podria la virtud de aquellas redargüir de error á la nuestra escritura....» (1)

Hay asunto más ocasionado á esa *suspicion* ó comun recelo por D. Alvaro temido; más desamparado é indefenso contra lastimados y quejosos.

Al cabo, cuando se retratan individuos, entre las pasiones suscitadas ya por la eleccion, ya por el desempeño, tanto surgen pasiones auxiliares como pasiones enemigas. Gustos é intereses opuestos traban pelea, recíprocamente se niegan, se afirman, se contradicen, se discuten, y el rumor permanente de la batalla ántes trae prestigio y nombre que se los quita á lo que fué causa de ella.

Mas la pintura colectiva, aquella cuyo intento es definir el ser social, episódicamente comprendido dentro de ciertos caractéres y modos peculiares de vida, pintando y disponiendo con el posible acierto y proporcion los rasgos que señalan una raza, un *Estado*, la poblacion de una comarca, distinguiéndola entre sus aledaños y semejantes, es seguro blanco de récias y generales iras. No vá semejante pintura defendida por los respetos debidos á nombre propio ó atribucion determinada, y la comun hipocresía social, que tanto alardea de justiciera como de vidriosa y delicada, condena ó satiriza en ella cuantos pormenores la desplacen ó hieren, escudando su saña tras la apariencia de no obrar movida por personal impulso en causa propia, sino de haber tomado generosamente sobre sí la defensa ajena.

Ni esos peligros, empero, ni temores de otro alguno, arre-

(1) Códice de la Biblioteca de Palacio, el cual termina con estas frases: "E fue acabado e dado a publicacion por el sobredicho Señor en el Real de sobre Atienza, entrada la dicha villa quatorze dias de Agosto, dies e nueve calendas de Sitiembre, año del nascimiento de nuestro Señor Jesu Cristo de mil e quatrocientos e quarenta y seys años."

dran á quien es solicitado, no para pintar, privilegio de maestros consumados, si para estender á la ligera en cuatro apuntes lo que á sus ojos dibuja, sella y caracteriza á la mujer de su nativa tierra.—No de otro modo que al manso vaiven del bote, abierto el álbum sobre sus rodillas, fija el curioso con leves é interrumpidos trazos los pintorescos accidentes de la costa, dentro de una inmensa bahía.

A nadie se cede, de nadie se fía gustosamente la dulce ocupacion de hablar de aquello que se ama. Sobre las ventajas de mayor arte, de mejor estilo, que sin violencia se conceden á quien quiera, está y prevalece una voz misteriosa del corazon, sospecha ó certidumbre de que nosotros, y nadie más que nosotros, estimamos y somos capaces de hacer estimar ciertas fases íntimas y singulares de lo amado, desconocidas y recónditas para otros, por mucho que les autorice y ayude adquirido saber ó ingenio propio.—¡Hay en los juicios del cariño tantas cosas que no son enseñadas por el arte ni por la sabiduría, sino por el cariño mismo!...

El corazon tiene siempre un modo personal y propio de ver con respecto á lo que ama: tiene un epíteto predilecto para calificarlo, un concepto especial y único para encarecerlo, y no quiere guardarse para sí, ni callar el concepto ni el epíteto cuando vé á lo que ama en tela de juicio y en hora de ser ofrecido y expuesto á la general opinion y exámen.

La elocuencia descarría, la memoria flaquea; la palabra engendrada del calor de las entrañas no desfallece ni se agota; corre precipitada, desigual, incorrecta, no se pule en frase escogida, no se redondea en artificial periodo; pero nace, bulle, hierve incesante y vívida, y desdeñosa del oido vá á buscar, y los encuentra, los ecos vivos del alma.—Cabe confesarse inhábil y poco diestro; no es posible negar ni suprimir los impulsos de la sangre ni el latir del corazon. Por consecuencia, si es lícito, y aun seria discreto, rehusar difíciles participaciones en obras de consumada y esquisita literatura, habria de parecer descariño, frialdad de alma y negacion de santos deberes resistirse á dar suelta y vuelo á ese decir desaliñado y vagabundo del sentimiento.

Yo no sé qué tiene para mí esa idea de pintar á la mujer de mi pátria, que parece comprender la vida entera desde la cuna al sepulcro, sin duda porque en el grupo delineado me figuro tanto á aquella á quien pude deber caricias ó ternura cuando ni corazon ni inteligencia podian agradecerlo ni pagarlo, como á aquella que, al pasar delante del cementerio de Santander, rogará un dia por mí al cielo al rezar por los que dentro de sus paredes yacen.

¿Qué dicha humana, qué pura alegría de la vida no lució á

nuestros ojos con femenino rostro, no arrulló nuestra alma con femenil acento?

La imágen de la gloria, la de la fama, la pátria exaltada y engrandecida, visiones sublimes del adolescente; la musa de los primeros versos, la inquietud de los primeros insomnios, se han aparecido á los ojos de aquel que tuvo pátria, con la fisonomía familiar y amada de una compatricia.

Tener pátria no supone únicamente haber nacido en este ó el otro territorio, desnaturándose luego y para siempre antes de la pubertad del entendimiento, antes de que las primeras nociones de la idea intenten explicar los primeros movimientos del corazon, se concierten con ellos ó los contradigan, ya victoriosas, ya vencidas.

Tener pátria, en el concepto aquí usado, significa sentirse perdurable ó indisolublemente atado á una region de la tierra, bajo cuya corteza, en cuyo ambiente laten espíritus invisibles, que puestos, tanto de cerca como de lejos, en comunicacion perpétua con el alma, la gobiernan y agitan, siendo agentes, causa y guía de obras y afectos, de emociones y actos: tierra habitada en sazon de saber encariñarse, vista á la luz de naciente entusiasmo y vírgenes esperanzas: tierra de suelo sagrado y cielo sublime: suelo no formado del polvo confuso y desconocido de generaciones sin cuento y sin nombre, sino de los despojos distintos de una raza progenitora; cadena viva, cuyos eslabones, atravesando siglos, juntan y ligan remotos y presentes tiempos con dos vínculos animados y no interrumpidos; la sangre, que no palidece; el apellido, que no se extingue: cielo donde consolador y perenne luce el reflejo de los maternos ojos, tantas veces clavados en su azul durante la larga cuita y los afanes de nuestra niñez y crianza.

No comentaré este nombre de *madre* que todo lo encierra y todo lo dice, nombre primero que surge cuando de pátria se habla, ó de cuanto en la idea de pátria es fuente de fecundo amor y altas aspiraciones. No lo comentaré, huyendo del peligro cierto de convertir en íntima y apasionada elegía lo que debiera ser reposada y serena pintura. De las ardientes adoraciones del alma consagradas por la muerte, gústame hablar á oidos de quienes profesan idéntico culto, á pechos que confiesan la misma fé que yo confieso. Poner santas memorias, nunca evocadas sin temblor en la voz, sin agua en los párpados, al riesgo de frio desden, escéptica sonrisa ó sutil disputa, sonaria dentro de mi conciencia á extravío sin disculpa, cobarde apostasía ó sacrílega flaqueza.

Pero sin tocar á ese nombre, yo siento y declaro que bajo su tutela misteriosa é invisible guía camina mi pluma; por-

que el espíritu que simboliza es inseparable de mi deseo y de mi asunto; porque llena desde el cielo mi corazon y mi pensamiento como llenó en la tierra mis horas y mis dias; porque llama hácia Dios y consuela del mundo; porque cuando los vientos asoladores de la vida soplan sobre mi corazon, ese espíritu le refresca y hace reverdecer; porque él ahoga sin dolor ni violencia los malos retoños, apenas asoman su viva cabeza en las soledades del alma desengañada y entristecida.

AMÓS DE ESCALANTE.

(Continuará.)

LA MALDICION.

TRADUCCION DE VICTOR HUGO.

Ed altro disse: ma non l'ho á mentre.

DANTE.

Que vague sin reposo bajo el dolor tremendo
del mal, que en él destruya la alegre juventud;
perdido en arenales de calcinada huella,
al rayo sin ocaso de un sol de viva luz.
Que igual al asesino, que en la sombría noche
despues del crímen, huye confiándose al azar,
si marcha entre las sombras, escuche con espanto
de pasos que le siguen el eco pertinaz.
Y sobre el hielo frio de helados ventisqueros,
tan liso como el corte de la afilada hoz,

resbale y caiga y ruede, y en sus paredes tersas
las huellas de sus uñas imprima en su dolor:
Que de un error objeto le prendan moribundo,
de la desierta via tendido en el talud;
y en vano su inocencia proteste desolado;
y con rigor le claven sobre un madero en cruz.
Que penda desgreñado de aquel suplicio cruento,
bañados los cabellos en sangre y en sudor;
los miembros desgarrados y la sedienta boca
teñida en la agonía de cárdeno color.
El hórrido esqueleto de la espantable muerte
visible para él solo contemple frente á sí,
y en los espacios huecos del descarnado rostro
satánica sonrisa alcance á percibir.
Que aun ya cadáver sufra y sienta todavía
de la insaciable muerte el golpe destructor;
y cómo de sus miembros deshace el organismo
de múltiples gusanos el diente roedor.
Que ni en el mundo viva, ni libre ya su espíritu
encuentre de las almas en la region lugar;
y su desnudo cuerpo la nieve azote fria,
ó abrase el denso fuego de un sol canicular.
Que en medio de la noche despierte acongojado,
y las oscuras sombras aumenten su pavor;
y luche y agonice y en vano se retuerza
entre las garras duras del buitre y del condor.

ADOLFO DE LA FUENTE.

TIPOS TRASHUMANTES.

Los pueblos, como los hombres, tienen dos fisonomías por lo menos (algunos hombres tienen muchas): la que les es propia por carácter ó naturaleza, ó como si dijéramos, *la de todos los dias;* y la de *las circunstancias;* es decir, la de los *dias de fiesta.*

La que en este concepto corresponde á la períngclita capital de la Montaña, la forma esa muchedumbre que la invade, en cada año, durante los meses del Estío, para buscar en ella quién la salud, quién la frescura y el sosiego; ora en las salobres aguas del Cantábrico, ora contemplando y recorriendo el vário paisaje que envuelve á la ciudad, mientras la raza indígena la abandona y se larga por esos valles de Dios buscando la soledad de la aldea y la sombra de sus *castañeras* y *cajigales.*

Para los que solo se fijan en la variedad de matices y en la movilidad de los pormenores, esta fisonomía es híbrida, abigarrada, indefinible é incalificable.

Para un ojo ducho en el oficio, es todo lo contrario. Hay en ese movimiento vertiginoso, en ese trasiego incensante de gentes exóticas que van y vienen, que suben y bajan, que entran y salen, rasgos, colores y perfiles gráficos y permanentes, que sobrenadan siempre, y se reproducen de verano en verano, como el *aire de familia* en una larga série de generaciones. ¿No es todo esto una fisonomía como otra cualquiera?

Por tal la tengo yo, y por muy digna la juzgo, por ende, de ser registrada en el libro de apuntes de todo el que se precie de pintor escrupuloso de costumbres montañesas.

Y como quiera que yo, si no tengo mucho de pintor, téngolo de escrupuloso, abro mi librejo y apunto... pero, entiéndase bien, sin otro fin que refrescar la memoria del que leyere, y con la formal declaracion de que «cuando *pinto*, no *retrato*.»

I.

LAS DE CASCAJARES.

No es aristócrata por la sangre, ni siquiera tiene un título nobiliario de los de nuevo cuño; no por haber llegado tarde al reparto de ellos, sino acaso por distinguirse más llamándose á secas *el señor de Cascajares.*

El cual es un banquero, ó hacendado, ó contratista de *alto bordo*, muy rico, segun la fama, que reside en Madrid, en donde, al decir de los que de allá vienen á pasar las vacaciones de verano, habita espléndido palacio en el paseo de Recoletos, ó brillante casa en la calle de Alcalá, ó en la del Barquillo.

Es diputado á Córtes cuantas veces quiere, y lo quiere casi siempre, porque todos los Gobiernos apoyan su candidatura, á cambio de la decision con que él aplaude á todos los Gobiernos.—Sin embargo, no es hombre político: solo se comunica con los del poder por el ministerio de Hacienda.

Su señora tiene más relaciones é intimidades que él con los altos personajes de la cosa pública. Se tutea con muchos de ellos, aunque tampoco es aficionada á la cábala ni al cabildeo; es decir, que le gusta el personaje por lo que brilla, y nada más.

Tiene tres hijas solteras, y vá con ellas al *gran mundo.* Ni estas son modelos de hermosura, ni la madre encaja por ninguna parte que se la mire en el mas modesto de los moldes aristocráticos; pero, así y todo, pasan en la córte por *ornamentos distinguidísimos* de la *alta sociedad.* Lo cierto es que los *Asmodeos* y *Pedro Fernandez* las citan siempre en sus almivaradas crónicas de Madrid en el catálogo de las *bellas, discretas* y *elegantes.*

Dos hijos varones tienen tambien los señores de Cascajares. El mayor es diplomático; y aunque rara vez sale de Madrid, siempre se le considera como en activo servicio, para los efectos de la nómina y del escalafon, en una de las embajadas de más categoría. El segundo, que pasa ya de los veinticinco, no se ha decidido aun por la carrera que ha de seguir. Por de pronto asiste con asiduidad al *Veloz-Club* y al Casino, y sabe poner cien onzas á una sota, sin que le tiemble el pulso.

Toda esta gente, mas tres doncellas ó camaristas, dos cria-

dos para los señoritos, un sota-mayordomo ú hombre de confianza para *el señor*, dos lacayitos y un cocinero negro, vienen en el mes de Julio á Santander á habitar un piso amueblado, en la poblacion, que paga el señor de Cascajares á razon de 8.000 reales mensuales, con la obligacion de habitarle dos por lo menos, ó de pagarle como si le habitara, y de reponer cuanta vajilla, ropa de camas y muebles sufran el menor deterioro en el ínterin.

Dia y medio dura la mudanza, de la estacion del ferro-carril á casa, de los *mundos*, maletas, cajas, baules, rollos de mantas, bastones y paraguas, etc., etc., que siguen á la familia de Cascajares como la estela al buque.—Y se llena de baules un cuarto del pátio, y hay mundos amontonados en los gabinetes, y cajas sobre todos los veladores, y paquetes sobre todas las sillas, y maletas hasta en el mismo salon en que aquellas señoras reciben las visitas.

Tanto es el equipaje y tanta la servidumbre, que la familia no ha podido colocarse en ninguna fonda del Sardinero; y por acordarse tarde, tampoco logró instalarse en uno de aquellos amueblados *chalets*.

Esto tiene disgustadísimas á las *niñas* y desazonada á la mamá. Y no es para menos el caso. *Las* de Himalaya, las de Tenerife, las de Potosí, las de Chimborazo... en fin, toda la más encumbrada aristocrácia está en el Sardinero; y ellas, por consiguiente, *sin sociedad*. Además, mal alojadas y achicharradas de calor. (El termómetro marca 20° al sol, y cuando ellas salieron de Madrid señalaba 41 á la sombra). Gracias á que han conseguido alquilar por toda la temporada un mal carruaje que las lleva por la mañana al baño y por la tarde á pasear al Sardinero.

Así es que se las vé poco en la calle, y cuando se las vé, se observa que se mueven perezosamente, como buque en *calma chicha*, y miran tiendas, objetos y personas con gesto de hondo disgusto.—Si alguno las saluda al paso, responden con lánguido cabeceo; que más parece desmayo que otra cosa.

Por lo comun se las halla, hechas un racimo y envueltas en trasparente bata, sentadas en el mirador.

En esta ocasion y en otras varias del dia, nunca les falta en la acera de enfrente una especie de guardia de honor compuesta de los arrapiezos más encanijados y escrofulosos, pero á la vez más *principales*, que haya en la poblacion. Allí los inocentes se pasan las horas muertas retorciéndose la inverosímil guía del incipiente bigote; exhibiendo, á fuerza de disimuladas contracciones de muñeca, los puños de la camisa, esgrimiendo las solapas de la levita para que se destaque

en todo su desarrollo la curva del robusto pecho, y haciendo, en fin, cuantas evoluciones y habilidades pudiera una bestezuela amaestrada por diestro gitano para seducir al incauto feriante.

Ya hemos dicho que las de Cascajares no son bellas; pero que son *distinguidas*, categoría inventada en estos tiempos democráticos para colocar en ella á todo lo que no es vulgo, sin ser aristocracia, no por la sangre, sino por *el aire*.

El efecto de esta *distincion* se deja conocer en el pueblo inmediatamente. En esos dias es cuando se tropieza uno con alguna indígena que lleva sobre su cuerpo cierta cosa rara que llama nuestra atencion; v. gr.: un moño encima de los riñones; un pispajo de tul en el cogote; el pelo echado sobre los ojos, ó medio vestido azul y medio de color de canario, collar de churlas de canela, ó pendientes de melocoton..... cualquiera estravagancia por el estilo.

Si tenemos franqueza para tanto, y la preguntamos, deteniéndola en la calle, qué es *aquello*, nos responderá sorprendida:

—¿No le hace á V. gracia?

—Maldita.

—Oh! pues *lo llevan mucho* las de Cascajares; y en Madrid *hace furor*.

—Hola!

—¿No le gustan á V. *esas chicas*?

—¿Quiénes?

—Las de Cascajares.

—La verdad es que no me han llamado la atencion gran cosa.

—Oh! Pues son muy *distinguidas!*

Y no es otra, lector, la razon de que muchos arreos femeniles que te parecen espanta-pájaros por esas calles de Dios, se consideren, entre las gentes de *buena sociedad*, como modelos de gracia y bien caer.

¡Lo llevaban las de Cascajares!

Y es de advertir que entre los hombres que se pagan mucho del adorno esterior, sucede lo propio.—Tienen tambien sus Cascajares *distinguidos* que les hacen zambullirse en unas bragas descomunales, ú oprimir el busto entre las láminas de una levita sin solapas, sin faldones, y hasta sin paño, ó la mollera en un cilindro sin alas, ó en unas alas sin cilindro.

Volviendo á las de Cascajares, añado que asisten á los bailes campestres, muy elegantes, pero con mal gesto; bailan poco, ó no bailan nada. Son las últimas que llegan al salon, y las primeras que se retiran de él.

Y como son tan distinguidas, suspiran muy á menudo por aquel *Biarritz de su alma*, donde todo es *chic* y *confortable*. En cuanto á Santander, *no las hace felices*.

El diplomático dice amen á todos los discursos de sus hermanas, y no se separa de ellas en todo el dia. Es autoridad de peso en asuntos de moños y vestidos, y en el ramo de modas en general, bastante más entendido que en los protocolos de la secretaría de su cargo.

Por lo que hace al otro Cascajares, se levanta á las dos de la tarde, come á las seis, se vá á la ruleta, si la hay, ó á timbirimba más *fuerte*, que sí la habrá, y no vuelve á casa hasta las tres de la mañana, viendo siempre las estrellas, aunque el cielo esté nublado; porque es de advertir que tropieza mucho en el camino.

En cambio su papá no tiene más afan que pasear solo por el Alta; y como se acuesta temprano y madruga mucho, solo vé á su familia á las horas de comer. Sabe que está sin la menor novedad en su importante salud, y no se mete en otras honduras. Lo mismo hace en Madrid.

Y llega á la mitad el mes de Setiembre, vuelven á empaquetar los equipajes, y despues de haber *pagado* diez visitas de las veinte que deben, tórnanse á Madrid las de Cascajares llevándose las maldiciones de las diez familias con quienes quedan *en descubierto*, y dejando en cambio el recuerdo de su *distincion* entre las señoras *pudientes* que las imitan en cuanto les es dable, así en el vestir como en el andar, y entre algunas inocentes *cursis* que sudan y se desgañitan por remedar sus frescas y turgentes sedas con marchitos tafetanes y delebles percalinas.

II.

LOS DE BECERRIL.

Dos taleguillos blancos llenos de ropa de *muda*, unas alforjas atacadas de chorizos y garbanzos, y un paraguas. Este es el equipaje de cada familia al meterse en el tren en la estacion más próxima.

Cuando se apean en Santander, el padre carga con las alforjas, amen de la capa que tambien se echa al hombro; la

madre con un taleguillo y la criatura que amamanta; una jovenzuela con el otro talego y un rapaz de doce años con el paraguas.

Vienen á Santander porque el padre tiene *dúlceras* en las piernas, y *dúlceras* en el *cuadril* de la derecha; la madre, desde el último parto, *añudados* los *gonces* de la rodilla izquierda; el mamoncillo no puede echar los últimos dientes *de por sí solo;* la jovenzuela ha cumplido ya quince años y está pálida como la cera; el rapaz que vá para doce, tiene los lábios como un embudo y el cuello como un botijo, y le salen ya los *lamparones* por detrás de las orejas.

Por consejo del médico de Becerril de Campos, vienen á tomar los baños de mar, porque estos han de curar todas y cada una de las dolencias enumeradas.

Con estas esperanzas y aquel equipaje, y en el órden de formacion en que hemos ido citándolos, llegan á la Dársena y echan Muelle adelante con el asombro pintado en los ojos y en la boca.

El molinete que suena; el vapor que cruza la bahía; el ligero esquife que se desliza sobre las aguas como la golondrina en el espacio; la sardinera que grita su mercancía; el coche que pasa rápido; el carretero que aturde la vecindad con las blasfemias de costumbre; el marcial arreo y las infantiles galas, sedas, tules, libreas y levitas, chaquetas y manteos.... Todo esto junto y revuelto, casi en torbellino, que es lo primero con que tropiezan los ojos del viajero que desde la estacion del ferro-carril se lanza, de sopeton, al Muelle en una tarde de verano, aturde y deslumbra con sobrado motivo al sedentario y patriarcal lugareño de tierra de Campos.

Pero el coche, y «los señores,» y el soldado, y «las damiselas,» todo, en fin, lo que es terrestre, cabe perfectamente en las presunciones de los de Becerril, y luego deja de admirarlos. Lo que realmente los fascina, por de pronto y acaba por atontarlos es *lo marítimo.* Les faltan ojos para contemplarlo y hasta narices para olerlo.

—Miales, miales, hijo,—vocea la madre.—¿No te lo ecía yo?... Más altos son los palos que el campanario del pueblo.

—Pues anda—añade el padre—con el otro que vá rio-abajo. Mal rayo me parta si no ahuma como si llevara los demonios aentro. ¿Qué tié que ver el tren con esto? Pues ávate con el barquillico que llevá á la zaga....

—Será la cria, padre,—grita el rapaz.

—Puá que, hijo: no te diré yo que no lo sea.

—Y toas estas que están arrimaicas aquí lo paecen tamien... ¡Cristo cuánta barca!... y allá vá una cargá de *cubetos*... ¿Y dende esta orillica se pescará *el fresco?*

—Otra con el inocente! Eso se pesca en alta mar, borrico.

—Pues no es esto la alta mar?

—Anda si qué! Pues no oistes á aquel señor que venia en el tren á la vera de tu madre que esto es el puerto? ¡Qué tié cacer esto pa-onde está la alta mar!

—Y onde está esa mar?

—En cuantico alleguemos á casa, dí que se vé de golpe.

Y en estas y otras por el estilo, admirando acá, exclamando allá, parándose aquí, retrocediendo en el otro lado, preguntando á este «caballero» y á la otra «buena mujer», llegan á Miranda, en cuyo barrio tienen *apalabrada* una habitacion que les ha buscado otra familia castellana que les precedió en el viaje.

Al ver el mar desde aquellas alturas, los padres se atolondran y los hijos se estremecen, considerando que al dia siguiente han de meterse todos ellos en tales honduras.

Como el barrio de Miranda es el que eligen siempre los castellanos por la doble razon de ecónomía y de proximidad á la playa, tienen ocasion los nuestros de hacer rancho en la misma casa en que viven, con otras paisanas instaladas en ella tambien. De todas maneras, y por eso traen las alforjas llenas de provisiones, siempre *se ajustan* sin la comida.

El primer baño no le toman sin grandes recelos, sobresaltos y sérias meditaciones: los chicos lloran y los grandes tiemblan de miedo mucho antes de temblar de frio; pero, al cabo, bien agarrados estos á las cuerdas, y á empellones los muchachos, van entrando todos poco á poco hasta que, despues de acurrucados, les llega el agua al pescuezo. Es decir, que se quedan á la orilla, donde al romper las olas, tras de machacarles los cuerpos como mazos de batan, les hacen sorber la arena á carretadas.

En la misma guisa que salieron del tren, esceptuando el detalle de las alforjas, van al baño y vuelven de él: con la propia capa el hombre, las mujeres con los talegos y la criatura, y el rapaz con los paraguas. La capa para arroparse, el paraguas para quitarse el sol el de los lamparones, y los taleguillos para guardar la ropa del baño.

Catorce de á media hora recetó á cada uno el médico de Becerril; pero ellos que traen muy contado el tiempo y el dinero, toman dos cada dia, y así despachan en una semana, en media, echándose en remojo una hora por la tarde y cuando no otra por la mañana.

Cuando no están en el baño, ó comiendo, ó durmiendo la clásica siesta, se les halla recorriendo las alturas de la costa, metiendo la cabeza en todas las grutas y rendijas de las pe-

ñas, y preferentemente escarbando los arenales para acopiar *pelegrinas* y *caracolillos*, por cuyas baratijas se perecen.
Antes de volverse á Becerril, ó á Frómista, ó á Amusco, al pueblo, en fin, de Castilla del cual procedan, bajan dos veces á la ciudad: una para verla y comprar á la chica unas arracadas de *cascaritas*, y otra para visitar, *por adentro*, un vapor-correo, y, si le hubiere en el puerto, *un barco de Rey*.
Por lo demás, son los bañistas más metódicos y decididos de cuantos se zambullen en el Cántabro. Ni en los dias de más resaca perdonan el remojon. De manera que si tambien en la hidroterapia obra la fé prodigios, estas buenas gentes se vuelven á Becerril tan sanas como corales.

JOSÉ M.ª DE PEREDA.

(Continuará.)

MAÑANAS DE MAYO.

Ya vino Mayo; la temprana aurora,
desde su cuna de dorado fuego,
vertiendo vida en luminosos átomos,
tierna nos manda cariñoso beso.
Ya vino Mayo: juveniles vírgenes,
abandonad el pudoroso lecho:
venid á ver cómo despierta el dia;
venid á ver cómo sonríe el cielo.
Venid; las flores, vuestra fiel imágen,
abandonaron ya su casto sueño,
y al ósculo del alba su capullo
con cariñosa gratitud abrieron.
Venid; que ya la perfumada brisa
bate las alas en los dulces pétalos.

y en sus copas de miel fragante néctar
beben ansiosos los alados céfiros.
Venid á oir los celestiales himnos
de dulce amor que el inocente pecho
de los sencillos pájaros entona
al ver á Dios en el brillante cielo.
Venid, poetas; la armoniosa cítara
herid con dulce y melodioso plectro
pintado campo, cristalinos mares,
frondosa selva, celestial gorgeo,
blando murmullo de argentado arroyo,
flébiles auras, misteriosos ecos,
nubes rosadas, nebulosas cimas,
tranquilo valle, perfumado céfiro,
galanas rosas y nevados mirtos,
verdes alfombras, horizonte incierto,
lejano canto de inspirada alondra,
desierta orilla, matinal destello,
cándidos nidos del amor emblema,
vibrantes ramas do suspira el viento,
apasionado arrullo de las tórtolas,
hojas, aromas y capullos tiernos,
sutíles brumas que en el monte duermen,
dorada nube que tachona el cielo,
música, luz, amores, aguas, árboles,
grato, divino, universal concierto,
piden la voz de la inspirada lira,
piden un himno de inmortal acento
que en las sonoras ondas de los aires
lleve el coro de amor que el universo
eleva á Dios cuando el florido Mayo
en delicioso edén trasforma el suelo.
Tañed, tañed la apasionada cítara;
herid sus cuerdas con sonoro plectro;
cantad; que asoma la temprana aurora
envuelta en nubes de dorado fuego.
Cantad, cantad; que en el hojoso bosque
volando gimen los fugaces céfiros,
y abren las flores los fragantes cálices,
y de la luz al matinal destello
tíñense de oro las azules ondas
y en sus espumas juguetea el viento.
Cantad, cantad el despertar del dia;
cantad, cantad el sonreir del cielo.
Cantad á Dios, que con el sol de Mayo
manda á la tierra cariñoso beso.

Venid, venid, apasionados vates;
pulsad, pulsad el sonoroso plectro:
tiernas plegarias vuestra lira entone,
y en mil raudales de armoniosos écos,
entre el plácido arrullo de las tórtolas,
y entre el suspiro del sonoro viento,
y entre el murmullo de argentado arroyo,
y entre el divino universal concierto,
llegue hasta Dios vuestra inspirada música,
llegue hasta Dios vuestro inmortal acento.

RICARDO OLÁRAN.

SECCION BIOGRÁFICA.

FRAY IÑIGO BARREDA.

En el último dictario del monasterio de Oña ordenado por el archivero Fr. Tomás Bamba, ms. que poseemos, se lee á la página 29 la siguiente noticia biográfica: (1)

«El primero de Enero de mil setecientos ochenta y uno, fa-» lleció en este monasterio S. Pd. el P. P. Fr. Iñigo Barreda, » Predicador general, y real académico de la historia diplo-» matica por S. Mag.[d] Siguió la carrera del púlpito con mu-» cho lucimiento, la que concluida, se retiró á esta su casa, » donde, sin salir permaneció hasta el ultimo instante de su » vida, que acabo á la edad de sesenta y seis años, y cuaren-» ta y ocho de hávito.

» Fué sumamente aplicado al estudio, y dió algunos libros » á la prensa, quales son, las Fantasmas de Madrid, El ayo » de la nobleza, Puerta franca del cielo, Historia sagrada;

---

(1) Seguimos en todo el estilo y ortografía del ms. para mayor fidelidad.

» Feyjóo critico moral, tertulias de la aldea, y otros varios que
» se imprimieron con supuestos nombres.

» Fue asimismo dedicado á la diplomatica, y mereció ser
» admitido en el numero de los doctos que componen la
» Academia: pero su principal y extraordinaria havilidad, y
» en la que se le puede llamar unico, es el dibuxo, pues hacía
» con su pluma regular y tinta de china sin otro instrumento
» alguno, fuera del compas y de la regla, los mas vellos, su-
» tiles y delicados retratos, efigies, y escenas que hasta ahora
» ha descubierto el mas pulido buril, para cuyo exemplar se
» conserban un retrato de cuerpo entero de nuestro Rey y Se-
» ñor Don Carlos tercero, el del Rey D. Fernando sexto, y la
» reyna D.ª Bárbara,, estos se perdieron en la epoca de la
» guerra de la independencia,, una efigie de N. P. San Iñigo,
» en la que se retrató á si mismo perfectisimamente, que se
» conserva en la camara, un santisimo Christo de letra me-
» nudisima, con las efigies de Maria santisima dolorida, San
» Juan, y la Magdalena al pie de la cruz, conteniendose en el
» divino Señor las tres pasiones segun S. Mateo, S. Marcos,
» y S. Lucas, y además el salmo miserere; en nuestra Señora,
» el Ave Maria; los salmos, Venite exultemus; Dne Domi-
» nus; Coeli enarrant; y todos los salmos del oficio parvo,
» con el Deus Deus: en San Juan, la pasion segun el mismo,
» el te Deum, y los salmos Qui habitat; expectans expectavi;
» Deus eripe; Dne: y en la Magdalena, los salmos, Ad dnum;
» Levavi, Lætatus sum, Ad te Dne; y los siete penitenciales.
» Esta admirable obra, la ha custodiado, el que esto escribe,
» en las dos epocas revolucionarias, y en la constitucional se
» la quisieron robar para nuestra catolica reyna, y en la en-
» trada de los franceses le ofrecieron por ella diez y ocho mil
» reales, amenazandole, que si no la daba, á la fuerza se la
» llevarian, pero este se ocultó, no pudieron volver á verle,
» y mucho menos la estampa preciosa y admirable, que en su
» poder aun conserba. (1) Hizo otros muchos retratos de va-
» rios personages, y diversidad de historias y de figuras que
» con la mayor estimacion conserban varios sugetos, como
» cosa de nunca vista maravilla.

» En el continuo exercicio de estudiar, escribir y dibuxar
» empleaba todo el tiempo que le quedaba libre despues del
» cumplimiento de sus religiosas obligaciones que observava
» inviolablemente con especial edificacion así de los monges
» de este monasterio, como de los demas donde corrió su
» carrera expositiva, á que acompañaba un genio blando, su-
» mamente amable y cariñoso para todo genero de personas,

(1) Hoy está en la cámara abacial. (Nota del ms.)

» de modo que sin la menor violencia se arrastraba las vo-
» luntades de quantos le conocian y trataban, y en esta afa-
» bilidad y mansedumbre permaneció todo el tiempo de su
» enfermedad ultima la que duró mas de un año, y en ella
» misma despues de recibir las santos sacramentos, dio el es-
» píritu al Criador á la una y quarto de la tarde de dichos
» dia, mes y año. Para que se conserbe la memoria de su ad-
» mirable habilidad pondre aqui tanto de un memorial que
» presento al Rey, y el que es como sigue:

« SEÑOR.

» Fr. Iñigo de Barreda, Monge Benedictino del real mo-
» nasterio de Monserrate de Madrid su Predicador en él,
» puesto á RR.^s PP. de V. Mag.^d con la mayor veneracion
» dice, haber tenido el honor de presentar á V. M.^d por mano
» del duque de Abrantes en diez y ocho de Abril del proximo
» pasado una pintura de pluma en la que se representaba la
» huida á Egipto, cuya obra parece mereció su real aproba-
» cion, lo que alentó al suplicante a hacer a V. M.^d un mani-
» fiesto, en que decia, como usaba otro rasgo de pluma mas
» exquisito que el presentado, es á saber en retratos, para
» jugar con ellos todo genero de telas como terciopelos,
» tisues, bordados, brocados; pedrería; encajes, pelucas;
» y miñatura de carnes; imitando la unica y especial es-
» cuela del celebre abridor del Rey Cristianisimo el fa-
» moso Alonso Petito, á quien ningun abridor ni plumista se
» ha atrevido hasta ahora imitar, cuyo extraño trabajo ha
» llegado el exponente á conseguir con solo su pluma regu-
» lar y comun, y la tinta de china, dando los mismos fondos,
» relieves, y delicados perfiles, que el referido artifice, con
» admiracion de todos los del arte, como lo demuestra en el
» retrato que tiene V. R. Mag.^d en su poder, como diseño ó
» muestra de lo prometido, ofreciendose aun á mas en cuan-
» tas diversas y curiosas especies de pinturas de buril se han
» inventado, imitandolas con la pluma con especial proligi-
» dad y primor, es á saber.

» 1.° Se promete en cuanto á lo primero á hacer con la
» pluma qualquiera pintura ó retrato de solo un rasgo cén-
» trico espiral observando sus sombras, fondos, perfiles, cla-
» ros y oscuros sin interponer linea alguna transversal.

» 2.° Se ofrece á hacer con la pluma como si fuera el mas
» delicado buril, qualquiera imagen, ó retrato girando solo
» las lineas pertenecientes para sus obscuros, y claros sin
» cruzar otra alguna.

» 3.° Se ofrece á hacer á la pluma qualquiera efigie ó re-

» trato, asi desnudo como vestido de miñatura, esto es, á solo » punto, sin mezcla alguna de raya, y que los fondos y obs- » curo sean poco menos fuertes que el mas récio buril.

» 4.° Se promete hacer á la pluma qualesquiera pinturas, » por pequeñas y reducidas que sean, para relicarios, y asi- » mismo para brazaletes y anillos.

» 5.° Se promete hacer á la pluma qualquiera efigie asi « al desnudo como al vestido toda ella á granilló de humo, » imitando las vellas estampas de humo que vienen de Ale- » mania y de Francia con los mismos fondos y claros que » estas.

» 6.° Se promete hacer á la pluma imagenes cuyas som- » bras y claros no formen raya alguna, sino que se formen « con letras imperceptibles y que solo se puedan ver y leer » con microscopio. (1)

» 7.° Se promete hacer á la pluma pinturas ó imagenes » que tengan diversos aspectos, mirados por varias partes.

» 8.° Se promete hacer á la pluma todos los estilos de los » mas celebres burilistas, imitando las estrañas y esquisitas » ropas de Petito, del Glocio, y otros que se singularizan en » ellas.

» 9.° Se promete hacer á la pluma todo genero de pers- » pectivas, aunque consten de ocho ó nueve generos, digo » términos, hasta hacer el ultimo lexos imperceptible, de » manera, que si el buril llega á hacerlo, sea á lo mas que » pueda llegar.

» 10.° Se promete hacer á la pluma todo genero de pai- » ses, arboledas, cazerias, ruinas, marinas, etc., imitando á » á los que mas se han singularizado en esta clase.

» 11.° Se promete hacer á la pluma qualquiera abanico por » estraño y exquisito que sea, ya sea de miñatura, ó ya de » pincel tirado, de manera que no le diferencie sino el color.

» 12.° Se promete hacer á la pluma quantos caracteres se » le presenten, asi pintados, como gravados, por delicadisi- » mos que sean, y toda diversidad de letras y rasgos segun el » uso y costumbre de todas las naciones.

» 13.° Se promete hacer á la pluma todo genero de abier- » to, cuanto haga, y ha inventado el buril, como tambien » otras muchas cosas curiosas que deja de expresar, como » floreros, bodegones, hosterias, y toda especie de animales » asi terrestres, como marinos.

» 14.° Finalmente se ofrece Señor á hacer á V. R. M.ᵈ en

(1) "De esta letra es el santísimo Christo de que al principio se hace mencion y " el que conserbo en mi poder. Le di á la camara abacial donde se conserva."

» el termino de dos ó tres años un gavinete cumplido de toda
» esta variedad y manexo de pluma, que sea el mas exquisi-
» to, vario y singular que se haya visto. Si como
»Suplica á V. R. M.[d] con el mayor rendimiento en caso de
» ser de su real agrado, etc.»

Esto es cuanto de la vida, virtudes, obras y habilidades del P. Barreda nos dice el ms. citado. Si algun curioso poseyera otras, en especial de las relativas al dia y lugar de su nacimiento, nombres de sus padres, etc., así como al actual paradero de sus trabajos de pluma, ó conociera alguna de las obras literarias que con supuestos nombres dió á la estampa, segun afirma su biógrafo, nos haria servicio no pequeño en comunicárnoslas, por lo que pudieran contribuir al esclarecimiento y ampliacion de las sucintas indicaciones transcritas.

P. 14.—Deseamos sobre todo averiguar la pátria de varon en su tiempo tan señalado.

Su apellido le anuncia montañés, pues el solar de los Barredas radica, como es sabido, en Santillana de la Mar, cabeza de las Asturias de su nombre. De comprobarse que nació en nuestra provincia el benedictino en cuestion, estamos seguros de que no faltaria entre nuestros paisanos quien nos diera á conocer con imparcialidad y sana crítica el mérito, mayor ó menor, de tales trabajos, colocando á su autor en el lugar que le corresponda entre los escritores montañeses.

P. 15.—Y ya que de Barredas hablamos, no dejaremos la pluma sin preguntar: ¿Era montañés D. Josef Domingo de Barreda, Profesor de Matemáticas en la Real Academia de Santo Tomás de Sevilla, y autor de un nó despreciable tratado de Geometría Práctica, que ms. obra en nuestro poder?

E. P.

DESCONSUELO.

Era el mundo un hermoso paraiso
para mi de delicias inefables,
risueño como el sol de la mañana,
trasparente y ligero como el aire.
Ensueños de placer me sonreian,
respiraban amores mis cantares,
brillaba ante mis ojos la esperanza,
¡tenia madre!!

—

Hoy el mundo desierto y enlutado
sólo me ofrece en su recinto cárcel,
y el corazon de penas oprimido
en lágrimas acerbas se deshace.
Ni luz, ni ambiente, ni aire, ni armonías
existen ya que mi dolor apaguen;
¡es que falta la vida de mi vida!
¡No tengo madre!!

José Estrañi.

EL AVERIGUADOR DE CANTABRIA.

---

16. ¿El calvinista Antonio del Corro, fué natural de San Vicente de la Barquera?

M.

---

17. En los índices espurgatorios del Santo Oficio, aparece prohibida una comedia titulada *La Sancta*, impresa en Venecia, en el siglo XVI. ¿Será errata en vez de *La Lozana Andaluza*, obra de Francisco Delicado?

M.

18. ¿En qué tiempo se halla mencionada por vez primera la costumbre de *La Robla*, descrita por el Sr. Pereda en uno de sus más bellos cuadros de costumbres?

E. P. S.

---

19. ¿Sabe álguien el paradero del ms. titulado *Memorias á Santander y espresiones á Cantábria*, por Fr. Ignacio de Bóo Hanero?

M. DE C.-M.

---

20. ¿En cuál de sus composiciones mostró Boileau verdadero talento satírico? ¿Hay alguna razon para calificarle de poeta?

P.

---

21. ¿Quién es el autor de una traduccion de la Poética de Horacio en menos sílabas que el original, dos veces impresa como anónima?

T.

---

22. ¿Qué fruto saca la humanidad de las investigaciones de algunos cervantistas, intérpretes del sentido *esotérico* ú oculto del *Quijote?*

P.

Contestacion á la pregunta 4.ª

Bárcena es lo mismo que *bardal*, ó, en desinencia latina, *Bardánea;* en cuya acepcion, apenas variando la palabra, ó acento, se llama la *Bárdena* y las *Bárdenas* á unos montes bajos ó *bardales* muy dilatados entre Navarra y Aragon. En nuestra provincia se usa la voz radical *barda*, aplicada á los montones de leña para quemar. En el diccionario de la lengua y en otras provincias se aplica al conjunto de ramaje que se pone sobre las tápias de tierra, para resguardarlas del sol y la lluvia; llamándose tambien *bardales* á los setos de ramaje.

Tal vez es palabra que nos vino del Norte, donde *bard*, en sueco, significa lo mismo que en francés *barde* y entre nosotros *barda*. Por analogía de forma se dió el mismo nombre á ciertas armaduras de hombres y caballos.

A. R. R.

SECCION BIBLIOGRÁFICA.

HIJOS ILUSTRES DE LA PROVINCIA DE SANTANDER.—EL P. RÁVAGO.—*Estudio biográfico, por D. Enrique de Leguina.*—Madrid, Fortanet, 1876.

Encómios merece sin tasa la diligencia con que el Sr. Leguina procura ilustrar la historia de esta comarca, no obstante haber nacido léjos de su suelo. Así ha debido comprenderlo el público, agotando en breve tiempo el primer volúmen de sus *Hijos ilustres* de Santander. A tal benevolencia corresponde nuestro *cronista* dando á la estampa hoy la biografía del P. Rávago, el montañés á quien más altos servicios debe su tierra natal. Su trabajo es curioso é incluye, así en el texto como en las notas, documentos inéditos de alguna importancia. Sentimos, no obstante, que las dimensiones de su opúsculo hayan impedido al erudito investigador darnos cabal idea del personaje historiado, considerándole ya como teólogo, ya como escritor de filosofía. De los escritos de Rávago nos dá el Sr. Leguina muy escasa noticia que no basta á satisfacer la curiosidad bibliográfica, segun entendemos. Hoy que la historia de la filosofía se cultiva con tanto ardor y entusiasmo, estaría muy en su punto una exposicion y un juicio siquiera breve de las doctrinas científicas de Rávago, su encadenamiento sistemático, enlace con las de pensadores antecedentes, etc. Es más de reparar esta falta en el muy apreciable libro á que nos referimos, porque en él se intercalan largas ilustraciones genealógicas, ménos importantes, en nuestra opinion.

La ejecucion material de este tomo es esmeradísima, y en nada inferior á la del primero. Entrambos son muy lindos, y merecen figurar en la biblioteca de todo montañés amante de su pátria.

M. M. P.

MEMORIA *sobre la explotacion y beneficio de los minerales plomizos del monte de Dobra, en las inmediaciones de Torrelavega*, por D. José Gonzalez Lasala.—Un folleto.—1876.—Santander, Imprenta de S. Atienza.

El trabajo que bajo el epígrafe que antecede acaba de ver la luz pública, es, como todos los de su autor, digno de ser estudiado no tan solo por los mineros é industriales, sino tambien por todas aquellas personas que, más ó ménos directamente, se dedican á esta clase de conocimientos. Aparte de la gran copia de datos que el Sr. Gonzalez Lasala aduce en su memoria, para demostrar lo conveniente que seria la explotacion de los minerales plomizos de Dobra así como su beneficio, apunta algunas ideas, estableciendo la identidad de formacion entre esta pequeña cordillera y la de Picos de Europa, en nuestro sentir, tan atinadas, que bien podemos considerarla como su descripcion geológica compendiada.

Contribuye á dar mayor realce al trabajo del Sr. Lasala, el plano topográfico que le acompaña, obra de los Sres. D. Félix Sanchez Blanco y D. Javier Gonzalez Riancho, en el cual no sabemos qué admirar más, si su exactitud ó la prolijidad que ha presidido á su ejecucion.

J. E.

LA AMARGURA DEL PLACER, *drama en tres actos y en verso*, original de D. Tomás Fernandez de Castro.—Santander.—1876.—Imprenta de Solinis y Cimiano.

Con gusto é interés hemos leido este apreciable ensayo de un jóven poeta oriundo de nuestra provincia.

Aparte de ciertos defectos en la disposicion de la fábula, muestra en él su autor aventajadas dotes, sobre todo de versificador fácil y galano. Desearíamos ver en escena este drama antes de terminarse en nuestro coliseo la presente temporada.

ADVERTENCIA.

Al comienzo del 2.º soneto de la página 39 añádase *continuacion*, y al principio del 3.º *conclusion*, por formar en rigor una composicion sola.

NOTICIAS PARA LA HISTORIA DE NUESTRA MÉTRICA

SOBRE UNA NUEVA ESPECIE DE VERSOS CASTELLANOS.

(CONTINUACION.)

Ábrese *literariamente* el siglo XVIII con la aparicion de la *Poética*, de Luzán, que consagró á la parte métrica diferentes capítulos. En él comienza la doctrina de las sílabas largas y breves, que asimilando nuestra versificacion á la latina, ha producido tanta confusion en las teorías métricas posteriores. Y es de advertir que Luzán, á pesar de su doctrina, ó más bien á causa de ella, debia tener tan escaso oido en cuanto á los versos griegos y latinos, que cuando tradujo, con más fidelidad que poesía, la segunda oda de Safo, erró dos ó tres veces en punto á la armonía de los versos en una composicion que solo tiene cuatro estrofas.

Apénas hay que registrar innovaciones métricas en el siglo pasado. Vaca de Guzman fué el primero en introducir la asonancia entre el segundo verso *sáfico* y el *adónico*. Esta modificacion, de agradable efecto, pero que desvirtúa un tanto la índole clásica del metro, se observa en su *Oda á la muerte de Cadahalso:*

Vuela al Ocaso, busca otro hemisferio,
Baje tu llama al piélago salobre,
Délfico númen, y á tu luz suceda
Pálida noche (1).

La misma combinacion y el asonante mismo empleó Búrgos en su gallarda traduccion de la oda 2.ª del libro II de Horacio «*Pindarum quisquis studet æmulari:*»

De cera en alas se levanta, Julio,
Quien competir con Pindaro ambicione,
Icaro nuevo, para dar al claro
Piélago nombre...

(1) Por error aparece incluida esta oda en la primera edicion de las *Poesías de Fr. Diego Gonzalez.*

Nueva modificacion experimentó el sáfico, introduciéndose la consonancia entre el segundo verso y el primer hemistiquio del tercero, tal como se advierte en la *sáfica* de Jovellanos á *Poncio* (Vargas Ponce), y en su *Epitalamio* á don Felipe Rivero, combinacion que fué empleada con superior maestría por Búrgos en su hermosa traduccion del «*Mercuri nam te*,» oda 11 del libro II de Horacio:

Dulce Mercurio, pues por tí enseñado
Anfion las piedras con su voz movia,
Y tú algun dia, desdeñada siempre,
Siempre callada...

Y para hacer mérito de todos los ingeniosos artificios usados en la estrofa sáfica, recordaremos la linda y verdaderamente *clásica* oda de Arjona, intitulada *La Gratitud*, en la cual por primera vez, segun entendemos, aparecen enlazados alternativamente los tres versos *sáficos* y el *adónico:*

Amor es alma de que el orbe vive,
Autor celeste del ardor fecundo
En que las auras de su sér recibe
Plácido el mundo.

El ilustre penitenciario de Córdoba, cuyos versos acabamos de citar, fué tambien inventor de una graciosa combinacion métrica, que por nadie hemos visto imitada, aunque él la manejó con singular acierto. En su oda *La Diosa del Bosque*, las estrofas están dispuestas de esta manera: el hemistiquio de los dos primeros versos está formado por un esdrújulo, el tercero es sáfico, el cuarto breve y agudo, consonante con el de la estrofa siguiente, de esta manera:

¡Oh si bajo estos árboles frondosos
Se mostrase la célica hermosura
Que ví algun dia en inmortal dulzura
Este bosque bañar;
Del cielo tu benéfico descenso
Sin duda ha sido, lúcida belleza:
Deja, pues, Diosa, que mi grato incienso
Arda sobre tu altar!

La escuela salmantina, sobre todo en su segunda época, propendió á huir del artificio métrico, no empleando, sino rara vez, las leves y aladas estrofas líricas, imitaciones de la métrica clásica, é inclinándose con preferencia á las tiradas

larguísimas de endecasílabos sueltos (1) ó asonantados, que prestando inmenso campo á la palabrería y desmedida amplificacion, hacen muy fatigosa la lectura de Cienfuegos y de Sanchez Barbero, uniéndose este defecto á los de sensibilidad afectada, falsa grandeza y trasnochado filosofismo, de que tanto adolecen estos poetas, y en que no dejó de incurrir el gran Quintana, dicho sea con todo el respeto debido á tan egregio nombre. Por el contrario, los hijos de la escuela sevillana, Lista, Reinoso, y Arjona especialmente, Arriaza, los que en escaso número seguian áun en lo lírico las huellas del matritense Inarco, y los que en época posterior le imitaron, gracias á las enseñanzas de Hermosilla, que sentia por él un entusiasmo casi fanático, *pusieron*, como hidalgamente confiesa el mismo Quintana, *todo su esmero en la puntual simetría de los metros, en el halago de los números, en la elegancia y pureza del estilo, en la facilidad y limpieza de la ejecucion*, añadiendo, *que su estilo, á lo ménos en gracias y en halago, no es vencido ni por ventura igualado de otro alguno.* Moratin y su pequeño grupo literario, que (dicho sea en honor de la verdad) respondieron á los elogios de los salmantinos con los agudos dardos de la *Epístola á Andrés* y con las feroces diatribas de Tineo y de Hermosilla, son dignos de recordacion en esta breve reseña de las vicisitudes que ha experimentado nuestra métrica. En sus correctísimas poesías sueltas, *con las cuales no se ha mostrado la fama equitativa* (2), empleó Moratin, con admirable limpieza y elegancia de ejecucion, gran variedad de combinaciones métricas, algunas nuevas en nuestro Parnaso. La oda á la vírgen de Lendinara, escrita en el ritmo de Francisco de la Torre, los dos cánticos sagrados que en graciosa variedad de metros compuso á imitacion de los *oratorios* italianos, la elegía *A la muerte de Conde*, en que tambien es toscana la disposicion de las estrofas, y la epístola á Jovellanos en decasílabos esdrújulos, que Hermosilla llama asclepiadeos, son ensayos en su mayor parte felices y que debieran haber tenido imitadores. En cuanto á los asclepiadeos, *nueva cuerda* que Moratin pensaba añadir á la lira española, es lo cierto que, si bien tienen alguna analogía con aquel metro latino, y no hacen mal efecto en el oido, no son en realidad otra cosa, segun la burlesca receta de D. Juan Nicasio Gallego, que dos versos pentasílabos semejantes á los empleados por Iriarte en su fábula del *Naturalista y las dos Lagartijas*, unidos, y adornados al fin con un esdrújulo. ¿Qué diferencia hay entre estos dos versos:

(1) Quintana hizo la apología de estos en las *Variedades de Ciencias*, etc.
(2) Milá y Fontanals.

«Iá en las alas del raudo Céfiro,»
«Vió en una huerta dos lagartijas?»

Y si el primero se parece al

Mecœnas atavis edite regibus,

¿por qué no se ha de parecer el segundo? Hé aquí cómo el bueno de Iriarte hacia *asclepiadeos* sin percatarse de ello.

Decíamos antes que los elogios de Hermosilla habian producido algunos imitadores de Moratin como poeta lírico; y al afirmar esto, nos referíamos especialmente á una preciosa coleccioncita de odas que, con el título de *Preludios de mi lira*, vió la luz pública en Barcelona en 1832. Era su autor un altísimo y malogrado poeta catalan que, tras la desdicha de morir en la edad temprana de 25 años, tuvo la todavía más lastimosa de ser desconocido fuera de su país natal. Llamábase D. Manuel Cabanyes; pero ni su nombre ni sus producciones han pasado la infranqueable márgen del Segre. Empapado en las formas de Horacio, más que ningun otro de sus contemporáneos, poeta de propio y varonil aliento, fué tal vez el más verdaderamente *clásico* de aquella generacion que precedió á la aurora del *Romanticismo* en España. Cabanyes, que conocia á Byron (cosa verdaderamente estraña), fué sin embargo imitador constante de la antigüedad; pero *á la manera de Fóscolo ó de Andrés Chenier*, dice el Sr. Milá y Fontanals. La independencia de su carácter, que se unia muy bien con su adoracion de la forma helénica, le llevó á rechazar sistemáticamente el uso de la rima, llegando hasta punto de excluir de su coleccion poética varias composiciones (muy lindas por cierto) en que habia empleado aquella gala. Él mismo lo dice gallardamente en la estraña oda que tituló «*Independencia de la pátria:*»

Sobre sus cantos la expresion del alma
Vuela sin arte; números sonoros
Desdeña y rima acorde; son sus versos,
Cual su espíritu libres.

Y reduciéndose á estribir en versos sueltos, apénas tiene, sin embargo, dos composiciones en que emplee el mismo ritmo. En una ocasion usa el *sáfico*, en otra la estrofa de Francisco de la Torre, á veces se vale de combinaciones tan extrañas como la siguiente, ya empleada con alguna irregularidad por Herrera en una traduccion de Horacio:

Pacto infame, sacrílego,
Con el Querub precito celebrara
Aquel que á un metal pálido
Primero dió valor inmerecido, etc.

En otra oda combina los dodecasílabos de Juan de Mena con los adónicos horacianos, produciendo un conjunto bastante híbrido, y otras veces forma estrofas de versos sueltos, tan bien construidas como estas:

Hácia tí con deseos criminales
La su vista de águila volviera
Entonces de las Galias
El domador, cual mira
Hambriento azor en la region del Éter
La que va á devorar tímida garza.
(Oda al Estío.)

¡Ay, qué de sangre escita y trace inunda
Las faldas del Balkan! ¡Ay, cuántos vuelca
Extinguidos guerreros
El Vístula aciago!
¡Cuánto de lloro apaga vuestras lumbres,
Flamencas madres, bátavas esposas!
(Oda al cólera morbo.)

En su bellísima oda *La Misa Nueva* emplea los *asclepiadeos moratinianos* y su hemistiquio agudo de esta manera:

¿Quién se adelanta modesto y tímido,
Cubierto en veste fúlgido-cándida,
Al tabernáculo, mansion terrena
De Adonaí?

. . . .

¡Ah! no le olvida, y un hijo escógese
Entre sus hijos, á cuya súplica
Cuando en los áridos campos marchítese
La dulce vid,
Romperá el seno de nubes túrgidas
Y hará de lo alto descender pródiga
Lluvia que el pecho del cultor rústico
Consolará.

Fácilmente se concibe el desprecio de Cabanyes por la rima. ¿Para qué la necesitaba cuando á tal punto sabia diversificar los versos sueltos y acercarse tanto á la métrica clásica? ¡Lástima que no haya tenido imitadores!

Y ahora hablemos de las *Poéticas* y *Artes Métricas* publicadas en este período. Curiosa y nada más es la de Masdeu, que solo por recreacion emprendió su tarea. Más enseñanza se encuentra en las adiciones al Blair de Munárriz, quien en lo relativo á esta materia y á la de sinónimos recibió inspiraciones de Cienfuegos, segun apunta Hermosilla en el *Curso de Bellas Letras*, manuscrito suyo que poseo y que puede considerarse como el primer bosquejo del *Arte de Hablar*. En ambos trabajos sostuvo con creces aquel rígido y atrabiliario preceptista la doctrina de Luzan respecto á breves y largas, añadiendo sobre la cesura notables errores. De tales teorías, así como de las de Martinez de la Rosa, que en las *Anotaciones á la Poética* se dejó arrastrar por el torrente de los *latinistas*, dió buena cuenta Maury en la *Carta á Salvá*, que éste colocó entre las ilustraciones á su *Gramática*. ¡Lástima que el ilustre cantor de *Esvero y Almedora*, conocedor el más profundo de la índole prosódica de nuestro idioma é iniciado en todo linaje de misterios rítmicos, no nos los revelase por entero en un tratado especial sobre esta materia! Porque es lo cierto que todavía falta una *Arte Métrica Castellana*. D. Juan Gualberto Gonzalez, traductor egregio de la *Epístola á los Pisones*, de las *Églogas* de Virgilio, Nemesiano y Calpurnio, de los *Amores* de Ovidio y de los *Besos* de Juan Segundo, se limitó á hacer observaciones sueltas (notables ciertamente) y dirigidas á demostrar la posibilidad de componer exámetros en nuestra lengua. Unió á la teoría la práctica, traduciendo con felicidad la égloga *Alexis:*

Ya apresta á los segadores cansados del rápido estío
Testilis, sérpol y ajos, aromáticas yerbas;
Conmigo en las florestas, cuando voy tus huellas siguiendo,
Bajo del sol ardiente resuenan las broncas cigarras.

Estos metros, que, á mi entender, en una composicion original no serian tolerables, pueden emplearse, no sin ventaja de la concision, en traducciones de los antiguos clásicos. Tambien ensayó D. Juan Gualberto los asclepiadeos *moratinianos* en traducciones de dos odas de Horacio; y el dístico en la de un *Beso* de Juan Segundo.

En general, los preceptistas de métrica han abandonado casi del todo la teoría de la cuantidad de las sílabas, ateniéndose únicamente á los acentos. Exceptuamos, sin embargo, á D. Sinibaldo de Mas, quien, en su ingeniosísimo *Sistema Musical de la lengua castellana*, varias veces impreso, sostuvo con suma habilidad y poderosos argumentos la division en largas y breves, deduciendo de aquí la posibilidad de imitar.

en castellano casi todos los metros latinos y áun de inventar nuevas especies de versificacion, inadmisibles casi todas, de las cuales presenta repetidos ejemplos el autor del *Sistema*, que para corroborarle más emprendió y llevó á término la hercúlea empresa de traducir en *exámetros* castellanos los doce libros de la *Eneida* (1).

Pero miéntras estos humanistas hacian tentativas más ó ménos felices, se acercaba la inundacion romántica, que sin dificultad arrolló exámetros, pentámetros, sáficos y asclepiadeos, produciendo, como toda revolucion necesaria, muchos bienes mezclados con razonable cantidad de males. Si se hubiera detenido en los límites que la trazaron Alcalá Galiano en el prólogo de *El Moro Expósito* y D. Agustin Durán en el *Discurso sobre el influjo de la crítica moderna en la decadencia del teatro español*, mucho habria que aplaudir y poco que censurar en aquel generoso movimiento. Mas no fué así, por desgracia. La escuela, que habia empezado condenando la afectacion y el amaneramiento, sustituyó á las empalagosas anacreónticas y églogas un diluvio de *orientales*, *fantasías* y *pensamientos* no menos intolerables que los artificiosos géneros desterrados. Unos se dieron á imitar al inimitable Byron, lamentando dolores internos, desesperaciones y hastíos que jamás sintieron; otros, abandonando semejante especie de poesía *subjetiva*, quisieron á todo trance *objetivarse*, y pintaron una Edad Media tan falsa y artificial como la dorada Arcadia de los clasicistas, llenando sus composiciones de desatinos arqueológicos, que al cabo produjeron una saludable reaccion, en virtud de la cual fueron allanadas las góticas torres, los feudales castillos y los morunos alcázares en que sin oposicion dominaban invencibles y rendidos galanes, damas altivas y discretas, con el indispensable cortejo de gigantes, enanos, fieles escuderos, quebradizas dueñas y princesas encantadas, fantasmas que no habia logrado desterrar del todo la sátira de Cervantes. En la parte métrica fueron más grandes todavía los absurdos de los innovadores. Verdad es que resucitaron con nuevos brios el majestuoso *alejandrino*, olvidado desde la Edad Media, y dieron nueva vida á los versos dodecasílabos ó de arte mayor, usados por Juan de Mena, y volvieron á manejar el romance como no se habia manejado desde los áureos dias del siglo XVII; verdad es que inventaron nuevas combinaciones métricas, algunas ingeniosas y aceptables; pero tambien es cierto que incurrieron en imperdonables ex-

(1) Merecen especial mencion en esta reseña de las vicisitudes de nuestra métrica, los preciosos *Diálogos Literarios* del Sr. Coll y Vehí.

travagancias, obstinándose en hacer versos de quince, trece, tres, dos y hasta *una* sílaba, imposibles unos y contrarios otros á la índole de la lengua, que emplearon con lastimosa profusion los finales agudos en el endecasílabo, con grave detrimento de los oidos castellanos, y que despues de haber rechazado los sextinas, los tercetos, las octavas y demás combinaciones antiguas, acabaron por formar ovillejos, laberintos y otras filigranas métricas que hubieran regocijado á Caramuel ó á Rengifo, y poesías en forma de copa, de altar, de pirámide, etc., ante las cuales no son para recordadas la *Zampoña*, la *Segur* y otros primores de Simmio de Rodas, que de *difficiles nugœ* calificaron los críticos antiguos. Yo admiro la gallarda ostentacion de todo linaje de metros que hace Espronceda en *El Estudiante de Salamanca* y en el prólogo de *El Diablo Mundo*, poema á retazos feliz, pero harto desdichado en el conjunto; lo que lamento es que sus malhadados discípulos se dieran á imitar los salvajes aullidos de la *Cancion del Verdugo*, en que hasta el metro es sobremanera adecuado á lo repugnante y patibulario del asunto, ó se empeñaran en desgarrar los oidos con versos semejantes á estos:

¿Oís? Es el cañon. Mi pecho hirviendo
El cántico de guerra entonará,
Y al eco ronco del cañon venciendo
La lira del poeta sonará.

Afortunadamente aquella irrupcion pasó, dando lugar á un eclecticismo saludable que, trocándose luego en infructífero escepticismo, ha hecho que nuestra poesía lírica, sostenida por los individuales esfuerzos de algunos ingenios poderosos, viva hoy de *milagro*, como vulgarmente suele decirse. En la parte métrica han desaparecido todas las combinaciones inadmisibles, todos los metros estravagantes. Mas no por eso está cerrado el camino para la invencion de nuevas especies de versos, siempre que sean agradables al oido, único juez en estas materias. Un ejemplo de esta verdad nos ofrece el verso *laverdáico*, del cual nos proponemos tratar en estos apuntes.

M. Menendez y Pelayo.

(Continuará.)

EXTASIS.

TRADUCCION DE VICTOR HUGO.

Et audivi vocen magnam.
APOCALIPSIS.

A la orilla del mar, en una noche
de fúlgidas estrellas;
sin una nube el anchuroso cielo;
sin una vela en las dormidas aguas,
que, como blanco broche
uniese el cielo á ellas;
de otro mundo mis ojos estasiados
penetraban los límites vedados.

La selva umbrosa y los desnudos montes,
y todo cuanto encierra
entre ambos horizontes
la creadora tierra,
misteriosa pregunta dirigian,
en confuso rumor y en blando anhelo,
á las aguas profundas de los mares,
á las luces sin número del cielo.

Y las estrellas de oro, que en la esfera
se muestran en legiones infinitas,
cón variados acentos
que pueblan de armonías á los vientos,
hácia el suelo inclinando lisongera
la viva luz de su pupila ardiente;
y las cerúleas ondas, cuya fuerza
ninguna humana superior consiente,
lanzando á la ribera
la blanca espuma de sus crestas rotas;
al par decian en solemnes notas,
cuyo sentido el corazon presiente:
«Es el Señor, el Dios Omnipotente.»

ADOLFO DE LA FUENTE.

LA MONTAÑESA.

II.

Una dificultad primera sale al paso en nuestra tarea: la de comprender en un adjetivo solo la poblacion femenina de la provincia de Santander: Si escribo *santanderinas*, háse de entender por no corta porcion de mis adorables paisanas, que digo únicamente de las hijas de la capital, no dándose por comprendidas en el vocablo, trasmeranas, lebaniegas, torancesas, carredanas, pasiegas, sobanas, castrejas y otras, que toman calificativo propio del valle, poblacion ó comarca de su naturaleza. Si pongo *montañesas* no faltará quien lo censure por indeterminado y vago, pudiéndose aplicar á las de otras varias regiones, ásperas y fragosas de la Península.— A este dictado último me inclino, sin embargo, porque ha de ser rectamente interpretado y acogido entre nosotros, quiero decir de *Peñas-al-mar*, segun siglos atrás llamaron á nuestra Cantábria; y porque la voz en su estructura y eufonia obedece á aquella ley primitiva del buen hablar, segun la cual toda palabra ha de encerrar el verbo y sus accidentes, la idea inicial pura, ampliada y completa por sus relaciones. Tiene efectivamente esa palabra nuestra, tan pintoresca y sonora, cierta fuerza descriptiva, yo no sé qué elementos de luz y de color tales, que pinta más de lo que dice, y trae á la memoria más de lo que significa; y en vez de aislar al ser humano para compendiarle y definirle, le dilata y engrandece con el reflejo propio del medio en que el ser vive, con la perspectiva espléndida y el horizonte natural de la tierra en que el ser habita.

Apuntemos ahora rasgos generales, que del comun bosquejo é insensiblemente irán destacándose los tipos.

No seria española la *montañesa* si fuese fea. Trae, sin embargo, su descendencia de una raza peregrina que conservó el nombre estranjero al colonizar en España. Célticos son los

rasgos de su fisonomía, como las etimologías de su suelo (1). Y aunque la raza se cruza y la sangre se mezcla, todavía en los planos y perfiles de las facciones, en su tez y en el color de sus cabellos prevalece el sello de septentrional estirpe; restriccion y enmienda del comun decir que de fronteras afuera corre, acusando de meridional y africana, aun más por el rostro que por las pasiones, á la gente española.—Envidia darán á cualquiera en esta tierra mia los dientes, cuyo esmalte bruñe la *borona;* cuya sana y limpia blancura preservan la uniformidad y sencillez de los alimentos. Y sabido que los ojos son espejo y como tales carecen de color propio, ni tienen otro que el de los objetos que en ellos se reflejan, aquí los hallareis, azules en los montes de puro mirar al cielo, garzos en la costa de tanto mirar al mar.

La montañesa, cuando dama, es altiva, celosa, autoritaria, como ahora decimos; y á la vez es religiosa, limosnera y casta.—Ni su pecado mayor es la franqueza, ni sus virtudes menores son la discrecion, dignidad y reserva.—Si labradora, es humilde, trabajadora y dócil; si oficiala de artes, es más suelta, jovial y autocrática.—Y en todas sus condiciones, estados y circunstancias, es económica, como hija de suelo pobre; hacendosa, como madre de muchos hijos ó hermana de muchos hermanos; honesta en su porte y esmerada en su arreo. No poco pagada de lo lujoso y espléndido, deja ir con deleite sus ojos tras del ajeno traje galan y vistoso, y siente más íntimo placer cuando siendo á su vez iman de ajenos ojos, se los lleva en pos cautivos de la propia gala. Achaque femenino parecerá á múchos éste, no mas aplicable á las de la montaña que á las mujeres del valle; y ya se entiende que yo no describo escepciones, numerosas en toda regla, sino generalidades.

Ese gusto por las telas vistosas y ricas teníanlo ya nuestras montañesas antes de ser cristianas. En el siglo que precedió al nacimiento de Nuestro Señor Jesucristo, las habia vi-

---

(1) Sirvan de ejemplo:
Guarnizo.—"Hierro ella es." Descomponiéndose como sigue: Guarn, hi, zo, segun la ortografía castellana; Hovarn, hi, zo, segun la ortografía bretona, cuyas voces interpreta el *Diccionario francés y breton* de Legonidec de esta manera: Houarn, s. m. hierro, metal.—Hi, pron, pers. La, ella, las, ellas.—Zo, tercera persona del presente de indicativo del verbo *bezá,* ser.
Tudanca.—"Gente de combate." Tud, dan, ca (forma ortográfica castellana). Tud, d'ann, kad (forma ortográfica bretona).—Significados: Tud ó tur, s. f. Plural anormal de *den,* hombre, individuo, persona. Empléase igualmente en sentido de nacion, pueblo, y entonces vale como singular.—Ann, artículo definido, cuya declinacion en sus casos reflexivos hace d'ann, al, á los.—Kad, s. f. Combate.
Luena.—"Lo más alegre." Laouena, adjetivo superlativo de *laouen,* jovial, alegre, risueño.
Etimologías célticas del Sr. D. Manuel de Assas, calificadas de intachables *(irreprochables)* por el sábio arqueólogo francés Mr. Aurelien Courson, conservador que fué de la Biblioteca del Louvre y autor de notables trabajos acerca de los celtas de la Bretaña baja.

sitado cierto geógrafo asiático llamado por apodo el *Bizno*, el cual, refiriendo sus aficiones y tocado, escribe de ellas que traian el cabello suelto, tendido á lo largo, y usaban constantemente floreados trajes (1); aficiones que al terminar la Edad Media tuvieron en cuenta los Reyes Católicos, cuando emprendida la pacificacion de España, dispusieron que cesaran en estas tierras belicosas y divididas los *bandos, parcialidades* y apellidos; y dando á la mujer justa importancia en su obra de pacificacion, la exceptuaron del rigor establecido para sus reinos en las novísimas leyes suntuarias, consintiéndola vestir seda y usar prendas de tocado que á las de otras provincias se vedaban (2).

No mentaré los actos de ferocidad sublime que el asiático escritor las atribuye.—Partícipes de aquella embriaguez furiosa, de aquel soberbio espíritu de independencia, carácter eminente de la raza cántabra, alta despreciadora del vivir, como dice el poeta (3), preferian sin vacilar para sus hijos infantes la muerte al cautiverio, siendo ministros de tal resolucion sus propias manos. Bárbara ley de bárbaras costumbres, de que limpió el tiempo á la sociedad humana, domesticada y convertida por la mansa y civilizadora ley del cristianismo.

Otra ley, empero, dura é inquebrantable, nunca abolida por el paso de los siglos, confirmada y bendecida por la religion nueva, la ley del trabajo, pesa hoy sobre la montañesa en idéntica forma que pesaba veinte siglos hace. «Las mujeres de los cántabros cultivan el campo» (4) decia el citado Estrabon, otro tanto hace nuestra moderna aldeana. Ved cuál es su vida: ella trabaja el maíz, el pan cuotidiano, desde que cae en semilla al surco, hasta que hecho harina y amasado entra á cocer dentro del horno. En Abril lo siembra, en Junio lo salla, en Octubre lo despunta, en Noviembre lo recoge, en Diciembre y Enero lo desgrana (5). Ella cosecha asi-

---

(1) "...*Crines mulierum in morem prolixam demittunt*..." "...*Mulieres semper vestibus utuntur floridis*."—Strabonis, *Geographica*, Lib III.

(2) Existen distintas Provisiones curiosas de los Reyes Católicos, claros testimonios de su acertada política, dadas en Sevilla y Granada desde los años 1490 á los de 1500, en que consta dicha excepcion á favor de las dueñas nobles de ambas Asturias, de Oviedo y Santillana y Provincias Vascongadas, limitada únicamente á la estancia y residencia en la propia tierra. Esto es, que cuando salian de sus montañas las mujeres del Norte, estaban obligadas á vestir con la modestia y recato impuestos á las demás españolas.

(3) "*Spernit novisse senectam*" Silius Italicus.

(4) *Mulieres enim agros colunt.*

(5) *Despuntar* el maiz es cortar la parte superior del tallo desde la mazorca ó panoja á la flor que se llama *pendon*, cuya parte, atada en haces y curada, sirve de pienso seco para el ganado.—*Desgranar* no es voz que necesite esplicacion. Lo que queda despues de desgranada la panoja, y es un vástago seco, poroso y liviano, llamado *garojo*, se usa mucho en la montaña en vez de corcho para tapar botellas y otras vasijas de cuello angosto.—La palabra *deshoja*, que viene luego, significa un acto precedente á la desgrana, el de quitar á la panoja las hojas que la envuelven. Hácese de noche este trabajo, y dá ocasion á regocijadas tertulias, así como la *hila*.

mismo la alubia en verano y esparce y cura la yerba segada en Otoño; al caer de la hoja, recoge en su delantal el fruto de los castaños y nogales que los varones apalean, y guía al pasto las vacas y sube al monte para bajar cargada con el coloño (1) de leña destinado á alimentar su hogar. Y sobre esta constante fatiga sufre la más penosa y difícil de regir y cuidar la casa y la familia.

Madre de dolores es la madre montañesa cuanto ninguna otra. Gasta sus años juveniles en criar numerosa prole, la cual, apenas llegada á punto de ser alivio á su trabajo, emigra y la abandona. Róbanle una parte las armas, otra vá á establecerse en Andalucía ó las Castillas, otra á morir en América, ó por lo menos á hacer tan larga residencia en sus lejanos climas, que cuando torna á la pátria no puede en bien de su madre otra cosa más que rezar sufragios en la iglesia y ponerle una pia memoria de piedra y hierro sobre su sepultura.

Privada de su descendencia masculina, quédanle sus hijas. Así comienzan estas temprano á sentir y conllevar la pesadumbre de las domésticas obligaciones, entrando asidas á la materna falda en la larga y dolorosa vía; así previenen el ánimo y endurecen los brazos; así son ayuda y compañía antes de dejar de ser cuidado; así, hechas ya mujeres, aceptan á su vez, sin recelo ni sobresalto, una vida igual á la que llevó su madre, porque todas sus angustias y laborioso curso les son familiares.

Acaso su mismo perpétuo desvelo y actividad de espíritu y de cuerpo preservan á la aldeana montañesa de tantas supersticiones vagas, comun dolencia de otras razas indígenas de suelo parecido al nuestro, ocupadas en labor más sedentaria y fácil: en el pastoreo por ejemplo.

Si adoleció alguna vez de esa fiebre espontánea que la soledad desarrolla dentro de las almas contemplativas y rudas, puestas en presencia de la naturaleza activa, opulenta y vigorosa, tiene olvidadas, tiempo hace, las creaciones con que poblara su pintoresca tierra la popular fantasía. No teme apariciones en el bosque, ni en el rio: la niebla entre los troncos, la luna sobre el agua, no la mienten visiones de humano rostro, lábio mudo, cuerpo impalpable é indefinido que comienza en el vapor cuajado y denso, en el reflejo recortado y limpio, para perderse en las menudas é infinitas gotas que sobre las hojas suenan, en los indecisos é interminados rie-

(1) En *colli onus*, carga del cuello, descomponen este vocablo montañés los etimologistas latinizantes puestos á buscar en la lengua madre del Lacio las raices de toda voz en pueblos latinos usada. Pero el *coloño* jamás carga sobre el cuello, siempre sobre la cabeza de la montañesa y aun del montañés.

les que á lo largo del cristal palpitan.—Visiones son estas que surgen ante los febriles ojos de la imaginacion, cuando ésta, desahogada y libre, tiende las alas y se levanta al cielo de su instintiva y rica poesía.—¡Cómo ha de volar la imaginacion de la aldeana, pobre pájaro cautivo, que lleva atada al pié la pesada losa de su cuotidiano afan y labor incesante! —Y como el pájaro prisionero persuadido de la inutilidad de sus alas las deja ociosas, y las alas con el ócio se le entumecen y embargan hasta ser impotentes para levantar el cuerpo que antes sostenian pujantes y tendidas, jamás cansadas, en la vasta region de los aires, así la montañesa plegó las de su fantasía, negándola todo vuelo más allá del blasonado y hendido dintel donde se abrigan sus hijuelos.

Cree, sin embargo, en tres cosas que no debiera: en la posesion del espíritu maligno, en el mal de ojo y en las brujas. —Contra el primero acude al exorcismo y la regla de San Benito, contra el segundo el amuleto de azabache, y de las últimas se defiende con procedimientos diversos, íntimos unos y recónditos, otros manifiestos y vulgares.—Ya únicamente por excepcion, disculpada hasta cierto punto por el apartamiento y oscuridad del sitio en que vive, y haciéndose perdonar su ceguera por el rubor y timidez con que la confiesa, supone la aldeana que la bruja hace mansion en el cuerpo de una vieja decrépita, la mas desamparada y mísera del contorno, haciendo gravar sodre esta desventurada inocente el ódio y la culpa de toda calamidad pública y privada. —Mas á menudo dá asilo al misterioso y maléfico ser en el tronco carcomido de un ciprés secular, cuyas rajadas fibras crujen á impulso del tempestuoso viento.—Como todas las criaturas de su ralea, la bruja escoge para sus maleficios las horas sombrías y calladas de la noche. Su agresion más marcada, su venganza favorita, consisten en sacar del lecho á la mujer de quien está sentida ó á quien tomó inquina, y esponerla desnuda á la intemperie en uno de los egidos del lugar. Señaladas son entre las convecinas cuántas han pasado por el trance de encontrarse á deshora en tal *cierro* ó en el otro *campizo* despiertas de su profundo sueño por el frio de la escarcha ó la humedad de la yerba rociada. A hablar verdad, no se halla entre los que afirman el hecho, hombres y mujeres, quien ose jurar á una cruz haber visto el caso por sus ojos, y á la vergonzosa camisona apurando toda manera de hacerse abrir la puerta de su domicilio con el menor ruido y escándalo posible; pero salva tan ligera duda, todos á la vez aseguran el suceso y lo certifican.—Para evitar contingencias semejantes, la montañesa precavida, si tiene razon ó sospecha de temer asalto y rapto nocturno, no se acuesta sin

poner bajo su cama una buena ristra de ajos, y asegurada con tal específico, se arrebuja y envuelve tranquila entre sus ropas á esperar el sueño, el cual no tarda en venir, traido por el natural cansancio físico, vencedor constante en sanos temperamentos de todo cavilar inquieto y temor fantástico.

Los esparcimientos y desahogos en que descansa la aldeana montañesa de la porcion triste y laboriosa de su vida, son la *romería* y el *corro* durante la Primavera, Estío y Otoño, *la deshoja* y *la hila* durante el invierno.

La descripcion de la romería nos lleva de juro á intempestivas digresiones de paisajista como nos aventurémos en ella. Desde los nevados riscos de *Nuestra Señora de la Luz* en Liébana, hasta el escueto islote de *la Vírgen del Mar*, en la marina de Santander; desde el monte de *la Aparecida* en la fragosa cuenca del Ason hasta la vega de *las Quintas* junto á Santillana; desde la Asuncion de *Balbanuz* entre los pasiegos, hasta el *Cármen* de Revilla, en la fresca mies de Camargo, no hay fiesta ni advocacion de la Santa Madre de Cristo, que no sea causa de convocar una de aquellas abigarradas y bulliciosas muchedumbres, esmaltando con los zagalejos rojos, las camisas blancas, los gregorillos de oro y púrpura, ya la impenetrable sombra de robledos y castañares, ya las escarpadas sierras de la costa, ó las fértiles praderías del valle.

Sobre el hervir confuso del gentío, los gritos de los vendedores y uno que otro relincho del caballo que trajo á un galan y aguarda atado á un roble el término de la fiesta, surge y predomina el batir sonoro de los panderos, montañesa música. Dos gigantescas panderas en manos de dos robustas tañedoras, que á la vez cantan, y á las que suele acompañar otra ú otras cantadoras de aficion, componen cada orquesta. Delante de ellas, puestos cara á cara y en dos filas, una de cada sexo, mozos y mozas bailan, ya que baile se llama el azanganado zarandeo de aquellos cuerpos. Dos tiempos ó aires distintos tiene este baile: uno tibio, *andante*, acompañado por el seco batido de los templados parches; otro *allegro*, «á lo alto» que decimos en la tierra, al cual se pasa súbitamente desde el andante, apenas la voz de las cantadoras inicia la copla, y dura lo que la copla misma, cesando con ella para convertirse de nuevo en andante. Báilase el andante meciendo perezosamente el cuerpo á uno y otro lado, desmayados los brazos, arrastrando alternativamente ambos zapatos sobre el suelo, dormilon descanso que aprovechan los bailarines para limpiarse el copioso sudor que les baña el rostro, y cambiar vecino con vecino *daque* (1) frase.—Pero se

(1) Vale en el dialecto montañés tanto como *alguno, alguna.*

oye la voz de la cantadora principal que entona sola el primer verso del cantar, y de pronto los brazos se levantan arriba, los dedos castañetean, y vénse con vivo compás saltar aquellas cabezas por cima de los inmóviles espectadores: entonces se cruzan las parejas, cambiando de lugar mozas y mozos, entonces los bailadores de nota despliegan su fantasía, haciendo toda especie de trenzados y tijeretas con los piés, de cuya habilidad no pierde un perfil ni una tilde su pareja, pues la gala y el *aquél* del danzar por parte de la aldeana están en no alzar los ojos y con ellos fijos en tierra seguir todas las mudanzas y peripecias del baile. ¡Singular espectáculo aquella larga, doble y ondeada fila de caras juveniles, frescas y sonrosadas, silenciosas é inmóviles, caidos los párpados, moviéndose á un compás á guisa de autómatas ó maniquíes, y que repentinamente, y todas á una vez, resucitan, abren los ojos, cobran la animacion del gesto, de la palabra y de la risa, cuando inesperadamente cesan música y danza!—Es que el baile montañés, más que diversion ó deleite, parece acto ceremonioso, y grave deber cumplido con severas formas y respeto impuestos por las más solemnes obligaciones de la vida.

Del orígen é inspiracion primera de las coplas con que se acompaña su música la montañesa, pudiera únicamente decir quien hubiera con profundo sentido crítico estudiado la interesante y difícil cuestion de la poesía popular y sus castizas fuentes.—No hay golondrina viajera, ni ráfaga de aire que vuele y corra lo que corre y vuela una cancion del pueblo. Pegada á una tristeza que ha consolado, á un recuerdo que lisongeó, á un sentimiento vago y mal definido del cual se hizo espresion pintoresca, viva y clara, camina horas y leguas, muda climas y latitudes, y queda donde al cabo vienen á encontrarla músicos ó poetas, capaces de sentir su melodía y penetrar su espíritu; pero no de desandar el invisible camino que hasta allí la trajo.

Eco de andaluza fantasía parece la voz de la montañesa cuando canta:

Estando en Misa mayor
Me miraste y te reiste;
Tál le parezcas á Dios
Como á mí me pareciste.

Pero es acento vivo y sincero de afectos locales y propios al decir la copla que sirve de epígrafe á estas hojas, ó esta otra:

Aunque soy hija de un pobre
Y morena de la cara,

No tengo mancha ninguna
Que no me la lleve el agua.

De más culta y sazonada malicia que la suya parece engendrada esta seguidilla:

Tiene la tabernera
Sortija de oro;
El agua de la fuente
Lo paga todo.

Pero es suyo el despecho femenil que improvisa esta otra:

Cásate con aquella
De pelo largo;
Echa un poco en la olla,
Verás qué caldo.

Hé aquí, finalmente, una cuya procedencia indudable es demostrada por un detalle geográfico:

Si vas á la Vizcaya,
Vizcaino mio,
No me traigas espejo
Que en tí me miro.

La cual prueba, además, que las soñadas rivalidades fronterizas de ambas provincias no resisten al poderoso halago del amor recíproco, y que la esquivez natural de las montañesas se rinde al brio y varonil arrogancia del eúscaro, de igual modo que al garbo vizcaino es á menudo sensible el más receloso y huraño cántabro. (1)

La montañesa canta mucho, tal vez porque en la vida se canta cuanto se llora, por lo cual, sin duda, canta más la mujer que el hombre.—No ya para lucir en pública porfía ó para que sus compañeras bailen, ni para ahuyentar el fastidio ó distraer sus huelgas ó sus jornadas, ó el tédio de sus faenas menores y sedentarias; más con frecuencia se la vé y oye en la márgen del rio bajo los alisos, ó encaramada en el alto peñon, medio escondida entre las erizadas árgomas, cantando sóla, sin causa evidente para ello, como no sea que asi como la oracion comunica con el cielo, el canto comunica con ese mundo invisible del ambiente de nuestras montañas, mundo que puebla la soledad, enciende claros destellos en las tinieblas y dá voz al silencio.—La voz humana palpitante y sonora es nota suprema en la misteriosa armonía de nues-

(1) Cantares oidos á una linda, honrada y famosa cantadora, natural de Solórzano, llamada Guadalupe Turuseta.

tra espléndida campiña, toque de luz de nuestro magnífico paisaje.—¡Qué seria del alma á quien castigaran sus mal regidas pasiones, si entregada á sí propia, su mayor enemigo, abandonada en medio de esta gloriosa naturaleza á la imponderable melancolía del crepúsculo invernizo, al enervador sosiego del abrasado medio dia estivo, no oyera impensadamente, tanto entre las húmedas nieblas de Diciembre, como entre las cálidas brumas de Julio, brotar ese acento humano, esa vibracion gozosa del alma pacífica y honrada, cuyo vigor ingénuo y juvenil frescura tanta suma de revelaciones y memorias y halagos y consejos traen!

Pero en ninguna ocasion emplea la montañesa los bríos de su garganta y la delicadeza de su oido sutil como en la de arrullar el sueño de su hijo ó distraer sus llantos primeros.—Su soberano instinto materno, olvidadas las alegres ó maliciosas coplas del corro y la romería, la recuerda y pone en sus lábios, á tropiezos con la memoria, estancias sueltas de romances heróicos ó fantásticos, y con mayor frecuencia y más puntualidad relaciones populares de la vida y muerte del Divino Jesús.—Y así como en los dolores y afanes maternos son iguales la ciudad y el campo, señora y aldeana, así usan entrambas modos iguales para satisfacer á una obligacion igual, á una ánsia idéntica de su ternura.—Yo no sé, del palacio timbrado en su fachada con prolijos cuarteles entre rapantes leones y el pobre caserío cuya gala mejor son los pabellones de panojas colgadas del tallado alero, cuál enseñó á cuál el romance que sigue, y que bajo uno y otro techo suena, dicho con más ó ménos aire, con mayor ó menor pulidez y para un mismo fin, el de entretener á un niño con la historia de una madre y de un hijo:

La Vírgen se está peinando
Debajo de una palmera;
Los peines eran de plata,
La cinta de primaveras.
Por allí pasó José;
La dice de esta manera:
—¿Cómo no canta la Vírgen?
¿Cómo no canta la bella?
—¿Cómo quieres que yo cante,
Solita y en tierra ajena,
Si un hijo que yo tenia,
Más blanco que una azucena,
Me lo están crucificando
En una cruz de madera?
Si me lo quereis bajar,

Bajádmelo en hora buena;
Os ayudará San Juan,
Y tambien la Magdalena,
Y tambien Santa Isabel
Que es muy buena medianera.

De una fuente única, la fé, son nacidos el arte que dicta estos romances y el arte que pinta los lienzos de Murillo. Esa musa sin forma ni nombre, que es el espíritu de una época, de un pueblo, de una raza, viste á la pura tradicion evangélica formas familiares y sencillas para que ni por tierna ni por ruda se excuse criatura humana de recibirla y comprenderla.—Sabe que por mucho que la razon madure y se aclare, nunca estará á sus alcances el misterio; y acudiendo al corazon en hora temprana, lo penetra y embebe en la esencia misma del misterio, para que ella sea parte integrante y necesaria de la vida del corazon.—Así crece luego el corazon y se dilata por la ancha esfera de la vida, tomando de aquel gérmen celeste el calor de sus mejores deseos, el vuelo de sus mayores esperanzas, como toma alientos del aire, luz del sol, agradecido al beneficio, sin preguntarles su razon ó causa.—Así cuando el hombre quiere obedecer á la voz de su discurso, que le enseña la obligacion de creer, hállase que el creer es ya para su alma dulce costumbre y necesidad imperiosa.—Así no vá con escusados alardes de estéril fuerza ó impotente audacia á conquistar ostentosamente la fé, sino que consigo la lleva y en sí la encuentra, sirviéndole de tácito consuelo, poderoso amparo y suave medicina en las amarguras, vencimientos y dolores agudos de la vida.

No sale de la romería la montañesa sin colmar el pañuelo de *perdones* (1), con los cuales irá camino adelante brindando á cuantos conocidos encuentra, ricos y pobres, hidalgos y escuderos, señores y criados, sin soñar en recibir desaire.

Si llega á su aldea antes de ponerse el sol, todavía alcanza el *corro*. El corro es la asamblea ociosa y femenina que se junta á matar la tarde de los dias feriados en un lugar de apacible sombra, inmediato al vasto rectángulo de la *bolera* ó sea palenque donde ejercitan los hombres sus bríos jugando á los bolos.—Las concurrentes al corro se ponen en círculos y en cuclillas, por el suelo, imitando las tertulias árabes

---

(1) "En esta tierra es uso llamar perdones todo lo que se dá en la romeria, porque se tiene por devocion, como si fuera pan bendito," dice uno de los personajes de la célebre novela *La Picara Justina*, escrita á fines del siglo XVI ó en los primeros años del XVII.—Probablemente tales objetos serian en un principio objetos piadosos y benditos, reliquias de vária especie, escapularios ó medallas, símbolo del *perdon* que habian ido á solicitar y traian granjeado los romeros y penitentes. Estendióse luego á todo lo que se dá en la romería, como reza la cita, y en la montaña se extiende de las golosinas y frutas, principalmente avellanas, traidas á casa para obsequio de los que se quedaron en ella sin participar de la fiesta.

de los jeques, tales como las dejó pintadas el francés Horacio Vemet.—Tambien, como en los arábigos círculos, se cuentan cuentos maravillosos en estos círculos cántabros; á otros los ocupa el *mus* ó la *brisca*, pero su más usado y general entretenimiento es dar un filo á la lengua en vituperio del prójimo.—Tambien aquí baila la gente moza, cuando el pueblo tiene cura que lo permite.

Las reuniones de invierno, la deshoja y la hila, no hay para qué definirlas, puesto que ellas solas se definen y explican. Han sido magistralmente pintadas por un autor (1) á quien apellidan algunos Teniers cántabro, movidos de la eleccion de ásuntos á que le ven inclinado, sin pararse en que la vena del escritor montañés es incomparablemente más pulcra y vária que la del insigne pintor flamenco. En sus libros, pues, hallará el curioso uno y otro cuadro trazado con la viveza de colorido y prolijidad de detalles que pueda apetecer.

AMÓS DE ESCALANTE.

(Continuará.)

---

(1) D. José de Pereda, en sus *Escenas montañesas*, primera y segunda parte.

DELIRIO.

¿Por qué á mis plantas se estremece el suelo
Y ese nublado el horizonte cierra?
Nada hay escrito para mí en el cielo,
Nada hay fecundo para mí en la tierra.
En torno mio luto y desconsuelo,
Aquí en mi corazon tormento y guerra,
¿Qué te puedo ofrecer sino mi llanto
A tí, mujer, á quien adoro tanto?

Yo me abraso en la llama del deseo
Y siento el corazon latir sin calma,
Cuanto sueño codicio y cuanto veo,
Y llevo el infinito aquí en el alma;
Más ancho mundo en mi delirio creo
Donde de gloria conquistar la palma;
Me consume una sed nunca estinguida.
¡Oh, quién pudiera devorar la vida!

¡Quién del ave que cruza el firmamento
Las alas rapidísimas tuviera;
Quién la hoja seca que arrebata el viento
Con las ventiscas del Octubre fuera;
La ola que en eterno movimiento
De una ribera corre á otra ribera,
O ese vapor que, trasformado en nube,
Hasta las plantas del Eterno sube!

Huir contigo, arrebatarte lejos,
El mundo recorrer libres y errantes
Cual golondrinas que sus nidos viejos
Huyen un dia, por volar distantes;
Del alba y de la tarde á los reflejos
Hallarnos siempre solos, siempre amantes
Y en un nuevo horizonte cada dia
Decirnos nuestro amor, nuestra alegría.

Y á los trémulos rayos de la luna,
Extraviados en el bosque espeso,
Evocar nuestras dichas una á una,
Mirándonos los dos con embeleso;
Saborear allí nuestra fortuna,
Los lábios engarzados en un beso,
Y reposar despues sobre las flores
Entre sombras y sueños y rumores.

Y abandonarnos en batel de pluma
Del mar sereno al caprichoso empuje,
Surcos abriendo de hervidora espuma
La quilla audaz que á nuestro peso cruge;
Verlo despues, en arrogancia suma,
Cómo violento y orgulloso ruge,
Y náufragos arroja desmayados
A tierra nuestros cuerpos abrazados.

En las montañas que corona el hielo,
Cuyas laderas la avalancha hiende,
Que con fragor precipitada al suelo
De la encumbrada cima se desprende;
En los risueños valles, bajo el cielo
Que el rojo sol del Mediodía enciende,
Del lago azul en la arenosa orilla,
O en la cabaña rústica y sencilla.

Al borde del torrente fragoroso
Que, quebrando la luz en mil destellos,
A nuestros piés revuélvase rabioso
Salpicando, al saltar, nuestros cabellos;
Ya entre la paz del templo silencioso,
Ya al ver del Arte los despojos bellos,
Exalar de nuestra alma la ventura
En un himno de amor y de ternura.

Mas ¡ah, delirios! El deseo, en vano,
De esos paisajes nuestra mente llena
Y el pensamiento los recorre ufano,
Avaro de placer y harto de pena.
La realidad con aterida mano
A la nada cruel nos encadena.
Aun me queda tu amor; no más anhelo.
¿Cuánto ese sol alumbrará mi cielo?

EMILIO FERRARI.

Sin embargo, todavía no resuelve ni aclara nada este dato. —Asistieron á la fiesta, aunque con intachable arreo, solas como de costumbre.—Se observó que no quisieron bailar, no obstante las muchas invitaciones que otros tantos despreocupados las hicieron.—La incipiente juventud no se atrevio á tanto desde que notó que las damas *distinguidas* las miraban de reojo.

Esto era muy significativo.—No pudo averiguarse, por más que se registraron al otro dia los billetes de convite entregados al portero del salon, qué sócio las habia dado la credencial para entrar allí.

Inútil es decir que estas nuevas confusiones escitan más y más el afan de las conjeturas acerca de las desconocidas.—Las señoras del pueblo comienzan á ocuparse de ellas con alguna vehemencia, y tambien se dividen en pareceres.

No falta ya quién asegura que son dos princesas rusas que se han propuesto darse, á todo gusto, un paseo por Europa. Pero como hay tambien quien afirma que hablan el castellano, y hasta con cierto dejillo andaluz, se conviene en que *serán* dos sevillanas de buen humor, cuyos maridos llegarán de un momento á otro.

Esta suposicion coincide con el aserto de un curioso, de que, segun noticia de Pedro, tomada de Juan, que á su vez la tomó de Felipe, las dos incógnitas tienen letra abierta en una casa de comercio de las más respetables de la plaza.

Y entonces es cuando empieza á vacilar la repugnancia que hácia ellas sentia la femenil sociedad indígena. Y tanto vacila y tanto decae, que si á la sazon no asisten aquellas al más encopetado baile particular, ó la tertulia más *entonada*, es ó porque no ha habido una disculpa para invitarlas, ó porque ellas no han querido aceptar la invitacion.

Tal sube y baja en el humano criterio el concepto que en él se forjan los hombres... y las mujeres, dejándose seducir por las apariencias.

Un dia se observa que al pasar junto á uno de esos forasteros bullidores y *omniscientes*, en lo que respecta á pueblos, tipos y costumbres, y de quien hablaré al lector más adelante, le sonrien con inusitada familiaridad, á cuyo agasajo corresponde él flagelando el vestido de la rubia con dos golpecitos de baston.

Entonces se le asedia, se le acosa, se le marea con preguntas de todos los colores.

Asómbrase el interpelado del asombro de los interpelantes y dáles una respuesta brevísima.

—No es posible!—se le replica.

—Con verlo basta, caballeros.

Desde el dia siguiente se las mira en la calle como á *gente conocida;* y se observa un hecho bien opuesto á todo lo usual y corriente en el trato social; y es á saber, que á medida que van ellas ensanchando sus relaciones entre los antes codiciosos de sus miradas y preferencias, van estos escatimándolas sus atenciones en público; es decir, que más se aislan cuanto más se comunican.

Muy poco tiempo despues tiene lugar el completo eclipse de estos dos astros que aparecieron entre los de primera magnitud.

Y llamo *completo* al eclipse, porque se necesita un ojo muy avezado á la observacion para distinguirlos, de vez en cuando, en las alturas de un palco segundo, oscurecidas ya por la luz de una candileja, ó describiendo, como fuegos fátuos, caprichosos giros y recortes en el Muelle, al desembarcar en él los indianos de un vapor-correo.

JOSÉ M.ª DE PEREDA.

(Continuará.)

A....

¡Ya no tengo esperanza
de que acabe jamás la pena mia,
pues, al perder en tí mi confianza,
no he perdido el amor que te tenia.

CAMPOAMOR.

EL AVERIGUADOR DE CANTABRIA.

23. Dice el Sr. Pereda en su precioso libro *Escenas montañesas*, artículo titulado *La buena gloria*, que el autor de un entremés alusivo al asunto de que trata en aquel delicioso cuadro de costumbres, tuvo el mal gusto ó la abnegacion de morirse sin descubrir su nombre. Al que nos participase quién hubo de ser, se lo agradeceríamos en estremo.

X Y Z.

24. ¿Desde cuándo se conoce en esta provincia la hermandad ó cofradía de la Vera-Cruz, y cuál es su orígen?

E. P.

25. ¿Por qué supone el Sr. M. de C.-M., en la pregunta número 19, que el autor del ms. titulado *Memorias á Santander y espresiones á Cantábria*, fué Fr. Ignacio de Bóo Hanero?

X Y Z.

Contestacion á la pregunta 5.ª

El autor de los *Entretenimientos de un noble montañés amante de su pátria*, fué D. Francisco Xavier de Bustamante, que floreció en el siglo pasado. Hay dos copias de él en esta provincia.

T.

Contestacion á la pregunta 13.

Las iniciales del traductor anónimo de *Lucrecio* corres-

ponden exactamente á las del abate D. José Marchena Ruiz de Cueto, que debió hacer este trabajo un año antes de su salida para el extranjero, perseguido por el Santo Oficio, á causa de sus primeros escritos impíos.

Hay noticia de otros cuatro ensayos de traduccion del poema *de rerum natura*, el del célebre marino D. Gabriel Ciscar, que insertó algunos fragmentos en sus *Ensayos Poéticos*, (Gibraltar, 1816) el de D. Francisco Javier de Búrgos que perdió el ms. en Granada, en 1813, el de D. Alberto Lista, y otro debilísimo del que esto escribe, ninguno de los cuales pasa de la invocacion.

La traduccion de Marchena es completa, aunque muy desigual é incorrecta.

M.

Contestacion á la pregunta 21.

El autor de la traduccion de la *Poética* de Horacio en ménos sílabas que el original, impresa anónima tres veces, una en Barcelona, otra en París y la última en Madrid (1862), al fin de las *Obras del Marqués de Gerona*, fué D. Juan Antonio de Horcasitas, intendente de Burgos en la segunda mitad del siglo pasado. Hemos visto el ms. autógrafo que posee nuestro amigo el Sr. Marqués de Casa-Mena. Debieron correr en su tiempo muchas copias sin nombre de autor y tres de ellas vinieron á manos de los Sres. Peñalvér, Ferrer, y Castro y Orozco, á cúya diligencia se deben las ediciones apuntadas. D. Juan Gualberto Gonzalez dice haber visto otro ejemplar ms. de esta version en la biblioteca del consejero de Estado D. Fernando de Laserna. Hay otra traduccion en menos sílabas hecha por D. Rafael Crespo, catedrático que fué de Jurisprudencia en Zaragoza á fines del siglo pasado y comienzos del presente, y autor de una especie de novela política en sentido realista titulada *D. Papís de Bobadilla*. La traduccion referida obraba manuscrita en poder del difunto hombre político, eminente orador y literato, D. Antonio Aparisi y Guijarro.

M. M. P.

SECCION BIBLIOGRÁFICA.

NOTICIA HISTÓRICA DE LAS BEHETRÍAS, *primitivas libertades castellanas, con una digresion sobre su posterior y tambien anticuada forma de fueros vascongados, por don Angel de los Rios y Rios, C. de la Academia de la Historia.* Madrid: imprenta y fundicion de la viuda é hijos de J. A. García, 1876.

Con intento de que precediese á su frustrada edicion del *Libro Becerro de las Behetrías* trazó el muy erudito escritor montañés D. A. de los Rios y Rios el precioso estudio que hoy separadamente publica. Investigar el orígen probable de aquellas singulares instituciones, deslindar claramente sus límites y carácter, explicar las trasformaciones que sufrieron en diversos períodos de la edad media, compendiar cuanto en nuestras leyes se refiere á las *benefactorías*, reconstruir en lo posible aquel estado social con las escasas noticias de él que hasta nosotros han llegado: tal es la empresa dignamente realizada por el docto académico. Largamente expone el Sr. Rios el sistema tributario de las Behetrías, las relaciones entre el señor y sus vasallos y las de unos y otros con el Rey; claramente señala los límites del condado de Castilla, valiéndose de un casi ignorado documento, exorna y ameniza su trabajo con otras no menos curiosas digresiones, habla con sagacidad y erudicion sobremanera notables del carácter y formacion del *Fuero Viejo* de Castilla, discute hábilmente la naturaleza y legitimad de los *Fueros vascongados* probando que *no son otra cosa que la libertad primitiva, conservada algun más tiempo que en la generalidad de la Península,* llega á tratar las cuestiones relativas á la composicion del *Becerro,* opinando atinadamente que D. Alfonso XI mandó hacer las pesquisas, terminándose éstas en tiempo de D. Pedro, y explica por último la muerte ó desaparicion de las behetrías en posteriores tiempos. La copia de datos recogidos en esta memoria es inmensa, las conjeturas probables en materia tan sujeta á dudas y divergencias, el lenguaje puro y castizo, el estilo correcto y lleno de sabor

erudito de bonísima ley. No haremos cargo alguno al autor por cierta falta de método, puesto que él la reconoce, y no altera, además, en parte sustancial el encadenamiento de los hechos y de las reflexiones. Lo que sí hubiera sido conveniente, alguna division en párrafos, capítulos ó cosa semejante que hiciera más descansada la lectura y contribuyera á fijar con más distincion las ideas en el ánimo de los lectores. Fuera de esto y de algún punto más ó ménos dudoso, como el de Bernardo del Carpio, cuya existencia se inclina á admitir el Sr, Rios, cuando, segun entendemos, fué este héroe una creacion poética de la fantasía nacional para oponerle al Roldan de los franceses, creacion formada con muy varios elementos, entre ellos el recuerdo del *Pros Bernat*, conde de Ribagorza y de Pallars; fuera de esto, decimos, y de alguna otra cosilla de poca monta, como el atribuir al Lope García de *las Bienandanzas* la portentosa prole de aquel antepasado suyo que murió sobre Algeciras, el libro es doctísimo, curioso, agradable, y honra en gran manera el talento y la erudicion de su autor, digno compatriota de Floránes, del P. La Canal y de Martínez Mázas.

Por *apéndice* acompañan el *Fuero de Cervatos* y el de *San Salvador de Cantamuda*, hasta hoy inéditos.

M. P.

Por la abundancia de materiales no reproducimos en este número un bellísimo y magistral artículo crítico del Sr. Menendez y Pelayo acerca de los *Bocetos al temple*, de nuestro colaborador D. José María de Pereda, publicado en nuestro apreciable colega *El Aviso;* pero le insertarémos en el número siguiente.

F. M.

FLORINDA Y D. RODRIGO.

AL EXCMO. SR. D. AURELIANO FERNANDEZ GUERRA,

DE LAS REALES ACADEMIAS ESPAÑOLA Y DE LA HISTORIA.

He recibido, mi respetable amigo y favorecedor, el lindo folleto *Don Rodrigo y La Cava;* temo extralimitarme, como en mis observaciones sobre el *Libro de Santoña* y en cuanto mi pluma emprende, segun pública y privadamente he confesado; pero, confiando en la bondad de V., voy á imitar, si puedo, su independencia crítica, ya que no pueda el culto y amenísimo estilo.

Tambien á mí me ha sucedido, aunque en sentido contrario, algo parecido al primer cuento de los que sirven de preliminares al de *la Cava;* y, en cuanto al segundo, me parece que cualquier persona razonable, menos el antojadizo millonario que V. nos pinta, creería en la fé de bautismo de la mujer de Alonso Cano, antes que en la enunciativa incidental y no pensada del Sr. Hartzembusch. Más diré, con ejemplo propio; que hasta en fées de bautismo puede haber contradiccion; pues hace doscientos años se llamaba mi quinto abuelo Juan de Mier, cuando no tenia necesidad de poner otros apellidos, y despues su hijo y todos sus descendientes nos apellidamos de los Rios, en virtud de sentencia ejecutoriada y por igual razon que el último D. Juan *Nuñez de Lara*, Señor de Lara y Vizcaya, se llamó así, aunque hijo y nieto de dos D. Fernando *de la Cerda*, y biznieto de D. Alfonso *el Sabio*.

No puedo menos de desconfiar, querido amigo y maestro, de nuestra insaciable lectura y más insaciable imaginacion. Cuando yo leí por primera vez el discurso de recepcion de V. en nuestra Academia de la Historia, quedé convencido de que la conjuracion contra Venecia, en tiempo del grande Osuna, fué un mitho; despues, la misma Academia me envió en el *Memorial histórico* la biografía de un *Duque de Estrada:* tan conocido mio, y toda su familia, como la mia propia, donde se declara él mismo complice y actor que debia ser muy principal, en la supresion de aquélla inquisitorial república. Leí tambien el discurso acerca del Fuero de Avilés,

inclinándome, con V., á tenerle por falso; y hallé despues en análogas condiciones el de Melgar de Fernamental, el de Castrojeriz, y el del Valle de Gama publicado por Salazar de Castro, que hè visto legalmente autorizado, y conforme, aunque en castellano, á una ley de ocho años antes dada en las Córtes de Nájera de 1138. Halló en castellano, más moderno aún, el Ordenamiento de estas mismas Córtes, mezclado con las reformas que en él plugo hacer á D. Alfonso XI, cuando celebró las de Alcalá de 1348. En fin, tengo delante el Fuero general de Navarra; publicado últimamente por su Diputacion provincial y Archiveros como el auténtico y tradicional que se viene guardando en el foro y en la Cámara de Comptos, y hallo que, titulándose Fuero de Sobrarve, está copiado hasta en las firmas del de Tudela; se dá por hecho prévia consulta con el Papa Aldebano, (Hildebrando) lombardos y franceses, eligiéndose despues Rey á D. Pelayo; y dice que D. Rodrigo, hijo de Witiza (!), fué derrotado en el campo de Sangonera, entre Murcia y Lorca, (donde sabemos indudablemente que lo fué Theodomiro) y que yogó con la mujer, no con la hija, del conde D. Julian.

Hétenos, pues, en el campo del tercer *cuento*, segun V.; segun mi pobre criterio, historia, con algunas circunstancias erróneas, añadidas, ó exageradas.

Abandono por tales la del zancarron de Mahoma, y la casa fuerte, cueva, ó palacio de Toledo en que cuentan halló don Rodrigo, en vez de los tesoros que buscaba, árabes pintados, *como por ellos solos*. Pero lo demás que V. nos dice, con referencia al egipcio Abderrahman ben-Abdel Háquem, escritor del siglo IX, sobre la traicion del conde D. Julian y su motivo, lo hallo conforme con otras muchas relaciones árabes que cita nuestro malogrado compañero y discípulo de V. Lafuente Alcántara, en su traduccion de la Crónica *Ajbar Majmua;* con la relacion circunstanciada del Monge de Silos, en el siglo XI; y hasta con la más lacónica del Obispo D. Sebastian, á nombre de D. Alfonso el Magno: estos dos contemporáneos del egipcio antedicho, y que recogieron las tradiciones de los viejos y de sus antecesores, algunos de los cuales, como D. Alfonso *el Casto*, casi pudieron conocer actores en la pérdida de España.

V. mismo nos dice, y en ello dice bastante, que Isa ben-Ahmed Ar-Razi, á quien conocemos por *El moro Rasis*, al retocar y adicionar la Historia de España escrita por su padre, no solo añadió lo fantástico y novelesco del egipcio ben-*Abdel Háquem* «sino que hubo de presentarlo con nuevos episodios y mayor colorido y viveza.» Y quien no respetó la obra de su padre ¿respetaria más la fama póstuma de D. Ro-

drigo y su infeliz víctima? Hasta el adusto P. Mariana acepta —probablemente por lo que tiene de comun con la historia de David y Bersabé—la version de un romance que dá por causa inmediata de la amorosa fechoría haberse entretenido Rodrigo en acechar, Florinda y sus compañeras, creyéndose solas, en medir, cuál tenia más.... necesidad de ligas largas.

Vamos, pues, conformes en que la materia era placiente á muslimes, que no aguardan mejor paraiso, y agradaria especialmente á otro historiador árabe que se decia *Ebu Al-kotiya*, esto es: *hijo de la Goda;* suponiendo ser descendiente de una hija única de *Olmundo*, primogénito de Witiza; y dando por fianza mil aldeas justas, que cuenta se dieron por premio de la traicion al tal abuelo, así como á sus hermanos *Rómulo* y *Ardabasto.* Esto sí que parece *cuento* del interesado; por lo menos ningun historiador cristiano dá tales nombres á los hijos de Witiza. El monge de Silos le dá dos, y á D. Oppas que únicamente nombra á D. Sebastian y fué hermano. La crónica Ajbar Majmua nombra solamente dos: *Obba* y *Sisberto.* En fin, todos los adobos arabéscos, hasta los de Al-Mackari, escritor del siglo XVII, no quitan, aunque ofusquen, la sustancia del hecho. Al crítico toca separar la hojarasca.

«Nuestros cronicones latino-hispanos», continúa V. hablando ya por su cuenta «dictados por obispos y sacerdotes, conserváronse por fortuna limpios de mentiras y fábulas, desde el año 410 hasta el de 1110, y no cayeron en la tentacion de falsificar al último godo.» (D. Rodrigo.) Suscribo, no teniendo por fábulas, ni mentiras, errores ó exageraciones, y supongo que ajusta V. tanto las fechas porque hácia la última empezó la anarquía del reinado de Doña Urraca, y empezaria el obispo D. Pelayo de Oviedo á injertar en esos cronicones lo que le placia y á su sede convenia, segun está averiguado, y, segun yo creo, por envidia de D. Diego Gelmirez, que iba sublimando por no mejores medios su sede compostelana. Pero, conforme con las premisas, no puede estarlo con la consecuencia de que el Monge de Silos tomó la conseja de D. Rodrigo y la Cava de las historias escritas *desde* 850 por los muladíes y árabes españoles; ni, menos, con que estas fuesen «leidas con avidez, lo mismo á orillas del esclavizado Guadalquivir, que en las libres del Nalon y Arlanza.» Pase por las primeras, pero del Duero acá ¿cómo? ¿En árabe? Aun hoy lo estudian muy pocos cristianos. ¿En traduccion latina, castellana, ó aunque fuera bable? Ni la encuentro, ni hubiera dejado de aprovecharse para los cronicones de D. Sebastian, Emilianense y Albendense, todos posteriores á 850. Pero su contexto demuestra, por el contrario, que no tenian noticia, ni aun del cronicon de Isidoro Pacen-

se, aunque escrito en la misma lengua y por un obispo de la misma religion; así como este parece no tuvo noticia de la existencia y hechos de D. Pelayo, aunque yo más creo se vió precisado á callarlos. Por otra parte, si el Monge de Silos escribió finalizando el siglo XI, está comprendido su cronicon en los que V. cree limpios hasta 1110; y con eso, y sin eso, me parece muy aventurado decir que, para dar sitio á la conseja de D. Rodrigo y la Cava, «le fué necesario descoyuntar la cronología y regalar tres años de reinado al infeliz Rodrigo, en vez de los únicos seis ó siete meses que hubo de empuñar el cetro.»

Semejante asercion exigia más pruebas que la notita donde se atribuye el mismo error al Monge de Albelda, «que escribia en 883». Quien acabó de escribir en 883 fué el autor del cronicon Emilianense, que algunos creen fué Dulcidio, obispo de Salamanca, sucesor, aunque no inmediato, de Sebastian; su discípulo y ayudante, acaso, en la tarea de continuar la historia de los Reyes godos y asturianos. El Albeldense, ó sea el Monge de Albelda Vigila, copió del cronicon Emilianense, añadiendo hasta el año 976 que acabó de escribir. Ambos dan á Rodrigo tres años de reinado; y, si el Monge de Silos empezó á contarlos desde 709, tambien puso en el mismo año la derrota del Guadalete; de modo que van acordes los tres con el Pacense y con V. en el punto de partida, aunque alguno calculase mal los años trascurridos desde la invasion, como los que la ponen en 714. Todos estos errores y otros muchos debieron nacer de la diferencia entre el año árabe, ó de la Ejira, y el verdadero, que hasta muy más recientes é ilustrados tiempos no se ha podido concordar.

Es verdad que el Pacense, autor contemporáneo de la invasion, solamente dá un año de reinado á D. Rodrigo; pero esta es la verdad respecto á *Pax Julia*, ó Beja, donde este su obispo escribia (1) y á mucha parte de la sometida España; no para los cristianos que seguian resistiendo, ni para sus antiguos cronistas. Ninguno de estos, ni aun el Pacense, afirman que Rodrigo muriera en la batalla del Guadalete, como se halla en una *enmienda* de Mariana al continuador del Biclarense. La más antigua relacion de los árabes, conforme con la de D. Sebastian, Emilianense y Albeldense dice no saberse qué fué de él, ó cómo murió; solo añade que se hallaron restos del regio traje por haber caido con el caballo en un lodazal (2). El mismo Pacense nos asegura que conti-

(1) Estando Muza en el sitio de Mérida, se le rebeló Sevilla, concurriendo otros rebeldes de Beja y Niebla, que tambien habria sujetado antes. (*Ajbar Majmua*, p. 30.)

(2) *Ajbar Majmua*, traduccion de Lafuente Alcántara, p. 22. Escusado es hacer caso de otras traducciones donde se dice *mató* Dios á Rodrigo *y todos* sus compañeros.

nuó, no solamente la guerra extranjera, sino la civil; los árabes nos refieren que Muza encontró gran resistencia en Mérida y no la entró hasta Junio de 713 *por capitulacion;* nada inverosimil es, por tanto, que Rodrigo mandase allí, cuando el Silense dice que siguió guerreando contra Muza, y V. mismo halla indicios de que la familia y amigos de Rodrigo fueran lusitanos. Así seguiria combatiendo en retirada hácia Galicia, hasta morir con las armas en la mano, como expresamente dice el Monge de Silos, y probablemente en las inmediaciones de Viseo, donde halló su sepulcro el obispo D. Sebastian. Aceptando, pues, las exactísimas pruebas con que V. fija el principio del reinado de Rodrigo entre Enero y Julio de 711, (por supuesto más cerca del primer mes) repito que el fin no fué en la batalla del 26 de Julio, sino despues de Junio de 713, corriendo ya el tercer año desde la proclamacion, y siendo aun *Rey de los godos* en Viseo, como declara su epitafio; que no más ancho era el reino de Pelayo en Covadonga.

Pero vamos *al hecho,* segun decia incesantemente cierto Presidente de Sala á los abogados que divagaban. Otro magistrado, gran fisiólogo, ha hecho proverbial la frase: *¿quién es ella?*, donde buscaba el hilo de toda causa criminal. ¡Y quiere V. negarnos la verosimilitud del agravio de Florinda y de la venganza de su padre en el siglo..... ¿qué digo en el siglo? en la media docena de años que mediaron entre Witiza, soltando todos los diques al apetito carnal, y Abdalasis, cayendo bajo el puñal de sus mismos parientes, por inclinarse á la viuda de Rodrigo mucho menos criminalmente que este á la hija de Julian! El pundonor español de todas épocas protesta contra la traicion solo por aficiones traidoras, y dice con la musa popular:

«No se extrañen los que oyeren
alguna cosa indebida,
que Rey tirano y aleve
vasallos traidores cria.»

Omito los manoseados ejemplares de Lucrecias y Virginias, teniendo el de nuestra Doña María Coronel y su más frágil hermana, que no tuvieron padre para vengarlas, porque no esperó á sufrir tanto. Prescindo de los más abundantes casos como el que refiere el Pacense del emperador Heraclio, acometiendo á serlo por amor de su prometida Flavia, que el antecesor Focas le llevó de Africa, y no sé si algo más. Otro hecho contemporáneo y muy curioso hubiera V. podido hallar en esos mismos autores árabes que nos cita, y me ha hecho recordar el que atribuye la crónica rimada de Castilla

y del Cid á cierto arcipreste y la infanta de Navarra D.ª Sancha. Cuenta Al-Hichari (1) que cuando Muqueit, uno de los tenientes de Tarik, se apoderó de Córdova, haciendo prisionero al rey ó gobernador y su familia, notó que una muchacha, la más sobresaliente en hermosura, la ostentaba ante el vencedor demasiadamente. Puesta en prision y amenazada, confesó que habia intentado enamorarle y tenia preparado un lienzo envenenado para cuando lo hubiese conseguido. Entonces Muqueit dijo: «Si el alma de esta muchacha estuviera en el pecho de su padre no hubiera yo conquistado á Córdova en una noche.»

Hé aquí otra prueba, tambien, de la corrupcion de costumbres que reinaba entre los godos. Sin embargo, y aunque tantos testimonios históricos la atribuyan principalmente á Witiza, el Pacense solo dice que *aunque petulante* fué clementísimo, y no disimula ser de su partido en la contienda civil. Don Sebastian, aunque tambien obispo, escribiendo cuando ya estaba derogada la soltura, (que parece no llevaron muy á mal otros eclesiásticos) declama enérgicamente contra ella; aplica á Witiza las palabras del salmo: «*sicut euqus et mulus quibus non est intellectus*,» y dice que, despues de tener muchas mujeres y concubinas, mandó tener mujeres á los obispos, presbíteros y diáconos; cuya maldad fué causa de la pérdida de España, porque los Reyes y sacerdotes abandonaron la ley de Dios. Y si todo esto comprendió el Pacense en las palabras «*quamquam petulanter*, *clementissimus*,» etc. ¿qué deberemos entender de lo que dice despues D. Sebastian, de Rodrigo: «*huic scéleri finem non imposuit*, SED MAGIS *Ampliavit*?» Paréceme que, despues de tener el Rey Witiza cuantas mujeres y concubinas quisiera, no podia llegar á más el sucesor, sino teniendo aun *las que no quisieran:* que es precisamente el caso de Florinda, (ó como quier que ella se llamase) referido con más claridad por el Monge de Silos y los historiadores árabes.

Réstanos el ajuste de fechas, que es cuestion muy secundaria respecto á la esencia de los hechos. Juzga V. por la combinacion de algunas, señaladas por los escritores árabes, que, caso de haber tal ultraje, el autor no fué D. Rodrigo, sino Witiza. Pero si esos mismos autores lo atribuyen á Rodrigo, y en ello convienen los cronicones cristianos, ¿dónde se debe creer la equivocacion sino donde otras muchas abundan, y en lo que pende de un número mal trazado, de un copiante distraido? Quédese á los Pellicer y demás secuaces de su escuela, por no decir de sus pasiones provinciales, dar más

(1) *Ajbar Majmua*. Apéndices, p. 195.

valor al silencio (ya esplicado) del Pacense, y al solo nombre de *Iuceph* escrito en el cronicon Emilianense y copiado en el Albendense, que á muchos nombres, fechas *y hechos* que de D. Pelayo, su hijo y yerno refieren los mismos cronicones, mientras caben naturalmente las generaciones desde 718 á 754; quédese por lo que es, por terquedad envidiosa, empeñarse en que solo despues de esta última fecha (y de los Garci Ximenez, etc.) pudieron existir y reinar. Esos mismos autores árabes que ustedes, los que estaban en mejor situacion para entenderlos, nos han dado á conocer, dan el último golpe al necio sistema, refiriendo cómo en el emirato de Okba ben-Al Hachah (734 á 739) habia ya un rey cristiano llamado Belay, que fué perseguido hasta sus últimos atrincheramientos de Asturias, sin duda por tener muy probada su inflexibilidad anteriormente. Segun otros, la rebelion ostensible, es decir, cuando ya daba cuidado, fué en tiempo de Ambeza; (721 á 725) y segun Al-Makari, se fugó de Córdova Pelayo en 717 (1). ¿Habrá cosa más natural que empezar al año siguiente el reinado en la célebre cueva?

«Digamos del conde Julian.» Pero no repitiendo consejas, sin correctivo, cuando tratamos de aclarar una crísis célebre y de inmensas consecuencias en nuestra historia. Dice V. que el Pacense le llama nobilísimo, lo cual equivale á visigodo, sin que obste el nombre romano que lleva. Por estas señas, y el número 40 á que se refieren, deduzco que es de la edicion de Florez en la *España Sagrada;* y que donde se imprimió *Urbani* lee V. *Juliani*. No veo dificultad en que este fuese el padre de *la Cava;* ni aun de que esta mereciese tal nombre de los moros por haber sido efectivamente *mala mujer* de Rodrigo, que la tenia legítima. Pero tambien es posible hubiese un *Urbano* de las cualidades que se le atribuyen, y se diese á Florinda ese mal nombre por haber suscitado la venganza de su padre y la pérdida de España. Para todo quisiera el apoyo de algun códice, ó la expresion terminante de otros fundamentos que no veo.

Lo que veo es que, despues de referir la gallarda defensa de Ceuta por D. Julian, dice V. que «el conde Julian echa sus cuentas y halla que ninguna le sale tan buena como entregar las ciudades y castillos de su mando..... é ir á la parte en las afortunadas empresas y aventuras de los sectarios de Mahoma.» Voy á ver los textos árabes con que V. autoriza esto, y hallo que los dos más antiguos Ben-Ab-del-Háquem y la crónica *Ajbar Majmua*, refieren inmediatamente antes la muerte de Witiza, el entronizamiento de Rodrigo y su desa-

(1) *Ajbar Majmua*, Apéndices, p. 230.

guisado con Florinda; poniendo por consecuencia de este la traicion de Julian. En fin, voy á ver las fechas, y hallo que ben-Abdel-Háquem la pone exacta, en la Egira 92, (710 á 711 de Jesucristo) y *Ajbar Majmua* en la Egira 90, cuando ni habia muerto Witiza, ni habia sucedido todo lo demás. Y vuelvo á preguntar ¿es recta crítica preferir la fecha sola al texto del mismo autor, y á otro autor que lo refiere igualmente con la fecha exacta; ni sacar por consecuencia que el forzamiento, si le hubo, fué hecho por Witiza; y que los traidores lo son por temperamento, por miedo cobarde, ó por algunas miserables conveniencias? Eso podrá ser en nuestros tiempos, y aun no tanto en la España de Bailen y Zaragoza, que hasta cuando se *pronuncia* prefiere la destruccion al saqueo, salvo contadas escepciones. Paréceme que los recuerdos de alguna de estas han oscurecido el claro espejo crítico que todos nos complacemos en consultar y aplaudir ordinariamente.

¡Los autores árabes! Si se quiere otra prueba de lo que puede fiarse en su escrupulosidad sobre fechas ó circunstancias accesorias, el mismo ben-Abdel Háquem dice, con referencia á unos, que Muza se presentó despues de la victoria al califa Walid, segun otros, al sucesor Suleiman; pero todos convienen, y el Pacense con ellos, en que entonces fué cuando se decidió la disputa entre Tarik y Muza sobre la célebre mesa (ara probablemente) de oro y piedras preciosas, que ambos sostenian haber ganado; sentenciándose á favor de Tarik por la treta de guardarse uno de los piés, y siendo condenado Muza á una multa exorbitante.

Concluyo, mi querido protector y amigo, aceptando la premisa final de V. y sometiendo al juicio del público las consecuencias que respectivamente sacamos. «Bien podríamos sin recelo de equivocarnos suponer que no fueron agravios sino beneficios los que Julian recibió de Witiza.» Ciertamente, y su cargo de Conde ó Gobernador de Ceuta lo declara, confirmándolo la defensa obstinada que de aquella plaza hizo, hasta que repentinamente se convirtió en traidor; y no traidor, que se retirase á gozar un precio vil, sino enemigo tenaz que no se sació sino con la ruina de la misma patria que defendiera. Buscamos la clave y..... «¿Dónde hay mayor agravio que el beneficio para un corazon perverso?» pregunta V. La ingratitud del Soberano para un corazon noble y patriota, respondo yo; la deshonra para un padre, dirá cualquiera y dice la Historia. Pero, dejándonos de razonamientos fisiológicos, el sencillo y vulgar sentido comun deducirá que, habiéndose levantado Rodrigo contra Witiza, debia estar propenso á cumplir su gusto, al par que deshon-

rar á uno de los Capitanes contrarios, más bien que éste á rebelarse contra un bienhechor, á quien habia dado pruebas de agradecimiento.

«¿Qué más querrían los desleales y ambiciosos de todos los siglos y naciones, que tener para su disculpa una Florinda?» esclama V.; y yo añado: ¿Qué más querrían los Tarquinos, Apios, Teudiselos y Borgias, por no decir los más recientes y peligrosos ejemplos que notamos cada dia en todas las esferas, sino que se tomaran en sério los epígramas del Cura Iglesias sobre los maridos pacientes, y la burlesca apología de Neron por Quevedo?:

«Dicen que forzó doncellas:
mas de ningun modo creo
que él encontró con alguna,
ni que ellas le resistieron.»

Lejos, muy lejos de nosotros, como V. propone, que seamos escépticos en Historia, ni en nada, sino cautos, ya que el hombre es mentiroso de suyo, como veinte y nueve siglos hace lo dijo el Rey Profeta. Pero, aún más que mentiroso y que ambicioso, es el hombre, desde Adan y Eva, lo otro de que el mismo David y su familia nos dejaron ejemplos harto más inverosímiles y escandalosos que el de D. Rodrigo y Florinda.

En cuanto á la inscripcion del convento de S. Diego que V. nos reproduce, buena era, y más fácil de practicar para los que no tenian que ganar el pan nuestro de cada dia, sufriendo y aun adulando preocupaciones. Yo tambien hallé análogos consejos, de uso más general, en un convento, al tener el honor de arreglar su dispersa biblioteca, y en uno de los ejemplares más antiguos del *Confesionale* de Gerónimo Savonarola. Dice así el célebre dominico, de las *Cavas* de todas épocas, que las más empiezan como Florinda:

Proprietates malæ mulieris.

Canit, saltat coram Rege;
Placet cunctis, dira lege.
Homo: tace, fuge, lege,
Recédite.

Dicat terra, clamet cœlum,
Hæc est inimici telum.
Omnes ergo dicant verun:
Recédite.

Primus lapis fundamenti,
Petrus, clamat voce flenti:
Mihi crédite lugenti,
Recédite. (1)

Viros probos sanctitate
Hæc decepit, hanc fugate,
Omnes ergo vos clamate.
Recédite.

(1) Además, Savonarola escribia en tiempo de Alejandro VI y de tal modo escribió y habló, que le quemaron por ende; unos dicen con razon, otros que sin ella. Jesucristo más perdonó.

Esto dijo Savonarola; sin embargo, la naturaleza humana dice (y es más seguida) lo contrario. Otros dirán que tanto bueno, y más, puede hacer la mujer... buena. Por mi parte, atribuyéndolas lo mejor y peor que haya hecho en este mundo, desde hace más de medio siglo, no habia de variar hoy de opinion.

ANGEL DE LOS RIOS Y RIOS.

DOLORA.

Moria, triste, de amor,
y me dijo la esperiencia:
Huye, que será la ausencia
un bálsamo á tu dolor:
huí; el consejo traidor
me apartó de tí al momento;
y hoy es mayor mi tormento
y mayor mi desvarío,
porque no puedo, ángel mio,
huir de mi pensamiento.

EUSEBIO SIERRA.

UN RECUERDO Á MI PAIS.

Noble, insigne patria mia,
permite que desde lejos
amorosa te salude
con rendido acatamiento.
Niña dejé tu regazo,
pero en el vago recuerdo
de mis años infantiles
viva tu imagen conservo.
Guardo esa dulce memoria
con tal encarecimiento,
que siempre al ver las montañas
lágrimas sentidas vierto;
es que recuerdo la patria;
la patria! ¡nombre halagüeño!
nombre que invocamos todos
con irresistible afecto.
Ama el salvage africano,
ama el tosco samoyedo,
la tierra que llaman patria,
y es triste y árido yermo.
Y yo que nací en Asturias;
en aquel bendito suelo,
gloria y prez de nuestra España;
cuna de su vasto imperio;
sepulcro de los infieles;
foco de noble ardimiento;
silla de ilustres varones;
solar de tantos ingenios!
¿podré negar á la mia
el justo y debido feudo
de admiracion y cariño,
de gratitud y respeto?
¿Podré olvidar su memoria
cuando tal honor la debo?
Haber nacido asturiana
es mi título mas bello!
Si de tu admirable historia
las bellas páginas leo,

mi pecho ardoroso late;
orgullo en el alma siento.
No eres de Cartago y Roma
rival en atrevimiento......
Tus laureres no adquiriste
usurpando el bien ageno....
No eres como Australia, rica
en oro, ni allá en tu suelo
brotan las hermosas vides
de Siracusa y Falerno.
Pobre serás, patria mia
yo sé que no hay en tus pueblos
ni la opulencia de Tiro,
ni de Grecia los liceos;
pero tan rica en hazañas,
tan honrada en sentimientos,
tan fecunda en nobles hijos,
no hay otra en el Universo!
Libertad y honor España
debe á tus heróicos hechos;
por tí su bandera insigne
tremóla en dos hemisferios.
De las africanas huestes
firme al embate soberbio,
supiste guardar tú sola
el trono de Recaredo.
¡Ay del osado muslime
que invadir quiso el terreno,
solar de nuestros mayores,
en el halló su escarmiento!....
Allí de la media luna
el estandarte guerrero
lograron hollar los tuyos
con arrogante desprecio.
El fuego de su amor patrio
propagándose á lo lejos
vivificó á los rendidos
y anonadó á los protervos.
Pirámides eternales
son tus encumbrados cerros:
cada pico es un baluarte,
cada piedra un mausoleo!
Fueron tus cóncavas grutas
asilo de caballeros,
cuyo nombre guarda España
y respeta el mundo entero.....

¡Pelayo! ¡Insigne caudillo!
tú, cuyo panteon egregio
es la inmortal Covadonga,
santuario rico en trofeos;
tú, cuya espada bendijo
la Emperatriz de los Cielos,
y el rayo fué que deshizo
al ejército agareno;
atlante que sostuviste,
sobre tus hombros de hierro,
de la goda Monarquía
el yá vacilante peso.
Extirpe de noble raza,
vástago del tronco regio,
asombro de las edades
y de los héroes ejemplo;
para ensalzar tu memoria
ven á infundirme tu aliento.
Mas no... que para un Aquiles
se necesita un Homero.
¿Y yo quién soy? ¿Por ventura
es dado á mi débil estro
alzar con épica trompa
himnos imperecederos?
¡Ah! no en verdad! ¿Mas qué importa
que mis débiles acentos
se apaguen como el suspiro
de un tierno y lánguido pecho?
Sobrado laurel te ciñe.....
yo conseguirle no puedo....
pero el humilde tributo
de mi admiracion te ofrezco.
Y tú, hermosa patria mia,
de tus hijos predilectos
guarda el nombre y la memoria...
yo tal favor no merezco....
Pero benigna conmigo,
acepta mi rendimiento,
que no rechaza una madre
al hijo por ser pequeño....
Así el cielo te bendiga,
y de tu fecundo seno
salgan otros que den gloria
á los siglos venideros.

MICAELA DE SILVA Y COLLÁS.

EL CAMPO EN ASTURIAS.

IV.

Cuadro verdaderamente encantador es el que, como vemos, presenta este país privilegiado; pero aféalo en parte ya ese enemigo de la inocencia, de la sencillez y de las bellezas silvestres, engalanado por nuestro orgullo con el mentido nombre de *civilizacion.*

La larga carretera labrada en la falda de las montañas de los puertos á fuerza de hierro y oro, hasta el punto de preguntar Cárlos IV «si estaba empedrada de plata,» abrió una nueva y más cómoda comunicacion á las ideas y costumbres del resto de España que la que hasta entonces tenian con las vecinas provincias de Galicia y de Santander por el camino que, aunque bautizado con el pomposo nombre de *Real* en nuestras *Cartas topográficas*, obligó á exclamar á un viajero francés (1) «que no se podía dar idea de los peligros de este camino, colgado en partes sobre el mar, á menudo en medio de altas montañas y gargantas estrechas ó entre espesos y sombríos bosques, teniendo que atravesar treinta y seis rios, y de éstos solo seis sobre puentes, nueve en barcas y el resto á caballo.» Pero hoy ya la negra locomotora atruena con los prolongados silbidos de las válvulas de sus calderas los ecos de los valles, anunciando que la *civilizacion*, con todo su cortejo de miserias, crímenes y deformidades, ha hecho irrupcion en las comarcas asturianas.

Así lo atestiguais tristemente vosotros, hermosos valles de Mieres y Langreo, con vuestros altos hornos encendidos y con la sorda trepidacion de las máquinas de vuestros talleres. El negro carbon, arrancado del seno de vuestros montes por la insaciable codicia de los extranjeros, cubre de espesa nube de negro polvo las verdes hojas de los árboles y los claros manantiales de vuestras fuentes. Montañas de sucia esco-

(1) Alejandro de Laborde, V. á E.

ria interrumpen el curso de vuestros rios, de cuyas turbias aguas huye ya la moteada trucha y el plateado salmon y la ondulante lamprea; el hacha del minero tala incesante vuestros poblados bosques, para sostener, con sus desnudos troncos, que antes se alzaban gallardos á las nubes, las subterráneas galerías de vuestras minas; vuestros honrados moradores, joviales, sanos, limpios y robustos, parecen hoy espectros ó demonios cuando, tiznados los rostros y las manos, con el hacha ó el pico en la cintura y la agonizante linterna en la montera, salen, como fieras de sus guaridas, de las entrañas de la tierra para consumir el precio de su salud y de su trabajo en el innoble seno de algun *chigre*, donde la blasfemia entrándose por los oidos, toma carta de naturaleza en los lábios; y donde, perdido el cariño y respeto á toda creencia, á toda tradicion y á toda autoridad, que constituian su peculiar fisonomía, se convierten en estúpidos soñadores de las concupiscencias socialistas, esclavos del primer charlatan que los explote, y déspotas y verdugos de su familia y de su alma.

Celebro en buen hora los entusiastas adoradores de los *intereses materiales* la riqueza mineral de este suelo, cuyos rios arrastran arenas de oro, cuyas cuencas están preñadas de carbon, y cuyas peñas ocultan ricos filones de cobre, de cinabrio, de hierro, de cobalto, de blenda y calamina. Nosotros, amantes de lo *bello* y de lo *bueno* antes de lo *útil*, preferiríamos que Asturias permaneciese siempre en su primitivo aspecto de país patriarcal, y que su pueblo, feudal por tradicion y naturaleza, conservase sus piadosas creencias y sus antiguas costumbres en el seno de sus aldeas, entregado á la ganadería y á la agricultura, á la caza y á la pesca, viviendo bajo la autoridad paterna del venerable párroco que le asiste, remedia y consuela en sus necesidades y dolores, y á la sombra de los muros de su iglesia, que como madre cariñosa, le llama con la sonora voz de sus campanas para que levante la vista al cielo, que le señala con la cruz que se eleva sobre sus torres.

Sí, tenemos ese mal gusto, y, lo confesamos sin rebozo, nos placen más los pintados mármoles de nuestras montañas que los negros pedruscos de carbon de nuestras minas; preferimos el blanco crespon de nuestras blanquecinas nieblas, al fúnebre penacho que corona las chimeneas de nuestras fábricas; encontramos mas bellas las cavernas cuajadas de estalactitas de nuestras costas, que los pozos oscuros de nuestras explotaciones industriales; nos satisface más el honrado aspecto de nuestros fornidos labradores, que el demacrado rostro y la mirada torva de nuestros infelices mineros, y

cuando, cruzando por las ásperas veredas de nuestras sierras, descubrimos las arruinadas murallas de un monasterio, recordamos la piedad, la instruccion, la defensa, el socorro que nuestros mayores hallaban entre sus muros, é involuntariamente se nos vienen á la imaginacion nuestras fábricas, donde nuestros hermanos encuentran todos los males y miserias que corroen, en una sociedad que ha renegado de su Dios, el corazon del proletario.

¡Y, sin embargo, aquellos se llamaban *siervos;* éstos son *soberanos*, gozan de *derechos ilegislables* y disponen del *sufragio universal!*

Pero ya que así lo quiere la Providencia, que pródiga con estas montañas, no solo abrió en ellas las grutas y cavernas que fueron templos de la independencia pátria en los antiguos dias, sinó que escondió previsora con la poderosa mano de los cataclismos prehistóricos bosques enteros bajo los montes y las rocas que los sepultan, para que cuando corriendo los tiempos y sucediéndose las generaciones, la industria, que hace prosperar las nacionalidades, y la guerra, que las mantiene libres, necesitasen la sustancia que les dá vida, la encontrasen en estos montes, verdadero santuario de la libertad española; esperemos siquiera que, arrollando esas teorías funestas y esas prácticas aborrecibles, merced á las cuales España, desconociendo estas riquezas, hace tributaria su industria, ¡y hasta su marina de guerra! del carbon extranjero, constituyendo así á Inglaterra en árbitra de su porvenir industrial, y hasta de libertad política, proteja por todos los medios la explotacion de estas cuencas carboníferas, que compiten en calidad y abundancia con las inglesas, que están próximas á la mar, que atraviesan dos líneas férreas y que sólo piden un arancel que las ampare, una marina que las ayude y un puerto que dé salida á sus productos, para que España halle en ellas, y por lo tanto dentro de sí, el pan de su industria, la sangre de sus ferro-carriles y el viento que conduzca sus escuadras á la victoria.

Dejemos, pues, seguir el inevitable curso del *progreso*, que sin duda para grandes fines empuja con su mano la Providencia, y mientras los estadistas lo fomentan y los sacerdotes lo purifican, retirémonos nosotros á llorar al fondo de alguna ignorada gruta, como las antiguas divinidades moradoras de los bosques, la profanacion de la naturaleza.

V.

Hemos terminado nuestra tarea, esbozando el mal trazado bosquejo de los agrestes campos asturianos, cuyas soberbias

magnificencias más son para vistas y sentidas que para descritas.

Desconócenlas en parte aún los mismos habitantes de las ciudades asturianas, por la gran dificultad y aspereza de los senderos, que tienen en Asturias vez y lugar de caminos, y que ya trepan por entre riscos y malezas, como se labran en la desnuda pared de los *escobios*, como se internan en la salvaje espesura de los montes; y sólo las disfruta y aprecia el cazador aventurero, sorprendiéndolas en toda la deslumbradora desnudez de sus virginales atractivos.

Así las conocimos nosotros en esas horas desacostumbradas del crepúsculo, en que, sentados en las cumbres de las laderas, nos sorprendió la aurora escuchando el matutino cantar de la perdiz y el penetrante grito con que el gallo de monte saluda desde las copas de las hayas la venida del dia; así las contemplamos cuando, al volver de la enriscada espera, nos deteníamos en la tajada cumbre para admirar los rojos celajes de las nubes, las negras proyecciones de las sombras en las montañas y los espléndidos destellos de las nieves de las alturas, heridas por los últimos rayos del sol, que lenta y magestuosamente se sepultaba entre los mares; así las divisamos tambien en la callada noche, cuando, escondidos entre los juncos que bordan las orillas de los lagos, esperábamos que se abatiesen con estruendo sobre sus aguas, iluminadas por la luna, las bandas de aves acuáticas que, lanzando sus salvajes graznidos al aire, se cernian en revueltos y caprichosos giros sobre nuestras cabezas. ¡Goces supremos desconocidos para los habitantes de las poblaciones, con que generosamente les brinda el paisaje asturiano!

Lo aseguramos sin vacilar. El hombre de fibra que, prefiriendo á las enervantes comodidades de las ciudades los encantos sublimes de la naturaleza, cabalgue sobre un infatigable corcel asturiano, y suspendiendo del arzon de la silla la corta y reforzada carabina, precedido de un enjuto y resistente perro de raza asturiana y acompañado de un guía acostumbrado á las asperezas de estos montes, se entregue al inenarrable placer de recorrerlos, ya para admirar los sorprendentes espectáculos de sus accidentados paisajes, ya para estudiar sus históricas y artísticas ruinas, ya para recoger de lábios del noble pueblo que los habita las tradiciones, leyendas y cantares en que consignó sus creencias, sus sentimientos y costumbres, ya para rendir, en desigual y valerosa lucha, al poderoso rey de aquellas breñas, hallará seguramente incomodidades y privaciones en sus jornadas, tal vez encontrará peligros, habituales compañeros de semejantes excursiones, pero no turbarán su gozo ni el miserable as-

pecto del ratero, ni la faz criminal del *secuestrador*, ni el cobarde rostro del asesino. En los rientes cuadros de la naturaleza contemplará el benéfico influjo de la religion, que dotó de honradez y moralidad á sus moradores; en el torreado alcázar del noble como en la miserable choza del pastor, en la remota *braña* del vaquero como en el caserío del labrador acomodado, encontrará franca, generosa hospitalidad, que nunca se niega en esta tierra hidalga y devota de la Madre de Dios al que, peregrino, la solicita desde los umbrales del hogar con la salutacion tradicional en estas montañas del *Ave María*, y al apearse, de vuelta de su expedicion encantadora, rendirá ardiente tributo de gracias al Señor, que tan hermoso ha hecho el primitivo solar de la monarquía española, y dará solemne testimonio de que, al trazar estas mal pergeñadas líneas, guió nuestra pluma tanto el desinteresado amor á la verdad como el amor al suelo asturiano, que es, para los que en él hallamos nuestra cuna y veneramos en él los huesos de nuestros padres, ya que no la pátria toda entera, como el corazon de nuestra pátria.

ALEJANDRO PIDAL Y MON.

ÚLTIMA HOJA.

Acuérdate de mí, cuando en el cielo
muere sereno el sol,
cuando en las hojas sosegadas duerme
la brisa sin rumor.
Acuérdate de mí, que en esas horas
de paz é inspiracion
de mi penar amargo solo escucho
la querellosa voz.
¡Oh, tú, que sabes cuanto un alma triste
encierra de dolor,
tú que has oido de escondidas penas
que nadie consoló;
tú que sabes por qué nunca reposa
mi inquieto corazon
y que mi estéril vida su esperanza
nunca lograda vió,
acuérdate de mí, cuando en el cielo
veas morir el sol,
cuando en las hojas sosegadas duerma
la brisa sin rumor.

AMÓS DE ESCALANTE.

DE LA ATMÓSFERA Y SUS EFECTOS SOBRE LA VIDA.

CONTINUACION.

El aire es un compuesto, ó mejor una mezcla de varios cuerpos gaseosos entre los que ocupan el primer lugar el oxígeno, el ázoe y el carbono.

Esta composicion ya sospechada por Mayow en 1667, quedó demostrada experimentalmente por Lavoisier en 1774.

Bousinigault y Dumas, Gay-Lussac y Thénard, Regnault Bunsen y Levy practicaron más tarde experimentos precisos, no solo con objeto de conocer la cantidad exacta de oxígeno y ázoe, sino tambien para determinar las variaciones de estos dos gases analizados en los diferentes puntos del globo. Estos vários experimentos llegaron á fijar de un modo preciso, la verdadera composicion del aire atmosférico, constituido por la mezcla de oxígeno y ázoe en proporcion casi definida con una cantidad variable de ácido carbónico y vapor de agua. Existen además cuerpos sólidos suspendidos, de naturaleza orgánica unos, inorgánica otros que, siquiera sean variables en cantidad y aun puedan no existir, no por eso deberán pasar inadvertidos para el médico que en ellos podria encontrar la causa de muchos padecimientos.

Poco variables las cantidades de ázoe y oxígeno y bien conocidos estos dos gases, nada diré sobre ellos y he de pasar desde luego á ocuparme del ácido carbónico cuya mayor ó menor cantidad tan poderosa influencia ejerce en los fenómenos respiratorios.

El ácido carbónico del aire varía de 3 á 6 volúmenes por 10.000 de aquel. Cuando excede de estas cantidades, la atmósfera ha sido viciada por las diferentes causas que concurren á la produccion del ácido carbónico. Múltiples y variados son los orígenes del ácido carbónico de la atmósfera. El hombre consume para sus usos unas 130.000.000 toneladas de carbon mineral que por término medio contienen un 75 por 100 de carbono. Con arreglo á este dato 98 millones

de toneladas de carbono darán lugar á 356 millones de toneladas de ácido carbónico y admitiendo que el resto de las combustiones represente 1|5 parte de la cantidad antedicha, veremos que la industria, la navegacion y los demás focos en ignicion, mandan á la atmósfera en el período de un año 427 millones de toneladas de ácido carbónico ó sean unos 216.000 millones de metros cúbicos de dicho gas.

Los volcanes dejan escapar de sus entrañas, verdaderos torrentes de ácido carbónico y otro tanto sucede con las fuentes minerales gaseosas. Segun cálculos de Poggendorff, estas causas producirian una masa de ácido carbónico diez veces mayor que la precedente, es decir, 2.160.000.000.000 de metros cúbicos.

Los fenómenos de putrefaccion y combustiones lentas y la respiracion de los animales son tambien manantiales contínuos de ácido carbónico que segun cálculos aproximados producirian unos 62.000.000.000 de metros cúbicos de gas carbónico.

Resumiendo, tendremos que las diversas fuentes de produccion de ácido carbónico mandan cada año á la atmósfera unos 2.438.000.000.000 de metros cúbicos de este gas; que segun Poggendorff representan el 80 por 100 de la masa total de ácido carbónico existente en el aire atmosférico.

Dada esta enorme cantidad de ácido carbónico que anualmente recibe la atmósfera y el consiguiente consumo de oxígeno parece que en poco tiempo su composicion debiera variar hasta el punto de hacerse impropia para el sostenimiento de la vida; pero la naturaleza que no se equivoca en sus procedimientos, que no desea aún que la vida se extinga en la superficie del globo; previsora en este como en todos sus actos, ha creado procedimientos inversos por los cuales una gran parte del ácido carbónico emitido á la atmósfera, se fija para constituir nuevos cuerpos, y de este modo en circulacion perpetúa la materia, afectando siempre nuevas fases, es laboratorio inmenso que recompone en unas partes lo que en otras descompuso, conservando de este modo el equilibrio indispensable á la evolucion de la vida.

Con efecto, al enumerar las causas de produccion de ácido carbónico nos convencimos que una gran parte de ellas han existido desde el principio de los tiempos geológicos; algunas, como las erupciones volcánicas, con mayor intensidad de la que hoy afectan y sin embargo, con arreglo á lo que se sabe de los antiguos terrenos, parece que el ácido carbónico tiende á disminuir más bien que á aumentar.

Consiste esto, fuera de duda, en que sin cesar, aún en nuestros tiempos, se forman en la superficie de los continen-

tes y en las profundidades del mar, depósitos de concreciones calcáreas procedentes de la organizacion de animalillos muy pequeños, que, al abandonar sus despojos, lo hacen en cantidad tan grande, que son bastante en los mares para formar inmensos arrecifes y aún nuevas islas.

Esta asombrosa produccion de carbonato cálcico, solo es comparable á la que tuvo lugar en los tiempos geológicos más remotos, en que se formaron los terrenos cretáceos.

Las plantas, se nutren con el ácido carbónico de la atmósfera; fijando el carbono y devolviendo á aquella el oxígeno, convirtiéndose por lo tanto la nutricion de las plantas, en causa del equilibrio de los componentes químicos que entran en la composicion del aire.

Hemos tratado las cualidades ó condiciones físicas del aire; hemos apreciado sus propiedades químicas en relacion con sus principales componentes, oxígeno, nitrógeno y carbono; debemos ahora estudiar otros cuerpos que sino son constantes, y varían sus proporciones en las diferentes localidades, no por esto dejan de tener gran influjo en la vida de los séres, cuya existencia pueden algunos poner en grave riesgo, como causa de padecimientos sérios y mortales á veces. Constituyen estos agentes el tercer grupo de cuerpos que accidentalmente y bajo la influencia de causas determinadas unas veces, desconocidas otras, existen en el aire que nos rodea y nos presta calor y vida.

Ya existan en cantidad pequeña ó grande, ya sean útiles ó nocivos, son tales sus efectos sobre la vegetacion y la salud pública; es tal la influencia que algunos ejercen en la produccion de las endemias y de las epidemias, que no podria el médico prescindir de ellas ni eximirse en tratar el asunto con cierta profundidad.

Pasarémos en silencio el amoniaco, los ácidos nítrico y nitroso, los hidrógenos carbonado y sulfurado, siquiera este último haya sido considerado por algunos como productos de la *malaria*, el ozono, el agua oxigenada, el yodo y las partículas salinas en suspension. Unas son en cantidad mínima; desconocemos la influencia que otras ejercen sobre nuestro organismo, por lo que, su estudio, solo habia de suministrarnos nociones imperfectas y sin utilidad práctica.

Movidos por estas razones, entremos de lleno en el estudio de las materias orgánicas y organizadas, exparcidas en la atmósfera.

Las emanaciones procedentes del hombre y de los séres vivos; las que se desprenden de sustancias animales y vegetales en descomposicion; mandan á la atmósfera amoniaco, ácidos sulfúricos, carburos de hidrógeno y principios orgá-

nicos gaseosos de naturaleza desconocida, á los que se ha atribuido en ocasiones, el desarrollo de miasmas perniciosos en algunas localidades.

Existen además de estos elementos, partículas orgánicas sin forma definida y de organizacion dudosa, dotadas de la propiedad de pudrirse muy fácilmente, convirtiéndose en medios favorables á la generacion y desarrollo de esporos y óbulos, que en cantidad notable, existen siempre en el aire.

Cuando se consideraban las fermentaciones y putrefacciones como producto del movimiento de descomposicion comunicado al medio fermentable por la descomposicion de la materia orgánica del fermento, se dió gran importancia á estas sustancias putriscibles, designadas con el nombre de efluvios ó de miasmas, segun que procedian de la descomposicion vegetal ó de las exhalaciones animales, atribuyéndoles el desarrollo de un gran número de epidemias y endemias.

Los conocimientos que hoy poseemos de las fermentaciones, rechazan este modo de ver y empiezan á establecer sobre sólidas bases el principio de que, en toda fermentacion, ha de existir necesariamente un fermento del órden de los figurados, que al desarrollarse en un medio fermentable, producirá siempre una fermentacion especial.

Háse además establecido que la putrefaccion, no es en último resultado más, que una sucesion de fermentaciones y que un gran número de enfermedades específicas ó parasitarias, reconocen como única causa, gérmenes procedentes del exterior y depositados en la superficie cutánea ó absorbidos con el aire y los alimentos.

Divídense los organismos susceptibles de ser trasportados por el aire, en 4 grupos:

1.° Espórulos ú organismos vegetales, que dan orígen á los hongos parasitarios de la piel, de las mucosas y á un gran número de fermentaciones anormales, tales como las enfermedades de los vinos.

Estos espórulos, son verdaderas células que se forman en el *esporange* ó célula madre, parte eminentemente vegetativa del hongo. Estos esporos son los que en las plantas criptógramas representan el grano destinado á la reproduccion de los nuevos individuos. Por su ligereza y por la resistencia que ofrece su membrana á los reactivos, queda asegurada su dispersion y conservacion.

2.° Ovulos ó gérmenes animales que al desarrollarse provocan gran número de descomposiciones pútridas, pululan en las infusiones, se adhieren á la piel y á la mucosa de los animales y viven en sus instentinos y músculos.

Estos óvulos unas veces nos son trasmitidos por el aire

atmosférico, pero son con mucha frecuencia absorvidos con los alimentos y bebidas (1).

3.° Organismos de naturaleza indeterminada, *(palmelas, bacterias, monadas, etc.,)* que frecuentemente se encuentran en el seno de los humores en un gran número de enfermedades graves y cuya naturaleza es aun dudosa.

4.° Cuerpo en estado de simples granulaciones términos últimos de la organizacion visible encontrados en el plasma sanguíneo.

II.

Hemos hecho un rápido estudio de la capa de aire que rodea nuestro planeta; hemos estudiado sus elementos químicos y espuesto algunas de las condiciones físicas que más influencia ejercen en ella, máxime si se la considera bajo el punto de vista de sus fenómenos; pero este estudio, ¿qué relacion puede tener con los problemas sometidos á la resolucion del mundo médico?

La atmósfera hemos dicho es medio, es condicion necesario á la determinacion de los fenómenos de la vida, que sin ella, dejaria de existir, convirtiendo el hoy riente panorama, de la superficie del mundo, en campo de desolacion y muerte, árido y silencioso, sin arroyos que surquen su superficie, sin praderas de matizados colores, sin nubes ni azul de cielo y sin hombre, que eleve alabanzas á Dios tan previsor en sus actos, como justo y sábio en sus determinaciones.

La atmósfera es la vida, ó por lo menos, nos ofrece las condiciones de vida. Solo en su seno puede el animal ejercer su actividad; ella nos presta el calor de nuestra sangre y nos pone en comunicacion con los objetos lejanos; ensancha nuestros pulmones y nos dá oxígeno que consumir, presta vida y elementos al reino vegetal base de nuestra existencia, en una palabra cuanto remueve y se agita, cuanto respira y siente, recibe de la atmósfera la sensibilidad y el movimiento, actos que resumen la nocion de la vida.

Sea esta principio ó resultado; domine á la materia ó sea por aquella dominada, sea causa ó efecto, su existencia está íntimamente ligada á la existencia de la atmósfera. En el vacío

(1) Véanse los números 15, 16 y 17 de La Tertulia, 1877.—De las epidemas en sus relaciones con las condiciones higiénicas de los pueblos.

mueren los animales como mueren las plantas, como mueren los sonidos, quedando solo el movimiento, fuerza universal que lo rige y domina todo, que en todas partes existe, lo mismo en los planetas que en los espacios interplanetarios, palpable unas veces, insensible é inapreciable otras, afectando, ya la forma del rayo que hiende el alto cetro, ya la de aurora boreal que cual cortinage de fuego alumbra el témpano de hielo de mar polar diamantina corona de la tierra, cuyas agudas aristas reflejan sus tibios rayos. Movimiento es la corriente magnética que fija la imantada aguja, norma del derrotero del marino; movimiento la luz que nos alumbra y el acorde que escuchamos; la locomotora que arrastra pesado tren, y el fuego que arde en sus entrañas, y el agua convertida en vapor y el ruido del rodar sobre férrea vía y el maquinista que la gobierna y el pasagero que se deja llevar.

Movimiento es la imágen querida que se dibuja en el fondo de nuestra retina y la fuerza que la trasmite y relaciona con nuestra alma, que la contempla y acaricia. Movimiento es el aroma de la flor y el murmurar del arroyo y el rugir de la tormenta y el estallido del rayo, todo con el movimiento, sin el movimiento nada, y la vida parte del todo una fraccion del movimiento universal.

El movimiento mantiene el equilibrio, determina las órbitas de los astros y armoniza su mágica carrera á través de los espacios infinitos. Suspendido el movimiento, quedaria suspendida la armonía, y el cáos sucederia al órden, las tinieblas á la luz, el frio al calor, á la actividad el reposo, á la vida la muerte.

Separados impensadamente de nuestro objeto, en álas del pícaro pensamiento que nos arrastra á consideraciones que álguien pudiera considerar intempestivas, volvamos sobre nuestros pasos y procuremos establecer la relacion que existe entre los séres orgánicos y la atmósfera que nos circunda y nos penetra. Habíamos dicho que el aire era condicion necesaria de vida, por cuanto sin él la funcion, base fundamental de las manifestaciones vitales, no podria ejercerse en los séres vivos.

J. J. ZORRILLA.

(Concluirá.)

SONETO.

(Imitacion de una anacreóntica griega.)

Cual trocóse del Frigio en la marina
la Tantálida antigua en piedra dura:
cual de Tereo la consorte impura
un tiempo convirtióse en golondrina:
Convirtiérame yó, vírgen divina,
en espejo dó vieras tu hermosura:
trocárame en la rica vestidura
que ciñe tu alba forma peregrina;
Agua quisiera ser para lavarte,
aroma para ungir tu blando lecho,
collar que circundase tu garganta,
ó cinta que ajustases á tu pecho:
sandália quiero ser para calzarte
porque me huelle así tu leve planta.

M. Menéndez Pelayo.

LO PASADO.

Cuán cierto es que el valor de las cosas se aprecia, siente y conoce cuando se han perdido, despues que se han borrado de la lista de lo presente al desvanecerse en la vida de lo pasado como ligera estela que desaparece cuando se juntan de nuevo en estrecho abrazo las cortadas olas.

Cuando no existen, es entonces el momento en que el espíritu conoce, la razon piensa, el alma siente, y solo el dulce recuerdo se presenta como tranquilo bálsamo que refresca las dolorosas heridas que se experimentaron en el combate de la vida.

Arrebata la muerte con su descarnado brazo como flor arrancada por el huracan, al padre del alma, no se siente ya el cariñoso cuidado de la mujer que nos dió la existencia, el suave aliento de su amor no perfuma el solitario hogar, y entonces, al asomar á los secos ojos la consoladora lágrima es cuando se nota su falta, y el corazon la llama y la vista la busca y la boca exhala como un quejido su amante nombre, y solo el recuerdo queda como último refugio para adorar á la que ya no es sino una idea de cariño en la mente y un poco de polvo en la tierra.

Y con cuánta fuerza el hombre se aferra como por misterioso instinto á lo pasado: él es, la verdadera tabla en los naufragios de la existencia: volver la vista atrás y encontrar la historia toda de tantos dias, con los dolores que fueron y las alegrías sucedidas, es un consuelo y grande que solo se aprecia en lo que vale en los momentos de infinita angustia.

Felices los pueblos que no tienen historia, ha sido una frase que en el mundo de la ciencia ha hallado ecos desde que arbitrariamente salió de los labios de algun ilustre pensador. ¡Ah! y si esto pudiera ser cierto en los individuos, si la vida de los hombres estuviera condenada á no tener tradiciones cómo habia de ser, eterna noche, mar procelosa, umbria selva, desconsolador páramo.

Cualquiera que haya sentido grande ansiedad, dolor profundo, pena inmensa, cuán cierto es, que ha vuelto con cariño la vista hácia lo que fué, y al ver el horizonte de lo que es-

tá por venir rodeado de negros crespones, de espantosas nubes, parece como que en lo pasado encuentra, no extinguida luz que le ilumina, fuego no apagado que le reanima, voz no perdida aun que le consuela, y á ellas se aferra reconstituyendo de este modo rientes esperanzas que le dén fuerza para seguir adelante su camino.

Abandona el pobre viajero, la playa que fué escenario donde pasaron los primeros dias de su vida, las sombras de la tarde bañan con su mortecina luz, las últimas cortadas costas que ciñen su tierra nativa, y aun no separa la vista de ellas y anhelante el pecho, palpitando el corazon con fuerza como el que teme se le arrebate preciada presa, dilatada la pupila para más ver, todavía vislumbra, la silueta de inmóvil figura que fija los ojos en el débil leño que lleva mar adentro un pedazo de su alma, y aun ya perdida toda vision, al caer sobre la tabla el cuerpo rendido por el peso del dolor, todavía la mente adivina, y vive de lo pasado y envía el corazon entero en el último inmenso beso de despedida.

Pierde el jóven la ilusion que acariciaba su alma como el primer beso del dia acaricia el cáliz de la dormida flor y aun teniendo que ceder á la triste realidad, todavía el pasado le consuela, y el sitio en que se presentó á sus ojos en el primer momento de la naciente pasion, la hoja afiligranada en que grabó cariñosa letra el sér á quien tanto quiso y que talisman preciado vivió siempre sobre el corazon, le dán fuerzas, vida, aliento, y parece como que en su mudo lenguaje le dicen *«Confía, espera; pasa el dia de tristezas lleno, y la aurora del nuevo llena de luz la tierra, ¿quién sabe pobre alma herida si para tí todavía brillará un nuevo rayo de amor?»* y el sér vive, sino feliz, al menos con esperanza, fija la vista en el horizonte aguardando el ansiado momento en que se filtre por el cielo de su existencia el hilo de sol presentido por su alma.

Borrad lo pasado y al echar sobre la historia el negro borron de la ingratitud, habreis destruido casi todo lo grande de que hoy se envanece nuestro siglo.

En lo que fué está el depósito del cariño atesorado, de las glorias sucedidas, de las tradiciones venerandas. Al dirigir la vista á lo pasado se encuentran fuerzas desconocidas pero grandes, que fortifican la fé vacilante, la esperanza decaida, el espíritu abatido se presentan al considerarle; no aterradores fantasmas hijos de calenturienta imaginacion que intimidan el ánimo, sino por el contrario dulces figuras, suaves como el rocío de la mañana, brillantes como el puro rayo del sol en primavera, que nos alientan con su soplo de amor: genios tutelares que nunca nos abandonan, ángeles custodios

de las pasadas generaciones, que despues de acompañar en el terrenal camino á los que fueron, todavía velan sobre su yerto corazon, para cuidar por los que sin fé en el mundo vuelvan los ojos desconsolados á lo que ya pasó.

Desgraciados los pueblos y los hombres que tratan de destruir lo pasado. ¡Temerarios! solo consiguen con sus inútiles esfuerzos lo que ellos más ódian; revestirlos de nuevas galas, porque junto á las informes ruinas de lo pasado, nace la flor de la poesía que embellece y canta sus glorias.

Podreis, innovadores y reformistas, destruir el templo en que vuestros padres adoraron á Dios, en que fuisteis convertidos más que en hombres y sábios en cristianos; abatireis el fuerte roble que desafió tantas tempestades de la vida, hundireis en el polvo de la nada con el destructor empuje de vuestra demoledora piqueta, el castillo que os dió amparo, el convento que nutrió vuestra alma con la sávia de lo divino, pero sobre sus ruinas vendrá la Historia con su manto, protegiendo como matrona severa que se impone con su respeto la idea de lo pasado que nunca podreis borrar. Solo habreis sujetado la mano que en el cuadrante del tiempo marca los instantes de la vida, creyendo en vuestra loca temeridad, que el soplo de vuestro atrevido pensamiento, es capaz de derrivar el grandioso edificio de las pasadas pero nunca imperecederas glorias.

MANUEL MARAÑON.

Guarnizo.—Julio 1877.

LA PRINCESA Y EL GRANUJA.

CUENTO DE AÑO NUEVO.

(CONTINUACION.)

VI.

En el pórtico de la gran casa donde se detuvo el coche, cesaron las ilusiones del granuja, porque un criado le dijo que si manchaba con sus piés enlodados el piso del vestíbulo, le rompería el espinazo. Ante esta incontestable razon, Migajas se retiró con el alma destrozada, lleno el corazon de un rabioso anhelo de venganza.

Su ardiente temperamento le impulsaba á seguir adelante, arrojándose en brazos de la fortuna y en las tinieblas de lo imprevisto. Era un alma á propósito para las grandes y dramáticas aventuras. Así es que se concertó con los que iban á recojer la basura á la casa donde estaba en esclavitud su adorada, y por tal medio, que podrá no ser poético, pero que revela agudeza de ingénio y un corazon como un templo. Migajas se introdujo en el palacio.

¡Cómo le palpitaba el corazon cuando subia y penetraba en la cocina! La idea de estar tan cerca de *ella* le confundia de tal suerte, que más de una vez se le cayó la espuerta de la mano, derramándose en la escalera. Pero de ningun modo podia saciar aquella ardiente sed de sus ojos, que anhelaban ver á la hermosa dama. Pacorrito sentia lejanos chillidos de niños juguetones; pero nada más. La gran señora por ninguna parte aparecia.

Los criados de la casa, viéndole tan pequeño y tan feo, se burlaban de él, mas uno de ellos que era algo compasivo le daba golosinas. Una mañana en que hacia mucho frio, el cocinero, ya fuese por lástima ya por maldad, le dió á beber de un vino áspero y muy picon. Pacorrito sintió dulcísimo calor en todo el cuerpo y un vapor ardiente que le subia á la cabeza. Sus piernas flaqueaban, sus brazos desmayados caian con

abandono voluptuoso. Del pecho le brotaba una risa juguetona, que iba afluyendo de su boca como un arroyo sin fin, y Pacorrito reia y se agarraba con ambas manos á la pared para no caer.

Un puntapié vigoroso, sacudiéndole todo, modificó un tanto la risa, y con la mano en la parte dolorida Pacorrito salió de la cocina. Su cabeza seguia trastornada. Él no sabia á dónde se dirigian sus pasos. Corrió tambaleándose y riendo de nuevo, pisó frios ladrillos, y despues un suave entarimado, y luego tibias alfombras.

De repente sus ojos se detuvieron en un objeto que yacía sobre el suelo. Migajas exhaló un rugido de dolor y cayó de rodillas.

Allí, arrojada en el suelo, con los vestidos rasgados y en desórden, partida la frente alabastrina, roto uno de los brazos, desgreñado el pelo, estaba la señora de sus pensamientos. ¡Lastimoso cuadro que partia el corazon!

Pacorrito, durante un rato, no pudo articular una palabra. La voz se ahogaba en su garganta. Estrechó contra su corazon aquel frio cuerpo inanimado, cubriéndolo de besos ardientes. La señora tenia abiertos los ojos y miraba con dulce expresion de pena á su interesante adorador. A pesar de sus horribles heridas y del lastimoso estado de su cuerpo, la noble dama vivia. Pacorrito lo conoció en la luz singular de sus ojos azules que despedian llamaradas de amor y agradecimiento.

—Señora, ¿quién os trajo á tan triste estado?—exclamó Migajas en tono patético, que demostraba la angustia de su alma.

Pero luego al dolor agudísimo sucedió la ira, y Pacorrito pensó tomar venganza de aquel descomunal agravio.

Como en el mismo instante sintiera pasos, cargó en sus brazos á la gentil dama y echó á correr con ella fuera de la casa. Bajó la escalera, atravesó el patio, salió á la calle con tanta velocidad, que no se podia decir que corria, sino que volaba. Su carrera era como la del pájaro que al robar un grano oye el tiro del cazador, y sintiéndose ileso, quiere poner entre su persona y la escopeta toda la distancia posible.

Corrió por una, dos, tres, diez calles, hasta que, creyéndose bastante lejos y bastante solo, descansó, poniendo sobre sus rodillas el precioso objeto de su insensato amor.

VII.

Vino la noche, y Pacorrito vió con placer las dulces sombras que envolvian el atrevido rapto, protegiendo sus hones-

tos amores. Examinando atentamente las heridas del descalabrado cuerpo de su adorada, observó que no eran de gravedad. El vestido estaba echo girones y parte de la cabellera se habia quedado en el camino durante la veloz corrida.

Entonces Pacorrito sintió una pena profunda, considerando que carecia de fondos para hacer frente á situacion tan apurada. Con el abandono de su comercio se le habian vaciado los bolsillos, y una mujer amada, mayormente si no está bien de salud, es fuente inagotable de gastos. Migajas se tentó aquella parte de su andrajosa ropa donde solia tener el dinero y no halló nada. No hacia más que suspirar.

—Ahora—dijo,—ahora serian precisos una casa, una cama, médico, un buen cirujano, una modista, mucha comida, un buen fuego... y nada tengo.

Pero como estaba tan fatigado, inclinó la cabeza sobre el cuerpo de su dama y se durmió como un ángel.

Entonces la señora se reanimó, y levantándose mostró á Pacorrito su semblante alegre, su noble frente sin ninguna herida, su cuerpo esbelto sin la más leve rotura, su vestido completo y limpio lo mismo que estaba en la tienda, su cabellera rizada y llena de seductores perfumes, su sombrero coqueton adornado con diminutas flores, en fin, se mostró perfecta y acabadamente hermosa, tal como la conoció Migajas en el escaparate.

¡Ay! Migajas se quedó deslumbrado, atónito, suspenso, sin habla. Púsose de rodillas y adoró á la señora como á una divinidad. Entonces ella tomó la mano al granuja, y con voz entera y más dulce que el canto de los ruiseñores, le dijo:

—Pacorrito, sígueme, ven conmigo. Quiero demostrarte mi agradecimiento y el grande amor que te tengo. Has sido constante, leal, generoso y heróico porque me has salvado del poder de aquellos vándalos que me esclavizaban. Mereces mi corazon y mi mano. Ven, sígueme y no seas bobo, ni te creas inferior á mí porque estás vestido de harapos.

Pacorrito observó la deslumbradora apostura de la dama, el lujo con que vestia, y lleno de pena, exclamó:

—Señora, ¿á dónde he de ir yo con esta facha?

La hermosa dama no contestó, y tirando de la mano á Pacorrito, lo llevó por una region de sombras.

B. PEREZ GALDÓS.

(Continuará.)

HISTORIA DE UN BAILE MONTAÑÉS.

En el discurso de recepcion de D. Luis Fernandez Guerra, leido ante la Real Academia Española el 15 de Abril de 1873, se asienta que el pueblo y el campamento fueron los artífices de la lengua castellana; mas que no bastándoles un lenguaje propiamente suyo, crearon una poesía y una música para expresar sus sentimientos. Yo añadiré que, para imitarlos ó recordarlos, unieron á la poesía y música la accion, esto es, el baile; y de todo tenian elementos más antiguos que la lengua, así como esta se compuso de otras anteriores.

Mucho antes de conocer y estudiar la historia que los romances y cantos populares contienen, cuando me gustaba viajar por tierras apenas conocidas, sin salir de España, me chocó hallar en comarcas retiradas, lejanas y aun hostiles entre sí, bailes tan semejantes, que parecen proceder de un orígen comun, á pesar que, desde hace siglos, ó desde tiempo inmemorial, se hallan sin mútua comunicacion los pueblos y clases que mantienen esas antiguas costumbres. Despues he notado que parecen expresar unas mismas ideas, ó sentimientos, y que todos esos cantos y bailes se ejecutan perfectamente al compás del romance castellano.

Cuando algun domingo de Otoño, á primera hora de la noche, me detenia en las altas alamedas de la Vírgen del Puerto, apenas iluminadas por la luna; cuando entre aquellos gigantes de la vegetacion veia moverse y oscilar otros gigantes humanos, elevando al cielo concertadas aunque toscas voces, no podia concebir que esto no tuviese otro orígen ni objeto que el que expresaba la copla cien veces repetida:

Válgame el Señor San Pedro;
Yo me quiero divertir
Porque soy mozo soltero.

¿Para qué, entonces, separarse del otro sexo, que es la mejor diversion? ¿Para qué el inseparable varapalo, y el moverse en círculo, blandiéndole? ¿Qué significan los vivas á diferentes concejos, los *ixuxús* ó gritos de guerra (y guerra

sangrienta muchas veces) con que suele terminar la *danza prima*, la danza primitiva, dijérase mejor en castellano?

Recordaba al mismo tiempo haber visto otra danza análoga entre los que pretenden ser, y puede que sean, la raza indígena primitiva, el país nunca enteramente domado. Allí ya no se baila en círculo; pero no se ha hecho mas que abrirle; los hombres se mueven asidos de las manos, siguiendo á su jefe (para cuya eleccion tal vez se hacía el círculo, y que aun hoy suele ser la persona más condecorada, ó el Alcalde). Si alguno echa de menos el arma primitiva de los astures, diré que se ha sustituido por el hierro, y otra parte del baile se llama danza de la espada *(ezpata dantza)*. Tampoco falta el *irrinzi:* palabra con que algunos vascongados imitan el grito indescriptible que los asturianos llaman *ixuxú*.

Sigo á otra comarca situada entre los astures y los vascos, no ménos áspera en sí, más con los extraños, y encuentro al cántabro ligero danzando al mismo compás que el astur; pero suelto y marcando, como este con los brazos, con ágiles brincos, al par que con las castañuelas, los dos tiempos del compás binario, del tetrámetro de los romances que al mismo tiempo se cantan. La única diferencia, repito, es que el montañés dá dos brincos, mientras el astur un paso y dos balances de brazo y estaca. Por lo demás, la misma larga fila como de soldados que en el *zortzico* siguen á un jefe, en el *baile llano*, esto es en el baile popular de la Montaña de Santander, imitan sus actitudes y movimientos; notándose en ellos, ya el acecho, ya el avance, la escaramuza, ó la retirada. En cuanto á nuestro grito de guerra, se llama y es su más gráfico nombre *relinchu*. Tambien se baila sin mujeres aunque ellas suelen llevar el canto, que no podrian ejecutar los hombres al mismo tiempo que tan violento ejercicio.

Ya no me acuerdo de lo que cantaban, pero hace siglos cantarian:

«Juramento llevan hecho,
Todos juntos á una voz,
De no volver á Castilla
Sin el Conde su Señor» etc.

¿Qué relaciones tiene Comillas con Puente-Areas? Probablemente ninguna, desde los tiempos de Alfonso el Casto, en que mútuamente se auxiliaban los montañeses, castellanos y gallegos contra los moros; ó, cuando ménos, desde la batalla de Caltañazor, en que para siempre los arredraron de la cordillera cantábrica. Pues lo mismísimo he visto bailar á hombres solos en Puente-Areas, el dia de San Antonio, que en Comillas otro dia solemne. Pero en Puente-Areas no faltaba

la céltica gaita, cuyo primitivo tipo se halla en una estatuita de la Biblioteca nacional hallada en Galicia, y que cuenta muchos siglos. Pero ¿á qué digo primitivo? Lo primitivo debió ser la *chifla*, el silvo ó *tibia* que Strabon halló ya en los cántabros (1) y de muchacho hice muchas veces con mi navaja y una rama de sauco: la gaita gallega y escocesa es la adicion de un pellejo henchido de aire, para tocar más comodamente.

En fin, he visto en otro rincon de España y de la cordillera que se extiende por todo el Norte de la Península, un dia antes del en que se celebra la Vírgen de la Salud, no ya los mozos, sino todos, viejos ó jóvenes, casados ó solteros, dirigirse á las vísperas formados en dos larguísimas filas, que marchan bailando idénticamente al son de sus castañuelas y del tamboril africano, unido al silvo montañés; y el ayuntamiento gravemente envuelto en sus capas (á 31 de Julio) cierra la comitiva. No puedo decir más de Alcañices, porque marché sin aguardar á la fiesta.

En vista de costumbres tan uniformes y antigüas desde el Pirineo al Miño, viénenseme á la memoria, como al notar otras muchas semejanzas, aquellas palabras de Strabon que dicen sucedia lo mismo en su tiempo; que de igual modo vivian gallegos, astures y cántabros hasta los vascones y el Pirineo. Aun sospecho que, al otro extremo de este, sean de la misma índole el baile de la provincia de Gerona titulado *sardanas llargas*, y el llamado *ball de bastons*. Mas lo que no dudo es que el mismo baile, acompañado de canto, (y de mujeres, porque el clima y costumbres arábigas influirian en ello) fuese lo que en la crónica del condestable Miguel Lucas de Iranzu, residente en Jaen, se dice andar y cantar *en cosantes (in cursantes)*; siendo el baile, como el canto y muchos usos que se describen, llevados á Andalucía por los castellanos.

Al tratar de las bodas que solemnizó el condestable á la hija de su Alcaide de Andujar, Pedro de Escavias, contiene esta crónica los siguientes pasajes:

«Despues que ovieron comido, alzaron las mesas y mandó tocar las chirimías, y danzó con la Sra. Condesa; y asimismo mandó danzar á Pedro de Escavias y á su muger, y á otros algunos, y despues de danzar cantaron un gran rato *en cosante....*»

«Despues de haber posado la cena, tornó á danzar él y la Sra. Condesa, y asimismo todos los otros que lo sabian facer; y despues de danzar, *anduvieron en cosante*, con muy gran-

(1) *"Ad tibiam saltant, et ad tubam choreas ducunt."*

des placeres y *gritas*, hasta que pasaron dos horas de la media noche.»

De la noche siguiente, ó tornaboda, dice, (pág. 446):

«Despues de cenar, la madre de la novia y todas las otras dueñas y doncellas se trabaron en corro (1), y fueron á palacio; con las cuales el dicho Sr. Condestable y la Sra. Condesa se trabaron y *anduvieron cantando por el patio de palacio;* y él mismo, por mas honrar al Alcayde Pedro de Escavias, como aquel que en todas sus cosas y hechos era mas noble y cumplido, dijo un cantar.»

Aquí se vé, como en Asturias, corros de mujeres solas, ó mezcladas con hombres, donde cantando uno, repiten los demás el estribillo.

Antes de esto, (pág. 161) hablando de cómo celebraba el condestable las fiestas de Navidad, dice:

«Despues que habian comido y alzado los manteles, las chirimías y los otros instrumentos tañian muy dulcemente altas y bajas, y danzaban los gentiles-hombres y pages, y despues que habian danzado un poco, el dicho Sr. Condestable mandaba levantar la mesa y danzaba con la Sra. Condesa, y el Comendador de Montizon con D.ª Juana su hermana, y las otras damas con quien su señoría mandaba, y danzaban todos una hora ó mas. Y acabado de danzar, mandaba cantar cosantes y rondelas, en los cuales él y la Sra. Condesa, y todas las otras damas y gentiles-hombres *andaban por una gran pieza.*»

Aun cuando convidaba al cabildo catedral comian y danzaban de igual modo: «Y despues que habian danzado una hora ó mas, mandaba *que cantasen rondelas y cosantes;* en los cuales él y la Sra. Condesa, y las otras damas, *y los señores de la Iglesia mayor*, y *todos los convidados cantaban.*» Y cuando le nació un hijo: «los oficiales desampararon sus tiendas y oficios, y ellos y muchos otros de los labradores, y sus mugeres y hijos y hijas, *se trabaron en corros*, con muchas trompetas y chirimias, sonajas, panderos, *gaitas* y otros instrumentos, y así se fueron con grande alegría á su palacio.»

Ahora, pues, ¿vendrian estas danzas y cantares, en que hasta los señores de la catedral metian su baza (2) de aquellos otros bailes, música y cantos, con los cuales, y con grandes hogueras encendidas delante de las casas, celebraban los celtíberos y sus vecinos al Norte (es decir: los cántabros y demás de orígen celta) á un Dios innominado, las noches de

---

(1) "*Id etiam mulieres faciunt, unam alteram manu tenentes*," dijo ya Strabon, y hacen todavía las asturianas.

(2) Los curas vasco-franceses solian hasta encabezar el baile, segun los autores que cita M. Michel. *(Le Pays Basque*, p. 94.)

luna llena? Muy verosimil me parece, y nada más natural y primitivo, hasta para ahorrar luces y no perder el trabajo del dia. Y costumbres que nos constan haberse mantenido mas de cuatro siglos que hace se escribió la crónica citada, y más de diez y ocho desde que escribió Strabon, á pesar de tantas novedades como la propagacion del cristianismo, la caida del imperio romano, la invasion mahometana, el descubrimiento de América, y el conocimiento entero del globo que habitamos, mucho mejor se mantendrian tiempo atrás, en que el modo de vivir varió muy poco; acaso vengan desde la poblacion primitiva de España.

Lo cierto es que en Asturias todavía es más solemne la víspera, *la noche de la foguera*, que la fiesta de cada pueblo, si quier sea la de Covadonga. Los cantares que acompañan á la danza prima, con música lenta y gravemente religiosa, estando compuestos en castellano puro, mientras en el país se mantiene el dialecto *bable* (1), muestran que han sido impuestos, así como el asunto de Santos que suelen tratar indica de dónde partió el impulso, y con qué objeto. El clero, al desterrar y aun castigar con graves penas las antiguas supersticiones; á los encantadores y mágicos que D. Ramiro I hacia quemar, y se pueden tener por hermanos de los Druidas, hallándoselos todavía tratando de curar al conde favorito de D. Alfonso el Emperador, segun refiere la crónica contemporánea; el clero, repito, no pudiendo desarraigar enteramente las costumbres antiguas, hubo de transigir con ellas, cristianizándolas.

Lo mismo ha debido suceder en este país con otro cantar evidentemente gentílico: *Las Marzas*, que cantan los mozos al mismo compás y con la misma repeticion del segundo verso que en la danza prima, acompañándoles los muchachos con chiflas ó sea la *tibia* cántabra de Strabon, y celebrando todos la noche antes del 1.° de Marzo el retorno del buen tiempo y de las flores. Tambien dirigen algunas de respeto y amor al dueño y á las doncellas de cada casa, empezando por las más distinguidas, donde el cura no ha tenido por conveniente ser tambien el primero en esta fiesta no muy cristiana. Yo la creo de orígen griego, como los epitalamios y lamentaciones fúnebres que ya notó Strabon en este país semejantes á los griegos y todavía se conservan; porque á la verdad es raro que se cante—*Marzo florido—seas bien venido*—cuando todo suele estar cubierto de nieve. No así en la dulce Grecia, maestra de nuestros pensares y sentires, como de nuestros cantares, como de la civilizacion romana y euro-

(1) *¿Bábile?* de las Babias? Siendo esta comarca de las más retiradas y lentas en admitir novedades, valdria tanto como decir dialecto antiguo.

pea.—Nunca he podido aceptar lo que ahora se llama prehistoria, (como si la historia no debiera hacerse cargo de las tradiciones y restos más ó ménos verosímiles de tiempos pasados, cuando apenas hay en los modernos hechos incontrovertibles) y no hallo en nuestra península nada más antiguo que las costumbres griegas, ó lo que los griegos nos contaron, ya de tradiciones, ya de fábulas, ya de algunos establecimientos fenicios en las plazas meridionales, donde se encontraron con los griegos, costeando unos la Europa, otros el Africa. Pero en el interior y en el Norte, creo que, del estado salvaje, más fácil de presumir que de averiguar en su orígen y duracion, se pasó á la imitacion griega tan profundamente, que aun hoy se conservan restos de la poderosa impresion que debieron hacer aquellos hombres relativamente tan superiores en saber y artes agradables sobre nuestros valerosos pero rudos indígenas.

Así, pues, cuando aquel Dios innominado cuyas manifestaciones ordenadamente variables y renacientes veian tal vez significadas los celtíberos en las fases de la luna, hizo plaza á los infinitos Dioses del Olimpo, y todos al Dios verdadero, nada quedó de estas costumbres sino la aficion que se las tenia, y la parte artística de su ejecucion: la música, el canto, y el baile. En cuanto á la idea, si antes se dirigió al Ser Supremo, y á los Santos en la danza prima, en Castilla la emprendedora se debió celebrar á sus héroes y jefes, que llevaron tales costumbres á lo último de España, y no sé si diga del mundo. Esto indica la crónica del condestable Iranzu, y, ántes, la de D. Alfonso el Emperador, que concluye por un cantar sobre la conquista de Almería, y en él cita otros sobre la batalla de Roncesvalles y sobre el Cid: tal vez al mismo poema de éste que hoy tenemos, semejando compuesto por un contemporáneo y aun testigo de las hazañas que celebra. Lo mismo confirma la costumbre posterior, cuando ya no hubo guerras en la península, de cantar las piraterías de Dragut, las hombradas de Francisco Estéban, y todo aquello que más vibraba en las imaginaciones jóvenes y vigorosas de nuestro pueblo. Niño, muy niño era yo cuando, en la plaza de Berlanga de Duero, escuché por primera vez un romance de ciego, y aun está grabada en mi memoria la letra, resonando en mi oido la música melancólica de los primeros versos, conmemorativos de no sé cuál fechoría que hiciera:

En los pinares de Coca
Basilisa de Pedraza.

Al compás de aquel canto se podia bailar la danza prima;

la gente saltaba por las hogueras de enebro encendidas en medio de las calles, (como prohibió ya el concilio de Arlés, del año 452) porque era víspera de San Juan, y estábamos en plena Celtiberia. *Qui possunt capere, capiant.*

Y vosotros, mis paisanos, que todavía no hayais olvidado el baile tradicional de nuestros mayores, el canto y grito de guerra que aun crucificados repetian delante de las legiones romanas, no le cambieis por cualquier otro; y enseñadle religiosamente á vuestros hijos, como recuerdo y tributo de amor pátrio, como la ejecutoria más antigua de nobleza y valentía.

ANGEL DE LOS RIOS Y RIOS.

NOTICIAS PARA LA HISTORIA DE NUESTRA MÉTRICA.

SOBRE UNA NUEVA ESPECIE DE VERSOS CASTELLANOS.

(CONCLUSION.)

II.

La destreza con que el Sr. Laverde maneja el sáfico, y el uso frecuente que de él ha hecho en sus composiciones, han debido conducirle naturalmente á la invencion del laverdáico. Así llamó á este metro en un momento de buen humor el sábio presbítero doctor Caminero, á quien debo copia de los ensayos rítmicos de nuestro comun amigo el Sr. Laverde, ensayos que daré á conocer sin el consentimiento, y no sé si á disgusto, de su autor, seguro de que me lo han de perdonar y aun de agradecer las musas castellanas.

El *laverdáico* es un *sáfico* despojado de las dos primeras sílabas. En la famosa oda de Villegas *Al Céfiro* puede hacerse la comprobacion. Separando dichas sílabas en cada uno de los versos *sáficos* de la primera estrofa, esta quedará convertida en *adónico-laverdáica:*

Vecino de la verde selva,
Eterno del Abril florido,
Aliento de la madre Vénus,
Céfiro blando.

La ley del *laverdáico* como la del *sáfico* es inflexible. El segundo vá acentuado en cuarta y octava, el primero en segunda, sexta y octava. De aquí resulta, á la par que notable ventaja sobre los demás versos de nueve sílabas, cierta rigidez y falta de variedad, que el Sr. Laverde corrige en lo posible, haciendo distintas todas las vocales acentuadas de cada verso. Sin embargo, esta falta de variedad melódica impide usarlo en largas tiradas, y su inventor se ha limitado con buen acuerdo á emplearlo en breves composiciones. Tampoco agradaria una série *pura* de versos *laverdáicos*. El Sr. Laverde ha hecho diferentes ingeniosas combinaciones, de todas las cuales vamos á presentar muestras á nuestros lectores.

El *laverdáico*, por su analogía con el *sáfico*, se combina naturalmente con el *adónico*. Tal observamos en la siguiente bellísima *Plegaria á la Vírgen:*

Dá oídos al clamór serviénte
Que el puéblo en su orfandád te eleva,
Oh ampáro de los híjos de Éva,
Madre de Dios.
Y ofréce en holocausto ardiente,
Ofréce á tu Jesús bendíto
Nuestra álma y corazón contríto,
Ruega por nos.
Del hóndo entenebrído suélo,
Pobládo por dó quiér de abrójos,
Volvémos hácia tí los ójos
Llenos de afán.
Que en tórno derramándo duélo
Se agíta Satanás rugíente...
Quebránta su orgullósa frénte,
Dulce Mirián!
El ciélo á nuestro amór franquéa,
Al tróno del Señór nos guía.
¡Ver dános el etérno día,
Dános la luz!
Que la álma eternidad nos véa
Seguirte en jubilóso bándo,
De Crísto la piedád cantándo
Bajo la Cruz.

Otra combinacion *laverdáico-adónica* aparece en el siguiente *madrigal*, modelo de gracia y delicadeza, que se atreve á competir con los mejores que en castellano tenemos, y áun con los más famosos de Italia.

¿No ves en la estacion de amores
Pintada mariposa breve
Que al soplo de las auras leve,
Rondando las gentiles flores,
Leda se mueve?
¿No observas que por fin plegando
Las alas, de azucena pura
Se acoge á la vital frescura,
Y encima de su cáliz blando
Duerme segura?
En ella figurado tienes
Mi amante corazon, Jimena;
Son flores de campiña amena,
Del mundo para mí los bienes,
Tú la azucena.

Hijo en cierto modo del *sáfico*, se combina con él el *laverdáico*, pudiendo formarse variedad de estrofas de muy agradable efecto. La siguiente composicion, muestra notable del carácter *lírico* de la poesía del Sr. Laverde, ofrecé encadenados *sáficos* y *laverdáicos*.

Á MI INMORTAL AMIGA.

¡Pálido rostro, celestial mirada,
Sonrisa de inefable amor!
¡Vírgen etérea á consolar llamada
De un vate el perenal dolor!
En largas horas de silencio grave
Absorto aparecer la ví,
Y de los astros al fulgor süave
Sus huellas de azahar seguí.
Dentro mi pecho su ideal figura
Con fuego se grabó al pasar...
Ni áun en el seno de la tumba oscura
La muerte la podrá borrar.
¡Ángel sublime de mis sueños de oro
En forma de gentil mujer...!
Casta Deidad que en mi tristeza adoro...
¿Pasaste para no volver?
¿Jamás tu hechizo pudoroso y blando
Mi noche y soledad sin fin

Vendrá de nuevo á iluminar, trocando
La tierra en floreal jardin?
¡Ay! de perverso encantador cautiva,
Gimiendo só el poder quizás,
Allá en morada misteriosa, esquiva,
Oculta al universo estás!
Sola tal vez en el recinto vago,
Poblado de serpientes mil,
Nunca recibes el frescor y halago
Del aura ni la luz sutil.
Ni un eco leve en las estancias yertas
Responde á tu doliente voz!...
Llámasme acaso? ¿A franquear sus puertas
Me mandas acudir veloz?
Guíeme un rayo de tus ojos puros,
Tu aliento su virtud me dé,
Y á redimirte de ese limbo oscuro
Intrépido volando iré...
¡Mira, al prestigio de mi canto y lira,
Rendirse el colosal dragon
De alas de fuego que espantoso gira,
Guardando tu letal prision!
¡Mira, el encanto abrumador deshecho,
Las sierpes al abismo huir,
La brisa holgar, y el ominoso techo
En humo por los aires ir!
¡Del éter mira en el azul sereno
El astro animador brillar,
El val de flores coronarse ameno,
Las aves por do quier trinar!
¡Recobras ya la libertad perdida!
¡Ya tornas sonriendo á mí
Los claros ojos en que el cielo anida!...
¡No ceses de mirarme así!
Predestinada á consolar naciste
De un vate el perenal dolor...
¡Ven, que mi pecho solitario y triste
Rebosa para tí de amor!
Sé de mi vida en el estéril yermo
Oásis regalado, sé,
Donde su sed el corazon enfermo
Apague de ternura y fé.
Al dulce amparo, mi cadente lira
Tañendo, de tu sombra en paz,
¿Qué temeré del huracan la ira,
Qué el rayo abrasador voraz?

La siguiente admirable y sentidísima *Elegía*, inspirada por un verdadero y profundo dolor, está escrita en cuartetos *sáficos*, con el *laverdáico* á modo de *adónico* al fin:

Á LA MEMORIA DE MI HERMANA LUISA,

fallecida en 1851, á la edad de diez años.

Cuando á los cielos su clamor solemne
Aquella torre solitaria envía (1)
Del mar vecino entre el zumbar perenne,
Caen negras sombras sobre el alma mia,
Y el llanto á mis mejillas viene.
¿Allí algun génio misterioso habita
Que al ronco acento de la fiel campana
Vuela á acordarnos en profunda cuita
Que es polvo y sombra la existencia humana,
Que hay otra más allá infinita?
¡Ay! allí yace fenecida á prisa
Mi dulce hermana como el sol hermosa,
De ojos azules y cordial sonrisa,
Más que la estrella de la mar graciosa,
Más pura que de Edén la brisa.
La mansedumbre en su mirar sereno,
La discrecion en su apacible estilo
Resplandecía, y su nevado seno
Era de amor y de piedad asilo,
Cual vaso de perfumes lleno.
¡Ah! cuántas veces su florido manto
La primavera desplegó, Luisa,
Sobre la tierra, desque huyó tu encanto!
¡Y áun á tu nombre en nuestro hogar la risa
Se trueca en suspiroso llanto!
Flora renace, y generosa vierte
Vida á raudales por campiña y selvas:
¿Nunca ¡ay! mis ojos tornarán á verte?
¿Nunca será que á consolarme vuelvas?
¿Jamás te soltará la muerte?
No, tu alma vive con la Madre Santa
A quien llamaste en el poster sollozo;
Vive en la altura dó con libre planta
Gira por campos de perpétuo gozo,
De Dios las maravillas canta.
De allí su cuerpo á recobrar pristino

---

(1) La de San Miguel de Hontoria, iglesia cercana al mar, y situada no léjos de Nueva.

Vendrá á la tierra en el supremo dia,
Y rutilante se alzará al divino
Festin de amor, en que eternal sonría
Libando de la gloria el vino.
Y mi Segundo y mi Asuncion (1) con blando
Riso la estola ostentarán florida
De la inocencia, junto á tí brillando!
¡Venid!... llevadme á esa region de vida,
Que yo os vea y moriré cantando.

(Nueva, 8 de Setiembre de 1874.)

Metro que se emplea en poesías de tan subido mérito, asegurada tiene la inmortalidad que dá el ingenio á sus creaciones. La *Elegía* vivirá, y con ella el ritmo en que el artista ha encarnado su pensamiento.

Tambien ha ensayado el Sr. Laverde la combinacion *sáfico-laverdáico-adónica*, tal como aparece en el siguiente

PENSAMIENTO.

Si no órlan vanos mi vivienda tosca,
De afanes y querellas libre,
Verdes laureles,
¿Porqué temer que la tormenta fosca
Sobre ella horrisonante vibre
Rayos crueles?

Aún pueden ensayarse otras combinaciones *sáfico-laverdáicas*. Existe un epígrama latino, conservado por mucho tiempo en la memoria de los doctos antes de ser impreso. Su autor es ignorado: dícese que fué un jesuita del siglo XVII, otros le atribuyen á Jerónimo Amaltheo (2); pero de todas suertes, encierra un pensamiento ingenioso y agradable.

Dice así:

Lumine Acon dextro, capta est Leonida sinistro,
Et poterat forma vincere uterque Deos,
Parve puer, lumen quod habes concede puellæ,
Sic tu cæcus Amor, sic erit illa Venus.

El Sr. Laverde le ha imitado con felicidad en el siguiente *madrigal:*

Aunque una, Emilio, de tus luces claras
Perdida lloras, y la opuesta, Lisis,
Sois tipos de beldad los dos.

(1) Hijos mios que murieron párvulos. (Nota del autor en el borrador autógrafo.)
(2) Véase su elogio escrito por Muratori.

¡Ah! si á tu hermana la otra luz prestaras,
Ella la Diosa del Amor sería,
Tú, oh niño, el ceguezuelo Dios.

Una combinacion distinta, y asimismo de buen efecto, observamos en este otro *madrigal*, notable por la delicadeza del pensamiento y el primor de la ejecucion:

En este ramo de azucena y rosa
Que aún guarda el matinal rocío,
De mi ribera lo mejor, Gaudiosa,
Con alma y corazon te envío.
Ruégote en pago que al liban su aroma
Recuerdes que jamás te olvido,
Y al cielo pidas, virginal paloma,
—¿Qué?—Nada... lo que yo le pido.

Ingeniosísima es la disposicion del siguiente juguete, dedicado al ilustre doctor D. Francisco J. Caminero, cuyo *Manuale Isagogicum in Sacra Biblia* demuestra que aún no se ha extinguido la vigorosa raza de nuestros escriturarios, tan floreciente en los gloriosos dias del siglo XVI:

¿La nueva cuerda de mi humilde lira
No te desplace, y que la pulse quieres,
Cuando ya Euterpe sin amor me mira?
Pues dócil tu precepto sigo,
Pero no un canto de tí digno esperes,
¡Oh sábio, perilustre amigo!
Benigno eres,
Sélo conmigo.
Bajo la espuma de las blancas olas
Ronca á lo léjos, dormitando el ponto,
Mientras que yo con entusiasmo á solas,
En dulce inspiracion velando,
El plectro y lira enardecido apronto,
Y empiezo á alborear cantando,
¡Y él como un tonto
Sigue roncando!
La noche auyenta y los espacios dora
Con blanda risa la oriental sirena,
A quien el vulgo denomina aurora...
¡Sarcástico reir que entiendo;
De mí se burla de frescura llena...
Corrido, mi cantar suspendo.
¡Y ella sin pena
Sigue riendo!

Viene esparciendo rutilante lumbre
Febo despues con su farol redondo,
Y se remonta á la celeste cumbre...
Me ofende su calor salvaje,
Corro del bosque hasta el rincon más hondo,
Y folgo entre el feraz ramaje
¡Y él tan orondo
Sigue su viaje!
Llega la tarde y con guiñar lascivo
Vénus, subiendo por la azul esfera,
Pretende hacer mi corazon cautivo...
Las artes de esa vieja niña
Sé ya de antiguo... y en veloz carrera
La esquivo, aunque gentil se aliña,
¡Y ella la artera
Guiña que guiña!
La noche avanza, y la modesta Luna
Sale, entre nubes, de la mar salobre,
Y perlas llora sin modestia alguna;
Yo entonces con acento blando
Vuelvo la lira á repicar de cobre,
Mi alegre soledad cantando...
¡Febe la pobre
Sigue llorando!
Ya el sueño todos los vivientes gozan,
Salvo las ranas del juncoso lago
Y los escuerzos que doquier sollozan...
¡Arrullo sin igual!... cediendo,
Caro doctor, á su divino halago,
La lira en la pared suspendo,
La vela apago,
Vóyme durmiendo.

Los ensayos anteriores de versos de nueve sílabas han tenido éxito limitado, ora por sus condiciones intrínsecas, poco favorables á la armonía, ora por no haber sido cultivados con el amor y entusiasmo que el *laverdáico*, ni empleados en combinacion con otros metros. Pero la nueva especie de ritmo que hemos dado á conocer á nuestros lectores, agradable al oido en cuando puede serlo un verso eneasílabo, enlazado con otros metros que disminuyen su rigidez y uniformidad, y empleado en composiciones tan notables como la *Elegía á la muerte de mi hermana*, y la *Oda á mi inmortal amiga*, ha de ocupar un señalado puesto en nuestro Parnaso lírico, á poco que el Sr. Laverde continúe sus tentativas y que otros ingenios se dediquen á imitarle. No és empresa tan difícil,

como á primera vista parece, la de componer versos *laverdáicos*. En este linaje de ensayos todo consiste en tomar la embocadura. Cónstanos que la *Elegía* ántes citada y la composicion dirigida al doctor Caminero fueron obras de una sola noche.

El que esto escribe, sin la pretension de haber acertado, probó á traducir en versos *sáfico-laverdáico-adónicos* la intraducible oda 5.ª del libro 1.º de Horacio *Quis multa gracilis te puer in rosa*, y se atreve á ponerla como remate de este artículo, si bien conociendo que ha de parecer mal al lado de las excelentes poesías del Sr. Laverde:

¿Qué tierno niño entre purpúreas rosas,
    Bañado en oloroso ungüento
Te estrecha, Pirra, en deliciosa gruta
    Sobre su seno?
¿Por quién sencilla y á la par graciosa
    Enlazas las flexibles trenzas?
¡Ay, cuando llore tu mudanza el triste
    Y tu inclemencia!
Mar agitado por los negros vientos
    Serás al confiado amante,
Que siempre alegre y amorosa siempre
    Piensa encontrarte.
¡Mísero aquel á quien propicia mires!
    Yo libre de tormenta brava
Al Dios del mar ya consagré en ofrenda
    Veste mojada.

M. Menendez y Pelayo.

Santander, 2 de Agosto de 1875.

LA BARCA.

I.

Aún nó surge de las ondas
el fuego de la mañana;
aún brilla en los puros éteres
el misterioso fantasma
que vierte en la oscura noche
nítido rayo de plata;
aún las estrellas fulguran
y el místico cielo esmaltan;
aún no vuela el blando céfiro;
aún duermen las leves áuras;
aún las flores no han sentido
el casto beso del alba,
y en su misterioso manto
su rico perfume guardan
hasta que la luz sorprenda
su dulce sueño, y las alas
de la brisa dén al aire
su embriagadora fragancia;
aún hay silencio en el bosque,
aún los pájaros no cantan;
pero ya surca las líquidas
ondas la ligera lancha
y hiende el tajante remo
los cristales de las aguas,
y vá el pescador cantando
y alejándose la barca.....
Sola quedó la ribera
y silenciosa la playa.

II.

Ya brota de entre las ondas
la lumbre de la mañana;
ya la misteriosa luna
sus contornos no destaca

en los infinitos éteres
donde sus rayos brillaban,
y ya ocultan las estrellas
sus fulgores de esmeralda;
ya vuelan los blandos céfiros
y alientan las leves áuras
y se abren las tiernas flores
al casto beso del alba,
y de sus fragantes cálices
ricos perfumes exhalan,
que la brisa, por la atmósfera
lleva en sus ligeras alas:
ya puebla el bosque la música
de los pájaros que cantan.....
pero ya el movible espejo
de las ondas no retrata
los caprichosos perfiles
de la pescadora lancha,
ni se escuchan las canciones
que el pescador entonaba
al hendir con duro remo
los cristales de las aguas....
Desierto está el horizonte
y silenciosa la playa.
¡Dónde estará el marinero,
ay, dónde estará la barca!

III.

Ya vuelven las pardas nubes
al par que la noche avanza;
ya esconde su frente pura
entre mil nubes de grana
el sol, y pliegan los céfiros
sus murmuradoras alas,
durmiéndose entre las hojas
que á sus caricias temblaban;
ya envuelven las densas brumas
el perfil de las montañas,
y sobre el flexible tallo
en que ántes se columpiaban
las flores, tristes se inclinan
porque no las besa el aura;
ya vuelve al bosque el silencio,
ya los pájaros no cantan,
y en el incierto horizonte
del mar, allá en lontananza,

negro punto se dibuja
que por momentos se agranda:
ya se acerca, ya se acerca,
ya se acorta la distancia;
ya vuelve, como los pájaros
al nido, al puerto la lancha;
ya se escucha el cadencioso
rumor que al hendir las aguas
produce el tajante remo
con su cortadora pala:
ya se oyen los dulces cánticos
del pescador en la playa;
ya toca la ansiada orilla.....
ya llegó por fin la barca!

RICARDO OLÁRAN.

LA MONTAÑESA.

(CONTINUACION.)

V.

No es posible dar por cumplido nuestro femenino bosquejo sin incluir en medio de sus generalidades dos tipos distantes y diversos: la cumbre y la ribera, la nieve y el agua, la zarzamora y el alga marina.

En los caminos de la montaña, trochas, senderos ó carreteras: en las barcas que cruzan sus rios, á las puertas de ventas y mesones, encuentra el viajero á menudo partidas de cinco, seis ó más mujeres, libres á veces de toda varonil tutela, amparadas otras, las menos, de la proteccion y compañía de un varon único, pobremente vestidas, pañuelo en el pelo, haldas en cinto, calzadas con burda media y tosca coriza, luciendo en las orejas dos valientes zarcillos de cobre de hebraica forma y al cuello holgados hilos de labrados corales, abrumadas bajo el peso de un vasto cuévano, cuya carga desmesurada sobrepuja y domina por encima de la cabeza de la portadora. Del cinto les cuelgan lucientes tijeras y una navaja inofensiva, cuyo filo nunca se probó sino en blando que-

so ó dorada manteca, y en tiempo de aguas ó invernizo se cubren con una capellina de lana sin teñir.

Estas son las pasiegas, gente dura, sóbria, recelosa y arisca: tenaces en sus propósitos, hábiles en su comercio, sibilíticas y misteriosas en sus respuestas. No temais que la pasiega responda á derechas á pregunta que se la dirija por quien no sea de su tribu y compaña; responderá siempre con una condicional. De ellas acaso tenemos los montañeses nuestro ripio más visible de lenguaje, el *pues* que comienza todo discurso nuestro, y que unos interpretan como evasiva de manifestar la opinion terminante y clara, y á otros parece arbitrio que consiente tomar espacio y prevenir la respuesta. Tampoco espereis verla poner risueños ojos—que los tiene comunmente muy dulces y expresivos—al requiebro del transeunte, escolar, soldado ó mozo de mulas ó de labor; ántes la vereis, si el galan se acerca, huir bravamente el cuerpo, cargada y todo como vá, y responderle con un «*Mala peña le carpa,*» dicho en áspero tono y con fosco gesto. Por lo demás, puntual, callada y fiel en toda comision ó encargo que acepte, infatigable en su trabajo, y limosnera hasta socorrer con dinero ó con especie á mendigos de más lucido porte que ella misma.

En el fondo del cuévano lleva la pasiega una parte de su mercancía, telas de algodon ó seda de fábrica estranjera, que pasaron la frontera sin perder el tiempo en registros ni adeudos; en la carpancha que la cubre, y son dos cestos iguales, largos y angostos que cierran como las conchas de un bivalvo, pone los lacticinios de fabricacion propia. En esta carpancha lleva á su hijo, cuando le tiene y está en pañales; pero entonces el amor materno trasforma la ambulante cuna de forma que no la reconociera quien la vió hecha un lecho seroso de helechos y hojas de castaño, cama ordinaria y envoltorio de queso y mantecas. Entonces pone dentro su colchoncito y almohada, envuelve al rorro en mantillas de fina lana y sábana randada, le defiende del sol con un aro y toldo levantado sobre la cabecera; y como si quisiera llevar á su más alta espresion la intensidad de su maternal ternura, feminiza un nombre y llama *cuévana* á aquella cuna ambulante de su hijo. Para completar la gala del desusado atavío, rodea el cuévano con su delantal de los dias festivos, de paño rojo y anchas guarniciones de terciopelo negro. Esta pulcritud y lujo del infantil arreo contrastan con lo mísero y traido del vestido de la madre, poniendo en su punto el sentimiento que inspiró tan disculpable vanidad y aparato.

El amor materno es en la pasiega vehemente y poderoso. Lo cual, unido á su ánimo independiente y altivo, á su hu-

mor vagabundo, la hace poco idónea para el oficio que comunmente se le atribuye, de criar hijos ajenos. Aunque con su nombre son llamadas, singularmente en Madrid, las nodrizas montañesas, pocas de ellas proceden de Pas. (1)

Y se comprende que una madre que siente perezosa y débil su propia sangre, entibiada ó empobrecida acaso por los padecimientos, inhábil para trasmitir la energía y el calor de que carece, desee para su hijo aquella flor de vida lozana y pura que vé en el hijo de la pasiega, en sus ojos brillantes y vivos, en sus redondos y abultados carrillos sonrosados y frescos, en su boca húmeda y jugosa, en la paz de su sueño profundo, en las claras y sonoras risas de su despertar. Es atributo comun de razas montañesas el de conservar la pureza y sustancia de los jugos vitales, merced á la limpieza de costumbres, mas bien que al clima y á la frugalidad, ú otras virtudes que su rigor impone. Así durante algunos años y en ocasiones diversas tocó á la montaña de Santander dar nodriza á los príncipes españoles.—Dos médicos de palacio recorrian los valles examinando á las candidatas, que ya se deja entender no serian pocas á pesar de las minuciosas circunstancias requeridas, puesto que la crianza del régio vástago suponía la fortuna de la familia entera de la escogida; y pronunciado el fallo facultativo acerca de dos ó tres, las más escelentes en todos conceptos, así de presencia y condiciones físicas, como de antecedentes y prendas de carácter, eran llevadas bajo la prudente y esquisita custodia de los mismos profesores á Palacio, donde recaia la eleccion definitiva en la más apta de las tres, ó en la que mejor se congraciaba, al presentarse, la voluntad y simpatía de los Reyes. (2)

Pero la pasiega, como vá dicho, prefiere á toda seduccion

---

(1) El venerable patriarca de la comedia española contemporánea, nuestro glorioso Breton, pintó con su incomparable gracia el *ama de cria*, en una publicacion análoga á la presente, *Los españoles pintados por sí mismos*. Descaminado el poeta por su musa cómica, cuya mision es *castigar riendo*, con risa del castigador muchas veces, nunca con risa del castigado, y siempre con risa de los que presencian el castigo, trocó los términos del asunto, y dió el lugar primero á la excepcion, no muy apreciable por cierto, y relegó al fondo el verdadero tipo.—La nodriza montañesa es, por punto general, honrada, poco novelesca y amiga de aventuras. Déjase deslumbrar á veces por el mimo y regalo con que se vé tratada, delicias á que no vivió acostumbrada la infeliz, y puede en un momento dado ensoberbecerse y olvidar de dónde viene y cuál es su verdadero empleo y sus deberes. ¿Qué hombre de más alta condicion, entendimiento y principios, no cae en igual flaqueza, cuando esperada ó inesperadamente sube á superiores alturas? Bien pueden disculparse en la pobre é inculta campesina ciertos desvanecimientos arrogantes, de que no preservan mayor cultura ni hábitos cortesanos. Lo usual y corriente es que terminada la crianza y restituidas á sus hogares las amas, conserven agradecida memoria de sus señores, pagada por éstos con la mejor correspondencia, y no pocas veces, y cuando las condiciones de su familia lo consienten, el ama queda en la casa, ó vuelve á ella para convertirse con el tiempo en uno de aquellos servidores que son parte de la familia y más celosos de sus asuntos y buen nombre que los propios individuos de ella

(2) En los siglos medios no fué mercenario cargo fiado á pobres mujeres, sino empléo de damas principales, el de nodriza de príncipes. Una ilustre señora asturiana crió al célebre D. Enrique de Trástamara, y de su nieto D. Enrique el Doliente, fué ama D.ª Inés de Laso, de la nobilísima casa de la Vega, mujer de D. Juan Niño, padres ambos del famoso Pero Niño, primer Conde de Buelna.

palaciega ó urbana sus hábitos independientes, su comercio ambulante, su vida peregrina é inquieta con intérvalos de labradora y pastoril.

Cuando prospera, cesa su agitado viajar, se establece en un lugar ó villa, abre una tienda desde la cual dirige el tráfico que antes hacia personalmente, y engorda.—La pasiega sedentaria es indefectiblemente gruesa, así como la traficante enjuta y delgada. Muda tambien de traje, ó mas bien lo modifica, arreglándolo á su nueva existencia y al de otras montañesas; calza zapato de cuero negro, alarga hasta tocar en él el ruedo de su falda, y suprime las baratijas del cuello. —Mas apesar de esta trasformacion se la reconoce á primera vista, sin engaño ni vacilacion posible, en sus rasgos fisonómicos, áun antes de oir su acento característico.

Su raza tiene todos los caractéres de las razas aborígenes: quienquiera la tomaria por indígena de la comarca que habita. No lo es, sin embargo.—Su tradicion propia hace descendientes á los pasiegos de la villa de Espinosa de los Monteros y su territorio (1). Pastores de éste vinieron á establecerse en tierra de Pas, llamados por sus ricos pastos y abundantes aguas, hácia fines del siglo XV ó principios del siglo XVI; poblaron primero, fundaron iglesia despues, y creciendo poco á poco, se estendieron y agruparon en tres centros principales que tienen título de villa, San Pedro, San Roque y la Vega, situados en la márgen ó junto al orígen de los tres caudales mayores de agua que nacen en aquellas cumbres: el Miera, el Pas y el Pisueña.

Observadores sagaces han notado, por otra parte, la casi identidad del traje masculino de los pasiegos con el de los montañeses de la provincia aragonesa de Huesca, tomándolo como indicio de comun orígen; mas la discusion ó prueba de éste no nos incumbe ahora.

Despidámonos de la pasiega allá en las feraces y sublimes breñas de su pátria, cuando no ya humillada la cerviz y doblado el talle bajo el peso cruel del cuévano alarga el incansable paso por veredas y andurriales con el mísero porte que renglones atrás la vimos, sino cuando erguida y garbosa sale á lucir sus galas en la fiesta del devoto santuario vecino. El sol cae, y con la ardiente luz de sus postrimerías tiñe de vivo azul el cielo, pinta y recorta en el espacio los calvos picos, mientras libertada del caliente rayo la pradera respira, refresca el ambiente, aviva y encrudece la yerba sus verdes matices, y los destaca en ráfagas sobre la opaca sombra condensada á los piés de los apretados árboles. Por el paisaje

(1) El licenciado D. Pedro de la Escalera Guevara acepta esta opinion en su libro *Del origen de los Monteros de Espinosa*, escrito á principios del siglo XVII.

corren y chispean toques animados y ligeros de infinitos colores. Allí vá la pasiega, envuelto el trenzado cabello en un paño de seda irisada, y otro parecido cruzándole el seno sobre la blanca camisa que entre la seda asoma, ajustado el poderoso busto con cotilla de seda que abrochan cordones, ceñida la airosa chaqueta de paño negro y negro terciopelo con botonadura de plata en las mangas; corales en la garganta, corales en las orejas, cadena de oro ó plata desde los hombros á la cintura, meciendo la replegada saya de finísimo paño, bajo cuyo borde tal vez asoma el rojo refajo con aterciopeladas labores, mientras se cubre por delante con luciente brial de raso liso; en sus manos centellea muchedumbre de anillos, y sus piés no pisan sobre la ruda abarca enlodada y endurecida, sino sobre una suela primorosamente labrada que defiende la planta sola y deja lucir, bajo las correas que la atan á la pierna, el pulido escarpin de franela amarilla ribeteado de seda purpurina y la media azul, limpiamente bordada de colores (1).

AMÓS DE ESCALANTE.

(Continuará.)

TIPOS TRASHUMANTES.

VI.

UN SABIO.

Al siguiente dia de su llegada á Santander, ó acaso sin sacudirse el polvo del camino, dáse á conocer en tertulias y corrillos diciendo, con la mayor impavidez, que España es un país de estúpidos, y que la capital de la Montaña es el último rincon del país, puesto que no hay un solo montañés que conozca *la telematologia* ni la *filosofía del sentimiento estético*

(1) Segun noticias adquiridas en la misma tierra, un traje de estos, apesar de su sencillez, llega á costar, por la superior calidad de las telas, de cinco á seis mil reales.

en sus relaciones con la actividad del yo pensante, en, dentro, sobre, sobre-en y por debajo de la conciencia universal. Pero esta ignorancia no le sorprende en un pueblo en que *todavía* oyen misa los hombres que se llaman ilustrados, y desconocen á *Jeeéguel* (muy arrastrada la J) ó Hegel, como decimos las personas vulgares.

Y ahora que el lector sabe algo sobre la venida de este huésped, voy á decirle otro poco acerca de su procedencia.

La humana debilidad tiende, por instinto, á lo más cómodo, hacedero y comprensible.

Por eso á los grandes apóstatas, aunque arrastrados á la apostasía por el demonio de la soberbia, ó de la codicia ó de la concupiscencia, nunca les han faltado inocentes que formen su cortejo.

Pero llegó el siglo XIX, hijo legítimo de la glacial filosofía del XVIII, y la masa dócil á tantas voluntades durante tantos siglos de controversias y de charlatanes, endurecióse como el mármol; y hasta el mas lerdo se convenció de que en estos dias esplendorosos, de luz y de *pronunciamientos*, ya no cabe el cisma, por la sencilla razon de que el que se separa de la verdad católica no es para proclamar otra *creencia* sino para dudar de todas; y dudar de todas equivale á carecer de entusiasmo, que es hijo de la fé; y careciendo de fé y de entusiasmo, no cabe la disputa, ni por consiguiente la escuela. Es decir que los disidentes de la verdad «ya no creen en brujas,» ó, hablando más en carácter de *época*, están «curados de espantos,» en plena *despreocupacion.* Deduccion lógica de esto: No puede darse una ocasion que sea menos apropósito que la presente para fundar sectas religiosas y sistemas filosóficos.

Pues bien, lector; en ninguna otra, desde que el mundo es mundo, se han hecho mayores esfuerzos para arrastrar á la razon humana á los estremos que más la repugnan; jamás se ha visto mayor cúmulo de desatinos presentados como armas de seduccion, unos en el campo religioso, otros en el filosófico y otros en el de la política; siendo inútil advertir que todas estas agrupaciones, tan diferentes entre sí, coinciden en un punto, el consabido ódio *á las viejas instituciones y creencias.*

Ni de los fundadores, ni de los pontífices, ni de los apóstoles (aunque todo ello suele andar en una sola pieza) de estas doctrinas, ni siquiera de los adeptos que lo sean *de veras*, voy á ocuparme aquí, gracias á Dios.

Pero es el caso que al rededor de estas colmenas de insípida melaza, bulle de contínuo un enjambre de zánganos impresionables, que, so pretesto de un amor desmedido á lo

nuevo y á lo *fuerte*, pero incapaces de elaborar cosa propia, aunque sea mala, van chúpando, á hurtadillas, cien desatinos de la filosofía, cincuenta estravagancias de lo religioso y doscientas majaderías de la política; y con estas provisiones en el buche, mal digeridas, así por falta de jugos como por la indigesta condicion de lo engullido, échanse zumbando por esos mundos de Dios, y aun pretenden elevar su vuelo hasta las águilas, porque les han dicho que aquello que les nutre el menguado entendimiento se llama *ciencia moderna*.

Uno de estos *sábios* es el huésped consabido.

Y ya que tampoco ignoras de dónde viene, continúo leyéndote todas las señas particulares de su pasaporte.

Generalmente es *tipo* por su figura ó por el corte de su vestido, y jóven; porque no se concibe que pueda llegar nadie á la edad de las canas con tantos grillos en la cabeza.

Ni la experiencia, ni la erudicion mas vasta en el campo de los *viejos sistemas* le merecen el menor respeto; porque él ha asistido durante dos meses á una cátedra de filosofía krausista en la universidad de Madrid, y sabe, por la boca de uno de los oráculos españoles de esta escuela alemana, que «*cada filósofo debe construir su propia ciencia sin necesidad de abrir un libro*. Y tan al pié de la letra ha tomado el consejo; á tal estremo ha llevado el asco á los libros, que ni siquiera conoce la gramática castellana.

Ya hemos visto al dársele á conocer al lector, qué desparpajo le presta ó le infunde esta *ilustrada* ignorancia; mas como aquella tésis la repite donde quiera que halla tres hombres reunidos, y como no es raro que entre tantos haya muchos á quienes sobre de buen sentido lo que les falte de *ciencia moderna*, su temporada de verano es una pelea sin tregua ni sosiego.

Porque es de advertir que, aunque de pronto, se le escucha como quien oye llover, una vez *metido en barro*, ya no hay paciencia que sufra tantas salpicaduras al sentido comun, única *ciencia*, á mí entender, que se *construye* sin abrir un libro, por la sencilla razon de que no hay libro que enseñe á construirla cuando Dios ha negado á alguno la *materia prima*.

Sin este lastre en la cabeza, claro es que, como todo lo henchido de aire, ó menos pesado que él, este sabio, no bien se agita un poco, ya está dando tumbos por el espacio y perdiéndose de vista en el infinito. Por eso lo primero que *discute*, y con doble afan si hay mujeres en el auditorio, es á Dios, es decir, al *Dios de las viejas creencias*.

Eso de *Dios Trino y Uno*, tiénelo él por *logomaquia*.

La *conciencia humana* no siente este concepto *absurdo;* la mente, por tanto, no le penetra, no le alcanza.

Entonces es la ocasion de echar atrás las solapas del levisac, poner la cara hosca, y lanzarse sobre los ignorantes con este párrafo que, segun el sábio, es claro, perceptible y concluyente:

—«*Dios es el absoluto ser, en su total unidad é integridad, como lo que es y de lo que es, en la esencial sustantiva union y composicion del ser y del existir, del conocer y del pensar, dándose y determinándose en, dentro y debajo de la unidad, sabiéndose de sí, para sí y consigo, cóngrua, individual y homogéneamente, antes y sobre toda determinacion concreta de la materia caótica en tiempo y espacio, medio en que lo objetivo y lo subjetivo recíprocamente comulgan.*»

Enseguida apoya su aserto con la autoridad de los *santos* padres ó pontífices de *su* iglesia, Krause, Sanz del Rio y Salmeron, mira en derredor de sí con cara de lástima, y pasa á otra cosa.

Nada le *repugnaba* tanto cuando él *era* católico «por no disgustar á su *pobre* madre que creia como una *inocente todas esas cosas,*» como los milagros, lo sobre-natural; y lo del premio y el castigo inmediatos á la muerte del cuerpo, ni más ni ménos que si Dios llevara una cuenta corriente á cada una de sus criaturas. Esto es empequeñecer la idea, agraviar á la razon humana que es un destello divino, etc., etc.

Y hé aquí que comienza á cantar endechas al *espiritismo,* de cuya secta se declara partidario y hasta miembro integrante. Y siendo espiritista, cree por ende, y así lo manifiesta, que los espíritus vagan por el espacio, ramoneando de planeta en planeta, como carneros trashumantes, para purificarse por una série de trasmigraciones, hasta que Dios les llame junto á sí, despues de juzgarlos dignos de Él; cree, por tanto, en los malos espíritus, y que el hombre está en la tierra de tránsito, procedente ya de otro planeta, ó de otra criatura de diferente condicion social ó naturaleza, y ni siquiera niega que pueda él mismo haber sido asno tiempos atrás, por mas que—¡otro contrasentido!—no le guste que se lo llamen. En fin, repugnándole todo lo sobre-natural y hasta negándolo con indignacion, nos cuenta entusiasmado que se pasa las horas muertas hablando mano á mano con el espíritu de Confucio... ó con el de Sancho Panza (pues inspirados *eruditos* hay en la secta que se lo han tragado) si es *medium* por su propia virtud, y si no, por el del hermano que la posea; y le cuentan que esto está perdido, y que la Iglesia caerá, y que prevalecerá lo que quieran Bassols, Solanot y otros cuantos apóstoles de la doctrina famosa... Y todo esto y mucho más

se lo cuentan en parábolas y rengloncitos entrecortados que necesitan luego una interpretacion no poco ingeniosa.

Tambien en este trance tapa la boca de los incrédulos que se rien al oirle, con nombres propios. Enseguida enjareta una letanía de los más sonados en España entre políticos y militares, los cuales sujetos hacen lo mismo que él y *aliquid amplius* en esas conferencias con los espíritus; cuya prueba, no por ser irrecusable, porque es la pura verdad, levanta un ápice la cuestion ante el testarudo y arranciado sentido comun que escucha al sábio; pues se obceca aquel inconquistable tribunal en sostener que en ninguna parte hay reunidas, en menos terreno, más estravagancias, más monomanías, más opuestas condiciones sociales que en un manicomio; y, sin embargo, á nadie se le ha ocurrido tomar por lo sério aquella algarabía de insensatos.

Indígnale tambien que existan *todavía* hombres que se llaman ilustrados sosteniendo que la raza humana procede, toda ella, de Adan. Parécele absurda esta *teoría;* y buscando otra más verosímil, y hasta solar más noble á la humanidad, agárrase á Darwin, y pónese muy hueco al declarar con este otro sábio que el hombre desciende del mono—cosa que muchos *ignorantes* no negarian si todos los ejemplares de la especie fueran idénticos al preopinante.—Verdad es que el sustentar esta teoría le permite soltar la palabreja *antropiscos* ó *antropoides*, que no es despreciable para un sábio de su calibre, y tapar con ella el resuello al que le pregunte por la raza que debió llenar el abismo que separa al cuadrumano famoso del más estúpido de los hombres. Por eso me gustan á mí los sábios (y no aludo ahora al de mi cuento): se tropiezan en sus investigaciones con un abismo sin fondo, y le cubren con una palabra rimbombante; y saltando sobre ella, para no sentir el vértigo que les perderia, siguen adelante tan satisfechos como si la senda no tuviera un bache: todo ménos retroceder ante el precipicio para buscar otro camino más seguro y más frecuentado. Digo esto porque la tal palabreja es la tapadera que ponen los darwinistas sobre el abismo de su peregrina teoría. ¡Como si el tal abismo no fuera para ellos toda la cuestion!

Volviendo ahora á nuestro sábio, digo que si se logra hacerle descender de esas alturas en que se sienta á su gusto, y bajar al mundo terreno, se le vé lanzarse rápido sobre la memoria de los grandes hombres; porque esta es de las águilas que no pierden el tiempo cazando moscas. La calidad del auditorio es lo que menos le importa.

Así, por ejemplo, al primer tratante en caldos que halla á mano, le enreda en una discusion sobre Cervantes.

—*Concedo*—dice el *generoso* sábio—que no fué el autor del *Quijote* un hombre *enteramente vulgar*, teniendo en cuenta la época en que vivió; pero ¿qué materiales dejó preparados para la *arquitectónica* de la ciencia moderna? ¿No están sus obras impregnadas del estúpido fanatismo religioso? Lo mismo á él que á Calderon les faltó la *filosofía de la estética*, que les hubiera enseñado lo poco que valian sus creaciones *por sí, mediante, en, con relacion al idealismo trascendental, en cuanto, sobre, antes y despues de.*

Por el mismo procedimiento demuestra el *idiotismo* de Colon, la *candorosa* ignorancia de *Agustin* (como no cree en brujas, le suprime la santidad), el espíritu *mezquino* de Raimundo Lulio, la *charlatanería* de Balmes, y la sublime metafísica de las coplas de Mingo Revulgo.

Ninguno de estos nombres ni otros infinitos que cita sin pararse en barras, hicieron cosa alguna en beneficio de la humanidad *progresiva;* les faltó la gran idea del símbolo, del *schema*, ó séase *la gráfica determinacion en que la naturaleza y el espíritu se unen en forma de lenteja.*

¿Necesito añadir que la aspiracion política de este mozo es ir tan lejos como puedan llevarle *las corrientes de la idea nueva*, ó los huracanes de la libertad de su altivo pensamiento?

Así es en efecto; y conste que, segun propia declaracion, para colocarse en la senda que necesita su razon sin trabas ni cortapisas, ha comenzado por tomar en una lógia masónica el nombre de Wamba, y por jurar, *á oscuras*, sacrificarse en cuerpo y alma á la voluntad de un superior á quien no conoce, sin que le sea lícito preguntar jamás el «*por qué*» ni el «*para qué*» de los esfuerzos que le *impongan.*

En fin, lector ignorante, despues de volcar este ollon de potaje religioso-filosófico-político en plazas, casinos, tiendas y cafés, es cuando el sábio, para rematar la obra, encaja este ribete pespunteado con aires de proteccion y tono campanudo:

—Esto se llama, señores, estar penetrado del *ideal de la humanidad;* esa ciencia sublime, mediante la cual el hombre, *artista de su vida, determinándose en todas las esferas de la actividad, se hace divino en, bajo, mediante Dios.*

Mas, á pesar de la sustancia de este luminoso dato, oigo al asombrado lector preguntarme:—Pero ¿á dónde vá ese mozo con semejante galimatías en la cabeza?

¿A dónde vá?—En Madrid al Ateneo, si hemos de creerle.

En Santander, á lo que hemos visto, á difundir la luz; á tomar el aire... y *aliquando* á la ruleta.

Mañana... (si antes no se cura) al Limbo, que es la mansion á donde van á parar los que en vida tuvieron la enfermedad debajo del pelo.

JOSÉ M.ª DE PEREDA.

SOLARES MONTAÑESES.

Nadie podrá dudar que ha sido la provincia de Santander una de las más señaladas de España, gracias á la inteligencia, valor y nobleza de sus naturales. Desde aquellos famosos cántabros que, mártires de su independencia, prefirieron morir heróicamente á dejarse subyugar por la poderosa Roma, hasta Velarde, glorioso mártir tambien de la pátria oprimida, no registran las páginas de nuestra historia hecho famoso, suceso memorable en que los hijos de este hermoso suelo no hayan inmortalizado sus nombres. Nacieron en los fértiles y encantadores valles de Cantábria y en sus pintorescas montañas, los que levantaron en Covadonga el desgarrado pendon de la perdida España, llevándole triunfante de las Navas al Salado para asentarle vencedor en los muros de Granada. Con él llegaron á las desconocidas playas americanas; y en Italia y en Flandes, en Africa y en Asia, en Lepanto y Trafalgar lucharon valerosamente, derramando su generosa sangre en pró del engrandecimiento de la pátria.

Bien merecen Santos como Beato de Liébana, héroes como Velarde y Velasco, escritores como Fray Antonio de Guevara y el Padre Martin del Rio, que sus nombres se ensalcen para honra de España y gloria de la provincia en donde vieron la luz primera.

Comprendiéndolo así, mis particulares amigos, el cronista D. Enrique de Leguina y el jóven y ya profundo sábio D. Marcelino Menendez y Pelayo, se han consagrado á escribir en bien meditados libros, acerca de los hombres notables, que han ilustrado esta hidalga y noble tierra montañesa, juzgándolos Leguina por sus hechos famosos y analizando Menendez los libros que escribieron.

Animado yo de parecidos deseos, pero con muy inferiores conocimientos, me propongo escribir respecto del orígen y solar de algunas familias principales de esta provincia, por-

que juzgo bueno y útil saber de dónde procedieron los que la han enaltecido con sus hechos. Además, la historia de los linajes montañeses está tan íntimamente relacionada con la general del país, que seria punto menos que imposible escribir sobre ella, sin tropezar á cada paso con la parte importantísima que tomaron en los principales acontecimientos ocurridos, en nuestro territorio, durante el trascurso de muchos siglos.

Bien sé que no es la época presente apropiada para asuntos genealógicos, y aunque se relaciona mi trabajo bastante con ellos, no vá encaminado á este fin; así pues, suplico á mis lectores que no me tilden de linajista, y tan solo vean en estos ligerísimos y mal pergeñados apuntes, así como en un diccionario de *Montañeses notables* que estoy preparando, el buen deseo que me anima de contribuir, con mis débiles fuerzas, al esclarecimiento de nuestra interesante historia provincial, tan oscura aún como olvidada.

I.

EL SOLAR DE VILLANUEVA DE LA BARCA.

Grande y justa importancia ha tenido en nuestra provincia la familia de Calderon de la Barca, porque además de los muchos derechos señoriales que disfrutaban en gran número de pueblos de las antiguas merindades de Campoo y Asturias de Santillana, pudo fundar su mayor timbre y grandeza en tantos, tan señalados y preclaros hijos como dió á la pátria.

Su primitivo y antiguo solar permanece aún en pié, pero ya mutilado por la accion inclemente del tiempo y la inexperta mano de los hombres. Desaparecieron el foso y contrafoso que le servian de defensa, así como tambien barbacanas y saeteras, pero se distingue el almenaje de sus fuertes muros y las estrechas y ojivales ventanas, propias de este género de edificios, que servian en aquellos tiempos para habitacion y defensa de enemigos bandos.

Hállase situado próximo al pueblo de Viveda, ayuntamiento de Santillana, y es por demás pintoresca la posicion que ocupa en la planicie de una suave colina que blandamente desciende hasta las márgenes del Saja y Besaya, rios que á corta distancia se reunen para rendir á la mar sus aguas en la vecina ria de la Requejada; añosos robles de carcomidos troncos y encantadoras praderías, que el tupido césped y las pintadas flores esmaltan, le rodean por todas partes.

Llamóse en otro tiempo el *Solar de Villanueva de la Bar-*

ca, conocido hoy con el nombre de la *Casa de Calderon*.

Singular fué la manera como al mundo vino y tomó apellido su primer fundador: genealogistas y poetas, en libros y romances lo refieren, así como tambien las heróicas hazañas de aquel famoso paladin, tan valeroso como opulento por lo que ganó en las lides y heredó de sus mayores, del cual y de sus armas dice Bernardo de Valbuena, en su famoso poema *Bernardo del Carpio:*

Cinco negros teñidos Calderones,
El Nombre y Armas dán de su apellido,
Reál prosapia de ínclitos varones,
de Ricos Hombres, timbre esclarecido,
Por quien promete el Cielo de sus dones
Un Príncipe entre todos escogido,
Cuya privanza ha de subir sin tassa
La gloria al cólmo de su ilustre Casa.

Si es fábula ó realidad no es fácil asegurarlo; pero su existencia y hechos más señalados constan de una manera positiva; el lector sabrá diferenciar lo cierto de lo dudoso, pues solamente referimos lo que ha llegado á nuestra noticia.

En una tarde de otoño del año de 1205, lucida y numerosa cabalgata cruzaba por un áspero y espeso monte de las Encartaciones de Vizcaya. Eran los muy nobles y poderosos señores D. Martin Sanchez de Salcedo y Ayala y su mujer doña María de Spina, que seguidos de numeroso acompañamiento de parientes, deudos, vasallos y criados, caminaban por las montañas encartadas en busca de los llanos alaveses, donde se encontraba la mansion feudal de los Ayalas. No habian salido aun del intrincado bosque por dónde cruzaban, cuando D.ª María de Spina sintióse acometida de los dolores del parto. Detúvose la cabalgata, acudieron las doncellas presurosas para socorrer á su señora, y á poco rato vino al mundo, en aquel salvaje monte, el heredero primogénito de los cuantiosos estados de Salcedo y Ayala; mas trocóse la alegría en duelo por creerse muerta á la criatura á quien pusieron dentro de un calderon, para acudir de nuevo en auxilio de su madre, que mostraba síntomas de nuevo alumbramiento. A los pocos instantes y con general sorpresa principió á llorar desaforadamente el primer nacido; «*que llora el del calderon*» dijeron aquellos caballeros, «*calle el del calderon*» replicó el señor de Ayala, y desde aquel mismo instante llamáronle todos el del calderon, apodo que le quedó por apellido.

No dice más la leyenda (1) y solo añade que á los diez y

(1) Suponemos fabuloso todo lo referido, pero no podemos menos de hacer constar que Argote de Molina en la *Nobleza de Andalucia;* Espinosa de los Monteros, *Historia de Sevilla;* Gándara, *Casa de Calderon*, y otros muchos autores dán como cosa averiguada y fuera de toda duda lo expuesto.

ocho años no habia en Alava mozo más gentil y apuesto que D. Martin Ortiz Calderon. Regía tan bien un caballo como embrazaba una lanza, demostrando su gran inteligencia militar, cuando en la flor de su juventud, acompañó á D. Lope Diaz de Haro á las memorables conquistas de Ubeda y Baeza, donde se señaló mucho, constando su nombre entre los trescientos caballeros que fueron heredados en la última ciudad en la lista que de ellos inserta Ximena Jurado en sus *Anales eclesiásticos del obispado de Jaen*, y por el blason de sus armas colocado en el arco de la iglesia del Alcázar. Con San Fernando se halló despues en el glorioso cerco y conquista de Sevilla, y en el año de 1253 obtuvo allí repartimiento.

Colmado de honores y mercedes regresó á su tierra, ya Rico-hombre de Castilla (1) y entonces hizo una suntuosa casa-fuerte en Nograro y fundó el solar montañés de Villanueva de la Barca; ganando á Miroma y Cidamon en la Rioja, y gozando grandes heredamientos en Losa, Valdegovia, Tarriego, Mena, Santa María de Sueca, Malpica, Oteo, Quinconces, y en otras muchas partes que seria prolijo enumerar.

Fué tambien décimo tercio alcaide de Toledo, cargo de los más importantes y honoríficos de Castilla (2).

Contrajo matrimonio con D.ª Hurtada de Mendoza. Tuvieron de este enlace un solo varon que heredó el valor y grandeza de su ilustre padre; llamóse D. Sancho Ortiz Calderon, que consiguió la dignidad de Comendador mayor de la órden de Santiago; hallóse en servicio del rey D. Alfonso el Sábio en las guerras contra los árabes, que le hicieron prisionero en el cerco de Gibraltar. Trataron los mahometanos de reducirle á su religion sabiendo que era Comendador mayor en Castilla y persona á quien el rey Sábio tenia en grande estima; pero ni el largo cautiverio en oscuro calabozo, ni los halagos y promesas fueron bastantes á reducirle, alcanzando la gloriosa corona del martirio por no renegar de la santa religion cristiana que habia heredado de sus mayores.

Floreció, por los años 1308, Diego Ortiz Calderon, encontrándose con D. Fernando IV en el cerco de Gibraltar y Aljeciras; hallóse tambien en la coronacion de D. Alfonso XI, en las Huelgas de Burgos, en cuya ceremonia fué armado caballero de la Banda en compañía de otros ilustres montañeses; peleó valerosamente en la batalla del Salado, mientras que otro hijo ilustre y grande de esta casa, D. Alonso Ortiz Calderon, Prior del órden de San Juan, vino desde Rodas con el Priorato de Castilla y Leon, mandando la escuadra que frente á Tarifa cubría el estrecho de Gibraltar durante aquella

(1) Salazar de Mendoza, *Origen de las dignidades de Castilla.*
(2) Salazar de Mendoza, obra citada.

memorable y victoriosa jornada, y tanto se distinguió, que le nombró el triunfador monarca Almirante de Castilla (1)

D. Frey Alonso Ortiz Calderon, fué clavero, de la orden de Calatrava y muy celebrado en la crónica que escribió Nádes de Andrada, y Fray Antonio Calderon, de la órden de la Santísima Trinidad, fué martirizado y pasado á cuchillo en el año de 1453.

Haríamos interminable este artículo, si intentáramos mencionar, aun ligeramente, tantos y tan señalados hijos como ha producido esta grande y noble casa montañesa.

Capitanes insignes, virtuosos prelados, generales ilustres, valerosos almirantes, régios consejeros, arrojados marinos, ricos-hombres de Castilla y señores titulados salieron del solar de Villanueva de la Bárca, y si no tuvo allí su cuna aquel gran poeta dramático, gloria de nuestra España, cuyo fecundo y claro ingenio admira el mundo y cuya memoria vivirá eternamente respetada de propios y estraños, de esta casa salieron aquellos de su linaje que más tarde le engendraron.

La tradicion asegura que en este solar descansó, si descansar es dormir en duro suelo y reclinar la cabeza en ingrata y fria piedra, un gran santo, fundador y patriarca de la esclarecida religion seráfica San Francisco de Asis. Aun se conserva el humilde y oscuro cuarto, donde la misma tradicion afirma que habitó, y hasta la piedra en que reclinaba su poderosa y santa cabeza.

Esparciéronse por diversas partes las ramas de aquel robusto tronco, estendiéndose á Torrelavega, San Vicente de la Barquera, Valle de Toranzo, Oreña, Fresnedo, Carrejo, Galizano, y fuera de la provincia en la villa de Nombela, Carrion de los Condes, Sotillo, Nogales, Guadalajara, Ciudad-Rodrigo y Madrid.

Fueron las primeras armas de este linaje en campo de oro cinco negros calderones y en cada uno de ellos un pendon encarnado, y por haber estado en la conquista de Baeza don Fortin Ortiz Calderon, orló el escudo con ocho aspas de oro en campo de Gules; más tarde y en señal del martirio padecido por el Comendador mayor de Santiago, añadieron sus sucesores un segundo cuartel en campo azul con un castillo de plata, saliendo por el almenaje una mano y brazo armados de un puñal con este mote «*Por la fé moriré.*»

El Marqués de Casa-Mena.

(1) Garibay, *Compendio historial.*—Mariana, *Historia de España.* Crónica de Don Alfonso XI.—Salazar de Mendoza, *Dignidades de Castilla*, etc., etc.

AL SEÑOR D. FRANCISCO J. CAMINERO,

PRESBÍTERO Y DOCTOR EN SAGRADA TEOLOGÍA Y EN FILOSOFÍA Y LETRAS.

Mi muy querido amigo: Usted que conoce á fondo mis sentimientos religiosos y patrióticos, no estrañará, en verdad, que, afligido por el nada próspero estado actual del catolicismo entre nosotros, discurra y medite en busca de medios á propósito para mejorarle, dadas las circunstancias de la época, ni que, llevado de este buen deseo, someta á su recto y elevado criterio los que, en mi humilde opinion, serian más conducentes al efecto.

Hay quienes se figuran que el camino más corto y seguro para lograr el triunfo práctico del catolicismo es el de la política, mediante la organizacion de un *partido* que vele dia y noche por los intereses espirituales. Yo, respetando semejante parecer, pienso en este punto de un modo enteramente opuesto; creo sinceramente que nada puede causar mayor daño á la Religion que el mancomunarse con un partido político, por bien intencionado que éste sea. La historia contemporánea del mundo culto lo demuestra elocuentemente. ¿Qué ventajas han reportado á la Iglesia los partidos llamados *católicos* en España y fuera de España? Pocas ó ninguna. En cambio, ¡cuántos ódios no le han suscitado! Demos que ese partido alcance alguna que otra vez el poder. ¿Qué habremos ganado? Hartura para hoy y hambre para mañana. En la situacion actual de Europa, y más aun de España, esas victorias no podrán menos de ser efímeras; y el catolicismo aspira y debe aspirar á resultados permanentes, á conquistas cuya estabilidad no dependa de un cambio de Ministerio, ni aun de dinastía ó de forma de gobierno. ¿Ni cómo vincular la suerte del catolicismo, dentro del cual caben muy diversas políticas, á la de un partido que, so pena de dejar de serlo, habria de tener por fuerza una determinada série de soluciones para los varios problemas que atañen á la gobernacion de los pueblos? ¿No sería esto empequeñecerle y echar sobre sus hombros responsabilidades ajenas? ¿No sería dar lugar á que, en muchos, la aversion á las soluciones *políticas* de ese

partido se convirtiera en aversion á sus soluciones religiosas?

Si queremos que el *Estado* sea católico en sus principios y en sus procedimientos, no un año ni dos, sino siempre, empecemos por hacer católica á la *sociedad*, procurando extirpar de ella las plantas ponzoñosas de la incredulidad, de la herejía y del indiferentismo. Conseguido esto, no necesitaremos constituirnos en partido para enderezar la política por las vias católicas; entonces serán católicos todos los partidos, limitándose sus diferencias á los negocios meramente temporales. Lo contrario es querer édificar sin cimientos. Pero se me dirá: «¿No es católica la sociedad española?» Lo es, sin duda; pero con tibieza en la generalidad de las gentes que la componemos; con poco celo y entusiasmo por los asuntos religiosos. ¿Cómo se esplica, si no, que casi siempre sean desafectas, cuando no hostiles, á la Iglesia, nuestras mayorías parlamentarias? Si los que nos titulamos católicos tuviésemos la firmeza y el fervor debidos, ¿habria medio humano de sacar de las urnas electorales unas Córtes semejantes? Cuando hablo, pues, de hacer católica á España, quiero decir católica decidida, sin respetos humanos, con suficiente ilustracion para conocer sus deberes y la fuerza de voluntad necesaria para cumplirlos contra todo viento y marea, que es lo que importa á la salvacion de las almas y á la ordenada libertad de las naciones. Y esto, lo repito, no hay que esperarlo de la accion de un partido político, por grandes que sean las virtudes y los talentos de los que le formen y dirijan. Pues si ese medio no vale, ¿cuáles otros más eficaces podremos poner en práctica?

Los diré en breves palabras: la *enseñanza*, la *imprenta*, la *predicacion*, la *caridad*.

Cuanto á la *enseñanza*, entiendo que conviene empezar por la reforma de la que se suministra en los Seminarios conciliares, principalmente de la *secundaria*, dándole la misma amplitud que á la de los Institutos, con lo que lograremos tres resultados á cuál más importantes: 1.°, que los padres católicos puedan utilizarla para sus hijos, en concepto de *libre*, allí donde la oficial no les inspire confianza; 2.°, que los seminaristas que, al terminar esos estudios, se sientan sin vocacion á la carrera eclesiástica, estén habilitados para seguir cualquiera otra y no pasen por la dura alternativa de principiarlos de nuevo, ó abrazar un estado contrario á sus inclinaciones; y 3.°, que el clero adquiera toda la *cultura general humana* (que dirian los krausistas) indispensable para no hacer un papel desairado en la sociedad, y de esta suerte conservar el debido prestigio á los ojos del vulgo, que dá á

esas cosas más importancia de la que muchos se imaginan. Para realizar esta mejora no hay que hacer aumento alguno de gastos; bastará con imponer á cierto número de canónigos y beneficiados—como ya le tienen los Lectorales—el *oficio* de catedráticos de los respectivos Seminarios.

De no ménos beneficiosas consecuencias seria el establecer en Salamanca y Granada, por ejemplo, dos *Escuelas superiores*, ó llámeselas *Universidades católicas*, en reemplazo de los actuales Seminarios centrales; idea patrocinada recientemente en el Senado por un orador tan poco sospechoso de *clericalismo* como el Sr. Valera. Con lo que al presente da ó debe dar el Estado para dichos Seminarios, con los productos de matrículas y grados y con las donaciones, que no faltarian seguramente, de muchos buenos católicos, podríamos sostenerlas á la altura de los mejores establecimientos de su clase. En ellas, á mi entender, deberian esplicarse: 1.°, ampliacion de los estudios teológicos con todas las demás disciplinas necesarias hoy al apologista católico, como son cosmogonía, antropogenia, arqueología prehistórica, etnografía, filología, historia de las falsas religiones, de las herejías, de los sistemas filosóficos, de las ciencias exactas, etc., etc.; 2.°, las Facultades de Filosofía y Letras y de Ciencias exactas, físicas y naturales, á fin de formar un plantel brillante de jóvenes que pudieran entrar ventajosamente en las oposiciones á cátedras de las Universidades é Institutos oficiales, donde tanto bien harian, impidiendo á la vez que de ellas se apoderasen el racionalismo y el positivismo; y 3.°, la parte fundamental y filosófica de la Economía política, del Derecho y de la Medicina, muy necesaria para precaver contra las seducciones de la falsa ciencia á los que hubieran de emprender estas carreras, y convenientísima á los teólogos. Daría escelentes resultados un colegio anejo á cada una de dichas Escuelas, con cierto número de becas pensionadas que se proveyeran por oposicion entre los alumnos más sobresalientes de los Seminarios conciliares.

Dos ó tres comunidades de Benedictinos (á quienes nadie podrá echar en cara la menor participacion en nuestras discordias políticas), dedicándose, v. gr., en Covadonga, el Sacromonte de Granada y Montserrat á profundas disquisiciones sobre Ciencias exactas, Filología, Arqueología, Historia, etcétera, cual un tiempo los Maurinos y hoy los de Solesmes en Francia, además de ser sobremanera adecuadas para conservar y áun engrandecer aquellos venerandos santuarios, llenarian un gran vacío en la vida intelectual, no sólo de la Iglesia, sino de toda la sociedad española, donde á tanta decadencia han venido los estudios sólidos y graves en el pre-

sente siglo. El fundarlas no costaria ni un cuarto á los contribuyentes.

Tampoco perderian nada la Iglesia y el Estado con que se entregaran á los Trapenses algunos de los muchos páramos incultos que existen en diferentes regiones de la Península, para qué los roturasen y, erigiendo en ellos sus monasterios, dieran saludable ejemplo de vida austera y penitente á los mundanos, y de bien entendida agricultura á nuestros rutinarios labradores, como lo han hecho por admirable manera en Francia y en la Argelia. No cabe idear granjas-modelos más baratas.

No hablo de los colegios de Jesuitas que ántes de la Revolucion de Setiembre teníamos, y en que tan discreta y cristiana educacion recibia numerosa juventud, porque no dudo que, así que las circunstancias lo permitan, la Compañía, con el celo que la distingue, se apresurará á restablecerlos, oyendo los clamores de tantos padres de familias, entre ellos muchos *radicales*, como los echan de ménos.

Vengamos ahora al segundo medio, que he propuesto, de fomentar el catolicismo en España: la *imprenta*. Prescindiré de la prensa diaria, aunque algo y áun mucho pudiera intentarse en este terreno. Tampoco me ocuparé de la conveniencia de fundar un Semanario por el estilo de *La Ilustracion española y americana*, y una revista de gran circulacion que fuese como la crónica permanente del movimiento religioso en todo el globo, examinára con critério católico las múltiples manifestaciones de la ciencia, la literatura y el arte contemporáneos, y tornase los ojos de la generacion actual hácia los tesoros de doctrina que en tan deplorable olvido tenemos, acumulados por la sabiduría y laboriosidad inmensas de nuestros mayores. Quizás todas estas empresas, al parecer tan árduas, lleguen á ser de fácil realizacion, una vez puesta por obra la de que voy á tratar, y como escuela y complemento de ella. Redúcese á la formacion de una sociedad de bibliófilos católicos, digámoslo así, para publicar los mejores libros de filosofía, historia y apologética cristianas, con objeto de repartirlos profusamente entre las clases ilustradas, y sobre todo entre la juventud estudiosa, en quien se cifra el porvenir de la pátria. Los sócios, suscritores natos, recibirian por su justo precio las obras que fueran imprimiéndose, cuyo coste anual creo que no excediese de 30 ó 40 pesetas. Las suscriciones de 2.000 sócios—y no me parece obra de romanos el reunirlos, mayormente contándose con el apoyo del episcopado—rendirian lo suficiente para hacer tiradas de 4.000 ejemplares, y tal vez mayores, por donde, despues de cubiertos los gastos, tendríamos 2.000 de aquellos

de beneficio. Con el producto en venta de la mitad de los mismos, podria ir constituyéndose un capital para dar mayor ensanche á las publicaciones sucesivas. La otra mitad se destinaría á premios para los alumnos que descollando más en los diversos establecimientos de enseñanza, están llamados, por un órden regular, á ejercer mayor influencia en los sentimientos del pueblo y en los destinos de la sociedad, y cuya adhesion á la causa católica debe, por tanto, procurarse preferentemente. La distribucion de esos ejemplares y todos los demás oficios de propaganda correrian á cargo de juntas compuestas de los sócios residentes en las capitales de provincia y en otras poblaciones donde pareciese oportuno establecerlas. Una comision central, formada de personas entendidas y celosas, tendria á su cargo el régimen general de la Sociedad y la direccion de los trabajos, así en lo literario como en lo económico. La parte material de los libros seria, si no lujosa, elegante y esmerada; que esto siempre convida á la lectura y la hace más gustosa. En las traducciones se procuraría la correccion y pureza del lenguaje, tanto porque las cosas santas deben ser tratadas santamente, cuanto por que una asociacion religioso-literaria no puede mirar con indiferencia la limpieza y esplendor del idioma én que escribieron Santa Teresa de Jesús y San Juan de la Cruz, los tres Luises y tantos otros insignes autores, gloria del catolicismo y de las letras españolas.—Tal es mi pensamiento, sumariamente expuesto. ¿Se le reputará irrealizable, pues que su utilidad no creo que nadie la ponga en duda? ¡Ah! la fé mueve montañas. Conciértense unos cuantos hombres de fé viva y corazon animoso, y pronto lo que ahora parece una utopia, será una institucion real y efectiva. ¿Qué valen ni significan, despues de todo, las dificultades de esta empresa, comparadas con las de tantas otras como se han llevado á cabo por amor de Jesucristo?

Respecto á la *predicacion*, poco tengo que decir. Ella ha sido desde el orígen del cristianismo uno de los instrumentos principales, si no el principal de todos, para evangelizar á los pueblos, y lo será siempre. Importa muchísimo, por lo mismo, promoverla cuanto sea posible. No basta la predicacion ordinaria de los prelados, de los párrocos y de otros venerables sacerdotes. Hace falta, además, la predicacion extraordinaria de los misioneros, que tan opimos frutos ha producido y produce. ¡Qué huella tan profunda no suele dejar en los pueblos que tienen la dicha de oirla! Unas *misiones*, dignamente desempeñadas cada tres años en todos los pueblos, chicos y grandes, de la Península, cambiarian en breve por completo el estado moral de la nacion, hoy harto lamentable

en muchas comarcas. Mejor que yo lo saben nuestros sábios y vigilantes prelados; pero carecen de operarios y es muy grande la miés. ¿Cómo ocurrir á esta necesidad? No veo otro medio que el fundar, siquiera en cada archidiócesis, una comunidad de misioneros, sean dominicos, jesuitas, paules ó de otras órdenes religiosas. El Gobierno, áun prescindiendo de su cualidad de católico, debe procurarlo eficazmente como defensor obligado de la sociedad. Los gastos, bien insignificantes á la verdad, pues un convento se sostiene con poco, que necesite hacer para cooperar á la realizacion de ésta idea, serán sumamente reproductivos, traduciéndose en disminucion de la Guardia civil, aumento de las rentas públicas y progreso de la moralidad y bienestar de los pueblos.

La *caridad* es el alma de todas las empresas é instituciones católicas. A su soplo, pues, han de brotar las que llevo indicadas: de lo contrario, nacerán muertas, no darán fruto. Pero la *caridad*, el obrar el bien por amor de Dios, tiene una forma especial, que es la que comunmente recibe tal nombre; la limosna. No es mi ánimo tratar de la limosna individual; es negocio sobre el cual no cabe idear proyectos; toca á la conciencia y buen corazon de cada uno. La limosna colectiva ya es otra cosa. En mi concepto, urge mucho, mucho, el organizarla ámpliamente, restableciendo las *Conferencias de San Vicente de Paul*, abolidas *ab irato* por la Revolucion so pretestos políticos, cuando nunca ha existido asociacion más ajena á la política, áun en los casos en que esta se rozaba con los intereses del órden religioso. Si ántes de 1868 eran tan útiles y tenian tan ancho campo que cultivar, tantas necesidades físicas y morales qué socorrer, ¡qué no sucederá hoy en dia; hoy que la miseria de las clases proletarias ha tomado mayor incremento; hoy que es tambien mayor entre éstas el olvido de las doctrinas y prácticas religiosas, su principal, por no decir único consuelo en la tierra; hoy que á cada paso se hallan expuestas á caer en las redes de la masonería y del protestantismo! Porque, como usted no ignora, la Sociedad de San Vicente de Paul, no se limitaba á la limosna material, sino que repartía á la vez la mucho más importante de los buenos consejos y consuelos, la limosna espiritual, cuidando ante todo de la santificacion de los pobres, no ménos que la de sus propios individuos, para quienes era igualmente escuela práctica de virtudes cristianas y medio de preservarse de las seducciones que acechan al hombre, sobre todo á la juventud, en las ciudades populosas. Urge mucho, repito, mucho, muchísimo su restablecimiento.

Ahí tiene usted los planes que para restaurar el órden moral en nuestra España me han sugerido mi buena voluntad y

tal cual conocimiento del estado actual de las cosas. Usted verá hasta qué punto son acertados y practicables, y hasta qué punto asimismo requieren correccion, ampliacion y perfeccionamiento. Para poner en ejecucion algunos de ellos será de necesidad el prévio acuerdo entre la Iglesia y el Estado. Si, como leó en los periódicos, se trata de formar un nuevo Concordato, la ocasion no podrá ser más propicia. El poder civil no creo yo que oponga dificultades sérias, ya porque muy obcecado ha de estar para que desconozca la conveniencia de tales proyectos áun bajo el aspecto puramente social y político, ya tambien porque la realizacion de los mismos no exigirá aumento considerable en el presupuesto de gastos, ya, en fin, porque sancionada la tolerancia religiosa, ha de tener interés en demostrar *con hechos* que el art. 11 de la nueva Constitucion en nada obsta al establecimiento y prosperidad del catolicismo en España. Sea de esto lo que se quiera, lo cierto, lo indubitable para mí es que los católicos españoles no podemos ni debemos permanecer apáticos en medio de tantas ruinas como el genio de la discordia ha amontonado en nuestro suelo; que para coger necesitamos sembrar; y que sólo sembrando verdad y caridad á manos llenas, cogeremos paz, riqueza y bienandanza.

¡Ay! yo no lograré ya gustar de estos frutos en la tierra.

Como los rios en veloz corrida
Se llevan á la mar, tal soy llevado
Al último suspiro de mi vida.

Hasta él y siempre, es y será de usted cariñoso amigo

GUMERSINDO LAVERDE.

A LA LUZ DE LA LUNA.

TRADUCCION DE VICTOR HUGO.

Per amica silentia lunæ.
VIRGILIO.

Rielaba suave en las tranquilas ondas
sereno el astro de la noche pura;
abierto daba el ajimez moruno
al aura paso, que la flor perfuma.
Con dulce arrobo la sultana mira
los ténues rayos de la blanca luna;
y allá á lo lejos las quebradas olas
las aguas bordan de plateada espuma.
De sus pequeñas, nacaradas manos
vibrando rueda la sonora guzla...
un eco sordo los espacios llena,
y el ruido ignoto con afan escucha.
De turca nave de pesada estela,
que al golpe tardo de sus remos surca
del mar de Grecia las pobladas aguas,
emana el ruido que el silencio turba?
O son acaso los marinos cuervos,
que al mar se arrojan desde enorme altura,
y el agua hienden, que despues en perlas
partida rueda por sus negras plumas?
O asido acaso en la elevada torre,
al agrio grito de su voz aguda,
maligno trasgo sobre el mar arroja
los trozos sueltos de la almena turca?
Qué oculta causa, del Serrallo cerca,
del mar dormido la quietud perturba?—
Ni el negro cuervo, que el vaiven del agua
tranquilo mece como blanda cuna;
Ni suelta piedra del vetusto muro;
ni el ruido sordo, de cadencia ruda,

del tosco buque, que al golpear del remo,
con lenta marcha por los mares cruza;
  La causa son de aquel rumor estraño
pesados sacos, cuya tela burda
dá paso solo á aterrador gemido,
doliente grito de mortal angustia.
  Y ver se puede, penetrando al fondo
del denso seno de la mar oscura,
en los contornos, que la tela marca,
que humanas formas con empeño oculta...
y al par rielaba en las tranquilas ondas
sereno el astro de la noche pura.

ADOLFO DE LA FUENTE.

LA MONTAÑESA.

(CONTINUACION.)

VI.

Mudemos de horizonte; bajemos á la marina, donde nos aguarda la figura final de nuestra série de vagas é incorrectas figuras. Dejemos la campiña, entremos en poblado, vengamos á Santander, á su *arrabal* antiguo, donde á la sombra de la vida urbana y disciplinada nos aguarda un ejemplar vivo de rústica libertad y agreste independencia: *la pejina.*

La pejina (1) es una mujer shakspeariana, una anatomía viva de la pasion humana, un ejemplar de los movimientos más hondos é íntimos del alma, despojado de todo aliño é hipócrita aforro, de respetos humanos, crianza y cortesía, y ofrecido desnudo al estudio y contemplacion del curioso.— Vehemente, ardorosa, enfática, cuando siente herido su corazon, para bien ó para mal, por alegría ó dolores, estalla y se desahoga, clamando, gimiendo, apostrofando al cielo, á la

(1) *Pejin, pejina:* nombre con que se apellida la gente marinera en Santander. Aplícase comunmente á los mareantes del cabildo de San Martin de Abajo, y no se usa indiferentemente sino como apodo ó mote injurioso. Acaso viene derivado de la voz antigua *peje*, segun opina el erudito Dean de Jaen, Martinez Mazas.—Por ironía á veces las marineras en riña blasonan de este apellido.

tierra, á los cuatro elementos, á sus bienaventurados mártires y patronos, al marido, á los hijos, á los vecinos y al regidor del cabildo.—Y no bastando á su invencible necesidad de expansion el recinto estrecho del domicilio, hace del balcon teatro de su trajedia, si ya no es que prefiere bajar á la calle, y en medio de ella, asistida, aconsejada, fortalecida por sus amigas y compañeras, friamente contemplada por el impasible corro de los hombres, silvada acaso y escarnecida más ó ménos á las claras por el desalmado é impudente coro de los chiquillos, dá rienda suelta á sus afectos, á sus lágrimas, á sus risas, á sus sollozos, á la interrumpidísima é interminable narracion de su cuita.

No disimula agravios, ni calla penas.—Ofendida, no reposa hasta ponerse frente á su ofensora, hállese ésta dónde y cómo se hallare; y plantada sobre los talones, ceñida una mano á la cadera, acompaña con la otra y con el vivo gesto de su rostro un largo discurso, de pocas frases, repetidas sin concierto, pero con creciente calor; graduando el ademan y el tono, enardeciendo el color de sus mejillas hasta parecer pletórica, y el manoteo hasta parecer convulsa y fuera de sí; esforzando la inventiva; subiendo el significado y la intencion de los epítetos, cargando sin duelo la mano, hasta que la apostrofada, agotada su paciencia, se levanta del suelo, donde reposaba acurrucada, deja el menester que la entretenia, arrima la cesta de pescado ó suelta el chiquillo que despiojaba, y semejante á un toro excitado por el rejon, se vá contra la *prevocativa*, y con igual destemplanza de voz y de frase, la echa la mano á la melena, enredándose ambas en reñida y sangrienta pelea de arañazos y repelones.—De lances parecidos se originó sin duda nuestra frase castellana «andar á la greña.» Porque, efectivamente, de la greña se agarran y se tiran; se la retuercen, descuajan y mutilan; y cuando por cansancio, ó porque desmayó la ira, ó se satisfizo la cólera, ó porque las *desapartó* intervencion estraña, cesa el combate, su primer cuidado es acudir á la descompuesta greña: la recogen, la aplacan y se la colocan y acomodan bajo el pañuelo que se atan de nuevo á la cabeza con trémulas manos, latiéndoles el pecho, convulsa la garganta, agitada é interrumpida la voz que bajó en tono y en calor de estilo con igual compás y medida, aunque en direccion opuesta, que fué subiendo.

¡Tan enérgicas son todas las explosiones de sentimiento de la marinera! Cuando abraza á un hijo salvado del naufragio y de la muerte, parece que quiere á su vez ahogarlo; el ímpetu de sus caricias, la pujanza heróica de sus besos, aturden al mozo, descomponen su traje, le hacen caer el sombrero, ó la cachucha, le dejan acardenaladas las mejillas y el cuello;

Y cuando en uno de los actos más provechosos y animados de su anual comercio, cuando funciona como sardinera, esto es, cuando puesto sobre la cabeza un ancho cesto circular colmado de apiladas sardinas, el incomparable pescadillo, al cual apellidó cierto doctor humorista, y madrileño por supuesto, «las manolas de la mar,» corre calles y plazas gritando: «¡Sardinas frescas! ¿Quereis sardinas?» entonces, no ya su voz, pero su aire, su garbo, su remango y resolucion son tales, que no hay hombre resuelto que no se quite de su paso, ni oido melindroso y sensible que no se ponga fuera del alcance de su pulmon agudo.

Raza primitiva, no enervada por usos y modos nuevos, camina impasible á través de los siglos, sin apercibirse de sus mudanzas, guardando las heredadas costumbres, sintiendo segun no interrumpida tradicion, y tradicionalmente tambien manifestando sus sensaciones.—Por eso en el concierto social disuena tanto su voz; por eso en cuanto les atañe prevalece ese sabor ingénuo y antiguo que á los aturdidos ó innovadores ofrece ocasion de burla ó de reprension, y al meditabundo y sensato materia de útiles y sabrosas meditaciones.

La impenetrabilidad, sin embargo, es una cualidad relativa: poséele la materia en su expresion más ínfima, la molécula: carece de ella la masa, sea cuerpo físico, unidad de volúmen ó especie, agrupacion ó conjunto, planeta ó muchedumbre.—Así á despecho de las marineras y sin conciencia suya, déjanse penetrar por la civilizacion moderna, no directa y ostensiblemente impulsada, sino traida por rodeos sutiles, cuyo movimiento y punto de accion son determinados á veces por incidentes súbitos y al parecer casuales.

Una providencia de policía sanitaria, por ejemplo, la cual dispone la directa traslacion de los cadáveres al cementerio, sin hacerles posar, como solian, dentro de la iglesia en tanto duraba el oficio de sufragio, titulado de *cuerpo presente*, acabó con uno de los más singulares y característicos vestigios de los añejos usos marineros.—Titulábanlo la *Buena gloria*, y consistia en ahogar en vino el punzante recuerdo del difunto, reunidos en la casa mortuoria familia y amigos, escotando el gasto comun los concurrentes.

Un opúsculo dramático que hallo á mano (1), escrito con el santo intento de atacar la desalmada costumbre, herencia de incultas y tenebrosas edades, poniendo de bulto sus es-

---

(1) *Las Buenas glorias de Baco*. entremés nuevo, que se representó en Santander con motivo de las diversiones del Carnaval, lunes 3 de Marzo de 1783.—Dispuesto por D. Pedro García Diego, oficial mayor y vista de la real aduana de dicho puerto.—Un folleto manuscrito en 8.° de cuarenta y cinco páginas útiles, seis de ellas de proemio, introduccion ó argumento. Fáltale el fólio 41-42, rasgado.—Teníalo en su librería mi respetable y ya difunto tio D. Joaquin Prieto Labat.

cándalos y malas consecuencias, pintará, mejor que yo pudiera hacerlo, aquellas escenas de fúnebre é intempestivo regodeo.

«En los entremeses,—escribe el autor, al terminar su prólogo,—todos los actores suelen ser de carácter burlesco. En este, para denotar más bien la seriedad del asunto, intervienen dos, cuya representacion toda es séria, que son los dos amigos Justo y Prudencio (1) en quienes se dá á entender la novedad que este desórden causa á los forasteros que llegan á tener noticia de los excesos que con este motivo aquí se ocasionan. Se ha procurado, en cuanto es posible, pintar lo que pasa en las *Buenas glorias*, usando de las mismas frases, conversaciones y modo con que se esplican en ellas los devotos y apasionados de estas perniciosas congregaciones. Esto privará al escrito de aquella gracia que pudiera ofrecer, si se le vistiese de otra gala y expresiones; pero aunque éstas pudiesen desde luego ser más adecuadas para escitar la risa, no conducirian tan oportunamente para el intento á que se dirigen. Aquí se procura hacer irrisible este uso, valiéndose de sus propias armas para combatirle. La sisa del vino, la venta y el empeño de los propios vestidos, las quimeras de los maridos y la escandalosa embriaguez de las mujeres, no son casos inventados en la imaginacion y fantasía del autor para atraer el gusto de los espectadores. Tienen el mérito real de ser lances sucedidos efectivamente en esta ciudad, con motivo de las buenas glorias. Y en ellos se deja ver las fuerzas que cobra una vil pasion cuando el hombre se entrega á su duro dominio y la sacrifica sus más estrechas obligaciones. Esta es la idea. Si la ejecucion no correspondiese al diseño, será culpa del artífice la imperfeccion, porque sus fuerzas no habrán igualado á sus intenciones.»

Despues de tan esplícito resúmen de su pensamiento, de tan clara exposicion de su propósito, saca el autor sus personajes á las tablas.—Justo y Prudencio, vecino aquel de Santander, amigo y forastero este, se estienden en elogio de la ciudad, celebrando su clima, situacion, edificios y gentes, para venir á parar en lamentarse de que tan raro conjunto de excelencias sea afeado por indignos hábitos que dan título y asunto al drama.—De esta primera escena solo citaré, por ser perteneciente á mi asunto, el concepto que Prudencio forma de las santanderinas:

(1) Aun cuando no sea ocasion ahora de juzgar la obrilla que cito, consiéntaseme parar la atencion en el significado de estos nombres, usados para contraste de los vicios que el poeta se propone castigar.—Su eleccion prueba el gusto literario á que obedecía, así como las citas y contexto de todo el prólogo le muestran humanista, erudito en letras sagradas y profanas.

.....No he visto hasta aquí nada
Que no sea conforme á un pueblo grato:
Mucha atencion, política en el trato,
En sus damas tambien mucha belleza,
Agrado, discrecion y gentileza.

Movido Prudencio por la pintura que de las Buenas glorias le hace su amigo Justo, convienen ambos en interrumpir la comenzada visita á la ciudad y sus curiosidades, para no perder la ocasion de asistir á uno de tan estraños ritos y enterarse de sus pormenores.

Penetran en una casa de la calle del Mar, donde ha muerto un marinero, y donde dejaremos lugar á los colores vivos, aunque forzosamente groseros, del poeta.

(Retíranse los dos al otro estremo del paño; y van saliendo los hombres con capas y velas en las manos, segun van á los entierros: luego, las mujeres, cubiertas con sus mantillas. Formarán dos corrillos, separados los hombres de las mujeres. En el de estas se pondrá la viuda, toda cubierta á un rincon. Se procurará imitar en cuanto se pueda el tono de habla, acciones y gestos que se ven comunmente en esta clase de mujeres, pues en esto consiste toda la gracia del entremés.)

SIMON. Ya, tio, no hay sino tener pacencia (1)
JUAN. Dios le empreste al defunto su prasencia.
ANT. Compadre, Dios lo ha hecho, es escusado.
EMET. En paz está su espritu sosegado.

(Sigue ahora el corro de las mujeres.)

MAN. ¿Han venido todas ya?
LUCÍA. Cuéntalas, mojer.
TOM. Veremos.
Una, dos, tres, cuatro, cinco....
MAN. Mojer, Tomasa, ¿qué es esto?
¿No hay más á esta güena gloria?
TOM. Mojer, todavía hay tiempo.
MAN. No saben de obligaciones.
¡Para un empeño como estos,
aunque empeñara la falda!
Hija, escusado es; perdiendo,
se vá la caridad.

(1) El uso de este y otros semejantes terminachos pide no omitirse, porque así lo pronuncian generalmente en estas concurrencias. (Nota del entremés.)
El autor se olvida á veces de su precepto, y usa ciertos vocablos con pureza sospechosa en sus personajes.—Sin embargo, los idiotismos que emplea se oyen aun hoy en boca de la gente marinera.

LUCÍA. Hija,
dices muy bien: yo malcuerdo
que en hubiendo güena gloria,
aunque juese un probe el muerto
no faltaba antes un alma.
TOM. Y ahora, ¿á cuánto escotaremos?
LUCÍA. A rial y medio.
MAN. ¡Eh! Golosa, (1)
para empezar no tenemos.
A dos riales. ¿Qué lo quieres?
¿Que te lo lleven los nietos?
Anda con Judas, que lleve
á tí y todo tu dinero.
¿No tienes quien te lo gane?
¡Qué fuera yo! ¡Probe!...
LUCÍA. Cierto
que puedes quejarte: vaya,
á dos riales escotemos.
MAN. Bien, hijas, ahí vá mi escote.

(Tiende una mantilla en el suelo, y allí echa cada una su pitanza.) (2)

LUCÍA. Ahí está el mio.
TOM. Ya tengo
echado; echa tú, Tomasa.
MAN. ¿Está bien?
TOM. Ya está completo.
LUCÍA. Tomasa, vé por el vino.
¿Sabes tú donde lo hay güeno?
TOM. Mi comadre la María
(segun ayer me dijeron)
vende un vino tan hermoso
que puede arder en un juego. (3)
MAN. Pus, hija, antes que sacabe,
vete, por Jesús, corriendo.
TOM. ¿Cuánto trairé?
MAN. ¿Cuántas semos?
LUCÍA. Siete no mas.
TOM. Será güeno
que traiga catorce azumbres,
á dos por cabeza.
MAN. ¡Infierno!

---

(1) *Roñosa* parece que exigia el concepto, y es voz muy usada por el pueblo santanderino.
(2) Efectivamente se hace así como supone el entremés, y esta es una antigualla de las Buenas glorias. (Nota del entremés.)
(3) *Juego* aqui es lo mismo que *fuego;* y así se esplican cuando quieren decir que el vino es de mucha fortaleza. (Nota del entremés.)

¡Siempre has de ser estrujada!
No sabes cudiar tu cuerpo.
Y algunos niños, si vienen,
¿no han de probar algo de ello?
Que traigan veinte y dos justas:
en ocho mai no paremos.
Hijas, mai vale que sobre
que no que falte.

LUCÍA. Anda luego;
y tambien trae diez gallofas.

TOM. ¿Y hemos de comer pan seco?

MAN. Pues trae tambien diez arenques
y libra y media de queso;
mira si hay algunas nueces,
porque *precebias* no es tiempo.
Vé: que estamos aquí secas. *(Váse Tomasa.)*

MAN. ¡A quién enviaste por ello!

LUCÍA. La Tomasa.

MAN. ¡Güena alhaja!
Los diablos te lleven luego.
¡A güena parte á dar juiste!
Ya sacará bien primero
antes que güelva el escote.

LUCÍA. ¡Eh! Mojer, no digas eso.

MAN. ¿Aquella? No la conoces.
Bien se remoja el coleto
á cuenta nuestra esta tarde.

AMÓS DE ESCALANTE.

(Concluirá.)

QUEJAS.

Por mi mal, Irene mia,
Llena toda mi memoria
La triste y amarga historia
De mi fé y de tu falsía;
Al jurarme amor, mentía
Ese tu lábio traidor;

Que no puede ser amor
Ilusion que vive un dia.

Lento apagándose vá
De la dicha el astro mio,
Y aunque á tu mudanza fío
Que otro dia brillará,
Para mí inútil será
De su aurora el-arrebol;
No han menester nuevo sol
Ojos que cegaron ya.

Canta el triste ruiseñor
Al ver desierto su nido,
Y es su cancion un gemido
Porque le engendró el dolor;
Gemir podré yo mejor
Cuando me miro y advierto
Que está el corazon desierto,
Y era el nido de mi amor.

Pero no; inútil intento
Es pensar que no amo ya,
Si en mi pecho viva está
La pasion que por tí siento;
En vano mi pensamiento
De olvidar buscó camino,
Que es amarte mi destino,
Y es amarte mi tormento.

No hay consuelo para mí
Desde que en infausto dia
Del fondo del alma mia
Volar la esperanza ví;
¿Por qué me engañaste? dí,
¿Por qué burlando mi anhelo
Me hiciste entrever un cielo
Para cerrármele así?

M. Hache.

LA IGLESIA DEL CRISTO.

« La fábrica de la catedral descansa sobre cuatro pilares
» cortos y robustos que parten esta bóveda en tres naves. Al-
» tos zócalos poligonales, fustes cortos, arcos achaflanados,
» arquitectura del duodécimo siglo. Dobles hiladas de nichos
» en un lienzo de pared, muestran que tuvo un tiempo fúne-
» bre destino; más antigua es su consagracion al culto. Debió
» suplir á la iglesia en tanto se erigia; y datos ciertos prueban
» que á principios del siglo XIV se celebraban los misterios
» divinos en ella y en honra de los mártires Emeterio y Cele-
» donio. Recibe luz la cripta por dos ventanas que la toman á
» flor de tierra á Norte y Mediodía de la torre; la del Norte,
» abierta en el vano de la que fué puerta, tiene en los tímpa-
» nos dos cabezas esculpidas dentro de dos medallones, mode-
» lados segun estilo del renacimiento. Era tradicion en el si-
» glo pasado, que estos bustos, difíciles ya de conocer, eran
» imágenes imperiales de Santa Elena y su hijo Constantino,
» y esta atribucion se acomoda con la advocacion del Santo
» Cristo, que acaso fué primitivamente de la Santa Cruz. Un
» caracol abierto en el espeso muro, lleva del interior del
» Cristo al de la Catedral; desemboca junto al altar votivo de
» San Matías, dentro de la nave izquierda.»

Nuestro deseo de investigar las antigüedades artísticas de la provincia, nos llevó el paso, hace pocos dias, á la iglesia del Cristo, elegantemente descrita por el erudito D. Amós Escalante en las precedentes líneas.

Acompañónos la suerte de encontrar á su ilustrado y bondadoso párroco D. Amalio Cereceda, quien nos facilitó medio de hacer detenida visita y de examinar alguna parte del monumento que ha permanecido, por muchos años, de todo punto desconocida.

Es, en efecto, rigorosamente exacta la narracion del señor Escalante, y por ello la hemos trascrito al dar comienzo á estas líneas, aunque incompleta, por no haber tenido su autor ocasion de examinar la más interesante seccion del edificio que, oculta por pared recien construida, eludia la mirada del curioso.

Tres ábsides que caracterizan la época de fundacion de la iglesia, que nosotros nos inclinamos á creer más bien propia del siglo XIII que del XII, se hallan separados del resto del templo, por un moderno muro, con figurados sepulcros que ya llamaron la atencion del autor de *Costas y Montañas*.

Y decimos que nos parece la construccion realizada en el siglo XIII, ya que no en los últimos años del XII, porque hallamos en el templo todos los caractéres del estilo gótico, en su gusto *primario* ó *primitivo* usado desde la terminacion del siglo XII hasta finalizar el XIII. Los pilares de columnas agrupadas; el apuntado arco; las bóvedas ojivales ó nerviosas sostenidas en pilares y estribos, no en los muros, caractéres todos del estilo gótico, se encuentran en la iglesia del Cristo á la par de las caprichosas basas de las columnas con hojas que caen sobre los ángulos de los plintos; las puertas de fondo con jambas acodilladas; las columnas en los codillos; las ventanas gemelas; los rosetones y los ornatos del estilo románico que han hecho denominar á algunos semi ojival ó de transicion, esta fase del arte; denominacion que, como dice el diligente é ilustre escritor D. Manuel de Assas, no es prudente admitir, porque solo se ven en tal modificacion arquitectónica los primeros pasos del nuevo estilo, si bien vacilantes como los de un niño.

Son tres los ábsides, como queda dicho, dividido cada uno de ellos, en tres compartimentos por señalados nérvios, que afectan pronunciada la forma ojival, determinando arcos prolongados por arrancar de columnas rebajadas.

En el ábside que el curioso contempla primeramente, se halla una tosca efigie ó representacion de San Pedro, en el medallon de la boveda, y una ventana abierta sobre el abocinado portal, que guarda aun en las claves de sus dos arcos el emblemático leon y castillo, y donde la iglesia tiene su entrada; resultando que esta recibia luz, no solo por los huecos que aun conserva á Norte y Mediodía de la torre de la catedral, sino tambien por la ya indicada ventana, por otra que aun se vé señalada en la pared del fondo, y por las cabeceras de los ábsides, cuya construccion lo indica perfectamente.

Hállanse en las columnas adosadas á los pilares de la bóveda que este ábside cierra, algunos capiteles iconísticos, á diferencia de los empleados generalmente en el resto del edificio, adornados todos con la flora tradicional.

El ábside central, dividido en tres compartimentos, cuyos siete nervios vienen á cruzarse en el centro de la bóveda, amparados por un bien conservado mascaron, tiene tambien algun capitel iconístico; pero lo que caracteriza plena y cumplidamente la época del monumento, es la arcada

gemela, de delgadas columnas y roseton en el vano, que, construida en el muro del lado de la Epístola, fué en su tiempo, una credencia, rica de ornamentacion, como la mayor parte de estos pequeños nichos destinados á contener las vinageras y otras cosas pertenecientes al Santo Sacrificio.

Tal vez podrá ser algo posterior la fecha de colocacion de este pequeño muro; aun así la bien definida línea de los arquitos de los ábsides, bastan, á nuestro juicio, para fijar la época del monumento, que, como queda indicado, juzgamos propio del siglo XIII.

El ábside tercero solo presenta de curioso el medallon de la clave, en que se ven caracterizadas las figuras de Adan y Eva, al lado del árbol del Paraiso.

Estos ábsides, dos pilares semejantes á los conocidos, rodeados de columnas del mismo estilo, el resto de los que hoy se hallan cortados por la pared de fondo de la actual iglesia, en la cual están figuradas sepulturas y fué, segun opinion de alguno, mandada construir por el obispo Rafael, y una portada con ornamentacion parecida á la que reviste la actual entrada del templo, hé aquí lo que permanece oculto á toda contemplacion.

Es muy cierto que á ningun aficionado á esta clase de estudios, podia ocultarse que el actual recinto de la iglesia del Cristo no ofrecia un trazado perfecto, así es que el inteligente y distinguidísimo escritor montañés D. Angel de los Rios y Rios, en un curioso informe relativo á la catedral de Santander que publicó en 1869, comprendia la necesidad de un ábside, y por esto juzgaba verosímil lo hubiera tenido donde hoy está el altar del cristo, y donde estaría tambien el único altar primitivo de la iglesia, vertical sobre la cripta; que no de otro modo podia considerarse completa la planta del edificio dado el sistema empleado, generalmente, á la fecha de su construccion.

Mas es el caso que el descubrimiento realizado merced al exquisito celo del actual párroco, completando el carácter arqueológico de la antigua iglesia, debe obligar á los montañeses á velar por su conservacion, procurando, si es posible, restablecerla en toda su extension y primitivos términos.

No basta que los pueblos presenten inequívocas señales de sus adelantamientos modernos, si se ha de atender á las necesidades del espíritu, tan vigorosas en gentes que, como los montañeses, conservan el respeto á la tradicion y al recuerdo de sus mayores.

Santander que puede ostentar los brillantes timbres de la industria y del comercio, que realiza diarios adelantos en el camino de la civilizacion y de la moderna cultura, no está,

por otro concepto, tan sobrada de históricos y artísticos monumentos que pueda considerar con indiferencia al más notable, quizá, de cuantos encierra en su seno.

Es preciso, pues, que las personas á quienes corresponda fijen en ello su atencion, que se estudie la manera de que los ábsides que completan y caracterizan la fábrica de la iglesia, queden unidos al recinto actual, y es preciso igualmente que se continúe la investigacion iniciada, pues hay motivos suficientes para esperar que no sea infructuosa y hé aquí en qué fundamos esta opinion.

Cripta es denominada generalmente la iglesia del Cristo. Esta palabra usa el distinguido escritor Escalante, confirmando la opinion que Madoz asentara en su *Diccionario geográfico*, admitida tambien por otros publicistas.

«Debajo del pavimento de la catedral, dice Madoz, hay co»mo en otros muchos monumentos de su especie, una *cripta* »ó subterráneo, tambien con tres naves de columnas bajas »agrupadas y bóvedas rebajadas, al cual se puede entrar, ó »bajando de la catedral por una escalera de caracol, ó por »una portada propia, en que el arco ojival abocinado y con »numerosas molduras, arranca de impostas apoyadas por »tres columnas en cada lado de la puerta. Esta *cripta*, tal »vez destinada en tiempos pasados á panteon ó enterramien»to de fieles.....»

La misma frase emplean los distinguidos individuos que componen la comision de monumentos de la provincia y de aquí que es forzoso suponer autorizado fundamento á tan arraigada costumbre.

Nosotros no creemos, sin embargo, que haya sido jamás la iglesia del Cristo cripta ó lugar subterráneo dedicado á enterramientos.

Razones de diversa índole aconsejan esta opinion.

No puede, ciertamente, calificarse de lugar subterráneo el ocupado por la iglesia aludida, pues antes de construirse la catedral, estaria, en todo caso, apoyada en alguna de las sinuosidades del accidentado terreno que la rodea, mas no fué construccion hecha en el sub-suelo, y de aquí que falta la condicion de subterráneo que caracterizaba á estos lugares.

Además, una iglesia que recibia luz por los huecos que conserva al Norte y Mediodía de la torre, las dos ventanas que quedan indicadas, sus tres ábsides, y las dos grandes puertas que abren sobre el prolongado portal que allá en tiempos, dominaba los embates del mar, apoderado de todo lo que hoy es plaza de la Dársena y calle de Atarazanas, no pudo, en manera alguna, ser un lugar oscuro y subterráneo destinado á enterramientos.

Debemos, pues, buscar el orígen de la denominacion de *cripta*, consagrada por el uso y aceptada por tales autoridades, en la tradicion, que no es, por cierto, poco fundada, en la ocasion presente.

D. José Martinez Mazas, en sus *Memorias del Obispado de Santander*, al tratar de este asunto dice: «Debajo del suelo, »y pavimento de la Iglesia principal hay otra con tres Naves, »obscura, baja de techo; y por lo tosco de sus Pilares, Ni»chos, Ventanas, talla de los Altares y algunas imágenes, »que han quedado, se puede decir, que es más antigua, que »la superior, pero yo no diré que aquella se hubiese fabrica»do, sin la mira, y respeto de sostener otra encima, porque »en tal caso mal se hubiera podido construhir esta, faltando »los cimientos correspondientes. Desde luego se debe sentar, »que la Iglesia baja se hizo para dos fines, á manera de la de »San Lorenzo de Burgos; el primero, para igualar el sitio, y »terreno, en donde se habia de fundar la principal: y el se»gundo para Boveda, Panteon ó Enterramientos de los fieles »que hasta fines del siglo 11 nunca se enterraban dentro de »la Iglesia; á no ser Obispos, Personas Reales; ó mui señala»das en virtud...

»En los primeros siglos de la Iglesia y despues que los »christianos salieron de las criptas y catacumbas: en que ha»cian oracion, y ofrecian á Dios el sacrificio del Altar, se »empezó á usar debajo del pavimento de los templos; y espe»cialmente debajo del Altar, y capilla mayor algun sitio, ó »lugar subterráneo, que llamaban. *Martirio y Confesion;* »porque allí se depositaban los cuerpos de los Mártires.»

Tales palabras, como procedentes de un escritor que se ha ocupado de las antigüedades de la provincia con bastante juicio y erudicion, á pesar de los infinitos lunares que dejan imperfecta su obra, que él, por otra parte, tampoco consideraba terminada, han servido, tal vez, para fijar la denominacion de *cripta;* mas nosotros creemos que de ellas, lógicamente, solo se puede admitir que la iglesia del Cristo fué construida con el objeto de nivelar é igualar el terreno que habia de ser fundamento de la actual catedral, y que mientras se construia esta, debió servir la inferior para atender á las necesidades del culto: pues sabido es con cuánta dificultad se edificaban las iglesias de importancia en aquellas épocas de grandes y agitadas convulsiones, cuando la construccion de los templos se verificaba con extraordinaria lentitud, deteniéndose con frecuencia cada vez que la escasez de recursos ó el estado político de la provincia, venian á poner obstáculo insuperable para su continuacion.

Y sin embargo, que pudo haber *cripta*, es suposicion tan

fundada como verosímil y quizá de su existencia haya quedado el nombre que hoy aun se conserva.

Segun una cita que el Sr. Rios y Rios acepta, eran «tres »iglesias una sobre otra y la segunda (es decir, la que hoy se »llama del Cristo) era circular.»

Hace notar el mismo Sr. Rios, que Juan de Castañeda, en su *Memorial de las Antigüedades de Santander*, afirma que «es tradicion antigua sus santas cabezas (de los mártires) ha»ber venido miraculosamente á esta villa de Santander, don»de en una cueva que está en el cuerpo bajero de esta igle»sia, á la cual se baja por unas gradas, estuvieron escondi»das mucho tiempo en un altar pequeño que allí dentro está, »que perpendicularmente corresponde á otro altar que hay »encima, en una capilla exenta que á devocion de los Santos »Mártires está en medio de la primera nave de la iglesia ba»jera, á cuya causa esta parte baja de la iglesia es llamada »*Los Mártires.*»

De aquí podemos deducir que la verdadera *cripta* ó lugar subterráneo destinado á enterramientos debió ser, en todo caso, esa tercera iglesia que mencionan los citados autores, cuyas relaciones están en perfecto acuerdo con lo que las costumbres y manera de construir de la época aconsejaban, y de aquí que nosotros deseemos se practique una detenida investigacion, ya para averiguar si en efecto existe esa tercera iglesia, porque, dado caso que así fuera, podria llevarse á cabo la obra necesaria para reunir la parte nuevamente descubierta, á la que hoy constituye el templo, ya tambien para averiguar cuál puede ser su estado.

Hecho esto, unidos los ábsides, destruido el absurdo revoque aplicado, no há muchos años, á las columnas y paredes del antiguo edificio, ¿cómo podria quedar este?

Tres naves bastante ámplias, formadas por seis robustos pilares que descansan en elevados zócalos poligonales, cubiertos por numerosas columnas de fuste corto y capiteles adornados con la flora usual, exceptuando el más inmediato al lado del Evangelio que se halla desprovisto de todo adorno; achaflanados arcos cuyos nervios se cruzan, amparados por pequeños medallones con emblemáticos signos, sirven de sostén á la bóveda, en fin, un bello y solemne templo construido en la época de transicion del estilo románico al gótico, perfectamente determinada en los tres ábsides que hemos descrito y en cuyas inmediatas columnas varian, un tanto, la ornamentacion, algunos capiteles iconísticos, hé aquí, indicados con rapidez, pues los límites de este artículo otra cosa no consienten, los caractéres principales que podrian observarse en la iglesia restaurada con inteligencia.

De este modo y con la construccion de una ancha y ostentosa escalinata que, partiendo directamente de la calle de Somorrostro, viniese á concluir en el arco del portal frontero á la actual entrada del templo, quedaría este en mejores condiciones artísticas, acreditando, á los ojos de todos, el cariño que un pueblo debe guardar á los tradicionales monumentos consagrados á sus arraigadas creencias.

Si estas mal aliñadas líneas pudieran contribuir en alguna parte á tal resultado, llamando la atencion de la Comision de monumentos y corporaciones provincial y del municipio á las cuales, en primer término, corresponde la iniciativa en tan interesante asunto, se vería ampliamente logrado el objeto que, al trazarlas, se propuso

E. DE LEGUINA.

LA AUSENCIA.

L....

—

Léjos de tí... plugo al hado
implacable en su inclemencia
que llore aquí de la ausencia
rigores, atribulado.
Pero si el alba
pura en oriente
las nacaradas
puertas abrió,
miro tu imágen
que astro fulgente
allá en las nubes
de oro bordó.

. . . .

Léjos de tí... mi alvedrío
miró con afan insano
por el dilatado llano
correr presuroso el rio.
Y si en la noche
mágica ondina
de entre sus linfas
leve se alzó;
su dulce canto,
su voz divina
cual eco suave
es de tu voz.

. . . .

Cuando del alto cenit
el sol baja por la esfera,
y en la tarde placentera
me encuentro... léjos de tí.
¡Ay! si jugando
en su alba túnica,
el cefirillo
se deslizó,
entre sus alas
la brisa púdica
lleva tu aliento
embriagador.

. . . .

Léjos de tí... en la umbrosa
selva que esmaltan las flores,
de canoros ruiseñores
oigo la trova amorosa;
pero si el ave
canta en la selva
los tristes ayes
de su pasion,
su tierno canto
y sus querellas,
como el suspiro
son de tu amor.

. . . .

Léjos de tí... ya la noche
tiende el cendal enlutado,
calla el gilguerillo arpado
y cierra la flor su broche.

Y entre las sombras
desvanecidas,
tu aérea imágen
sutil cruzó.
Eres el faro
que de mi vida
puso en la senda
el mismo Dios.

Tomás Cáraves.

ROSAS.

Quisiera darte un ramo hecho de estrellas
envueltas en un tul del firmamento,
y flotando sobre ellas
la fé del alma y el amor que siento.
Mas llevan los capullos de rosales,
la fé de mis amores inmortales
y en sus perfumes van al cielo en calma
la fé que siento y el amor del alma.

Albino Madrazo.

EL AVERIGUADOR DE CANTABRIA.

---

34. Campománes, en sus hojas sueltas sobre Santillana, encabezadas *Venerando Nomini*, etc., cita la *Historia topográfica de Cantábria* escrita por el P. Sota. No conocemos de este escritor más que la popular *Chronica de los Príncipes de Asturias y Cantábria.* ¿Es distinta de ella la obra citada por Campománes?

M.

---

35. Se desean noticias del publicista Nargánes, natural de San Vicente de la Barquera, que escribió hácia 1810 unas *Cartas sobre instruccion pública.* ¿Se conocen otras obras suyas?

X.

---

36. ¿Cual fué la verdadera patria del benedictino Fr. Francisco Sota? El ciudadano F. C. en su *Memoria* leida en el Ateneo el 23 de Junio de 1820, y el Sr. Lasaga Larreta en su *Compilacion histórica de la provincia de Santander* le dán por montañés, aunque sin fijar el pueblo de su naturaleza. Otros escritores mal informados segun entendemos, le suponen asturiano.

K.

---

37. ¿Quién fué La Palenque? ¿Qué escribió?

W.

---

38. El ciudadano F. C. fué *autor ó lector* de la *Memoria* que lleva su nombre?

G.

---

39. En qué tiempo pertenecieron las Asturias de Santillana al reino de Leon?

J.

Contestacion á la pregunta 10.

Concejo de Santander.—En los últimos años del siglo XV (1490) celebraba sus reuniones concejiles el vecindario de Santander en el convento de Santa Clara, en cuyo local estuvieron reunidos el viernes 27 de Julio del año citado para discutir el mejor modo de cumplimentar una provision del Consejo de Castilla en la cual, á nombre de los Reyes Católicos, se les mandó por segunda y última vez bajo la pena de 50.000 mrs., que entregaran á los vecinos de los pueblos de Miengo y de Cuchia unos navíos, pinazas y aparejos que ciertos vecinos de Santander habian tomado contra derecho del puerto de San Martín de la Arena. Presidió la discusion el Alcalde Lope de Rebolledo, y dió fé de lo que en ella se acordó «Juan de Liencres escriuano del Rey é del número de »la dicha Villa é de los fechos del Concejo della.»

Consta asimismo, que el año de 1532 estuvieron reunidos el Alcalde, los regidores, el procurador general, los diputados, etc., «en la capilla de la nave de San Pedro de la Iglesia »Colegial... entendiendo y platicando en muchas cosas cum»plideras al pro é bien comun,» de lo cual se infiere, que el edificio citado sirvió tambien para deliberar asuntos del concejo, y que este se celebró en diferentes sitios hasta el año de 1536, en que ya parece que la villa tenia local propio para celebrarle, pues á 28 de Enero para tratar de los asuntos indicados, se reunieron las autoridades y regimiento de Santander «y Juan de Bolivar Escribano publico é notario de »n.° é de los fechos é negocios del Concejo donde lo habian »de uso y costumbre de se ayuntar en la casa del abditorio »del Ayuntamiento de esta dicha villa, que es en la plaza pu»blica.

E. P. S.

Contestacion á la pregunta 18.

Robla.—La costumbre de convidar el comprador ó el vendedor despues de consumado el contrato á los que han intervenido en él, es tan antigua, que ya se halla mencionada con la palabra *Alvaroc* (hoy Alboroque) en el tít. 25 de las *Cortes de Leon celebradas el año de* 1020.

«El M.° Berganza en el tomo 1.° de sus Antigüedades de »España, pág 311, dice: que en el año de 1025 Zite Morielez »vendió al Monasterio de Cardeña una viña por sesenta suel»dos de plata, y cinco que se gastaron en el Alboroc..... El »mismo en el catálogo de palabras antiguas que trae al fin

»del tomo 2.°, define así la palabra Alboroc: robra que con-
»firma la compra.»

E. P.

Contestacion á la pregunta 31.

Hay alguna historia de la antigua fábrica de la Cavada?— No sé que la haya, ni conozco escrito sobre el particular, prescindiendo del diccionario de Madoz y otros, más que la sucinta reseña que con el epígrafe de «*Una corta escursion á Trasmiera*, publicó D. Remigio Salomon el 13 de Abril de 1851 en el folletin de *La Abeja Montañesa*, número 789, un *Informe que en* 31 *de Julio de* 1827 *dió á la superioridad sobre las Reales Fábricas de la Cávada, el Capitan de navío de la Real Armada D. Joaquin Ibañez de Corbera, Comandante Militar de Marina del tercio y provincia de Santander* y una «*Exposicion Abreviada de los Perjuicios de Tercero que* »*causa el Asiento, ó Real Zédula de Provision de Artillería* »*de* 31 *de Diciembre del Año passado de* 1755, *al distrito de* »*los Pueblos que se Incluyen en las que llaman Cinco Leguas* »*en Contorno de los Ingenios de Liérganes, y la Cabada, a* »*fin de suplicar de ellos a S. M. y pedir su Reduccion a los* »*Términos de Justicia. En este año de.*1759.» Iol. Ms. 3 hoj. prel. sin foliar y 220 fols.

Es de advertir que en el encabezamiento de las preliminares se lee «*Noticia del Establecimiento de las fábricas de Ar*»*tillería de yerro colado de Liérganes y la Cavada*» y que las 220 siguientes, además de la exposicion citada, contienen copias íntegras de todos ó la mayor parte de los privilegios y exenciones concedidas por la corona á dichos establecimientos desde la «Real Zédula de S. M. de 9 de Julio de 1622 en »que concede á Juan Curcio Vec.° de Liexa la Facultad p.ª el »Primer Establecimiento de las Fábricas de Artillería, y po»der fundir, y labrar en ellas por 15 Años» hasta el «Real »decreto del Sr. D. Cárlos 3.° de 30 de Agosto de 1760, anu»lando otro que se havia expedido en 11 de Jun.° de 1755, a »fauor del Marqués de Villacastel, y todas las Reales órde»nes, cédulas y Priuilegios en su virtud librados.»

P.

SECCION BIBLIOGRÁFICA.

SOCIEDAD DE BIBLIÓFILOS CÁNTABROS.—PROSPECTO.—1876.—Imprenta de J. M. Martinez.

El amor á las glorias del país natal, y la atencion que de algunos años á esta parte viene dedicándose por propios y extraños á su historia, costumbres y tradiciones ha inducido á algunos curiosos y aficionados á constituir un centro de actividad bibliográfica, que pueda reunir los esfuerzos parciales de cada uno de los investigadores de nuestras antigüedades, y extender más y más el conocimiento y estudio de las obras de autores montañeses, así como de las relativas á cosas de esta provincia, siquiera hayan salido de extrañas plumas, siempre que por su mérito ó rareza sean dignas de salvarse de la oscuridad y del olvido.

Concebido en tan generales términos el proyecto, no deja ni debe dejar campo á exclusivismos, particulares aficiones ni tendencias aisladas. Todos los libros de verdadera importancia, absoluta ó relativamente considerada, originales ó traducidos, impresos ó inéditos, versen ó no sobre la historia del país, son títulos de gloria para la comarca que contó á los autores entre sus hijos. No cumpliria la sociedad su objeto limitándose á reproducir uno ó dos nobiliarios, tal cual crónica, alguna relacion de monasterios ó de iglesias. Darían á lo más tales libros la historia *externa* de esta region, pero la historia *interna*, la historia *intelectual* quedaría del todo ignorada. Y conviene alentar la segunda, hoy la ménos explorada, dado caso que la primera cuenta de tiempo atrás con cultivadores inteligentes y entusiastas. Por eso en nuestra coleccion admitirémos de igual manera los libros de erudicion que los de amena literatura, y al lado de tomos de documentos útiles para nuestra historia, aparecerán obras de soláz y recreacion, viniendo en pós del severo tratado teoló-

gico la regocijada novela, tras los secos y descarnados anales las poesías, más ó ménos estimables, en que ejercitó su ingenio algun autor montañés de los pasados tiempos. Ni excluirémos de nuestra biblioteca al aventajado humanista que en el siglo XVI dedicó sus tareas á la version de tal ó cual autor de la antigüedad clásica, no porque tales versiones deban dispensar á nadie de la lectura de los originales, sinó como muestra del cultivo de los estudios filológicos en nuestro suelo, objeto útil de comparaciones para los doctos, y parte del general tesoro de nuestra historia literaria provincial. A nadie extrañe pues, que á vueltas de las obras originales se dén en esta série bibliográfica *dos ó tres* libros traducidos.

Quizá no agrade á todos la extension dada al proyecto, quizá los especialistas se lamenten de que no sea su seccion la preferida, y aun se compadezcan de quien piensa en reimprimir libros, en su sentir, inútiles y ligeros. Grande es la variedad de pareceres entre los hombres, é imposible parece conciliarlos todos. Si de algun modo ha de conseguirse, más bien será por la *inclusion* que por la *exclusion*, puesto que en una coleccion abundante y copiosa cada cual hallará algo que le aproveche, y á unos agradará lo que para otros sea de interés menguado. Los verdaderos amantes de las glorias del país gustarán de ver reunidas en sus estantes las obras selectas de sus conterráneos distinguidos en cualquier género de estudios, puesto que todos han contribuido á la gloria del país, mucho más no siendo tan rica nuestra bibliografía provincial que podamos impunemente abandonar con desdén ninguna de sus partes, por insignificante que á algunos parezca.

Del catálogo á continuacion inserto se deducirán fácilmente nuestros propósitos, reducidos á dos puntos capitales: 1.° formar una *biblioteca de autores montañeses*, 2.° *coleccionar obras y documentos útiles para la historia de nuestra provincia.*

Aunque *bibliófilos*, no serémos *bibliómanos*, y nos guardarémos de estimar el mérito de los libros por su escasez ó abundancia en el mercado. Obras hay rarísimas y pagadas á muy alto precio, que son, no obstante, inútiles y aun estúpidas: libros hay que sin trabajo se encuentran y son, á pesar de eso, excelentes. Entre la abundancia extremada y la rareza sin mérito escogerémos un medio; no reimprimirémos, sino en último caso, libros muy frecuentes, pero nunca la escasez de una obra será para nosotros motivo que autorice su reproduccion, si no llena las condiciones que la crítica exige de todo linaje de trabajos.

CONDICIONES DE LA PUBLICACION.

El número de sócios no escederá de 300.

Los ejemplares irán numerados, y con el nombre del suscritor á la vuelta de la ante-portada. Cada sócio recibirá su ejemplar mediante el pago de una cantidad proporcional á los gastos de impresion.

Las tiradas se harán en *Santander, imprenta de José María Martinez*, y no pasarán de 300 ejemplares, impresos en papel de hilo de fábrica española, con tipos elzevirianos.

Dirigirá los trabajos de la Sociedad una Junta compuesta de los señores

D. Gumersindo Laverde Ruiz, Dr. en Filosofía y Letras, individuo correspondiente de las Academias Española y de la Historia, Catedrático de Literatura Española en la Universidad de Valladolid, etc., etc.

D. Angel de los Rios y Rios, individuo correspondiente de la Academia de la Historia.—Proaño (Reinosa).

D. José María de Pereda, individuo correspondiente de la Academia Española.

D. Amós de Escalante, (Juan García), individuo correspondiente de la Academia de la Historia.

D. Marcelino Menendez y Pelayo, Dr. en Filosofía y Letras.

La lista de los 100 suscritores hasta hoy reunidos y de los que en adelante se agregáren, aparecerá en los periódicos de esta capital, y en cada uno de los volúmenes que diere á la estampa la *Sociedad de Bibliófilos*.

La Sociedad invita á los poseedores de obras raras, impresas ó manuscritas, de autores montañeses, ó relativas á cosas del país, para que se sirvan dar noticia de ellas ó facilitarlas para su publicacion.

OBRAS QUE ENTRE OTRAS SE PROPONE PUBLICAR LA SOCIEDAD DE BIBLIÓFILOS.

Memorias antiguas y modernas de la iglesia y obispado de Santander, por D. Joseph Martinez Mazas. Ahora por primera vez impresas, con un prólogo de *Juan García*. Aparecerá dentro de algunos meses.

Leyendas escogidas de D. Telesforo Trueba y Cosío, traducidas del inglés nuevamente, con un prólogo de D. José María de Pereda.

Obras poéticas de D. Antonio de Mendoza, edicion más

completa que las dos anteriores, así en la parte lírica como en la dramática, con un prólogo de D. M. Menendez y Pelayo.

Discurso de la figura cúbica.—Libro de diseños y estampas del Escorial y otros opúsculos del arquitecto Juan de Herrera, con una coleccion de escritos relativos á su persona.

Memorias relativas á la situacion y límites de Cantábria. (Zurita, Ohienart, Peralta Barnuevo, Flórez, Risco, Floranes).

La Cantábria: coleccion de pasajes de autores griegos y latinos, relativos á la historia y geografiía de esta comarca, nuevamente traducidos segun las ediciones más correctas y recientes, y ámpliamente ilustrados.

Diálogos de arte militar.—Discurso de la navegacion de Oriente y noticias de la China, del beneficiado de Laredo don Bernardino de Escalante.

Los Metamorfóseos de Ovidio, traduccion de Jorje de Bustamante, con un discurso preliminar acerca de las traducciones castellanas de aquel poema latino-Comedia *Gaulana* del mismo Bustamante.

La Historia de Justino traducida por el mismo Bustamante, con una introduccion bio-bibliográfica sobre este traductor montañés.

Libro de las bienandanzas é fortunas de Lope García de Salazar (los cinco libros postreros). Ms. del siglo XV.

Relaciones de varias iglesias. Ms. del siglo XVI.

Coleccion de documentos útiles para la historia del país.

Disquisiciones mágicas del P. Martin del Rio, por primera vez traducidas al castellano, descartadas de mucho fárrago inútil, y precedidas de un discurso sobre la mágia y las artes demonológicas en el siglo XVI.

Syntagma tragediæ latinæ del P. Martin del Rio, extracto razonado, con una introduccion sobre la tragedia latina y sus ilustradores.

Extracto razonado del *Pleyto de los válles.*

Obras inéditas del P. La Canal.

Obras inéditas de Floránes.

Antigüedades de la villa de Santander, por D. J. de Castañeda (Ms.)

Memorias á Santander y espresiones á Cantábria, por Fr. Ignacio de Bóo Hanero (Ms.)

Poesías líricas francesas de D. J. Trueba Cosío.

Con otras que se anunciarán oportunamente.

LETRAS Y LITERATOS PORTUGUESES. (1)

SR. D. JOSÉ MARÍA DE PEREDA.

Lisboa 14 *de Octubre de* 1876.

Mi carísimo amigo: Ello ha de ser, y manos á la obra. Ya que se empeña V. en que le hable de Portugal y de los portugueses, voy á salir bien ó mal del apuro. Dios sabe el placer que tengo siempre en conversar con V. sobre cualquier materia; pero es el caso que al presente no sé por dónde comience, ni encuentro modo de *tomar la embocadura*. Sabe V. que gusto poco de las *impresiones de viaje*, género solo admisible y digno de alabanza cuando lo manejan escritores tan acendrados é inimitables como nuestro *Juan García*. Pero en general tras de espuesto á tropiezos y ligerezas, suele ser este linaje de narraciones una calamidad en manos de la medianía, tendiendo á convertirse ora en registro de prosáicos pormenores, sin olvidar los *de re coquinaria*, ora en leyenda de soñadas aventuras, cuya accion así puede ponerse en París como en la China. Los franceses son dechados en este punto. Mas yo que ni soy *impresionable* ni tropiezo como otros felices mortales con raros acaecimientos al volver de cada esquina ¿qué podré decir que valga la pena de leerse y estamparse acerca de este mi prosáico viaje, enderezado sólo á registrar algunas bibliotecas y leer tal cual libro raro, ó curioso manuscrito? El disertar sobre las bellezas naturales de un país que se recorre en ferro-carril me ha parecido impertinente en todas ocasiones, y mucho más el ponerse á describir trajes y costumbres y caractéres, á semejanza de aquel francés que, sin entrar en el puerto de Barcelona, tuvo la rara dicha, lograda sin duda por arte mágica, de *ver á las señoritas barcelonesas paseando en la Rambla del brazo de sus jóvenes é indulgentes confesores*. Tampoco he de entre-

---

(1) Este artículo es el primero de una série con que favorecerá LA TERTULIA durante su viaje por el estranjero, el sábio y diligente escritor D. Marcelino Menendez y Pelayo.

tenerme en describir los monumentos de Lisboa, porque nada nuevo me ocurre sobre ellos. Baste decir que los he visto, y que están descritos en muchas *guías del viajero*, con más ó ménos tino y amplitud de detalles. No gusto de repetir cosas sabidas, ni tengo aliento para empeñarme en largas disquisiciones artísticas, ajenas de mis estudios y aficiones. Voy, pues, á hablar de lo único que derechamente me interesa y de que algo puedo decir con conocimiento de causa, esto es, *de re litteraria*.

La literatura portuguesa no es muy conocida en Castilla, (y no digo *España* como muchos por no incurrir en impropiedad notoria) lo cual no es de estrañar porque otro tanto acontece con la catalana. Entre nosotros reina manía grande de citar á franceses, ingleses, y sobre todo *alemanes*, nada de lusitanos ni de lemosines. Lo de casa es siempre lo más desatendido é ignorado. E incluyo en nuestra *casa* á Portugal, porque á despecho de la disgregacion de 1640, continúa siendo tierra española, y obedeciendo conscia *ó inconscientemente* á las leyes de la civilizacion peninsular que no se alteran por intereses estrechos, ni artificiales divisiones de territorio. Si llegase á realizarse la union, no debería adoptarse para los pueblos unidos el nombre desusado de *Iberia*, sino el tradicional y venerando de *España*, con que en los dias de Camoens como en el siglo pasado y aun en el presente (Herculano puede atestiguarlo) se ha designado la tierra peninsular. No hay historia de España sin Portugal, no será completa la historia de nuestra literatura que no abrace, como parte integrante, la portuguesa. La diferencia de lenguas no es obstáculo. Si Bernaldim Ribeiro, y Juan de Bárros, y Camoens, y Bocaje, y Francisco Manoel usaron el romance galaico-latino, en lengua catalana escribieron Muntaner, Auxias March, Jordi de S. Jordi, y Martorell; en latin Séneca, Lucano, y Prudencio; en hablas orientales Averroes, Maimónides, Ichudá-Ha-Leví, y Aben-Hezra, y sin embargo, todos pertenecen ó deben pertenecer á la historia de la ciencia y del arte españoles, con igual derecho que Fr. Luis de Granada, Cervantes, Lope de Vega y Quevedo. No basta la lengua para constituir una literatura aparte.

Al decir esto solo entiendo negar la existencia de una literatura portuguesa como distinta de la española, mas no la de una rica y poderosa literatura regional hermana de la castellana y de la lemosina, igual á ellas en ciertos géneros y en alguno superior. Léjos de mí rebajar los merecimientos de una tan importante y activa porcion de la raza hispano-latina.

Portugal poseyó, como el resto de la península, una poe-

sía popular durante la Edad-Media. Almeida Garrett tuvo el primero la intuicion de este hecho, y para demostrarle publicó un *Romancero* en tres volúmenes, arreglado y compuesto por él en gran parte con vestigios de la tradicion y reminiscencias más ó ménos fieles. Lo que realizó como artista el ilustre autor de *Fr. Luis de Sousa* hálo intentado como erudito el docto profesor Teófilo Braga, ya en su *Historia de la poesía popular*, ya en el *Cancionero y Romancero* que ha colectado, ya en sus *Epopeyas de la raza mozárabe*, título que (entre paréntesis) me parece demasiado atrevido y no bien justificado. Pero ni las hábiles restauraciones de Garrett ni los laboriosos estudios y sagaces indagaciones de Braga han dado por fruto más que una breve floresta de romances, un *romancerillo*, que puede estimarse como suplemento al nuestro, y áun así no llega á la riqueza de las colecciones catalanas de Milá y Fontanals, y de Aguiló. Fuera de esto, la Edad-Media en Portugal no produce ningun poema popular ni artístico; y esas soñadas *epopeyas muzárabes* se reducen, aparte de los romances, á algunos fragmentos de autenticidad muy controvertible. Carecen, por tanto, de fundamente las lamentaciones de Braga y otros sobre la posterior anulacion del *espíritu poético portugués*. El espíritu poético que engendró esos cantos era el mismo que dominaba en la España del centro y en la oriental. Viene en pos de esta primera época la de los *trovadores gallego-portugueses*, imitadores directos de la poesía provenzal. Cual monumentos de esta influencia han quedado el *Cancionero de la biblioteca de Ayuda*, *el del rey D. Diniz* y el de la biblioteca vaticana, observándose que de todas las colecciones poéticas de este ciclo, la más nacional en el espíritu, ya que no en las formas, es una más gallega que portuguesa y formada por un monarca castellano. Me refiero á las *cántigas* de nuestro sábio rey Alfonso X.

Si hasta ahora no encontramos separacion real y efectiva de la literatura portuguesa, ménos hemos de hallarla en el siglo XV en que la *poesía palaciana* marchó paralela en las tres regiones peninsulares. Es más: en ese período Portugal recibe la accion directa de Castilla, como nosotros habíamos recibido la de Provenza, Cataluña é Italia. Los poetas lusitanos llegaron á emplear nuestra lengua tanto ó más que la suya. Véase en prueba el *Cancionero de García de Resende*.

Tan grande es la hermandad de nuestras letras en los tiempos medios, que áun está por decidir la cuestion de paternidad del *Amadís de Gaula*, padre y dogmatizador de toda la andante caballería. Las mismas condiciones hubo en Portugal que en Castilla para la reproduccion de obra semejan-

te. Si la imaginó Vasco de Sobeira, estudiáronla inmediatamente y la citan con frecuencia nuestros poetas, y cuando la publicó un regidor de Medina del Campo con intercalaciones de su cosecha, leímoslas á una castellanos y portugueses, y nadie se cuidó de su orígen ni pensó en dar á la estampa el verdadero ó supuesto original lusitano ni en promover cuestiones de literatura internacional, que entonces no hubieran tenido significacion ni importancia. El libro era *español*, y esto bastaba.

Vino el siglo XVI y Portugal continuó siguiendo el curso de nuestra civilizacion que era tambien la suya, y á semejanza nuestra y casi simultáneamente abrazó la escuela italiana ó mas bien *latino-itálica* del Renacimiento que allí propagó Sá de Miranda, como lo hicieron entre nosotros Boscán y Garci-Lasso. Formóse entonces la llamada *escuela de los Quinhentistas* que contó entre sus adeptos al horaciano Ferreira, al bucólico Diego Bernardes, á Pero de Andrade Caminha, á Fr. Agustin de Sta. Cruz y á otros escelentes líricos más señalados á las veces por el primor y pulcritud de las formas que por la novedad ó grandeza del pensamiento. Ninguno de ellos llega á Herrera ni á Fr. Luis de Leon.

Pero sobre estos y los demás poetas peninsulares del siglo XVI levantóse como el águila Luis de Camoens, que con formas italianas y recuerdos clásicos amalgamó un tan sublime amor de patria, una penetracion tan honda del espíritu nacional, una tristeza elegiaca tan inmensa y conmovedora, y supo describir por tan alta y desusada manera los triunfos, grandezas y reveses de su pueblo, que con ser *Os Lusiadas* poema erudito y artístico, ha podido decirse de él con fundamento que es *la poesía más nacional de la tierra*. Pero el espíritu de ese poema no es solo *portugués*, es eminentemente *español*, porque tendencia y ley general de la raza ibérica fué en los últimos años del siglo XV el estenderse *por mares antes nunca navegados*, llevando la fé y la civilizacion á los extremos del orbe. Camoens, como gran poeta *español*, comprendió á maravilla aquel movimiento, y como gran poeta *portugués* acertó sintetizándole en los compañeros de Vasco de Gama, y agrupando en torno de la prodigiosa empresa toda la historia real y leyendaria de la monarquía de Alfonso Henriquez. ¿Pero fundó con esto una literatura ni produjo una desmembracion en el sentido estético? De ninguna suerte. Él mismo escribió buena parte de sus poesías líricas en castellano y fué grande imitador de Garci-Lasso. Sus contemporáneos siguieron en todo la escuela *itálico-española* y muchos como Jorje de Montemayor no usaron en *pastorales* y *canciones* otra lengua que la de la España central.

Habíase asociado Portugal á los orígenes de nuestro teatro dándonos á Gil Vicente, apellidado por sus contemporáneos el *Pláuto Lusitano*, y muy superior sin duda á Juan de la Enzina y á Lúcas Fernandez, aunque inferior por lo general á Torres Naharro. Gil Vicente, que escribió cerca de la mitad de sus piezas en castellano y algunas de las restantes en entrambas lenguas, no tenia, á pesar de su claro, agudo y satírico ingenio, lozanía de estilo y riqueza de sales, condiciones para fundador de un teatro, ni eran acomodados los tiempos en que vivió para tal empresa. Considéranle los portugueses como padre de su literatura escénica, pero ¿dónde está esa literatura? Algunos *autos* y *farsas*, imitaciones de Gil Vicente, pero muy por bajo de las obras del maestro, dos comedias de Sá de Miranda, dos de Ferreira y tres de Camoens, todas faltas de vida y escritas al modo italiano, la tragedia *Castro* de Ferreira, muy linda y muy clásica pero no representable y de originalidad dudosa, dos ó tres imitaciones de la *Celestina*, hé aquí el teatro en Portugal durante el siglo XVI, segun sus más diligentes investigadores. ¿Y despues? Déspues nada, porque en Castilla apareció Lope de Vega y *se alzó con el cetro de la monarquía cómica*, atrayendo toda admiracion y allanando toda resistencia. La manía de considerar á sus letras como cosa aparte, hace que los portugueses se devanen el seso en la investigacion de las causas de la nulidad de su teatro. No hay teatro portugués, ni castellano, ni catalán, hay un teatro *español*, cifra y compendio de las ideas y sentimientos de toda la raza, como lo es Camoens en la epopeya erudita ó de segunda mano. La gloria de haber dado vida á este teatro pertenece geográficamente á la España central. De ella salieron cinco de los maestros, pero entre los discípulos más aventajados figuraron de igual suerte los valencianos Aguilar, Tárrega y Guillen de Castro, que los portugueses Henriquez Gomez, Matos Fragoso y Melo. Aquel teatro fué comun, porque respondia á lo que pensaban y creian todos.

En otro órden de estudios, el Renacimiento en Portugal habia caminado con iguales pasos que en el resto de España, de igual suerte se habian cultivado las lenguas y literaturas clásicas. A Nebrija secundó Arias Barbosa; al lado de Luis Vives, Sanchez y Sepúlveda, están Damian de Goes, Resende, Aquiles Estazo, y Osorio. Las relaciones entre unos y otros fueron grandes. Nuestra insigne toledana Luisa Sigea sirvió en el palacio de los reyes de Portugal; en aulas lusitanas recibió la primera educacion humanística el Brocense. Coimbra era foco de estudios como Alcalá y Salamanca. No solo humanistas sino filósofos y teólogos dábamos y recibíamos

mútuamente. El granadino Suarez explicó en la *Atenas lusitana* y fundó la célebre escuela filosófica de comentadores *coimbricenses*. Fr. Luis de Granada estableció y reformó en Portugal monasterios de su órden y escribió allí muchos de sus libros místicos, tesoro de doctrina y de lengua castellana, igualmente conocido y disfrutado por todos los hijos de la Península. Por el contrario parece probable que fuese natural ú oriundo de Portugal aquel eminente filósofo *cartesiano antes de Descartes*, Gomez Pereira, por más que propagase su doctrina anti-aristotélica desde Medina del Campo. Estos hechos y cien más de todas clases que pudiera citar, bastan para hacer evidente la comunidad científica y literaria de portugueses y castellanos en aquella edad dorada. Que ellos no se estimaban como pueblo distinto convéncese por la lectura de sus clásicos. El mismo Camoens en los momentos de mayor orgullo provincial, dice que España es la cabeza de Europa y Portugal la cima de la cabeza.

Del breve período de nuestra dominacion en Lusitania, solo diré que en él se siguió ciega y esclusivamente por los portugueses nuestro ejemplo, y que se escribió más y mejor en castellano que en portugués hasta por los enemigos de la casa de Austria, como Faria y Sousa y D. Francisco Manuel de Melo, á quien debe nuestra historia clásica su más preciado monumento. Y á propósito de historia, olvidóseme advertir que en el siglo XVI verificóse en Portugal, como entre nosotros, una renovacion de este género en sentido clásico y tendiendo á las formas de Tito Livio que Juan de Barros y otros rejuvenecieron bajo la impresion cercana y poderosa de los grandes descubrimientos.

Con el advenimiento de la dinastía de Braganza nada ganaron en independencia las letras portuguesas. La influencia española, representada entonces por la escuela culterana en su período de mayor delirio, fué universal y prepotente. Escribiéronse infinitos volúmenes de versos líricos y muchos poemas con pretensiones épicas. Algunos son depósitos de las mayores estravagancias. Muy pocos merecen llegar á la posteridad. El prototipo de aquella poesía infeliz está en el *Postillon de Apolo* y en *La Jemirenascida*, vastos almacenes de malos versos.

Llegó el siglo XVIII y con él la reforma literaria hecha con sequedad y espíritu estrecho así en Portugal como en Castilla. A nuestros Luzanes y Montianos responde allí el conde de Ericeira, traductor de Boileau y autor de una enfadosísima *Henriqueida*. Aquí como allí se fundan doctas academias, y en pos de la primera generacion de preceptistas y filólogos vino otra de poetas y críticos de mayor sentimiento estético.

Fueron estos en Castilla Moratin el padre, Cadalso, Iriarte, Fr. Diego Gonzalez, y en Portugal Correa Garçao escelente poeta horaciano, Antonio Diniz, lírico de alto vuelo, estraviado tal vez por el anhelo pindárico y más feliz aún en la poesía festiva que enriqueció con su donoso *Hisopo;* el fácil y sentido egloguista Domingo dos Reis Quita; y alguno más, miembros todos de la primera *Arcadia*, que coincide con el gobierno de Pombál. Este famoso ministro, personaje funesto á pesar de haber reedificado suntuosamente á Lisboa despues del terremoto y promovido otras reformas materiales, propagó en cuanto le fué dable las ideas enciclopedistas implantándolas por el cesarismo de su administracion, y bien claro aparece el influjo de aquella malsana y rastrera escuela en los poetas, escelentes y brillantísimos algunos, de la *segunda Arcadia* que corresponde á nuestras escuelas *salmantina* (Melendez, Cienfuegos, Quintana, etc.) y *sevillana* (Arjona, Reinoso, Blanco, etc.). Entre los *árcades* de la segunda generacion merece el primer lugar, como el segundo despues de Camoens entre los poetas de su patria, por lo que á dotes personales respecta ya que no siempre fueran del todo aprovechadas, el célebre improvisador Bocage, que no por serlo dejó de producir fragmentos admirables y dignos de la posteridad, cuando trabajó con algun cuidado y respeto al arte. En este caso se hallan su idilio de *Triton*, sus cantatas de *Inés de Castro*, *Medea* y *Hero y Leandro*, y algunos retazos de traduccion de Ovidio. Como versificador, Bocage no tiene rival entre sus paisanos; manejó el artificio rítmico como nadie y sus *sonetos* son modelos por la forma ya que no por la sentencia. Malgastó no poco Bocage las fuerzas de su peregrino ingenio en estériles contiendas con sus compañeros de la Arcadia lisbonense, en poesías de circunstancias y en desenfados licenciosos, género de obra cultivado por los poetas lusitanos de aquellos dias. Nuestro repentista solía hacer ostentoso alarde de descreimiento y de cinismo, y una epístola célebre que comienza *Pavorosa illusao da eternidade*, atrájole disgustos y persecuciones en tiempo de Doña María 1.ª

En respetar los fueros de la lengua tampoco fué muy escrupuloso el árcade Elmano, cuya viva antítesis en este punto es el nimio y severo purista Francisco Manoel de Nascimento, más conocido por su nombre poético de Filinto Elyro. Este eclesiástico volteriano pasó emigrado en Francia la mayor parte de su vida, y allí publicó hasta once volúmenes de poesías y prosas, originales y traducidas. Hay en su coleccion mucho fárrago; ciertas versiones son harto endebles como *de pane lucrando*, y lo verdaderamente notable y dig-

no de los pudiera reducirse á dos ó tres tomos de reducido tamaño. Sus odas horacianas son realmente bellísimas, conservan la pureza de la forma latina más que ninguna otra composicion lusitana *portuguesa*, mas no abunda en ellas el sentimiento personal del poeta, ni hay quizá una idea nueva, traslúcese solo el trabajo y el buen gusto del académico, y, buscando una comparacion en nuestro parnaso, diré que se parecen á las primorosas é irreprensibles poesías sueltas de Moratin el hijo. Yo gusto mucho de las suyas y de las de Filinto; pero no dejo de reconocer que las falta el *quid divinum*, y que de ellas á las obras ideales de la inspiracion hay alguna distancia. Compuso Filinto muchas *epístolas* elegantes é ingeniosas sobre asuntos morales y literarios, género templado en que brillan las dotes de su perspicuo y agudo ingenio, y que no pide entusiasmo grande ni gran calor en el alma. Por lo demás, sus versos (casi siempre sueltos, como de poeta clásico) suelen pecar de duros y escabrosos. De lo más animado y valiente que salió de su pluma son algunos ditirambos.

Así Bocage como Francisco Manoel tuvieron muchos discípulos, y entre los del segundo contóse no ménos que Almeida-Garrett, precisamente el padre del romanticismo entre nuestros vecinos, *el Duque de Rivas portugués*. Modificadas las ideas del autor del *Caton* por su residencia como emigrado en Francia y en Inglaterra, comprendió la necesidad de renovar la literatura de su país, darle un teatro y resucitar la poesía del pueblo si de ella quedaban vestigios. Con su *Romancero* realizó en parte esto último, con *Un auto de Gil Vicente*, *Fr. Luis da Sousa* y el *Alfageme de Santarém* reanimó con elementos propios la muerta escena lusitana, cuyo imperio se habian disputado en el siglo anterior la *baja comedia* y la *ópera*. *Fr. Luis da Sousa* es una obra superior, sin ser de primer órden, y anuncia un talento dramático tan rico como delicado. En los restantes ensayos de Garret valen más los pormenores, las escenas sueltas, que el conjunto. Su poema *Camoens*, tal cual trozo lírico y algunas imitaciones de romances como la *Adosinda* y el *Bernal-Frances*, son sin duda lo mejor de la poesía lusitana moderna.

De los escasos y no muy aprovechados discípulos de Almeida-Garrett, así como de los historiadores, novelistas, poetas y críticos que aun viven, apuntaré algo en otra carta, ya que esta se va dilatando más de lo que pensaba. Y lo peor fuera que pareciese á V. y á los lectores de La Tertulia un conjunto de especies inconexas y mal hiladas, impertinentes algunas y de poco agradable lectura. Razon tendrán ustedes

en formar este juicio; pero ¿cómo ha de ser? no me decido á romper lo escrito y hacerlo de nuevo. Conozco que ha salido disertacion pedantesca lo que debió ser amena epístola. En último caso, promete enmienda, porque á todo se allana este su amigo devotísimo

M. MENENDEZ Y PELAYO.

LAS CABEZAS DEL SERRALLO.

TRADUCCION DE VICTOR HUGO.

O horrible! O horrible! most horrible!

SHAKSPEARE.—HAMLET.

I.

La bóveda del cielo, tachonado
de astros mil que en los aires centellean,
del mar fosforescente se miraba
en la sombría superficie tersa;
de la alegre Stambul la sien ceñía
la noche oscura con sus tocas negras,
y al verla reclinada blandamente
del golfo que la ciñe en las riberas,
entre las luces fúlgidas del cielo
y los reflejos de las aguas quietas,
parecia dormir, como ángel puro,
en un globo formado por estrellas.
Ante su imágen seductora y vaga,
escitada tal vez la fantasía
en la ciudad creyera, que en los aires
de la noche los Génios edifican,
al ver de sus harenes los contornos
—del fastidio y la cruel melancolía
triste mansion—y los azules techos
como el cielo de luz que los cobija,

y las cien medias lunas que coronan
de las redondas cúpulas la cima,
y en sus reflejos imitar parecen
la suave luz con que la luna brilla.
Los ojos distinguian en las sombras
del ancha torre los contornos altos,
de las mezquitas las agudas flechas,
y de las casas los terrados planos;
los moriscos balcones espaciosos
con árabes dibujos recortados;
los cristales que pintan sus ventanas
de cautas celosías al amparo;
los palacios de azul y oro vestidos,
y sus altivos techos coronados
por grupos de palmeras tembladoras
cual gigantes y espléndidos penachos.
Los esbeltos y blancos minaretes,
con sus leves agujas elegantes,
parecen lanzas de marfil bruñido,
armadas con el hierro de combate.
Allá pintados kioskos se destacan;
luminosos y móviles fanales;
y sobre el viejo techo del serrallo,
que por sus altos muros sobresale,
cien cúpulas de estaño, que en las sombras
brillan como cien cascos de gigante.

II.

El Serrallo!.... Esta noche
conmovía el placer su estenso espacio:
sobre la blanda alfombra, que cubria
el arabesco suelo del palacio,
y bajo el rico artesonado de oro,
al compás de la alegre algaravía
de sonoras panderas,
haciendo á un tiempo con sus voces coro,
bailaban á porfía
las sultanas cual locas bayaderas;
y cual rey ostentoso,
que, en fiesta cortesana,
con sus mejores joyas se engalana,
soberbio se mostraba, como emblema
del poder soberano,
con miles de cabezas por diadema,
cortadas á este fin del tronco humano.

Lívidas, estinguida
en la opaca pupila la mirada,
la negra cabellera enmarañada,
seis mil cabezas, que en la humana vida
de ideas tuvo el pensamiento llenas,
de las récias almenas
en espantable fila sobre el muro,
la terraza florida coronaban
en que alegres matices ostentaban
la blanca rosa con el lirio puro.
Triste, cual tierno amigo,
y como él á la par consoladora,
la blanca luna, el astro de los muertos,
confidente de lúgubres dolores,
aquellos rostros yertos,
que cubre palidez aterradora,
bañaba con sus pálidos fulgores.
Dominando el Serrallo, tres de aquellas,
de faz noble, espresiva,
en la puerta fatal las líneas bellas
marcaban ¡ay! de la oriental ojiva.
Estas nobles cabezas, que batía
negro cuervo con ala poderosa
de su voraz deseo al grito bronco,
que fueron separadas de su tronco
en muy diversos lances parecia:
una entregada á la oracion piadosa;
otra en sangrienta lid, cuando estridente
el hueco hierro por los aires zumba;
y la otra arrebatada
por torpe mano airada
al sagrado reposo de la tumba.
Mientras que el taciturno,
morisco centinela
velaba en las murallas indolente,
el silencio nocturno
de la callada vela
las tres bocas rompieron de repente;
y su voz parecia,
al despertar los solitarios ecos,
los cantos vagos de sonidos huecos
que en el sueño hace oir la fantasía:
ó el blando susurrar con que en la arena
muere la onda marina apaciguada,
ó con que el aura entre las hojas suena
al dormirse prendida en la enramada.

III.

LA PRIMERA VOZ.

Dónde estoy?.., Mi brulote! al remo y á la vela!
hermanos, Misonlonhgi, cuyo sufrir revela
el humo del incendio que empaña al claro sol,
reclama nuestro amparo y auxilio generoso
contra el infiel, que ataca su muro glorioso
á impulsos de un infando, satánico furor.

Batidos sus bajeles al mar vuelven la quilla,
huyendo desoladas á la lejana orilla
do espera entre placeres su triunfo Mahamud.
Y en medio del combate, el brillo de mi tea
hermoso faro amigo para vosotros sea,
del rayo para ellos la fulminante luz.

Adios, bella Corinto, con tu alto promontorio,
del mundo en los anales encarecido emporio;
adios, altivas rocas del celebrado mar,
de históricas memorias por todas partes lleno,
que quiebra en arrecifes el cristalino seno,
los ásperos granitos sus ondas al besar.

Adios, hermosas islas de eterna primavera,
que en dulces tintas baña de la celeste esfera
con lúcidos reflejos el plácido color;
cestillos por el dia de matizadas flores,
y cuando el sol apaga sus vívidos fulgores
embriagadores vasos de perfumado olor.

Adios, Hidra gloriosa, altiva pátria mia,
Esparta renovada, que en cantos de alegria
al mundo le revelas tu jóven libertad;
los mástiles y vergas ocultan tus murallas,
ciudad de marineros, ajena á las batallas,
creada á las tranquilas faenas de la paz.

Yo adoro tu isla hermosa, en cuyo espacio breve,
si vence mis esfuerzos el musulman aleve,
en la ocasion estrema nuestra esperanza está;
yo adoro tus fecundas, bellísimas praderas,
que bañan las espumas; tus rocas altaneras,
batidas por el rayo, minadas por la mar.

Hermanos, si la suerte me vuelve á mis hogares
salvada Misolonghi, de Cristo los altares
en nuevo templo augusto habremos de elevar.
Mas si en contrario lance, la malhadada suerte
cierra mis ojos lánguidos, en brazos de la muerte,
al sueño que en la tierra no tiene despertar.

Si en el combate rudo, á que mi fé se apresta,
de mis venas exhaustas la sangre que me resta
por causa tan preclara me toca ya verter;
cavad en tierra libre mi estrecha sepultura,
que sienta en mi sepulcro del sol de la cultura
y el sol del cielo aunados la viva luz arder.

Los turcos!... Misolonghi!... Lancemos, camaradas,
del fuerte los cañones, los buques de las radas,
y á pique el que enarbole la enseña del sultan.
Tened en los brulotes el fuego preparado;
si fijo en él mi planta, por su doble costado
las lenguas del incendio mi nombre aclamarán.

Victoria! amigos... Cielo! de fulminante bomba,
como en el aire rueda vertiginosa tromba,
el choque irresistible destruye mi bajel.
Al rudo golpe en trozos estalla la madera,
gira sobre sí mismo como la herida fiera,
y el piélago le absorbe que fuera su sostén.

En vano de mi boca salir la voz intenta,
cubierto por la ola, que sobre mí revienta,
le falta á mis acentos el aire en que vibrar.
Adios! hermanos mios, pedir me es necesario
á las marinas algas magnífico sudario,
de suave arena un lecho al fondo de la mar.

Mas no! De mis sentidos soy nuevamente dueño!
Despierto.... pero presa de inesplicable sueño!
La corba cimitarra no puedo ya blandir;
me falta el brazo fuerte, mil veces victorioso...
Qué es esto!.. Qué misterio!.. Quién es ese espantoso
fantasma que sombrío se eleva junto á mí.

Qué escucho allá á lo léjos?... Son voces de mujeres?
Son cantos armoniosos de sobrehumanos séres?
dulcísimo concierto de la eternal region?
Qué suaves armonías! Descansa mi cabeza
del cielo en las estancias de perenal belleza?
La sangre corre.... cielos!... en el Serrallo estoy.

IV.

LA SEGUNDA VOZ.

Sí, Canaris, del lúbrico Serrallo
el negro muro ves, y sobre él puesta
mi cabeza al sepulcro arrebatada
para adornar esta nefanda fiesta.
Del turco vil el ódio inestinguible
mis restos persiguió dentro mi tumba,
y del sagrado asilo el breve espacio
al golpe cruel de su azadon retumba.
Mis descarnados huesos por despojos
tiene el sultan de la mayor valía:
y hé aquí de Botzaris lo que le deja
voraz gusano de la tumba fria!
Oye: en el fondo del sepulcro, yerto
yacía mi cadáver, cuando escucho
«Misolonghi sucumbe!» é incorporado
entre las sombras del sepulcro lucho.
Oigo del bronce el estampido horrendo,
los formidables gritos del combate,
el choque de las armas, y hasta el ruido
del presuroso andar que el suelo bate.
Entre el fragor de la sangrienta liza
estas voces llegaron á mi oido:
«Sombra de Botzaris, del turco infame
defiende hoy más al griego desvalido!»
Y con afan luchando en las tinieblas,
la cárcel por romper que me sofoca,
el débil esqueleto descarnado
pedazos hice en la marmórea roca.
De pronto, conmovida en sus cimientos,
arde la tierra y con furor estalla
cual estenso volcan incandescente...
Todo en el mundo de los vivos calla.
Y mis ojos sin luz, por un prodigio
del otro mundo al existir se abrieron,
y ver lograron lo que nunca vivos
ojos mortales por sí mismos vieron.
De la tierra, del mar, del seno ardiente
de la llama encendida, en raudo vuelo
miles de almas rodaban al abismo
ó se elevaban fúlgidas al Cielo!

Ebrio el feroz Muslin con su victoria
registró de mi tumba el hueco brebe,
y mezcló mi cabeza con las vuestras
que profanara con su mano aleve.
Una y otras, con torpe indiferencia,
del tártaro en el saco de campaña,
en confuso monton, cual vil escoria,
guardó al desprecio su implacable saña.
Mi cuerpo, sin cabeza al golpe rudo,
se estremeció con férvida alegría,
por la Cruz Santa y mi querida Grecia
morir segunda vez me parecia.
Sobre la tierra, amigo, en este espacio
concluye nuestro mísero destino.
Vil esclama Stambul, la cruel matanza
alegre fiesta á celebrar previno.
En el Serrallo las cabezas fijas
á que el pueblo con burlas las denigre,
las iras sacian del sultan proterbo,
émulo digno del sangriento tigre!
Hé aquí en torno, Canaris, nuestros héroes!
Costas, de las legiones palicaras;
Christo, del monte Olimpo procedente;
con Hellas, de las márgenes Icaras.
Kitzos, de Byron inmortal amado;
y ese hijo de los montes, Mayer fiel,
que á los nietos del bravo Trasibulo
llevó la flecha de Guillermo Tell!
Esos otros cadáveres sin cuento
de vario orígen é ignoradas gentes,
que en nuestras mudas filas hoy confunden
sus frentes viles entre heróicas frentes,
Son hijos de Satan, turcos nacidos
de servidumbre vil á la aspereza;
rebaño oscuro, cuya vida pende
de que el sultan no pida una cabeza.
Al Minotauro igual de nuestros padres,
en la horrenda guarida, entre despojos
de humanos séres, solo un hombre vive,
que al pueblo mira ante su faz de hinojos.
Los otros ¡ay! testigos de estas fiestas,
el cruel sicario de feroz mutismo,
el torpe eunuco y el idiota esclavo,
tan muertos son como lo estás tu mismo.
Qué horribles gritos el espacio llenan?...
Es la hora cruel de impúdicos placeres,

en que reclama su lascivia inmunda
nuestras hijas, hermanas y mujeres.
La casta flor de la virtud preciada
al soplo muere de su impuro aliento:
nuestras vírgenes hoy, mañana airado
nuestras cabezas hollará contento!

V.

LA TERCERA VOZ.

Hermanos mios, en tan crueles horas
José, Obispo, os saluda.
Misolonghi pasó! Su honor escuda
la resignada muerte
que huyendo el hambre y sus aterradoras
escenas de dolor, con alma fuerte,
se procuró indomable.
En su suprema y sin igual desgracia,
víctima formidable
para el turco inhumano,
á su verdugo encadenó á su suerte,
y con segura mano,
que afirma el bravo aliento que la inspira,
prendió por sí la vengadora pira.
Despues de veinte dias,
que se agitaba en crueles agonías
nuestra ciudad hambrienta,
«Venid, les dije con solemne acento,
»pueblo leal, soldados aguerridos!
»En medio del incruento
»cristiano sacrificio, como hermanos
»en la celeste mesa reunidos,
»recibid de mis manos
»el único alimento que nos resta,
»el pan que nutre el alma y la convierte
»en ser ajeno á la terrena muerte,
»de Dios imágen que su luz la presta.»
Solemne comunion! Al ara santa
llegaba por la fé con firme planta
el moribundo hambriento:
el achacoso anciano ya sin vida;
el soldado andrajoso y macilento,
temible todavía al enemigo;
la esposa fiel, la vírgen aflijida;
y al cariñoso abrigo

del agotado seno de la madre,
que marchitó de la miseria el yugo,
el niño á que con sangre dá alimento
en vez de lácteo jugo!
  Vino la noche triste, y á su amparo
dejaron la ciudad; pero ¡ay! el turco,
á favor de las sombras, sin reparo
abriendo con violencia
entre las ruinas y los muertos surco,
hasta mí penetró. La débil puerta
fué de mi iglesia á su furor abierta.
Sobre un trozo de altar, que me restaba,
con inícua fiereza
hizo rodar un sable mi cabeza...
Ignoro quien me hirió; porque rezaba.
  Compadeced á Mahamud, hermanos!
Nacido en la ley bárbara que erige
los reyes en tiranos,
de Dios y de los hombres le separa
el odiado poder porque se rige.
En sus cegados ojos
no penetra del cielo la luz clara.
Su corona fatal, blanco de enojos,
mal segura en sus sienes,
lleva en cada floron una cabeza,
de su poder como sangrientos rehenes:
y tal vez la crueldad, que es hoy su guía,
repugna de su pecho á la hidalguía!
  El infeliz, sin tregua poseido
de un terror implacable,
en la infinita eternidad perdido
vé de su vida el tiempo irrevocable.
En su triste agonía,
nada para él distingue el claro dia
de las sombras amigas de la noche.
Siempre el fastidio con su cruel reproche!
Semejante á los ídolos paganos,
sus esclavos le adoran desde lejos,
y el látigo, que agita entre sus manos
un spahi furibundo,
la adoracion regula y los festejos.
  Cuán distinta es, hermanos, vuestra suerte:
para vosotros el honor, la gloria;
vencidos en la tierra, de la historia
las páginas os libran de la muerte.
Dios os bendice en el Serrallo infausto.

Vuestras glorias no acaban con la vida:
vuestra cabeza herida
sin tumba que la dé blando reposo,
blason será de vuestra fama honroso,
y ese cuerpo sangriento
envidiado y perenne monumento!
Que el apóstata envidie sobre todo
vuestra gloria suprema!
Caiga de Dios terrible el anatema
sobre el falso cristiano, que en el lodo
de vil apostasía
manchó el agua sagrada,
que le abriera las puertas de la vida.
Ningun ángel espera su llegada
de Dios glorificado al santo seno;
su memoria en el cielo es maldecida;
y su nombre fatal, causa de agravios,
como mortal veneno
rechazarán los hombres de sus lábios.
Y tú, cristiana Europa,
escucha nuestras voces plañideras.
En un tiempo San Luis, en nuestra ayuda,
la distinguida tropa
de sus nobles condujo á estas riberas.
Un crímen es tu duda
que de Dios santo la justicia irrita.
Antes que el brazo sobre tí levante,
elige presurosa
entre Jesús y Omar; la cruz bendita
ó cimitarra odiosa;
la aureola de los santos ó el turbante.

VI.

Sí, Botzaris, Canaris; sí, José, sombras santas,
vuestros acentos graves, que ahogó la muerte ya,
Europa condolida satisfará obligada,
y en vuestra frente el signo del santo Dios verá.

Y modulando juntas un canto expiatorio,
veráse á las dos Grecias su doble gloria unir
á los sangrientos restos de vuestra humana vida,
y sobre el arpa armónica unánimes decir:

«Vosotros sois los santos, vosotros los sublimes,
»valientes confesores, espíritus de Dios;

»vuestro potente brazo se señaló en la lidia,
»víctimas venerables de fraternal amor!

»Leónidas modernos, cuyo cadáver santo
»con manos miserables el ódio profanó;
»hé aquí vuestro calvario, los que la sangre dísteis
»en pró de toda causa de noble abnegacion!

»Ah! si la Europa entera, sumida en triste duelo
»ante la pura sangre que viera aquí verter,
»no sigue hasta el Serrallo la senda que sus gotas
»la marcan por camino de la honra y el deber;

»de Dios en la justicia, al par de nuevos males,
»remordimientos tristes el porvenir traerá.
»Marino, sacerdote, soldado beneméritos,
»los tres en nuestra iglesia tendreis un dia altar.

»Que á vuestros hechos guarda la santa palma el Cielo,
»el mundo, los honores de la inmortalidad.
»Grupo, sin par sublime, de valerosos héroes!
»De mártires insignes preclara trinidad!

ADOLFO DE LA FUENTE.

LA PILA DE AGUA BENDITA

DE LA CATEDRAL DE SANTANDER.

Si el aspecto general que ofrece á vista del curioso el primer exámen de la Catedral de Santander, produce una impresion de estrañeza, sobre todo, por su estensa escalinata que, atravesando un robusto muro, conduce al claustro, no es menos profundo el efecto que ocasiona contemplar, apenas se traspasan los umbrales del gótico templo, un recuerdo vivísimo del gusto y estilo árabe.

Es, por cierto, singular á lo menos, hallar en una de aque-

llas iglesias construidas en los siglos medios, en parte edificios consagrados al culto, en parte fortalezas con almenaje y foso, que así servian para que el cristiano pudiera entregarse á las prácticas de su piadoso culto, como para que, empuñadas las armas, acudieran presurosos, dentro del recinto mismo, á la defensa de su hogar amenazado, es bien singular, repetimos, encontrar en la pila de agua bendita, inmediata á la puerta Norte, un resto de la época civilizadora y eminentemente artística de la dominacion árabe.

¡Y cuán grandes horizontes descubre á la contemplacion el aspecto de tan curioso objeto!

El coram sojuzgó nuestra pátria á principios del siglo VIII, y por espacio de otros ocho resistieron sus sectarios las tentativas de los españoles ansiosos de recobrar la justa posesion del suelo donde descansaban las cenizas de sus padres.

Los árabes, aquel pueblo de pastores desprovisto de toda cultura y tan escaso de necesidades como desdeñoso de investigar medios para satisfacerlos, aquel pueblo que se cobijaba en su vida errante y nómada bajo sencillas tiendas de campaña, llegó despues de largos años de aprendizaje, merced á la influencia de algunos sábios califas que protegieron el desenvolvimiento de las ciencias, las artes y las letras, á poblar la España de maravillosos monumentos arquitectónicos que parecen construidos por fantásticos génios.

No dejó tambien de hacerse sentir en el desarrollo de su arquitectura el impulso de la bizantina, sobre todo en nuestra patria, donde tuvieron que habilitar para los ritos del islamismo las iglesias cristianas de aquel estilo, que cayeron en su poder al verificarse la invasion.

Pero es lo cierto que pronto el carácter ardiente de aquellos pueblos imprimió á su arquitectura un sello propio, esclusivo y determinado; y entonces apareció aquel lujo de ornamentacion que llegó á cubrir con sus multiplicados adornos las paredes, bóvedas y miembros arquitectónicos, haciendo parecer á sus palacios como primorosas grutas de estalactitas, ó estrañas y maravillosas mansiones de hadas.

Es evidente que la poderosa imaginacion oriental fuertemente impresionada por la suavidad del clima de España y por el contínuo trato con los vencidos habia de cambiar de naturaleza, cediendo el paso los hábitos de guerra y fiereza, propios del pueblo indómito y salvaje, á la inclinacion á los goces intelectuales, lo cual habia de producir, como produjo, una cultura refinada y un centro de civilizacion, que contrastaba notablemente con la barbarie aun dominante en el centro y norte de Europa.

Y tales adelantos se obtenian apesar del estado general del

país, perturbado con hondas divisiones intestinas y alterado por los constantes esfuerzos de los naturales, que agrupados en torno de la sacrosanta bandera que Pelayo enarbolara en Covadonga, luchaban ansiosos en favor de libertad é independencia tan deseada, sin dar á sus afanes trégua ni descanso.

Pues bien, de esta época tan notable en nuestra historia pátria, es recuerdo el vaso que hoy sirve de pila de agua bendita en la Catedral de Santander.

De dónde puede haber provenido, quién la haya destinado á tan sagrado objeto, hé aquí dos cuestiones que permanecen sumidas en el más profundo misterio.

El Sr. Escalante (1) supone que acaso un soldado valeroso pudo ser portador de la piedra que fué pila de surtidor en algun ajarafe sevillano, encareciendo hoy las muslímicas frases en su alrededor grabadas, la virtud del agua consagrada que purifica y lava el corazon.

El Sr. Martinez Mazas (2) dice «que está junto á la puerta »del Norte; que es bien estraño en un país á donde no llega- »ron los moros.» Añade tambien, al hablar de la inscripcion, que «su declaracion se ajusta muy bien á el fin, para que fué »destinada la dicha piedra; y algun cantero inteligente en »aquella lengua y de los que trabajaban seiscientos años »hace en esta iglesia, quiso, sin duda, dejarnos este rasgo »de su habilidad; y acaso en lo que está oculto de dicha pie- »dra se notará el año ú otra cosa más importante.»

Y hé aquí cómo no es fácil formar acabado juicio respecto de un vaso que se presta á opiniones tan diversas y encontradas.

El Sr. Martinez Mazas, comprendiendo la dificultad que ofrecia el trasportar la piedra, puesto que los árabes no llegaron á dominar esta region, que fué una de las que más valientemente lucharon siempre en favor de su fé y de su independencia, consiguiendo que el poderoso enemigo no lograra asentar su avasalladora planta en esta noble tierra, pretende que pudo ser hecha aquí por algun obrero que quiso dejar esa muestra de su habilidad.

El Sr. Escalante, por el contrario, reconociendo en la piedra todos los caractéres del estilo árabe, pretende esplicar su orígen suponiéndola traida por algun montañés, amante de su pátria; tal vez alguno de los que concurrieron á la gloriosa conquista de Sevilla y quiso dejar ese recuerdo en la tierra que vió partir la famosa espedicion que salida de este puerto habia de alcanzar tan portentosa victoria.

(1) *Costas y Montañas.*
(2) Memorias antiguas y modernas del obispado de Santander. M. S. fol.

Nosotros nos limitaremos pues, á describir esta curiosa piedra, dejando reservado á otro más docto la empresa de esplicar cuál es su verdadero orígen.

Es un vaso ó recipiente de mármol cuadrilongo, que mide dos piés y nueve pulgadas de largo, por uno y seis de ancho, con ocho pulgadas de alto. Al rededor ostenta una inscripcion en árabe, cuyo testo ha dado lugar á distintas interpretaciones y tambien á no pequeños errores.

Entre estos puede mencionarse el que cometió D. Fernando Guerra de la Vega, Señor de Rioseco en la montaña, procurador general de la villa de Santander, Cobernador de sus armas y alcaide del castillo de Santa Cruz de la misma villa, quien en una obra que permanece inédita, y escribió hácia el año de 1658, asienta formalmente que los caractéres *cúficos* de la pila son hebreos. (1)

Bien es verdad que en una obra en la que el autor demuestra carecer de crítica y conocimiento de la antigüedad, no deben estrañarse semejantes equívocaciones.

No estaba más adelantado en esta clase de conocimientos Fr. Félix Giron, carmelita, contemporáneo á Guerra de la Vega, que dijo ser *siriaca* la inscripcion y probarse mediante ella que los cántabros adoraban al verdadero Dios. (2)

Pero aun en las interpretaciones debidas á la pluma de escritores eruditos se hallan notables discordancias, si bien pueden ser suficientes para formar juicio respecto del primitivo destino de la piedra de que nos ocupamos.

Hé aquí dos de las más notables. Es la una debida al acreditado y erudito D. Miguel Casiri, bibliotecario que fué de S. M. y profesor de lengua árabe, el cual, sin saber dónde la pila se encontraba y sin noticia alguna antecedente, juzgó interpretacion acertada la que sigue:

«Inscriptionis arabice interpretatio. M. Litera.—Vas, in »quo aqua est, B. Litera.—Aquilegium in puritate ex argen»to albo elaboratum (Vas) an per similitudinem ex marmore »albo) A. littera.—Erat bona, et clara dum...... aqua gelata.
»Fons erat marmorea in
»publicum usum erecta.»

El sábio orientalista D. Pascual Gayangos la tradujo de este modo:

«Yo soy un saltador (de agua) mecido por los vientos; mi »cuerpo transparente como el cristal, está formado de blan»ca plata.
»Las ondas puras y fúlgidas (de un manantial) al encon-

(1) Elogios de Cantabria.
(2) Códice T. 116 de la Biblioteca Nacional. Al fin del libro de Guerra de la Vega.

»trarse en el fondo, temerosas de su propia sutileza y delga»dez, pasan luego á formar un cuerpo sólido y congelado.»

Tal es la pila de agua bendita de la Catedral de Santander, quizá la única de estilo árabe destinada á tan sagrado objeto en una Catedral puramente gótica y siempre cristiana; contraste singular y que se presta á profundas reflexiones para el católico apenas cruza el umbral del solemne templo. Allí domina por todas partes la seriedad del arte cristiano en la armónica sencillez de la primera época del estilo gótico, pues las reformas y agregaciones posteriormente añadidas no han alterado el conjunto armonioso, severo y elegante que reviste el templo; ¡y allí á la puerta, en oscuro rincon, humillado vése un recuerdo de la dominacion árabe arrojada de España por el valor de nuestros mayores, al grito mágico de *Religion y Pátria!*

EL MARQUÉS DE CASA-MENA.

EL AVERIGUADOR DE CANTABRIA.

---

41. ¿Qué libro fué el primero que se imprimió en Santander, y en qué época se dió á la estampa?

F.

Contestacion á la pregunta 12.

Rumen.—Esta palabra se halla en algunos manuscritos del siglo décimosesto, y significa *fila ó hilera*, como lo hace evidente el que cuando se hizo la capilla mayor de la iglesia de Latas *por que el pueblo ayudó y favoreció.... se les dió y concedió el primer Rumen de sepulturas pegado con la Rexa de parez á parez, para que sean señores de ellas, ellos y quien de ellos viniere, con tal que al tiempo que se cabaren y hicieren las sepulturas de dicho primer Rumen, dadas á los dichos vecinos peguen y caben las dichas sepulturas... lo mas*

que puedan de manera que dejen hácia el altar cuanto mas largo pudieren.

En los libros de finados de los siglos XVI y XVII, especialmente en los de Trasmiera, se designa con los nombres de *primero ó segundo rumen de sepulturas* el lugar más ó menos preferente en que se daba tierra á los cadáveres.

E. P.

SECCION BIBLIOGRÁFICA.

ESTUDIOS CRÍTICOS SOBRE ESCRITORES MONTAÑESES, por D. MARCELINO MENENDEZ Y PELAYO, doctor en filosofía y letras.—Tomo I.—*Trueba y Cosío.*—Santander.—Imprenta y litografía de Telesforo Martinez.—1876.

Mostrar el juicio antes que el bozo; acreditarse de sábio no habiéndose aun despedido de escolar; apurar la erudicion sin consumir los años; adelantarse al tiempo sin saltar edades ni abreviar la vida; dar el fruto á par con la flor; hacerse el pensamiento con la seguridad y firmeza y sazon de su virilidad y madurez en medio de las lozanías y calor de su primavera; tener de hombre el ánimo y la cordura, los propósitos y el discurso, conservando de niño el corazon y su nobleza y sus ambiciones y sus abandonos, si no es señaladísimo favor de la Providencia, merece tenerse por asombroso esfuerzo y raro testimonio del poder desconocido de la naturaleza.

Tan niño es el autor del notable libro de que voy á dar rapidísima cuenta, que el Don antepuesto á su nombre suena á cosa poco formal y de juego en boca de quien delante de él lleva andada la parte mayor en los caminos de la vida. Y tan hombre aparece en lo sesudo y ajustado de sus opiniones, en lo certero y profundo de sus fallos, en lo vasto de su lectura, en lo selecto y rico de su erudicion, que si deja algo que

decir en las materias que toca; asienta lo dicho sobre tales cimientos y con firmeza tanta, que espanta toda idea de contradiccion y duda de parte de quien no presuma de doctísimo humanista, quedando á lo sumo al lector la tarea ó el gusto de arrimar á tan buena sombra sus reflexiones propias, sus investigaciones y sus noticias.

No habrá español tan nuevo en la historia del movimiento literario contemporáneo que ignore el nombre de Marcelino Menendez y Pelayo. Pusiéronle, meses hace, en luz sus triunfos académicos y el haber recibido de manos del rey, no mas viejo que él, D. Alfonso XII, en acto público y solemnísimo, la sancion de sus aprovechadas fatigas y la palma gloriosa de sus rápidos y escelentes estudios.

Trabajos de varia crítica publicados en periódicos y revistas, habíanle de antemano ganado la aficion de los curiosos que notaron con asombro la precoz seriedad y limpieza del estilo, la sana casta de las ideas, el buen método y calma y ordenado proceder de los razonamientos.

Ahora solicita la atencion de cuantos saben leer con un libro, primero de una série de *Estudios críticos sobre escritores montañeses*, destinado á resucitar la muerta memoria de un autor al cual las vicisitudes de los tiempos, lances de fortuna y la agitacion y movimiento de la historia contemporánea, con más el hado particular que á los escritores como á sus libros acompaña y rige su vida y los levanta á inmerecidos cielos ó los sume en menos merecidas tinieblas, condenaron á lamentable suerte, á la de ser estranjero en esta dulce pátria de las pátrias letras, en esta España del ingénio y de la lengua castellana, cuyo halago es más grato de sentir, cuyo amor es acaso más saludable al corazon, más necesario al alma que el amoroso y halagüeño ambiente de la casa solar y la nativa tierra.

Fueron sus nombres, *Telesforo Trueba y Cosío;* su patria Santander; su linaje claro; su generacion, aquella de primeros del siglo, harto niña para hacer armas contra el francés, entrada en la adolescencia al calor de las esperanzas florecidas en Cádiz y agostadas en Valencia, y en cuyo renuevo, prosecucion y logro se empeñó con tan ciego ímpetu, varia fortuna y dudoso agüero, como sus predecesores se habian empeñado en la conservacion y defensa de la independencia de la pátria. De ahí guerras intestinas, sangre vertida, suplicios, proscripciones, lástimas y miserias sin cuento.

La proscripcion llevó de nuevo á Trueba á donde antes le habian llevado su gusto propio ó la voluntad superior de los que en su crianza entendieron: á Inglaterra. Temprano habia dado prácticas señales de aficion á las letras y de buenas dis-

posiciones para cultivarlas. Menendez examina estas obras y atinadamente las declara apreciables como anuncios de un ingenio laborioso y resuelto que se prepara á empresas de mayor cuidado y lucimiento. Vocacion de dramático parecia la del jóven santanderino en estos proemios de su carrera literaria, y no fueron desmentidos, puesto que ya entrado en pleno goce de la publicidad y dueño de un nombre, probó con fortuna las tablas en Lóndres, arrancando aplausos al público mimado y soberbio hecho á batir palmas en honra de Shakspeare y Sheridan.

Pero aunque fácil y abundante, no era la vena cómica la más espontánea y rica de su organismo literario. Reinaba por entonces en los dominios de la imaginacion, teniendo á su merced el universo leyente, uno de los más hábiles y poderosos magos á quienes enseñó naturaleza el arte de evocar y hacer vivir generaciones muertas, levantar ruinas, poblar soledades, dar voz á lo mudo, voluntad á lo inerte, interrogar á los despojos de remotos siglos y hacer que á su curiosidad respondieran, aprendiendo de la espada rota en cuál batalla ganó sus mellas; del borrado libro, á cuál cerebro dió luz y á cuál corazon inquietudes; de la herramienta desconocida, los usos é industrias en que sirvió al hombre; del apolillado mueble, qué secretos encerró, qué vanidades lisonjeaba, qué necesidades entretenía; de la deslucida y harapienta tela, las desnudeces que disimuló y las maldades ó las virtudes que vistiera; de la desbaratada joya, el lujo de que fué instrumento y cómplice; del cantar antiguo, los miedos que logró ahuyentar, las cóleras que supo encender, y de las leyes escritas, de las piedras labradas, del eco tenuísimo, sensible apenas, conservado en la memoria de la raza, los vicios y virtudes, las necesidades, las costumbres, el culto, el arte, la lengua; adivinando el modo de vivir del espíritu en la obra del entendimiento y el modo de vivir del cuerpo en la obra de las manos.

Cuanto era su poder, era su autoridad; no habia conocido resistencia, porque la resistencia nace de la voluntad, y las voluntades se empleaban en aguardar curiosas nuevos testimonios de sus artes, trocándose en impaciencias cuando el plazo parecia largo, y en entusiasmo é idolatría, cada vez más ciegos, á cada repetida manifestacion de la novísima y afortunada poesía.

Era este mago Walter Scott. Multiplicábanse sus libros, derramándose por el mundo, ávidamente recibidos, sin agotar nunca la curiosidad, sin entibiar el fuego, sin despertar, como no fuera en ánimos huraños y melancólicos, el recelo de que la abundancia dañase á la calidad, y que para la glo-

ria ulterior y definitiva del poeta habia de ser más provechoso recogerse y ceñirse, sacrificando á la precision, á la verdad y á las proporciones naturales de la belleza, la facundía, riqueza y desarreglada soltura de su númen. Pero no hay que pedir al hombre, y menos al hombre privilegiado con algun don del alma superior y celeste, igual escelencia y alto dominio y vencimiento de las comunes flaquezas y pequeñeces humanas en todos los casos y menesteres de la vida. Por mucho que sea sentencia de un español ilustre, hoy en posesion de la segunda dignidad de la pátria segun las modernas escuelas políticas templadas, que «el ingenio sirve para todo,» hay que limitar su sentido si no han de resultar sus aplicaciones falsas. Sirve el ingenio para todo aquello que es obra del entendimiento; pero el ingenio, á su vez, es arma y dócil instrumento de que á placer usa y se vale la voluntad; y la voluntad, si no es en alma de ángel, ni aun en pecho de estóico tiene bríos y crudeza suficientes para abstenerse ó despojarse de lo que de presente la seduce y lisonjea, en gracia de otro halago y premio porvenir y dudoso, siquiera más glorioso, sublime y duradero. Saboreaba Walter Scott los frutos copiosos de su trabajo; paladeaba con deleite su fama; bañábase en el ambiente de gloria en que vivia su nombre, traido en lenguas dentro y fuera de su pátria, y descuidado de lo futuro, ocupábase en cebar la ilusion y mantener el prestigio, dando sin treguas alimento al insaciable deseo de sus aficionados.

Aquella voz unánime y ardiente de la Gran Bretaña, orgullosa de su novelista; aquella mágia singular que de la rica pluma del escritor brotaba, sedujeron á Trueba, y dieron vado y guía á su fresco y animoso ingenio. Habia entre el montañés de Escocia y el montañés de Cantábria afinidades de orígen. Parécense las cunas de ambos poetas, regiones una y otra de montes y aguas, ásperas y sombrías, de suelo pobre, desdeñoso cielo, angostas hoces, tormentoso mar, siniestas rocas, hondos bosques, inesploradas cimas, terror misterioso, padre de la supersticion y la conseja, razas suspicaces y belicosas, fuente de tradiciones y leyendas. No habia tenido vagar el cántabro para sentir, descubrir y aprender en la soledad y la meditacion, en las primeras penas, en los primeros amores y desengaños de la juventud, grandes maestros de escribir, la varia y generosa poesía esparcida, manifiesta ú oculta en las antiguas leyes, en las costumbres, las memorias y el paisaje sublime de su nativa pátria; pero abrigaba dentro de sí los gérmenes nativos del pátrio génio, gérmenes que con nosotros nacen y en nosotros existen, se desenvuelven y producen en direcciones varias, segun las

inclinaciones y modo de vida de cada uno, y en no poca parte de los hombres se esterilizan y mueren sin manifestarse ni dar sávia á una raíz y hojas á un tallo.

Puesto Trueba á seguir los caminos y soberano ejemplo de su maestro, ¿podrá negarse que aquellos gérmenes de cuyo existir no tenia nocion ni conciencia, obrasen en su ánimo inclinándole á elegir determinado asunto, lugar, fábula y personajes para un libro? No podia apartarse de la historia, porque en el sistema de Walter Scott da la historia el esqueleto y trabazon del artificio literario, el color de los tiempos, el compás de la accion, la medida de los caractéres y aventuras; no podia olvidar la naturaleza, maravilloso y predilecto fondo de los cuadros del insigne escocés, el cual con tanto amor y deleite se detiene á veces en detallarlos y pulirlos, en hacer correr sobre ellos, ya la luz, ya la sombra, menudeando sus bellezas, que parece olvidarse de que le aguardan sus héroes para hablar ó moverse, y con mayor impaciencia el lector, puesto en sus manos por la aficion ó el capricho. Habia luego de tomar sugeto ni del todo ignorado ni tan minuciosamente y por entero conocido que fuese vedada toda licencia al autor en su pintura y empleo, ponerle en ocasiones notables y ligar sus azares y suerte á la suerte y azares de pueblos famosos ó por su virtud, ó por su maldad, y las empresas acometidas ó cambios de fortuna que los hicieron temidos y memorables.

Los pobres anales de sus montañas, apenas conocidos y ménos por él probablemente estudiados, no le ayudaban á cumplir tantas obligaciones por su modelo impuestas; pero el libro espléndido de los grandes anales castellanos le ofrecia con creces cuanto necesitar pudiera para vencer y sobrepujar lo que imitaba, si Dios hubiese puesto en su alma aquel fuego soberano, inspiracion de sus escogidos, que, infundiéndose en la obra humana, la asegura del tiempo, haciendo de lo mortal y perecedero algo perdurablemente vivo que sea compañía, consolacion y entusiasmo perpétuo de la humanidad hasta el cabo de su peregrinacion dolorosa.—No era nacido Trueba á tan altos destinos.

El gran Calderon habia recogido de la tradicion popular el nombre y las aventuras de un caballero más ilustre por su perversidad y vicios que por su noble apellido, el cual, para hallar capa á sus delitos librando de la justicia de los Reyes Católicos, aquella justicia ejemplar de que dice su contemporáneo el cura de los Palacios «que aun los pequeños la lograban,» húyese á la Alpujarra.—Era á la sazon trabajado el fragoso terreno por el segundo rebelion de aquellos que tantas veces la ensangrentaron, encendiendo sérias y tenaces

guerras, admirablemente pintadas años adelante por su insigne historiador Mendoza: «Guerra al parecer tenida en »poco y liviana dentro de casa, mas fuera estimada y de gran »coyuntura, que en cuanto duró tuvo atentos y no sin espe»ranza los ánimos de príncipes amigos y enemigos, léjos y »cerca: primero cubierta y sobresanada, y al fin descubier»ta, parte con el miedo y la industria, y parte criada con el »arte y ambicion. La gente..... pocos á pocos junta, repre»sentada en forma de ejércitos: necesitada España á mover »sus fuerzas para atajar el fuego.... pelearse cada día con »enemigos, frio, calor, hambre, falta de municiones, de apa»rejos en todas partes, daños nuevos, muertes á la contí»nua....»

Tal teatro, tales dias, tales acaecimientos aprovechó Trueba para su novela *Gomez Arias ó los moriscos de la Alpujarra.* No anduvo acaso tan acertado en las alteraciones y uso de dichos elementos como en su eleccion. Pudo con mejor tino haberse acercado más á la perfeccion y escelencia, á que parece puesto en obligacion de pretender el hombre en cuanto intenta; pero tiene, si no en defensa, en satisfaccion de su obra, la absolucion y corona del éxito. Aceptáronla los ingleses, pidiéronla luego para sí otros pueblos de Europa, despierta su curiosidad y atento el ánimo á las cosas de España, unos por el ruido que nuestras discordias civiles y tenaz reñir intestino hacian en Europa, otros porque comenzaban á saber de nosotros, gracias al estudio y propagacion de nuestros grandes ingénios hechos cuidadosamente por germanos y bretones.

Menendez habla acertadísimamente de todo esto. Con reposada y certera crítica trata este libro de Trueba, y luego las restantes obras suyas de igual índole: *El castellano ó el príncipe negro en España*, cuento de especial interés para los ingleses, las *Leyendas históricas españolas*, y más adelante otras de menor cuantía y carácter diverso.

Ni el pátrio amor le ciega, ni el cariño á su trabajo le estravía; vé en su justa proporcion las cosas, y no las desencaja ni tuerce por afan de atribuirlas usurpada importancia. Busca los orígenes, analiza y discute la buena ó mala eleccion de los elementos, el tino ó desmaña en aprovecharlos, ya cuales son en sí, ya disfrazados ó compuestos al tenor de las necesidades y circunstancias, compara las obras análogas y pide á los testimonios de la crítica contemporánea la razon del aplauso ó la indiferencia, hace, en suma, asistir al lector al génesis de la obra, á su nacimiento y á sus destinos en la vida, trazando un cuadro minucioso y cabal dentro de las proporciones de antemano resueltas, de la vida, del gusto,

del movimiento literarios en los años que abraza la vida útil del poeta desde su ensayo primero, hasta el bosquejo, cuya ejecucion decisiva y final estorbaran afanes de otra especie ó la muerte.

Quedóle por hacer á Trueba alguna cosa de importancia para su memoria entre españoles, si secundaria en absoluto para su entidad literaria; la de poner al servicio de la lengua patria la buena sazon de su ingénio, como habia puesto sus primicias y tanteos juveniles. Habíase desnaturalizado de la pátria, y la pátria le olvidó, y le olvidó hasta desconocerle. Su nombre, como nombre de poeta, suena hoy á estraño y nuevo en aquellas mismas tierras donde viven y moran gentes que le conocieron y trataron, y para el número mayor de sus compatricios el libro de Menendez ha de ser una revelacion completa. No es este el menor de sus merecimientos. Traer á la gloria colectiva de la pátria aquellos átomos perdidos de gloria que en las nieblas de los siglos quedan oscurecidos, visibles solo á quien por favor del cielo sabe henderlas y penetrarlas, es amarla y servirla, mostrarse hijo celoso y bueno y ganar derechos á una parte de aquella misma gloria.

Si Trueba empleara en penetrar y hacer suyos los secretos y oscuridades de su lengua pátria, la perseverancia y estudio gastados en dominar la lengua inglesa, dejara sin duda tal muestra de sí que hoy sirviera á su vez de modelo, y la dulce leccion de la costumbre hiciera á los españoles repetir y recordar su nombre.

Escribir en lengua estraña por grande señorío que de ella se tenga, por suelta que la mano corra, por gallarda y airosamente que el concepto y la frase se forjen y enlacen, se desenvuelvan y pulan, no es al cabo sino traducir. No hay lengua aprendida en libros ó áulas que valga lo que la lengua aprendida en el regazo materno. La lengua del alma es la lengua nativa, la que habla con Dios sin emplear palabras. Ni la conciencia acusa, ni el corazon se queja, ni la esperanza clama, ni la razon discurre sino en aquella lengua de los primeros años, oida á medias, á medias adivinada, nacida en no poca parte dentro de la naturaleza misma, engendrada por la necesidad, modelada por el oido, música del alma tan personal y única, que con obedecer á leyes comunes y contenerse dentro de un caudal limitado es tan varia y rica que parece distinta en cada sugeto, vibrada á compás de sus instintos, de sus pasiones, de los fuegos diversos que le encienden, agitan y gobiernan. Y los libros se hacen con el corazon y la conciencia, con la razon y la esperanza, y tanto la sensacion como la idea, la aspiracion como el pensamiento, si

pierden su flor primera de vida, su esencia purísima de orígen habiendo de pasar á otra lengua escrita de la lengua informe en que nacieron, grandes alteraciones y quiebras han de tener cuando sobre este paso y trasformacion hayan de padecer nueva trasformacion y paso de la lengua en que fueron escritos á aquella en que habrán de imprimirse y correr por el mundo.

No es esto contradecir ni regatear su valor y mérito á los que en tales empeños usan las generosas fuerzas de su espíritu. Es únicamente comparar lo posible con lo real, deduciendo consecuencias probables de datos positivos, habidas en cuenta las obligaciones que la pátria y el nacimiento imponen. La deuda mayor es la de los de la lengua en que se hace famoso un libro al estranjero autor que por ella desdeñó la propia.

Cuéntase de diestros clasicistas forjadores de versos griegos y latinos, y que los hicieron pasar por obra de escritores antiguos, prevaleciendo el engaño mientros no lo deshizo la confesion de sus mismos tracistas: ¿es posible igual error en prosa y en obras de vasta estension?

Jamás confundirán ojos espertos la lengua de los insignes humanistas del renacimiento, de Vives y Sepúlveda, de Lipsio y Erasmo, con la de los grandes latinos romanos, y eso que aquellos admirables escritores tenian á su disposicion número más grande de recursos, poseyendo juntas á la vez las elegancias, sutilezas y primores de cada uno de sus modelos. Pero acaso esta ventaja aparente mata en ellos la manera distinta y parcial de cada uno, imprimiendo carácter uniforme y monótono á su estilo.

Sin embargo, el sabor neolatino que se advierte—y no se descuida Menendez de advertirlo—en la castiza prosa inglesa de Trueba, proviene quizás tanto como de instintivas reminiscencias de la lengua pátria, de la lectura asídua de escritores de aquella otra lengua en que intentaba sobresalir. Úsase comunmente estudiar un idioma estranjero en sus clásicos, donde se toma siempre lo más acentuado y característico y menos usual en voces y giros, por donde, poniendo sello de legitimidad y casta á lo que imitándolos se escribe, se pone de manifiesto su procedencia de estraño orígen. Un estranjero que aprende el castellano en nuestros autores del siglo de oro, escribe hoy acercándose más al estilo de Granada y Quevedo, que un buen hablista moderno; á este pertenecerá, sin embargo, el magisterio de la lengua, no pasando el otro de alumno más ó ménos aprovechado y brillante.

En los ilustres ingleses, á donde probablemente acudiria en sus estudios Trueba, son comunes las huellas de influjos

meridionales sobre la índole austera, rígida y pobre de su nativo idioma. Provienen de semillas que los vientos de la civilizacion llevaron en determinados siglos de la cuenca mediterránea hácia los climas del Norte. Hállanse en Shakspeare, no faltan en Milton, abundan en los escritores desmazalados y tíbios de tiempos de la reina Ana, esmaltan el clásico Pope que hizo inglesas las joyas horacianas y los atildados hexámetros de Estacio, nos aclaran el testo de Richardson y Fielding, se hacen notar en Smollet, versado en nuestros libros y traductor de Cervantes; pero adelantándose la edad moderna, menguan, desapareciendo casi en los contemporáneos, cuando la lengua, trabajada por generaciones de escritores escelentes, se basta á sí misma; viniendo á ser acaso Byron el ingénio más sajon y limpio de ellos, á pesar del maravilloso dominio del italiano manifiesto en su insuperable traduccion de la Francesca de Dante, y el más cerrado acaso á tentativas de traductores castellanos, con ser de los que más poderosamente tientan y convidan á la ingrata y dificultosa empresa.

En resolucion: ha tenido Trueba quien con raro lucimiento vuelva por su fama y restaure su nombre. No es dicha lograda por todos cuantos dan su vida á las letras, ni se dirá que recelos y codicia de suerte igual hayan movido al autor de tan generosa y patriótica obra. No necesitará Menendez que, andando los años, un bibliófilo cántabro resucite su nombre en sus escritos. Los aseguran de la muerte y del olvido el arte esquisito de su erudicion, la vida palpitante y densa de su estilo. Aguárdanle para ocasion de ejercitarlos una y otra vez y con éxito más grande cada dia, asuntos varios á que le llaman su afan de saber y sus patrióticos alientos, así como la opinion de la Montaña aguarda los libros que siguiendo á este primero han de completar la série de estudios críticos sobre escritores montañeses, para confirmar en quien tamaña ilustracion la trae el título de hijo esclarecido suyo.

JUAN GARCÍA.

LETRAS Y LITERATOS PORTUGUESES.

II.

SR. D. JOSÉ MARÍA DE PEREDA.

Lisboa 31 *de Octubre de* 1876.

Mi carísimo amigo: No es muy halagueño ciertamente el estado actual de la literatura portuguesa. Los mismos hijos del país lo reconocen, y el hecho salta á la vista de cualquiera que haya saludado la historia intelectual de esta parte de la península española. El renacimiento verificado en este siglo compéndiase en Almeida-Garrett y en Herculano. El primero bajó al sepulcro há bastantes años: el segundo ha muerto del todo para las letras. Garrett, verdadero fundador del teatro lusitano, apenas ha tenido discípulos. Es verdad triste, pero verdad al cabo. No sé qué fatalidad pesa aquí sobre la escena, alimentada siempre de traducciones confesadas ó de plagios *inconfesos*. Con haber decaido tanto el teatro castellano, no ha llegado á esta infecundidad: suele faltar estudio de caractéres, de costumbres, de pasiones, esmero y conciencia artísticos, sentido moral, cuanto se quiera, mas nunca faltan ingénio, lozanía, originalidad y generosa abundancia. Pero en la mayoría de los modernos dramas portugueses falta todo esto, faltan hasta el arte del diálogo y el primor de la forma, llegando á tal punto el desconocimiento ú olvido de las condiciones estéticas, que todas las piezas, absolutamente todas, se escriben en prosa, y sé de buena tinta que es estraño y aun desagradable para este público el empleo de la metrificacion en el drama. Sin ser yo de los que la consideran esencial ni mucho menos, tengo por clarísima señal de decadencia literaria esta absoluta proscripcion de la forma más bella del lenguaje, en un pueblo meridional, rico siempre de poesía y de poetas, y dueño de uno de los más hermosos idiomas del tronco neo-latino.

Admiremos en hora buena la prosa incomparable de *El sí de las niñas*, de nuestro Inarco, ó del *Fr. Luis de Sousa*, de Almeida-Garrett, pero guardémonos de poner en manos de la medianía este cómodo recurso. Para que la prosa sustituya, y no con ventaja, al *habla de los dioses*, fuerza es que sea trabajada con singular esmero. ¿Y con lenguas ricas y flexibles, con metros fáciles y gallardos, para qué empeñarse en esa tarea difícil y casi nunca premiada con un éxito feliz? Porque al cabo los quilates estéticos de la prosa son inferiores á los del metro, y no se compensa con un poco de precision la ausencia del ritmo. Trabajados además muchos de los dramas á que me refiero con precipitacion harta, están casi del todo destituidos de condiciones literarias, y ni siquiera las suplen con los halagos prosódicos que suelen cubrir tan graves faltas.

El teatro francés, y á veces el nuestro, son las minas más explotadas por los dramaturgos lisbonenses. Con frecuencia traducen, otras veces hacen de dos piezas una, y en no raras ocasiones forman una taracea de escenas sueltas formadas de diversos originales. Aunque el lugar de la escena sea Lisboa, Oporto ó Cintra, las costumbres suelen tener de todo menos de portuguesas, y aun hay muchos dramas históricos de asunto nacional que solo tienen de tales el nombre, siendo así la trama como los accidentes de fábrica estranjera. Aun los autores más distinguidos han tropezado en estos yerros. Mendes Leal, que figura á la cabeza de todos, tiene algunos dramas trabajados con esmero, pero faltos de originalidad poderosa y de vida. Entre todos ellos se distinguen *A escala social* y *Os homens de marmore*. Algunas de sus piezas cortas merecen asimismo grandes elogios.

Lo novela tiene en Portugal más gloriosa vida que el teatro. Herculano inauguró el *género histórico* con su *Eurico*, libro bastante soporífero, con perdon sea dicho, y su *Monje del Cister*, cuadro animado y brillante de la sociedad portuguesa en tiempos de D. Juan I. Aventajados discípulos siguieron sus huellas, y Rebello da Silva mostróse superior á todos en *A mocidade de D. João V*, no igualada por el resto de sus novelas, ni por el *Arco de Sant' Anna*, de Almeida-Garret, ni por *Un anno na corte*, de Andrade Corvo, ni por el *Fernan Gonçalves*, de Oliveira Morreca, obras todas que son, á lo que entiendo, la flor y nata de la novela histórica entre nuestros vecinos. La de costumbres está representada casi exclusivamente por Castello-Branco, hábil narrador, dialoguista fácil, ingénio agudo, donoso y fecundo, pero que no es ni con mucho *el primer novelista contemporáneo de la península ibérica*, como aseveraba un diligente escritor, quizá

el primero que entre nosotros ha dado á conocer la literatura portuguesa. Castello-Branco, con todas sus innegables dotes, es inferior á Fernan Caballero, á Alarcon, á Valera, y á cierto literato montañés, grande amigo nuestro, que no es preciso nombrar, puesto que le conocemos todos.

Las *leyendas y narraciones* cortas de Alejandro Herculano, no han tenido imitadores dignos de memoria. Quedan, pues, como únicos monumentos de este género *Arras por foró de Hespanha*, *A dama pe de cabra*, y *Obispo negro*, ricas en belleza de narracion y en conocimiento del estado social de las edades medias.

La poesía lírica es muy cultivada y con éxito grande, de igual suerte que en Castilla y en Cataluña. La tradicion *clásica* se rompió con la muerte de Antonio Feliciano del Castilho, decano y maestro de la pasada generacion literaria. Castilho es, sobre todo, digno de loa como traductor de los poetas latinos. Su version de las *Geórgicas*, á veces infiel y en lo general sobrado parafrástica y desleida, es un tesoro de lengua y de metrificacion, á pesar de emplearse en ella el monótono alejandrino pareado á la manera de los franceses. Sus versiones de Ovidio, no tienen rival en lenguas neo-latinas. Poeta fácil, abundante y lozano supo reproducir Castilho con fidelidad de pensamiento y riqueza de expresion los blandos y enamorados conceptos del sulmonense en sus elegías eróticas, los sueños encantadores de sus *Metamórfosis*, la prodigiosa y variada tela de sus *Fastos*. Era escelente latinista y señor absoluto de los tesoros de la lengua poética de su país, trabajada por generaciones de líricos clásicos, y tan apta como la nuestra y la italiana para la version de los modelos de la antigüedad. No llegó Castilho á terminar sus tareas *ovidianas* que con el *Horacio* de Búrgos comparten la gloria de ser las más preciosas joyas *clásicas* de la literatura *española* ó peninsular en este siglo. Solo han llegado á publicarse los *Amores*, el *Arte de amar*, los cinco primeros libros de las *Metamórfosis* y los *Fastos* completos y ampliamente ilustrados por más de cien escritores portugueses contemporáneos. Cierto que sus notas (que á veces son acabados resúmenes) no ofrecen originalidad grande, pero así y todo demuestran en Portugal algun movimiento *humanístico*. ¿Sería fácil encontrar entre nuestros actuales literatos *cien* comentadores para un poema latino? Castilho dejó inédita la traduccion del *Remedio de Amor*, hecha parafrásticamente y en forma lírica, y solo comenzadas las de las restantes obras de Ovidio.

Publicó además nuestro poeta una traduccion de Anacreonte, no directa, porque Castilho ignoraba el griego, sino

formada por el cotejo de varias interpretaciones latinas, castellanas y francesas. No pudiendo trasladar á la letra un texto para él cerrado, acudió al recurso de la paráfrasis, é hizo un *Anacreonte* nuevo, primorosamente versificado y muy agradable para oidos modernos, pero del todo apartado de la incomparable pureza de la forma jónica, sustituido en el intérprete lusitano por el atildamiento de los madrigales franceses y por la música de las canciones de Metestorio.

Vertió Castilho buena parte del teatro de Moliere, acomodándole en lo posible á las costumbres y á la escena de Portugal. Han llegado á imprimirse los arreglos perfectamente trabajados, del *Tartuffe*, *El Avaro*, *El Misántropo*, *Las Mujeres sábias* y *El Médico por fuerza*, y aun se ha representado con escaso éxito *El Enfermo de aprension*. No me extraña que agraden poco á un auditorio peninsular las comedias de Moliere que hasta en la lectura se hacen pesadas y soñolientas, con perdon sea dicho de los franceses. Por lo demás, con tanta destreza y gusto están hechas las refundiciones de Castilho que para lectores españoles son sin duda más agradables que los originales galicanos, aconteciendo en este caso lo mismo que con las dos comedias del Menandro francés trasladadas á lengua y teatro castellanos por Moratin.

Y ya que de Castilho y de sus traducciones hablo, no dejaré de indicar, puesto que esta es ocasion oportuna, que dejó vertidos los veinticuatro primeros capítulos del *Quijote*, impidiéndole la muerte llevar á remate su trabajo. Y aquí sí que no merece alabanzas, pues léjos de *calcar* el texto como debiera, dada la hermandad, semejanza y hasta *identidad* de las lenguas, salvo en las desinencias, tendió á alejarse cuanto pudo de la frase cervantina, aspirando más al título de libre y descuidado *parafraste* que al de fiel y concienzudo trasladador. Es muy de censurar esta falta de respeto con la obra inmortal, cuando cabalmente si á alguna lengua es traducible, éslo tan solo al portugués y al catalán, y más al primero de estos romances peninsulares que al segundo.

Pero volvamos á Castilho considerado como poeta lírico, ya que insensiblemente me he venido apartando de sus versos para tratar de otras obras suyas. Sus composiciones originales no están á la altura de las traducidas. Pertenecen á un género arcádico y sentimental pasado de moda, bueno para los tiempos de Delille y de Florian mas no para los de Byron, Leopardi y Heine. En la *Primavera*, en el *Otoño*, en las *Cartas de Eco y Narciso*, en *Amor y Melancolía* hay verdadero sentimiento á veces, abundancia descriptiva tal vez monótona, delicadeza de forma, tesoros de lengua, mágia de estilo, mas no grandeza ni profundidad ni alcance. Son ver-

sos agradables pero nada más, escelentes obras académicas, dignas de estudio y de alabanza, pero que ni en bien ni en mal pueden influir en una literatura.

Alteza de pensamientos y robustez de versificacion caracterizan á Herculano en *A harpa do crente:* dureza, monotonía, escasa variedad de recursos artísticos son sus defectos, así en prosa como en verso. Pero en *A Arrabida, Deus, A cruz mutilada,* sube la inspiracion religiosa muy alto y se sostiene sin decaecimientos: es Herculano de los pocos *líricos* modernos que puede oponer Portugal á los de otros paises. La enérgica individualidad del grande historiador se levanta siempre sobre el nivel de las letras lusitanas en esta era.

Algo de Millevoye, y bastante de los *lakistas* ingleses tenia Soares de Passos, una de las más floridas y malogradas esperanzas del Parnaso lusitano.

Mucha celebridad obtuvieron años pasados los *Murmurios* de Augusto Lima, poeta tierno y quejumbroso, el *Cancionero* de Juan de Lémus, entusiasta y simpático cantor de la religion y de la pátria, las *Voces del alma,* de Silva Braga, y aun ciertas obras medianas como los *Soláos,* de Serpa Pimentel. Pero ni estos poetas, ni otros que han corrido con aplauso como Palmeirin y Gomes de Amorim, tienen condiciones para adquirir gran celebridad fuera de los lindes del reino de Alonso Henriquez. Hoy uno de los más populares es Tomás Ribeiro, agradable, variado y ameno, aunque incorrecto y desigual en la forma. Su celebridad más que á *sons que passain,* coleccion de versos líricos de regular merecimiento, y á *la Delfina do mal,* débelo á otro poema titulado *D. Jaime,* desconcertado en el plan y en la estructura, y lleno de invectivas contra Castilla y contra la dominacion de los Felipes en tierra lusitana. A estas circunstancias, más aun que á ciertas bellezas parciales, debe ese poema su éxito portentoso. Otro de los ingénios portugueses más dignos de recuerdo es Bulhao Pato, poeta espontáneo y rico, versificador escelente. Un nuevo camino quiso seguir Teófilo Braga, cuyas dotes de poeta, con ser notables, están muy por bajo de las que le adornan como crítico é historiador literario. Ha obedecido á la manía general en este siglo, de los vastos poemas *cíclicos, sociales* y *humanitarios,* que encierran en breve compendio *lo que ha sido, lo que es* y *lo que será,* á juicio de sus autores. Los poemas de Teófilo Braga quieren ser la síntesis histórica más ámplia y comprensiva, y por necesaria consecuencia son vagos, aéreos, nebulosos, llenos de reminiscencias estrañas, y tan poco *unos* y consecuentes en el plan, que en ocasiones parece que ni el autor mismo sabe

por dónde camina. Hasta los títulos suelen ser estrambóticos: *Vision de los tiempos, Tempestades sonoras, Torrentes.* ¡Pero qué tesoros de imaginacion hay en algunos de esos poemas, especialmente en el titulado *Las cenas de Neron*, comprendido en el libro de las *Tempestades*, si mal no recuerdo!

Castilho vió con disgusto el giro que daban á la poesía portuguesa Braga y otros estudiantes *coimbricenses* levantiscos y revoltosos, nada correctos en la forma, y muy despreciadores de la tradicion literaria por él representada. Entablóse con este motivo ágria polémica, en que Teófilo y sus amigos mostráronse violentos hasta el extremo, faltando quizá á las consideraciones debidas al venerable anciano y eminente poeta. A Braga debe durarle el enojo contra Castilho, pues aún se trasluce en muchos volúmenes de su *Historia de la literatura.*

Por lo raro y singular del pensamiento, y aun por el mérito de ciertos pormenores recordaré otro poema tambien de los *trascendentes* ó *trascendentales*, debido á la pluma de un Sr. Guerra Junqueiro, y titulado *La muerte de D. Juan.* Propónese en él desprestigiar y matar moralmente á ese tipo leyendario del libertinaje, entregándole *como á cualquier bandido á la policía correccional.* El fin es laudable, aunque los medios no me parecen siempre los más oportunos. Creo que algo de este poema ha de andar traducido al castellano.

Por lo demás, contínuamente están saliendo de las prensas de Lisboa, Coimbra y Oporto, tomos y tomos de poesías líricas, frutos de la mocedad estudiosa ó distraida, ataviados siempre con los nombres de *Saudades, Magoas, Dores, Folhas verdes, Tristezas, Preludios* y otros semejantes. Lo mismo acontece entre nosotros: en esto, como en todo son españoles los portugueses. La verdad es que hay mucho ingénio perdido en las innumerables colecciones de versos que cada dia produce la península y sus colonias unidas ó separadas; pero ¿quién tiene valor para engolfarse en ese piélago poético? El ingénio es lo más abundante y lo que más se desperdicia y ménos se estima entre los individuos de la gran familia española.

El Brasil es aun más rico que Portugal en poetas líricos, y los ha tenido de primer órden, como Gonçalves Dias, en lo que vá de siglo. La literatura brasileña, aparte de sus ingénios más esclarecidos, no es tan conocida como debiera en su antigua metrópoli. Algo de eso nos sucede á nosotros respecto á los ingénios de las repúblicas hispano-americanas.

La produccion científica no corresponde en Portugal, ni con mucho, á la literaria. No se cultiva ó se cultiva mal la

filosofía. Por maravilla aparece un tratado de Metafísica, y hasta faltan cátedras formales de la ciencia de las ciencias, cuya enseñanza parece estar reducida á los *elementos* que se dan en los *liceos* ó institutos de segunda enseñanza. La tradicion científica española está desdichadamente rota así en Portugal como en Castilla, y aquí todavía más por el aislamiento y separacion á que voluntariamente se han reducido. Las doctrinas extranjeras entran naturalmente como en país conquistado y sin elementos de resistencia, pero entran siempre tarde, mal y confundidas unas con otras, todavía más que en España. La juventud revolucionaria y amiga de novedades, está generalmente por las brutales doctrinas *positivistas*; el *materialismo* y el *dinamismo* les seducen; y Compte, Littré, Moleschott, Büchner y otros *sábios* del mismo calibre son sus oráculos; lo mismísimo que vá sucediendo en Castilla. Y es muy de notar que con frecuencia los secuaces de estas altas doctrinas, *última palabra de la ciencia*, las mezclan y confunden con algo de las fantasmagorías germánicas, sin duda porque el idealismo y el materialismo, aunque bramen de verse juntos, se parecen en ser máquinas de guerra contra *las viejas creencias*. *Evolucion de la idea* ó *evolucion de la materia*, todo es al cabo *evolucion*, todo es *devenir* ó *llegar á ser*, categoría que, segun Renan en su *Averroes*, ha desterrado la antigua del *ser* ó de *lo absoluto*. Medrados estamos con volver á la *scientia fluxorum* de los sofistas griegos. Pero todo esto no es del caso, y solo lo es advertir que estos vapores se han subido á algunas cabezas portuguesas, siendo lo peor que no hay aquí estudios sanos de filosofía que puedan contrarestar la mala influencia. El *espiritualismo francés* es, aparte de sus yerros, flaca defensa: y apenas ha penetrado en las aulas lusitanas el *neo-escolasticismo*, tan floreciente hoy en algunas partes. El renacimiento filosófico, aquí como en el resto de la península, debiera comenzar por la restauracion de nuestra antigua ciencia, exponiéndola en forma moderna, y tomándola por base y punto de partida para nuevas especulaciones.

Aquí no están muy al tanto de nuestra actividad intelectual contemporánea. He observado con placer que corren traducidas y reimpresas las obras de Bálmes, y que ni de nombre son conocidos muchos de nuestros krausistas. ¡Felices los que nunca han leido la *Analítica* de Sanz del Rio! Mil veces héroes y mártires los que han podido con ella! He oido á algunos portugueses admirarse de que entre nosotros hubiese tenido secuaces una cosa tan rancia y trasnochada como el krausismo. Y como Portugal no va ciertamente á la cabeza de la civilizacion, calcule V. el alcance de este dato.

Creo, sin embargo, que por ahora estamos libres de esa plaga, y que el peligro amenaza sériamente por otro lado.

Herculano ha creado, digámoslo así, la historia portuguesa. Y no es que yo le admire incondicionalmente como algunos, ni esté conforme con muchas de sus ideas y apreciaciones, que me parecen de todo punto falsas ó estremadas. Su libro *Del orígen y establecimiento de la Inquisicion en Portugal* es un folleto revolucionario, lleno de declamaciones, escrito con la mayor destemplanza, sin penetracion bastante del espíritu de los tiempos, y enderezado á un fin claramente político, que por cierto el autor no se toma el trabajo de ocultar. Hay riqueza de datos y buen juicio en cuestiones particulares, pero en general el libro pertenece de lleno á la *literatura progresista*. Es de sentir que tan claro talento se haya convertido en eco de los declamadores de plazuela. Donde Herculano se muestra verdaderamente historiador es en su comenzada y no concluida crónica de su país. Solo se han impreso de esta obra cuatro tomos que alcanzan desde Alfonso Henriquez hasta Alfonso III inclusive. Los dos primeros volúmenes y parte del tercero abrazan la historia *externa*, el resto de la parte publicada se refiere á la *interna*, y especialmente al orígen del *municipio* en la península, institucion que Herculano ha examinado á conciencia y con *amore*. En este análisis estriba principalmente la celebridad de su libro, que por lo demás ofrece poca materia de censura, y mucha, muchísima de alabanza. Alguna vez se vislumbra la mala voluntad del autor hácia la Iglesia, y es de recelar que esta descaminada tendencia hubiese dominado más en la continuacion de la obra, suspendida en parte por los disgustos que ocasionó al autor la acerba polémica sobre el milagro de Ourique, en la cual él se mostró tan intolerante y virulento como sus más descomedidos adversarios. A Herculano se debe, entre otros utilísimos trabajos, la publicacion de los *Monumenta portugalliae historica* y la de los *Anales de Don Juan III*, escritos por Fr. Luis de Sousa.

Dos historiadores más debo registrar en esta carta. El elegante y fecundo Rebello da Silva escribió la *historia* de su país *en los siglos XVI y XVII*, con viveza de colorido y amenidad de estilo. Más tarde ha trazado Latino Coelho el cuadro de la administracion de Pombal y de los primeros años del reinado de Doña María I *la Piadosa*, y lo ha hecho de mano maestra. Hoy continúa su trabajo y pronto dará á la estampa el segundo volúmen que abraza ya los comienzos de la *guerra peninsular* ó *de la independencia*, como decimos nosotros. Hasta su conclusion en 1814, piensa estender su libro.

¡Qué ingénio tan vário, flexible, rico y verdaderamente *es-*

pañol es el de Latino Coelho! ¡Qué claridad de entendimiento y qué viveza de fantasía! Le son familiares casi todas las lenguas de la Europa moderna, y es al par docto en la literatura clásica, de lo cual bien pronto darán gallarda muestra su traduccion del discurso de Demóstenes *por la corona*, y el brillante ensayo crítico sobre la civilizacion griega, que á modo de introduccion, le precede. Escribe el portugués como pocos y el castellano con pureza suma, y pasa de las ciencias exactas y físicas á la literatura con naturalidad y sin violencia. Es lástima, sin embargo, que haya distraido su atencion á estudios tantos y tan diversos, mezclados además con los afanes, triunfos y reveses de la política. Teófilo Braga, ya nombrado como poeta, ha alcanzado fama más universal y ménos contestada con su *Historia de la literatura portuguesa*, de la cual ván estampados ya catorce volúmenes. El cúmulo de datos es grande, las apreciaciones de conjunto sagaces con frecuencia, el método no muy claro ni consecuente, la tendencia á generalizar excesiva, las cuestiones estrañas al objeto de la obra bastantes, las repeticiones demasiadas, el *sentido* (como dicen los krausistas) estrecho, la apreciacion *estética* postergada á la *histórica*, el talento del autor clarísimo, sus preocupaciones y errores muy graves, y es con todo su libro una de las fuentes más copiosas para la historia literaria de España que ha enriquecido con olvidadas noticias é inducciones muchas veces felices. Pienso dedicarle en ocasion más oportuna el detenido análisis que merece, apuntando sus faltas, y haciendo notar á la vez sus indudables escelencias.

Fuera de este gran trabajo de historia literaria, Portugal no ofrece cosa notable en tal género de escritos. Posee como tesoro de indicaciones y noticias el *Diccionario bibliográfico* de Inocencio da Silva, impreso en siete tomos, á los cuales han de agregarse dos, ya publicados, de *suplemento*, y quizá otros dos que por muerte de aquel infatigable y heróico erudito quedaron inéditos. Espérase que vean pronto la luz pública. Con este riquísimo *Diccionario* y la antigua *Biblioteca* de Barbosa Machado queda ilustrada la biografía lusitana más que la de ninguna otra region de la península española.

La crítica, digámoslo así, *militante*, se ejerce en los periódicos con más ó menos imparcialidad y conocimiento de causa. Han brillado en este género Lopes de Mendonça, Luciano Cordeiro, Julio César Machado y algun otro. La erudicion clásica en lamentable decadencia, poco más ó ménos como en el resto de España. Un solo helenista, y mediano, alguno que otro latinista *del antiguo régimen*. Es cosa triste lo que sucede en nuestra península. De seguro que las cria-

das de Luisa Sigen sabian más de letras griegas y latinas que muchos sábios de hoy que nos *iluminan* y *deslumbran* con los resplandores de su ciencia.

Aun me queda que decir bastante, pero se guardará para otra carta, y quiera Dios que esta no desagrade á V. y á los lectores de ese *papel volante* que contra viento y marea sostiene, como un héroe, nuestro amigo Mazon.

Adios: trabaje V. mucho y acuérdese siempre de su apasionado amigo, admirador y paisano.

M. Menendez y Pelayo.

APÓLOGO.

Un labriego se dolía
al ver su mísera hacienda;
pues otro haber no tenia
que un cerezo, que crecia
junto á su propia vivienda.

Treguas buscando al pesar,
su mente puso en tortura;
dió el árbol en contemplar,
y en él llegó á imaginar
una soberbia escultura.

Aunque tosco era el labriego,
tenia en sus manos fé,
y sordo ya á todo ruego,

oró.... cogió un hacha luego,
y al árbol dió por el pié.

—

Y á labrarle comenzó,
sin duelo al llanto profundo
de su mujer, que no vió
que á Fidias un mármol dió
renombre eterno en el mundo.

—

El tiempo huellas dejando
iba entretando corriendo;
la mujer siempre llorando,
el artífice labrando,
y el tronco vida adquiriendo.

—

Y un dia, dichoso dia
en que todo gloria fué,
despues de tanta agonía,
del rudo tronco salia
la imágen de San José.

—

Y tanto el arte trasporta,
tal su mérito dá en ojos,
que aquella mujer absorta,
aunque era su vista corta,
cayó ante el santo de hinojos.

—

Mas el pueblo, que miraba
trocado en santo el frutal,
ni en su culto le aceptaba,
ni las puertas le franqueaba
de la iglesia parroquial.

—

Y para mayor quebranto
el concejo fué un tropiezo,
pues declaró con espanto
que aquel santo no era santo
porque antes era un cerezo.

—

Y al fin un prior reverente
de un convento no lejano
llegóse... apartó la gente,
pagó el santo largamente
y dió al artista la mano.

—

Y con gran ceremonial

fué conducida al convento
la imágen, que era ella tal,
que, mas que obra de un mortal,
era de Dios un portento.

—

Lectores, parece broma,
mas no hay verdad más completa
que la que encierra este axioma:
«desde que murió Mahoma
nadie en su pátria es profeta.»

—

Tronco, por su imperfeccion,
el hombre al nacer se muestra,
y el buril de la instruccion
logra, en más de una ocasion,
trocarle en obra maestra.

—

Mas aunque sea un encanto,
los que le han visto nacer
nunca le tienen en tanto;
que no nos parece Santo
quien era cerezo ayer.

—

Y es que no vemos derecho
lo que á nuestro lado brilla,
y que del vulgo á despecho,
tal vez de un cerezo ha hecho
el arte una maravilla.

J. P. y E.

EL PEOR BICHO.

Si cambiándose un dia las tornas, ó trastrocándose los poderes, fueros y obligaciones entre los séres condenados á purgar sobre la pícara tierra el delito de haber nacido, se tomára residencia por los que hoy son sus esclavos al tiranuelo implume, al bípedo soberbio que habla y legisla de todo y sobre todo de tejas abajo, y aun á las veces osa levantar sus ojos profanos más allá del campanario de su lugar, como si todo le perteneciera en absoluta indisputable propiedad, magnífica lotería le iba á caer.

Y cuenta que no hablo del hombre encallecido en el crímen; ni del á quien la altura de su poderío hizo desvanecerse y desconocer la índole y naturaleza de sus gobernados; ni del guerrero indomable á quien embriaga la sed de una funesta gloria, y han hecho creer que ésta puede fundarse alguna vez sobre montones de cadáveres mutilados y de ruinas humeantes: refiérome al hombre vulgar, al hombre *de la familia*, y por tanto no excluyo á las mujeres ni á los niños; tomo, en fin, por tipo para mis observaciones al *hombre de bien*, á la mujer *de su casa*, al niño *cándido;* y empiezo por asegurar que ninguna de estas criaturas se acuesta una sola noche sin un delito que, en justa represalia, no le costára una mano de leña, cuando no el pellejo, si se suspendieran las garantías que hoy nos mantienen en despótico dominio sobre los irracionales y tocára á estos empuñar el látigo.

No pretendo ser el descubridor de esta verdad manoseada en fábulas y alegorías hasta el infinito; pero *nihil est novum sub sole;* y si la forma de mi breve tarea lo parece, en ello doy cuanto puede exigírseme.

Hemos de convenir *préalablement*, ó más claro, de antemano, en que todo bicho viviente tiene su sensibilidad física como el hombre, y, á falta de razon, un instinto que le hace amar la vida y aterrarse enfrente de todo peligro de perderla; y hay que conceder forzosamente que el frio, el hambre,

ría. Pero D. Serafin, como todos los cazadores, hiere con más frecuencia que mata; y cuando hace el recuento de sus víctimas para volverse á almorzar, entre los seis ú ocho pájaros que contiene su morral, halla tres ó cuatro que están vivos, aunque con un ala rota ó el pecho atravesado.—«Estos para los niños,» exclama lleno de satisfaccion el *seráfico* rentista. Y al llegar á casa entrega gozoso á sus *inocentes* retoños los inválidos animalitos. Los cuales, aletargados por el dolor de sus heridas, apenas se mueven al variar de poseedor; y como esta circunstancia no divierte á los rapaces, cada uno examina el que le pertenece pluma á pluma y hueso á hueso. Así consigue tropezar con el ala rota ó con la patita hecha astillas, á cuyo brusco contacto el pobre animalito se estremece y abre el pico, y quiere extender las alas. ¡Felicísimo descubrimiento. El angelito ya sabe cómo poner en actividad aquel cuerpo inerte. Y tira que tira de la pata ó del ala, ó pincha que pincha la herida, se pasa medio dia, hasta que no hallando chiste en la tarea, comienza á aporrear los muebles de la sala con la cabeza del pájaro, ó le echa, vivo aun, á la lumbre, ó le ata al extremo de un cordel para que el gato le vaya destrozando poco á poco.

Don Cleofás es un sábio y estudia incesantemente las funciones del estómago, la circulacion de la sangre y la actividad de los venenos; y como gusta de ver las cosas con sus ojos y no con los de la ciencia, tiene la casa llena de animales que le *ayudan* en sus experimentos. Quiere estudiar, por ejemplo, la *virtud* de un tósigo que ha estraido de la planta *a* ó *b*; vá al corral, atrapa un conejo, le lleva á su gabinete, le aplica á los ojos, ó á la lengua, ó á una herida que al efecto le hace, una pluma mojada en el veneno, y si éste es fino, el animal cae como herido del rayo; pero si es lento, allí le tienen ustedes un dia ó una semana sufriendo horrores y presentando á cada instante *síntomas* que el sábio devora con ansiedad febril. Para estudiar la circulacion diseca á un pollo, ó á un perro, ó á otro conejo, una artéria, le pasa una lámina de cristal por debajo; y al microscopio en seguida. Si vé entonces lo que deseaba, yo no lo sé; pero es evidente que el suplicio del animal que le sirve en la expériencia debe ser morrudo. ¿Y cuando le lleva su fanatismo hasta el extremo de querer estudiar los fenómenos de la digestion *sobre el terreno*, y para conseguirlo abre al perro ó al gato un boqueron en el pecho hasta dejar descubierto el estómago, ó taladra quizá esta víscera y le encaja dentro un aparato de su invencion capaz de ver, palpar, y analizar los jugos... y qué se yo cuántas cosas más?

Cierto es que con tamañas atrocidades dicen que ha gana-

do y gana todos los dias mucho la ciencia; pero tambien es verdad que la vida humana sigue tan achacosa y breve como antes, y á esto me atengo. Juzgo, pues, punto ménos ocioso que el delito de cazador de pajaritos, el de los sábios que sacrifican centenares de víctimas al afan de sorprender á la naturaleza animal un secreto que, aun despues de descubierto, no habia de hacer más feliz á la humanidad.

Juan es un jornalero que se gana el sustento con el trabajo de un par de bueyes que le pertenecen. Parece natural que Juan tuviese los cinco sentidos puestos en aquellas mansas bestias que son su pan y su abrigo, y que las mimase como á las niñas de sus ojos. Pues no señor: todos los dias les pega dos docenas de palizas, una cada vez que, por arrastrar más carga que la que pueden sufrir, resbalan en el repecho de una calle adoquinada, y besan repetidas veces el duro suelo hasta sangrar por los hocicos.

Lo que hace Juan con los bueyes, hace Pedro con un caballejo que tambien le sostiene con su trabajo. Palo para que ande, y más palo si se pára ó si tropieza.

Cuando los bueyes se caen de viejos, Juan los engorda un poco y los envía al *matadero*.

La recompensa que dá Pedro á las fatigas de su caballo, que le ha servido diez ó quince años, es aun más digna de la ingratitud de la raza humana; se le vende por un puñado de pesetas á un contratista de la plaza de toros; y dicho se está con esto que Pedro es español; y por ende acude solícito á la corrida en que sale á la arena su caballo con los ojos vendados, para que no vea el peligro á que le expone el picador que le monta, al acercar su pecho indefenso á las astas de la fiera, que á la primera embestida le arroja al suelo y le desgarra el vientre. Pedro no pierde ripio de esta escena, y al ver á su caballo levantarse aun, merced á los palos que se le administran, y al contemplar cómo el noble bruto, sin exhalar un quejido, pisa y desgarra sus propias entrañas, patea frenético y grita pidiendo ¡más caballos! y llama, porque tardan un instante en aparecer otro par de ellos de refresco, *ladron* al empresario, *pillos* á los picadores, *tunantes* á los chulos y *estúpido* al presidente; pero no vomita estos improperios porque se haya desbandullado á su caballo, no señor, sino porque el toro, que tal hizo en tan breves instantes, promete hacer mucho más, y es un dolor que no se le ofrezca prontamente abundancia de victimas. Y la prensa *ilustrada*, al siguiente dia, cuando revista la funcion, al llegar á este toro que destrozó siete caballos é hirió á tres lidiadores, le llama *bueno* y *voluntarioso*, y al pobre jaco de Pedro, *sardina*, *aleluya*, *oblea* y otras *trasparencias* por el estilo: del

picador que lastimó con el hierro *indebidamente* el cuello de la fiera, y á la cual debió el pobre hombre el salir vivo de la *suerte*, dice que es un *tumbon* y que el presidente debió enviarle á la cárcel.

Si los caballos supieran leer, no podrian ménos de simpatizar con los periodistas que, en su empresa de difundir la luz de la civilizacion por todos los rincones del globo, consagran diariamente largas columnas *ad majorem gloriam* de la celebérrima *fiesta nacional*.—«En los círculos taurinos, se dirian, se nos trata inícuamente; pero tambien es verdad que allí es donde vemos al hombre medir á su semejante con la misma vara que á nosotros, animado contra él de mayor ferocidad que el toro, que no embistiera si no se le ostigara.»

Donde no se lidian toros, hay carreras de caballos; y para estas bestias quizá no sea preferible, á morir de una cornada, espirar con los pulmones entre los dientes por haber corrido dos leguas en diez minutos buscando el oro de la apuesta..... de sus amos.

Y si no hay carreras, hay batallas abundantes, gracias á Dios, y *cuadros* en ellas, cuyas bayonetas mechan en un instante un escuadron que acude á desordenarlas, porque los hombres no han podido conseguirlo.

Todos estos y otros muchos *favores* por el estilo, tienen que agradecernos los animales que más nos sirven y acompañan, incluso el fidelísimo can, cuya raza medio extermina todos los años la estrignina, con el filantrópico objeto de acabar con media docena de excepciones rabiosas, que son precisamente los únicos perros que no comen la morcilla traidora.

Pero no se contenta el hombre con esto sólo; no ejerce su tiranía exclusivamente sobre aquellos irracionales que encuentra en su terreno y pueden ayudarle ó estorbarle. Surca tambien los mares, y de su seno roba el sabroso pez, y le frie, á veces vivo, ó le reduce á la triste condicion de cautivo en una mezquina vasija, ó cuando más en una tinaja, donde le exhibe por dos cuartos al son de un organillo saboyano. ¡Digno destino de un sér que tuvo por cuna y por barreras de su libertad el seno y la extension del Océano!

Armado hasta los dientes, penetra asimismo en las montañas y en los bosques, y destroza cuanto pasa al alcance de su plomo mortífero: lo mismo cae entonces la tímida cierva que el valiente jabalí; lo mismo persigue sañudo y feroz al oso forzudo, que al débil gazapo; y lo mismo le deleita la agonía del primero que la del segundo. Su único afan es matar, sin más objeto que la gloria de la matanza.

Entre tanto, acosado por el hambre, ó extraviado en la

senda, un fiero morador de las selvas baja un dia al valle; pasa rápido junto á la morada de un hombre; halla delante una res de la pertenencia de éste, y le tira una zarpada que vale al salvaje animal media libra de carne. Sábelo el hombre; toca á concejo; ármanse los vecinos; echan tras la fugitiva bestia; alcánzala en el monte; dánle una batida, y acaban con su vida á palos. Cunde la noticia del suceso; apodérase de ella la prensa; desgañítase ésta pidiendo á las autoridades que exijan á sus dependientes *ad hoc* la más exquisita vigilancia; llama *héroes* á los apaleadores, y no parece sino que el equilibrio del globo terrestre dependió del buen éxito de la paliza aquella.

¿La llevarian menuda los hombres, si despues de esta y otras fechorías fuesen llamadas las bestias á legislar sobre la tierra?

Mas contra esta consideracion se subleva nuestro orgullo *de raza*. O somos ó no somos hombres. ¿Lo somos? Luego el mundo y cuanto en él y sobre él crece y respira nos corresponde.

Niego resueltamente este principio tiránico. Si en la mente sublime del Hacedor supremo cupo, al crear la oveja y el caballo, la idea de que el hombre utilizase el vellon de la una y el trabajo del otro, no pudo ofrecerle los tormentos y la agonía de entrambos para su deleite. La crueldad y la ingratitud son vicios de la humana naturaleza, no la obra *inmediata* de quien es la suma perfeccion. Por eso los castiga inexorable.

Por tanto creo que, en el supuesto caso, merece el hombre la consabida paliza como un santo un par de velas.

Más aún: creo que el hombre es el bicho de peor intencion, más malo, más dañino de cuantos viven sobre la haz de la tierra.

Y lo pruebo con nuevas razones. Hemos visto hasta aquí que el bípedo á quien Platon llamó implume, persigue y atormenta á los irracionales siempre y en todas partes.... y *porque le dá la gana*. Se ha observado más. Al hallarse sorprendido el hombre con la presencia de un individuo de una especie que no es la suya, su primer impulso es tirarle con lo que encuentre á mano, *matarle* si es posible.

Las bestias, en su estado de libertad, huyen del hombre y viven con sus propios recursos, y las más feroces no le atacan, si en su insensato atrevimiento no vá él á provocarlas en sus recónditas guaridas. El mismo tigre no mata si el hombre no le obliga á ello; la víbora no muerde si no la pisan.

Se llama *fiero* al leon y *carnicero* al lobo, porque viven á expensas de la sangre de las especies inferiores. Y ¿qué hace

el hombre? Eso mismo y *algo* más. El leon no devora al leon, ni el lobo al lobo; pero el hombre devora tambien al hombre, de lo que pueden certificar no pocas tribus salvajes de ambos continentes.

Nuestro orgullo de *raza* vuelve á sublevarse aquí, y exhibe como protesta contra ese *resabio* de la barbarie, al hombre civilizado.

Acepto el reto, por más que, probada mi tésis con relacion á la especie, nada signifique contra ella la excepcion del individuo.

El hombre de la civilizacion devora tambien á sus semejantes.

Como pueblo ataca al de enfrente por ensanchar un palmo más su territorio, ó por vengar la *injuria* envuelta en una frase que su misma diplomacia no ha logrado descifrar; y en estas perdurables empresas sacrifica millares de víctimas, que ni el consuelo tienen al morir de saber por qué se han batido; tala los campos, arrasa aldeas, villas y ciudades, y siembra el luto y la desolacion por todas partes.

Como individuo, explota, humilla, veja y martiriza á cuantos halla un grado más abajo que él en la escala de la fortuna; por satisfacer una venganza mezquina acecha á su enemigo, y rastrero y cobarde, le clava un puñal en el corazon; tiene *esclavos*, así como suena; esclavos á quienes apalea y acorrala, y vende, y cambia, y anuncia, como si fueran bestias; y por último, so pretexto de un *pudor* que, á serlo, infamara al mismo Lucifer, más de dos veces arroja al fondo de una letrina el fruto de su propia sangre.

Para coronamiento de gloria de la especie, recuérdese que esta *necesita* una ley y un verdugo para *matar* con hierro á quien con hierro mata.

Ahora respóndaseme con franqueza:

¿Es esto *devorar* á sus semejantes? Y si no lo es, de ello á comerse uno al vecino en pepitoria, ¿hay muchos pasos de distancia?

Que se ponga de moda en París la carne humana como se ha puesto la de caballo, y, aunque no peco de rollizo, verán ustedes lo que tardo yo en liar el petate y en buscar más que de prisa una guarida donde jamás haya respirado la prole de Adan.

Entre tanto, bueno es que conste que veinte siglos há dijo Plauto: *Homo, homini lupus:* el hombre es *lobo* para el hombre.

Su enfermedad como se vé, procede de muy atrás; y como quiera que, léjos de decrecer, ha ido en aumento, puede fun-

darse en ello la esperanza de que, si Dios no lo remedia, no ha de sanar en los siglos de los siglos.

Tal es el único consuelo que puedo ofrecer en este instante á las especies inferiores que, *como el hombre* mismo, gimen bajo la tiranía del *lobo* del poeta.

JOSÉ M.ª DE PEREDA.

A UN MIRADOR.

Si en tus limpios cristales
cuantos miran, traidores ó leales,
hallan solo desdenes,
¿cómo, avaro de bienes
y pródigo de males,
siempre quien mire á tus cristales tienes?

AMÓS DE ESCALANTE.

¡NO MAS FANTASIAS SOBRE MOTIVOS DE ÓPERAS!

Si alguno de los antiguos tocadores del *salterio* resucitara delante de un piano de cola, de Erard, en el cual se estuviera ejecutando una de esas *fantasías brillantes* que inundan hoy los conciertos de salon, tan grande habia de ser su asombro, que trataría de huir dudando si aquello era un instrumento músico ó si estaba en medio de una tempestad.

Los rugidos del viento imitados con las escalas cromáticas, el huracan con los arpegios, los truenos con acordes de todas clases, no dejarian percibir á su oido, fatigado por el estrépito de la tormenta, los pedazos de un tema arrancados quizá de alguna sublime inspiracion melódica y confundidos allí entre el torbellino de una asombrosa ejecucion que muchas veces no tiene más mérito artístico que el de un prestidigitador notable.

No hace mucho tiempo que una *redonda* ejecutada modestamente en un *clave* hacia las delicias de una numerosa y distinguida reunion; hoy nadie puede lanzarse á un concierto de tono sin una fantasía de Thalberg ó de Liszt, que ponga á prueba la tension de las cuerdas de un magnífico piano de cola.

Si de inocentes pecaban los placeres musicales de aquella época, preciso es confesar tambien que el gusto moderno tiene mucho de churrigueresco.

El inteligente admira con paciencia, al escuchar una de esas fantasías, la correccion en el *doaté*, la facilidad en el paso del pulgar, la igualdad suma en el ataque de las notas de un arpegio, la limpieza en una escala, el esmero en el ejercicio de *saltos*, la precision en las novenas y décimas; y en fin, toda la gimnasia con que hoy aturde sobre un teclado un

piánista de fama. El que no es inteligente solo trata de descartar en su interior toda la hojarasca de la composicion para entresacar el tema, que casi siempre es de una ópera, sintiendo verle mutilado entre aquellos aparatosos alardes de ejecucion: por eso, cuando el tema le es desconocido, ni aun le queda el placer de ir adivinándola entre aquel laberinto de arpegios.

Concluida la fantasía entre la salva de aplausos de ordenanza que muchas veces parecen continuacion de la misma pieza, suele esclamar el auditorio, admirando las dotes del pianista: «¡Qué ejecucion!» Ahí está caracterizado el gusto moderno. Probablemente á nadie habrá hecho sentir esa ejecucion lo que inspira una melodía de Bellini tocada sencillamente cual salió del sublime génio del autor de *Norma*.

No puede menos de rendirse un tributo de admiracion y de elogio, tanto á los que, mejorando sucesivamente el clavicordio, han logrado presentar los pianos en el estado de perfeccionamiento en que hoy se hallan en las fábricas, como á los eminentes autores que, dotados de una habilidad especial, han conseguido vencer todas las dificultades del arte, produciendo, por medio de multiplicados recursos, efectos asombrosos y delicadas combinaciones que nada dejan que desear.

Dignos son de aplauso los maestros modernos que, con los estudios de Bertini, Cramer, Clementi, Herz, Hummel, Czerni, Prudent, Thalberg, Liszt, Hendel y otros van llevando á sus discípulos insensiblemente por todos los grados de dificultad que el arte ofrece, colocándolos á una altura que antiguamente no podia haberse previsto.

Dignos son tambien de aplauso Marius que hácia el año de 1716 presentó á la academia de París dos clavicordios con martillos en vez de láminas para herir las cuerdas; Gottlob que por la misma época habia inventado un mecanismo semejante en Dresde; Cristofoli que le perfeccionó en Florencia por medio de los apagadores; Petzold que llevó de Sajonia á Francia el sistema de *escape* de los martillos; y por último los fabricantes modernos que, como Erard, construyen unos pianos que reunen todas las condiciones necesarias para la ejecucion de las más difíciles piezas.

Pero es necesario tambien reconocer que los pianistas, deslumbrados quizá por ese mismo admirable progreso, por esos adelantos asombrosos, han sacado la música de su centro, empleando muy mal esa ejecucion y haciendo del teclado una especie de trapecio en que se sacrifica el sentimiento estético á las evoluciones gimnásticas de la mano con las que se aturde, más que se cautiva, la atencion del auditorio.

No es esto decir que en la música de piano haya todo de reducirse á sencillas melodías, no. Lo que esto significa es que esa ejecucion debiera emplearse en composiciones que la reclamaran por el asunto propio, no para vestir de arpegios y escalas cantos que no necesitan en verdad de tales atavíos para despertar el sentimiento de lo bello.

Empieza la *fantasía* por no tener propiedad en el nombre. Dábase antiguamente el más modesto de *variaciones* á ese género de piezas musicales en que, al través de más ó ménos complicados adornos, se divisa el motivo principal de la composicion.

Llamar *fantasía* á un trabajo de paciencia, cuyo único objeto es combinar una melodía de otro autor con arpegios, escalas y ejecucion de pasos difíciles tan artificiosamente que una misma nota sirva para la frase del canto y para el adorno, es casi lo mismo que llamárselo á la resolucion de un problema de matemáticas. ¿Qué hay de fantástico en esas composiciones que más que todas exijen encadenamiento y sujecion de la facultad creadora? ¿trabaja acaso libremente la imaginacion en buscar el arpegio que ha de combinarse por fuerza con los puntos de una frase melódica? ¿qué fantasía haria un poeta á quien obligasen á que cada verso empezara y concluyera con una letra determinada?

Pero lo de menos sería el nombre si la crítica no tuviera más motivos en que fundarse, tratándose de esas composiciones musicales. De ellas puede decirse con mucha oportunidad que ó sobra el tema ó sobra la variacion.

Para oir las bellezas de un trozo del *Moisés*, de *Los Hugonotes*, de *Lucía* ó de *Sonámbula*, están de más todos los adornos que no hayan sido inspirados al génio de sus autores. Ni Rossini, ni Meyerbeer, ni Donizetti, ni Bellini necesitaron del fárrago de los pianistas modernos para dar brillantez y colorido á sus pensamientos. Y lo más doloroso es que, léjos de ganar la melodía con ese laverinto de escalas y arpegios combinados, se confunde, se oscurece, se desnaturaliza. Y no puede menos de ser así; prescindiendo de que muchas veces se sacrifica la pureza del canto por un rasgo violento de ejecucion, hay que tener presente que casi siempre la nota de la melodía viene de escape en la carrera de un arpegio; con lo cual no solo se divide la atencion, sino que es demasiado rápido para la naturaleza de la frase el modo de herir la tecla.

Cierto es que en el piano no puede prolongarse el sonido como en otros instrumentos; pera esta circunstancia no ha de apreciarse tan en absoluto que, producido de cualquier modo el punto de una frase, crea el pianista que tiene tiempo

para darse un paseo por el teclado mientras llega la ocasion de seguir el canto.

Si se trata simplemente de lucir ejecucion, aturda á su auditorio con toda su gimnasia; pero no le engañe diciéndole que vá á tocar la plegaria del *Moisés*. Ejecute arpegios, escalas y cuantas dificultades tenga el arte; pero deje entonces quietas las melodías de inspiracion.

¿Qué se diria si se publicase una *fantasía sobre motivos del Don Quijote*, y todo el mérito de la obra se redujera á combinar unos cuantos períodos de la sublime obra del inmortal Cervantes con un fárrago de insulsa palabrería?

Y ¿qué se diria del pintor que quisiera copiar la Perla de Rafael y embadurnara el lienzo con un frondoso bosque, cuyas hojas combinadas de cierto modo hicieran descubrir allá en el fondo, algo confuso del cuadro del rey de los pintores? Aunque las hojas hicieran la misma ilusion que aquella mesa de un célebre cuadro de Murillo, que engañó, segun cuentan, á un pájaro estraviado en la catedral de Sevilla, ¿no se les ocurriria á todos, al ver la *fantasía sobre motivos de La Perla*, que su autor debia dedicarse á pintar bosques sin acordarse de las inspiraciones del sublime Rafael?

Es indudable, y así lo ha consignado un eminente pianista, que la importancia de los arpegios está en razon directa de la decadencia progresiva del pensamiento melódico. Handel, Rameau y otros autores de su tiempo desconocieron el uso del arpegio: Mozart, Cramer y Clementi solo le emplearon para efectos muy secundarios. En las *fantasías brillantes* se le dá un lugar preferente abusando de él los pianistas modernos en la ejecucion de todas las piezas. Combínanle casi siempre con la parte melódica de algunos trozos de óperas, quitando al canto su propiedad, desfigurándole y confundiéndole.

Si se toma el andante de un ária que representa una situacion grave y severa, ¿qué razon ha de haber para desnaturalizarle y oscurecerle entre la profusion de arpegios que, por lo mismo que suponen la carencia de todo pensamiento músico, nada dicen al corazon?

Y si el autor de la fantasía no tiene ingénio para emplear esa ejecucion en asuntos propios, no profane al menos sublimes inspiraciones, hácia las cuales debe sentir un respeto profundo, no atreviéndose á añadir nada á la idea que brotó del verdadero génio.

Es un dolor ver los asombrosos adelantos que en el piano se han hecho y ver sin embargo descarriado el gusto de los pianistas. Si resucitaran Hayau y Mozart que, para traducir sus pensamientos, no contaban más que con un piano en em-

brion, sin fuerza, sin estension, sin consistencia en el mecanismo de los mazos, ¡cuánto partido sacarian del piano moderno y de la ejecucion de los pianistas!

A los autores que hoy están más en boga no se les puede negar un exacto y profundo conocimiento de todos los efectos del piano; pero mientras se limitan á glosar melodías robadas con mengua de la pureza y propiedad del canto, no demostrarán que en ellos arde el génio creador. Láncense, guiados de un noble deseo, á regenerar el buen gusto, creando composiciones en que desplieguen toda la brillantez de la más acabada ejecucion, como efecto reclamado por la energía del asunto, no como adornos postizos y fundidos en un mismo molde para cuantas inspiraciones puedan robar, siempre que se presten á ser combinadas por sus eternos arpegios.

Cuando se consiga que el pianista conmueva al auditorio, ya por la delicadeza y espresion de algunos cantos ó ya por la energía de otros en que puede hacer lucir el autor todas las combinaciones más difíciles del arte sin recurrir á asuntos prestados, entonces se verá empleada oportunamente esa ejecucion que hoy hace que los pianistas, recorriendo el teclado por rápidos ejercicios, más parezcan gimnastas que músicos.

Al gusto moderno de los pianistas se puede aplicar lo del borriquismo musical de que habla Galofre en su obra *El Artista en Italia*, y es de temer que, sino suena pronto la hora de la regeneracion, recurran los autores á nuevos efectos de forma y, construyéndose quizá pianos de colosales dimensiones, haya necesidad de armonizar el arte de Leotard con el de Bellini. Nadie puede poner límites á las exigencias tratándose de formas. Lo que hoy sobra por lo difícil, tal vez algun dia haga reir á los pianistas venideros, como la presente época se ríe de la modestia de los antiguos tocadores del clave. En cambio, siempre se admirarán las bellezas de las inspiraciones de Mozart y de Rossini, como no dejarán de admirarse nunca los cuadros de Rafael ni las obras de Cervantes, que esa es la prerogativa del verdadero génio.

M. D. de Quijano.

A LA GLORIA.

Salve, Gloria divina,
Yo te amo con cariño el más profundo,
Cual ama el pez al mar, el hombre al mundo,
Y el ruiseñor la esfera cristalina.
Tú iluminas mis pasos en la tierra,
Tú eres norte constante en mi camino,
A tu luz refulgente
Cruzo el mar turbulento del destino,
Como el piloto á quien en noche umbria
Faro que vé á lo léjos esplendente
En su navegacion sirve de guía.
En vano alguno intentará decirme
Que eres fantasma que soñando veo,
Siempre, sin que consiga persuadirme,
Repetiré que en tu existencia creo.
«Solo es mentira, me dirá, la Gloria,
Solo engaño halagüeño;
Es ficcion de poetas ilusoria,
Es de la humana inteligencia sueño.
Solo existe en la ardiente fantasía;
Yo, jóven como tú, cual tú creia,
Mas hoy ya convertido en triste anciano
Comprendo fué mi pensamiento vano.»
Yo le responderé: «La Gloria existe;
No es un fantasma que soñando miro;
De sus reflejos claros,
Al resplandor, admiro
A los varones grandes y preclaros.
Ella de Calderon, Cortés, Cervantes,
De Córdova, de Herrera
Ilumina las tumbas, cual brillantes

Iluminan los astros á la esfera;
Ella concede el premio merecido
A la virtud, al génio y al talento
De los ilustres que en el mundo han sido.
»No existe, me decís. ¿Pues quién de Homero,
Virgilio, Camoens, Cervantes, Milton,
Llegar hasta nosotros hizo el nombre,
Siempre aumentando en su esplendor primero,
Siempre causando admiracion al hombre?
¿Quién libra del olvido
El ínclito valor del Espartano,
Cuando allá en las Termópilas,
Por la traicion y el número vencido,
Dobló el cuello á la muerte, no al tirano?
¿Y quién á la constancia numantina,
Y al cántabro valiente,
Y al génio prepotente
Que de Cristo plantó la cruz divina
En el americano continente?
Solo ella; que en sus alas han volado
Sus nombres por los ámbitos del mundo;
Si él los ha contemplado
Con respeto profundo,
Es porque existe esa divina Gloria,
Y no es ficcion poética, ilusoria.
«Conseguireis la nieguen los menguados
Que esclaviza el más vil positivismo,
Por quien son despreciados
La virtud, el talento, el heroismo;
Aquellos que en el oro ó la molicie
Sola encuentran contento,
Y á amontonar riquezas infinitas,
O la vida arrastrar de sibaritas,
Encaminan su intento;
Esos la negarán, pues para ellos
No reserva sus mágicos destellos.
Pero el mortal que en su interior no enciende
Luces á ese interés vil y mezquino,
Y tan solo pretende
Sacrificarse por lograr eterno
Nombre adornado de laurel divino,
Jamás podrá borrar de la memoria
La imágen esplendente de la Gloria.»
Tal les diré; y seguirás tú siendo,
Deidad hermosa, de mi vida faro:
Seguiré en tí creyendo,

Que tu eres la esperanza
Que vislumbra mi vista en lontananza.
Tú eres mi aspiracion, tú mi deseo;
Por lograrte gustosa el alma mia
El cáliz del dolor apuraria
Cual Colon, Belisario y Galileo.
Hoy mi cancion más pura
A tí dirijo en mis floridos años,
Cual á aquello en quien cifro mi ventura.
Mañana al borde de la tumba fria
Me encontraré sin voz y sin aliento;
Ya no podrá volar mi pensamiento
En alas de ardorosa fantasia,
Ni de mi lira las cansadas cuerdas
Podrán vibrar canciones
Que se alcen arrogantes
De tu morada escelsa á las regiones;
Pero siempre mi pecho reservado
Albergará el cariño
Que desde tierno niño
Te tengo profesado;
Y siempre he de aspirar á que del sáuce
Que cobije mi yerta sepultura,
Sobre él luciendo esplendorosa estrella,
Ilumines la lánguida tristura
Oh Gloria! con tu luz mágica y bella.

FIDEL GONZALEZ DE BUSTAMANTE.

EL AVERIGUADOR DE CANTABRIA.

---

42. ¿Quién era el calvinista Antonio del Corro, dónde nació y en qué obra se habla de él?

UN EXTRANJERO.

---

43. ¿A qué llamaban los montañeses *borona*, cuando aun no era conocido en su tierra el *maiz*, que ahora lleva aquel nombre? ¿Qué significa la voz *borona* y cuál es su etimología.

H.

---

44. ¿Se conserva algun ejemplar del apeo de la merindad de Asturias de Santillana hecho por Alfonso de Escalante, Oficial mayor del cuchillo del infante D. Fernando, en virtud del poder que este le otorgó en Ledesma á 4 de Setiembre de 1403?

B.

---

45. Se supone que Pelayo tuvo una hermana que se casó con Munuza. ¿Cómo se llamaba esta señora y en dónde se supone que está enterrada?

UN EXTRANJERO.

Contestacion á la pregunta 36.

La verdadera pátria del benedictino Fr. Francisco Sota, segun él mismo asegura en su crónica de los Príncipes de Asturias, es Puente de Arce, en el valle de Piélagos.

E. P.

Contestacion á la pregunta 37.

D. Domingo de la Palenque vecino del lugar de Carasa, sa-

bemos que escribió por los años de 1640 un sucinto noviliario de las casas ilustres de Trasmiera y Castilla la Vieja, cuyo original obraba en poder de D. Fernando de Velasco en 30 de Setiembre de 1712.

E. P.

Réplica á la «contestacion á la pregunta 22.»

«¿Qué fruto saca la humanidad de las investigaciones de algunos cervantistas *intérpretes* del sentido *esotérico* ú *oculto* del *Quijote*?»

Esta fué mi pregunta, Sr. C. M. de la R.; á la cual contesta V. diciendo que la *ciencia del trabajo* es la que más beneficios presta á la humanidad (pase lo del *trabajo*, pero no paso lo de la *ciencia*) y que el Sr. Piernas y Hurtado la ha prestado, por ende, un gran servicio, recopilando y publicando *Los refranes económicos del Quijote*.

Responder esto á lo que yo he pregundo, es apearse por las orejas.

Dada la claridad de la pregunta, no habia para qué sacar á plaza á ese señor que hace *economista* á Cervantes, como pudo V. haber sacado tambien á Sbarbi que le hace *teólogo*, á Gamero que le hace *jurisperito*, como Morejon le hace *médico*, y F. Caballero *geógrafo*, y C. Fernandez *marino* despues de haberle hecho *¡cocinero!*.... ó á tantos otros que en su afan de escarbar el *Quijote* han llevado su devocion cervantesca, muy justificable y hasta patriótica cuando está en su punto, á los estremos de una manía pueril, sino ridícula; porque es de sentido comun que dejaría el famoso libro de ser un portento entre las creaciones del ingenio humano si no tuviera de todo, lo mismo para los que *sienten* que para los que *saben*. Pero es el caso que entre tantos rebuscadores de especiales y *patentes* sabidurías y merecimientos, hay algunos que han pretendido cavar más hondo todavía en el *Quijote*, con el objeto de hallar el intríngulis de aquella fábula admirable, cuyo relevante mérito consiste en que sábios é ignorantes, niños y adultos, propios y estraños la hayan comprendido á la primera lectura, y la hayan admirado *como está escrita*. Entre muchos ejemplos de rebuscadores de esta especie, citaré al Sr. Benjumea, el cual ha gastado lo mejor de su vida en averiguar que donde dice *Dulcinea* debemos leer *pátria* los simples mortales, y *libertad* donde dice no sé qué, y Juan donde se lee Pedro, sobre cuyas interpretaciones parece que tiene el infatigable cervantómano la friolera de catorce volúmenes escritos. De manera, que á creer

al Sr. Benjumea, habria que convenir en que el mundo entero habia estado durante tres siglos admirando un libro que, despues de todo, no era más que una alegoría estúpida, tan estúpida que solo un mortal ha logrado, al cabo de trescientos años, saber lo que el autor quiso decir con ella en asunto tan sencillo.

Esto es lo que se llama, Sr. C. M. de R., sentido *esotérico* ú *oculto* del *Quijote*. ¿Lo entiende V. ahora? Pues por ahí le duele á mi pregunta, la cual reproduzco y mantengo, por si algun aficionado quiere, ó sabe responderla, no como usted, sino *al caso*.

P.

SECCION BIBLIOGRÁFICA.

MEMORIA *leida en la apertura del curso de* 1876 *á* 1877 *en este Instituto provincial, por su director* D. AGUSTIN GUTIERREZ Y DIEZ, *Doctor en Filosofía y Letras, catedrático de Psicología, Lógica y Ética, etc., etc.*—Santander.—1876.—Imprenta de Telesforo Martinez.

Este pequeño trabajo, digno por cierto del talento é ilustracion de su autor, contiene dos cosas; unas consideraciones muy sensatas sobre la importancia y trascendencia de la instruccion pública, y unos datos muy elocuentes sobre los progresos que vá haciendo en esta provincia la enseñanza, así como el establecimiento principal en que se proporciona. En el conjunto de la obrita brilla muy sana doctrina, ideas de gran peso y pensamientos bellos, y el lenguaje tiene pureza, correccion y armonía como todo el que usa dicho señor Gutierrez.

S.

UNA COMEDIA INÉDITA DE TRUEBA Y COSÍO.

Cuando publiqué, meses há, el tomo relativo á Trueba en mi coleccion de monografías de *escritores montañeses*, tenia ya noticia de la existencia de esta comedia, representada en el teatro de Cádiz por vez primera en 1823, pero habian sido vanas mis diligencias para hallarla impresa ó manuscrita. Así lo advertí en el catálogo bibliográfico que acompaña á aquel estudio crítico. Hoy puedo ofrecer á los lectores de LA TERTULIA el texto de aquella comedia, de la cual se ha dignado remitirme esmerada copia mi sábio amigo el eminente bibliófilo y literato gaditano Excmo. Sr. D. Adolfo de Castro.

Pertenece este desenfado cómico á la primera época literaria de Trueba y Cosío, en que aún no se habia determinado claramente su direccion artística, y luchaban todavía en su ánimo encontradas tendencias; época de tanteos y de ensayos más que de obras *personales* y vivideras. La novela histórica que le contó luego entre sus más aventajados cultivadores, era casi desconocida en España, y Trueba probaba las fuerzas de su vário, flexible y ameno ingénio, ya en tragedias, al modo neo-clásico como el *Caton*, ya en dramas con barruntos románticos, como la *Elvira*, ya en breves cuadros de costumbres como el presente, en que la fuerza cómica no es grande, ni la intencion muy profunda. Como se observará fácilmente, la trama no puede ser más sencilla, y hasta pudiera calificarse de inocente, los caractéres están tocados con suma ligereza y las situaciones apuntadas apenas, pero el efecto es agradable, el diálogo suelto y vivo por lo general, y el buen gusto campea en este como en los demás escritos de su autor (1). No faltan en este modesto ensayo algunas de las dotes dramáticas que tan envidiable éxito grangearon en Drury-Lane y en Covent-Garden al *Mr. Primgle*, al *Call*

---

(1) A ningun lector ha de ocultarse la semejanza entre esta comedia de Trueba y la *Marcela* de Breton, que es bastante posterior.

again to-morrow y á otros juguetes de Trueba. La historia literaria tiene el deber de conservar hasta los borradores de autor tan notable y señalado como el de *Gómez Arias*, *El Castellano* y las *Leyendas históricas españolas.* Aparte de esta consideracion, juzgo que *Casarse con sesenta mil duros* reune condiciones bastantes para deleitar á nuestro público, y por eso tengo satisfaccion verdadera en sacar del olvido esta comedia, muy popular otro tiempo en Cádiz, segun me informa el docto Sr. Castro, á quien de nuevo doy gracias por este y otros favores literarios que con más bondad de su parte que méritos mios cada dia me dispensa. Para terminar, y entre paréntesis, ¿seria absurdo pretender que alguna vez viésemos en el teatro de Santander las más estimables producciones dramáticas de D. Antonio de Mendoza, Trueba Cosío, Pereda y otros ingenios montañeses, antiguos y modernos, muertos y vivos?

M. M. P.

CASARSE CON SESENTA MIL DUROS.

COMEDIA ORIGINAL EN UN ACTO Y EN VERSO

POR

DON TELESFORO TRUEBA Y COSÍO.

REPRESENTADA EN CADIZ.—1823.

PERSONAS.

D. TADEO.—D. BENITO.—EL CORONEL.—EL VIZCONDE.
DOÑA CLARITA.—MARTINA.

La escena es en una casa particular.

ESCENA I.

CLARITA *y* MARTINA.

MART. Cuatro son los pretendientes.
CLAR. Cuatro son, risa me dán.
MART. Mas, señora, qué dirán?
CLAR. Quiénes, muchacha?
MART. Las gentes.
CLAR. Deja que digan Martina,
pues mi corazon sereno
nunca ha temido el veneno
de una lengua viperina.
MART. Ay, señora! es de temer
la herramienta singular,
que hoy se estila para hablar:
cuando se habla de mujer
no la sirve estar sin tacha;
pues en el pueblo, qué mengua!
en vez de hablar con la lengua,
se estila hablar con un hacha.

CLAR. Cuatro amantes, mucho no es.
MART. Para Madrid no es gran cosa,
donde hay niña melindrosa
que ha tenido veinte y tres.
Mas pasemos en revista
los cuatro amantes.
CLAR. Pasemos.
MART. Y es fuerza que confesemos
que es una gente muy lista.
El primero es regular
que se cuente á don Tadeo,
un comerciante que creo
está al punto de quebrar.
CLAR. En eso sigue la moda
en el pueblo establecida;
para sanar esa herida
no es mal remedio una boda.
MART. Es verdad, en sus apuros
un espediente ha buscado,
y quiere verse casado.
CLAR. Con mis sesenta mil duros.
MART. Sigue despues muy ufano
un vizconde papelon,
que por noble y pobreton
debe de ser asturiano.
Sus castillos mal seguros
necesitan repararse,
y á este fin quiere casarse.
CLAR. Con mis sesenta mil duros.
MART. Viene luego don Benito,
que segun me han indicado,
es un paquete *arrancado*,
buen cabeza de chorlito.
Para cumplir sus futuros
proyectos, como es razon,
ha cobrado una pasion...
CLAR. A mis sesenta mil duros.
MART. Un señor con tres galones
en la lista es el postrero,
y en verdad que más le quiero
que á los otros gorriones.
Es militar tan valiente
como parco en el hablar,
y no sabe exajerar
una pasion vehemente.
CLAR. A mis novios has pintado.

Martina, perfectamente.

MART. Y su orgullo impertinente
cuándo será castigado?

CLAR. Hoy mismo será vengado,
mi cara...

MART. Tanto mejor.

CLAR. Pues de su fingido amor
de veras que estoy cansada.
Muy pronto con una trama
bien urdida, probaré
el amor, constancia y fé
que cada novio proclama.

ESCENA II.

MARTINA, *sola.*

Es cosa muy singular
las frenéticas pasiones
que inspiran los talegones
de una viuda poderosa.
Crece la llama amorósa
á medida del *vellon*,
y aunque nos cause emocion
la cara de una mujer,
es más cara á mi entender
la estampada en un doblon.
Aquí viene don Tadeo.

D. TAD. *(Sale)* Ola, niña, cómo estás?
Con tu presencia me das
mucho gusto.

MART. Ya lo creo;
es usted tan lisongero
que siempre fino y atento,
me regala un cumplimiento,
ya que no sea dinero.

D. TAD. Martina, qué mala eres.

MART. Tiene usted mucha razon;
soy (hablando sin pasion)
como todas las mujeres.

D. TAD. Mas tratando de otra cosa:
sabes que á Clarita adoro,
pues es la niña un tesoro
en lo amable y en lo hermoso.
Siempre busco, y con razon,
en aquella que ha de ser
despues de amante, mujer,

las prendas del corazon.
Pero aunque es muy fuerte y viva
mi apasionada ternura,
no es tan sola la hermosura
la que me encanta y cautiva.

MART. Sin hacer juicios profanos,
yo sospecho por mi parte
que usted el amor reparte
entre ella y los mejicanos.

D. TAD. Eres, Jesús! muy maldita,
y aunque es malo que me alabe,
te aseguro, y Dios lo sabe,
que el interés no me incita.

MART. Con todo; cuando doblones
se juntan á la figura,
dan más brillo á la hermosura,
y más fuego á las pasiones.
Digo bien?

D. TAD. Ya... mas supongo
que protejes mi pasion.

MART. En eso, sin remision,
todos mis conatos pongo.

D. TAD. Pues muy bien; te quiero dar
en premio de tu lealtad
veinte pesos....

(Mete la mano en el bolsillo y saca el pañuelo.)

MART. Que bondad.

D. TAD. Cuando me vaya á casar.

MART. Bravo chasco... *(Aparte.)*

D. TAD. Está segura,
que no soy ningun roñoso.

MART Es usted muy generoso,
pero en el tiempo futuro....
¿El Vizconde, antes de ayer,
sabe usted lo que me dió?

D. TAD. Pues cómo quieres que yo
lo haya llegado á saber?
Sin duda te regaló
un abrazo. Fué muy buena
su fineza, y yo al momento
te regalaré contento,
pichoncita, una docena.

MART. Quite usted, más fino fué;
un doblon me quiso dar.

D. TAD. Y tu lo fuiste á tomar.

MART. No señor, lo rehusé.

D. TAD. Qué diantre: ¿pues por qué,
Martina, quieres decir?
MART. Porque si acepto es señal
que al que me dió ese metal
tengo intencion de servir.
D. TAD. La indirecta es muy salada. *(Aparte.)*
Toma niña.
MART. Usted me aflige:
de veras que no lo dije
porque usted me diera nada.
Soy tan corta...
D. TAD. Se conoce:
sé fiel á la gratitud;
toma este duro, y salud.
MART. Mil años usted la goze.
D. TAD. Vóime á ver á mi querida,
sin duda está en su aposento. *(Váse.)*

ESCENA III.

MARTINA *y luego el* VIZCONDE.

MART. Un viejo mas avariento
no pienso ver en mi vida.
El vizconde viene aquí.
VIZC. *(Sale.)* En efecto, el matrimonio
es invencion del demonio.
MART. Yo tambien lo juzgo así.
VIZ. Mas Clarita es tan amable,
de tan bello corazon,
llena de juicio y razon,
y de un génio muy afable...
MART. Y rica tambien.
VIZC. Martina,
Yo no pienso en su riqueza,
pues desprecia mi nobleza
una cosa tan mezquina.
En la que ha de ser mi esposa,
en vez de mucho dinero,
busco un corazon sincero
y una virtud portentosa.
MART. Habla usted como hombre honrado
y yo aplaudo el pensamiento.
VIZC. En puntos de casamiento
soy, niña, muy delicado.
La Clarita me embelesa,
y en premio de su virtud

mi amante solicitud
quiere hacerla vizcondesa.
Yo tambien me lisongeo
que ella pronto me prefiera
á un militar, un tronera
y al vejete don Tadeo.
Soy digno de más aprecio
y mejor para marido
que un comerciante atrevido,
viejo, feo, tosco y nécio.
¿Qué diré del militar,
que por tener tres galones
piensa ya que á los doblones
de Clara puede aspirar?
Es un pelele, un gandul,
sin asomo de fineza,
y además sin la limpieza
que tiene mi sangre azul.
En cuanto al otro aspirante
no le debo mencionar
de miedo de sonrojar
á la pandilla elegante;
murmurador con teson
de la doncella y casada,
su lengua le fué robada
sin duda á algun escorpion:
de todo el mundo murmura
y lo hace con tanta gana
que ni siquiera su hermana
de su lengua está segura.

MART. ¡Qué bribon!

VIZ. Así merezco
á todos ser preferido,
y si llego á ser marido
á tí, Martina, te ofrezco
en prueba de estimacion...

MART. Bien haya tanta bondad.

VIZC. Para premiar tu lealtad
un besito y un doblon.

MART. Mire usted, mucho es eso,
pero seria mejor
que me diese usted, señor,
dos doblones sin el beso.

VIZC. Voime á ver á mi adorada.
Martina, lo dicho dicho. *(Váse.)*

(Continuará.)

LOS BUENOS MUCHACHOS.

I.

Lector, cualquiera que tú seas, con tal que procedas de uno de esos que llamamos *centros civilizados*, me atrevo á asegurar que estás cansado de codearte con los personajes de mi cuento.

Así y todo pudiera suceder que no bastase el epígrafe antecedente para que desde luego sepas de qué gente se trata; pues aunque ciertas cosas son en el fondo idénticas en todas partes, varían en el nombre y en algunos accidentes exteriores, segun las exigencias de la localidad en que existen.

Teniendo esto en cuenta voy á presentarte esos *chicos* definidos por sí mismos.

«Yo soy un hombre muy tolerante; dejo á todo el mundo vivir á su gusto; respeto los de cada uno; no tengo pretensiones de ninguna clase; me amoldo á todos los caracteres; hago al prójimo el bien que puedo, y me atengo al desempeño de mis obligaciones que son lo único que me preocupa.»

Esta definicion ya es algo; pero como quiera que la inmodestia es un detalle bastante comun en la humanidad, pudiera aquella, por demasiado genérica, no precisar bien el asunto á que me dirijo.

Declaro, aun á riesgo de perder la fama de buen muchacho, si es que, por desgracia, la gozo entre algunos de los que me leen, que soy un tanto aprensivo y malicioso en cuanto se trata de gentes que alardean de virtuosas.—Esta suspicacia que, de escarmentado, á más de montañés, poseo, es la causa de que los llamados *por ahí* «buenos muchachos» hayan sido repetidas veces, para mí, objeto de un detenido estudio. Por consiguiente, me encuentro en aptitud de ser en datos y definiciones tan pródigo como sea necesario hasta que aparezca con todos sus pelos y señales lo que tratamos de definir.

Pero como no ha de ser interminable esta tarea, he de reducir la infinita procesion de tipos que veo desfilar ante mis

ojos á tres grandes modelos, en cada uno de los cuales se hallan reunidas las condiciones típicas que andan repartidas entre todos sus *congéneres*.

Primer modelo.—Buen muchacho que ya cumplió los cuarenta años.—Señas particulares, indefectibles: es gordo, colorado, nada garboso, muy escotado de cuello y de chaleco, récio de barba y escaso de pelo. Habla mucho y se escucha.

Segundo modelo.—Buen muchacho que ha cumplido los treinta y cinco.—Señas particulares: enjuto, macilento, cargado de entrecejo y de espaldas, vestido de oscuro, muy abrochado, largo de faldones y pasado de moda. Este ejemplar tiene, necesariamente, á la vista y como si fuera el marco de ganadería, una señal indeleble; v. gr., un lobanillo junto á la oreja, un lunar blanco en el pelo, una verruga entre cejas; la nuez muy prominente, ó toda la cara hecha una criba de marcas de viruelas. Habla bastante y con timbre desagradable; casi siempre en estilo sentencioso, y á menudo con humos de gracioso.

Tercer modelo.—Buen muchacho que raya en los veinticinco.—Señas infalibles: rollizo, frescote como un flamenco y miope. Rompe mucha ropa y procura llevarla muy desahogada: es hombre de poco pelo y de no mucha barba; habla más que una cotorra, muy récio y con los términos más escogidos del diccionario.—Detalle peculiarísimo: ántes de adquirir en público el título de buen muchacho, ha gozado durante seis años entre las diversas tribus de su familia, la opinion de *hombre precoz.*

En vista de todos estos datos, podemos sentar la siguiente regla general:

La edad de los buenos muchachos varía entre veinticinco y cincuenta años.

Como detalles comunes á los tres modelos, pueden apuntarse los siguientes.

Son mesurados en el andar; saludan muchísimo, descubriendo toda la cabeza; en sus paseos buscan la compañía de los señores mayores, y en tales casos miran con aire de lástima á los jóvenes que á su lado pasan, si van muy alegres ó muy elegantes; usan á todas horas sombrero de copa, y se calzan con mucho desahogo: temen de lumbre los tacones altos, y por eso los gastan anchos y muy bajos; sacan chanclos y paraguas al menor asomo de nube en el horizonte, y en cuanto estornudan tres veces seguidas, *guardan cama* por dos dias y se lo cuentan á todo el mundo; no fuman ó fuman muy poco, pero chupan caramelos de limon y saben donde se venden un vinillo especial *de pasto* y garbanzos de *buen cocer;* conservan con gran esmero las relaciones tradi-

cionales de familia, y al hacer las visitas de páscuas ó cumple años, llaman á la visita «*mi* señora doña Fulana,» la preguntan minuciosamente por todo el catálogo de sus achaques físicos, y siempre tienen algun remedio casero que recomendarla; se dedican á negocios lucrativos, mejor dicho, están asociados, y en segunda fila, á personas que saben manejarlos bien; y por último, se perecen por echar un párrafo en público y familiarmente con las primeras autoridades de la poblacion, y se rechupan por formar parte de cualquiera corporacion oficial ú oficiosa, con tal que ella trascienda á influyente y á respetable.

Hasta aquí, algo de lo que el ménos curioso debe haber visto en esos personajes; desde aquí, lo que todo el mundo puede ver en los mismos si se toma la pequeña molestia de levantar los pliegues de la capa con que la señora fama parece haberse empeñado en protegerlos contra críticas y murmuraciones.

II.

Hallábame yo, no diré cuándo, cerca de un pequeño círculo de murmuradores de mayor edad, con quienes ningun lazo de amistad íntima, ni siquiera de simpatía personal me ligaba; y dicho se está que yo oia, veia y callaba. Hablábase á la sazon de un suceso ocurrido recientemente en el pueblo, con sus vislumbres de escandaloso, cuando apareció en escena un personaje muy conocido mio, y muy amigo, al parecer, de aquellos murmuradores. Parecia el tal fundido en uno de los tres modelos que dejo registrados, y no digo en cuál, porque no es necesario.

—Aquí llega.... Fulano, que podrá darnos algunos pormenores más del suceso—dijo un murmurador.

—Voy muy deprisa, señores—respondió el aludido—y sólo me he acercado á Vds. con el objeto de saludarlos.... Pero, en fin, ¿de qué se trata?

—Pues hombre, de la novedad del dia.... de cierta jóven que ha desobedecido la paterna autoridad.

—Efectivamente; tengo entendido algo que suena á eso mismo; pero como no me gusta meterme en la hacienda del vecino, y dejo á cada uno vivir á su antojo, *no he querido* enterarme muy á fondo.

—Pero es lo cierto que Vd. sabe algo...

—De manera que algo, algo, por muy sordo que uno se haga...

—Vamos, que ya sabrá Vd. más que nosotros.

—Les aseguro á Vds. que no. Soy muy poco dado á chis-

mes y murmuraciones, como es bien notorio.... Pero, entendámonos: ¿Se refieren Vds. á la *chica* mayor de D. Geroncio?

—Cabales.

—¿De la cual se dice que dos horas ántes de ir á la iglesia á casarse con el *chico* menor de D. Atanasio, se plantó y dijo: «no me caso ya,» por lo que su padre la amenazó iracundo, de lo cual no hizo ella caso maldito, y resultó un escándalo, y se deshizo la boda....?

—¡Justamente; eso es!... ¿Ven Vds. como.... Fulano sabia los pormenores del lance?

—Repito que no sé una palabra más que lo que *de público* se dice. Hay asuntos, como este, que sin saber por qué, me repugnan.... Pero observo que Vds. me miran con recelo, como si me callara cosas muy graves.

—Hombre, no....

—Pues á mí se me antoja que sí; y señores, yo soy muy delicado en ciertas materias: está por medio la reputacion de una jóven que puede lastimarse con una sola suposicion injuriosa, y esto es bastante á mis ojos para que, en descargo de mi conciencia, me apresure á contar la verdad del caso, es decir, lo que á mi se me ha referido:—Saben Vds. que hace quince dias tuve *un golpe* de sangre á la cabeza, por lo cual me ordenó el médico, ya repuesto, que pasease de madrugada cuando la temperatura lo permitiera. Salia yo esta mañana á cumplir este precepto, con el cual, por cierto, me va muy bien, cuando ¡plaf! tropiezo al volver la esquina de la plaza con doña Severa, que, como no ignoran Vds., por parte de su difunto marido D. Estanislao, es prima política de la señora (que esté en gloria) de D. Geroncio, y por consiguiente tiene motivos poderosos para estar al tanto de los asuntos particulares de esta familia, á parte de que á doña Severa siempre se la ha considerado mucho en aquella casa por su capacidad y don de gobierno. Pues señor, como daba la casualidad de que no veia yo á esta señora lo ménos hacia... sí, ¡vaya! ¡yo lo creo!.... lo ménos.... lo ménos... quince dias... ¿qué digo? aguárdense Vds. y perdonen; el dia de San Lorenzo fué cuando la ví; estamos hoy á... veintitres dias justos hace que la saludé á la puerta de su casa.... cabalmente tenia yo que preguntarla dónde habia comprado una pasta para matar ratones, que ella usaba con gran éxito, y allí mismo me dió la receta de memoria, porque resultó que la tal pasta era invencion suya, digo, de un choricero estremeño que se la confió en secreto por no sé qué favores que la debia... Pues á lo que iba: encuentro esta mañana á doña Severa, y—«¿Cómo está usted, señora mia?—la pregunto.—Bien, ¿y Vd. D. Fulano?—Pues para servir á Vd.—¿Y la familia?—

Tan buena, gracias... ¡Caramba, cuántos dias hace que no la veo á Vd.!—Pues no he perdido una misa desde que no nos vemos. Precisamente hoy es el dia en que debí haberme quedado en cama siquiera hasta las diez.—Efectivamente; la encuentro á Vd. algo pálida y desmejorada.—Le aseguro á usted que no sé cómo me tengo en pié.—¿Se encuentra usted mal?—Mal precisamente, no; pero ayer tuve un disgusto con la cocinera, y estoy sufriendo hoy las consecuencias. Figúrese Vd. que á mí me gusta mucho la merluza; pues señor, la condenada (Dios me perdone) de la chica, dále con que habia de traerme siempre abadejo. Chocándome, como era natural, tanta obstinacion, pues yo sabia muy bien que no faltaba merluza en la plaza, indago por aquí, pregunto por allá, y averiguo ayer que la muy pícara daba todos los dias las sobras del principio á un soldado, su novio, que se pela por el abadejo. ¡Imagínese Vd. cómo me pondria al saberlo!.... Por supuesto que lo primero que hice fué plantarla de patitas en la calle, y tan de prisa, que la dige que volviera más tarde por el baul y la cuenta. ¡En mal hora á mí se me ocurrió semejante idea! ¿Creerá Vd., *Fulanito*, que la muy sin vergüenza se me presentó á las dos horas acompañada del soldadote para que éste repasara la suma, y que entre los dos me pusieron como hoja de peregil sobre si faltaban ó dejaban de faltar seis maravedís? — Nada me choca, doña Severa, de cuanto Vd. me dice, que algo parecido podia añadir yo de lo ocurrido en mi casa; el ramo de *sirvientas* está perdido.—¡Ay, Fulano, lo peor es que el de amas no está mucho más ganado!—Tambien es cierto.—Vea Vd. á mi pobre primo Geroncio; ¡qué horas está pasando por causa de esa hija á quien ha mimado tanto!—En efecto, he oido anoche que esa chica ha roto, por un capricho, su proyectado casamiento.—¿Capricho, eh? ¡buen capricho me dé Dios!—Así se dice al ménos.—Así se dice porque de alguna manera decente ha de tapar la familia el pastel descubierto.—¿Luego ha pasado algo grave?—¡Gravísimo..... Fulano!..... y ya vé Vd. si yo lo sabré cuando he sido y estoy siendo el paño de lágrimas del desdichado Geroncio.—No lo dudo.... Pero ahora caigo en que siendo secretos de familia esos sucesos, estoy pecando de indiscreto al hacer ciertas preguntas.—De ningun modo, Fulano; usted es una persona muy discreta, y hasta debe conocer esa clase de lios para ejemplo y escarmiento en el dia de mañana, si se resolviera á casarse.—Usted me favorece demasiado, doña Severa.—Le hago á Vd. justicia, Fulano.—Gracias, señora.—Repito que no hay por qué darlas; y sepa Vd. (por supuesto, con la debida reserva) que si la boda de mi sobrina no se ha llevado á cabo, es porque el novio descu-

brió á última hora que la muy taimada habia tenido un año antes relaciones íntimas, *muy íntimas*, entiéndalo Vd. bien, con un jóven andaluz que estuvo aquí veraneando.—Pero, ¿tan íntimas fueron, señora?—Tan íntimas, que faltando horas nada mas para ir á la iglesia, se plantó el novio al conocerlas y dijo que nones.—Luego no fué ella quien se opuso? —¡Qué habia de ser, hombre!... eso se ha dicho para tapar...» Y etcétera, señores—añadió el narrador con una sonrisa que apenas tenia malicia;—por ahí fué hablándome doña Severa, y lo que acabo de referir es *lo único* que, en sustancia, hay de cierto sobre el particular.

—¡Que no es poco!—objetó un chismoso con diabólica expresion.—¡Cuando yo decia que Vd. sabia grandes cosas!

—Hombre, si bien se mira, no es tanto como parece—continuó el *suavísimo* Fulano.—Y de todas maneras, señores, conste que lo he referido aquí en el seno de la confianza y teniendo en cuenta, además de lo que dije al empezar, que una cosa leve callada con misterio, autoriza á suponer otra muy grave; que la mayor parte de Vds. son padres de familia que no echarán el ejemplo en saco roto.

—¡Bravo!—esclamaron algunos oyentes casi enternecidos con este rasgo.

—Conque señores, vuelvo á recomendar la reserva y me voy á mis quehaceres—saltó, casi ruborizado, el amiguito de doña Severa.

—Y se marchó.

—¡Qué discreta observacion!—dijo uno de los que se quedaron.

—¡Qué juicio tan aplomado!—añadió otro.

—¡Es *un gran muchacho!*—exclamaron todos.

—¡Valiente infame!—dije yo, y era lo ménos que podia decir, con esta franqueza que Dios me ha dado, largándome tambien, y sin despedirme, por más señas.

Nada se me contestó en el acto; pero me consta que refiriéndose á mí, se dijeron luego en el corrillo primores como los siguientes:

—¡Qué víbora!

—¡Qué lengua de acero!

—Con veneno semejante es imposible que haya en la sociedad una sola virtud incólume.

. . . .

Todos estos pormenores forman un detalle que no es de los ménos típicos en los buenos muchachos.

Veamos otro.

Detestan cordialmente todo cuanto no pertenece al gremio del cual son, segun dicen, humildísimos miembros, y hablan

con afectada lástima, pero con sincera indignacion, de los hombres aficionados á los trabajos del ingénio, se jactan de apreciar la prensa periódica, sea del matiz político, científico ó literario que se quiera, en mucho ménos que el papel de *empaque*, y son para ellos novelistas y poetas sinónimos de bohemios y *gente perdida*. Esto en general; pero cuando son sus convecinos, sus antiguos condiscípulos, tal vez sus *amigos* los que escriben, los que peroran, los que pintan, ¡de Dios les venga el remedió á estos desdichados!

—Hoy todo el mundo escribe, todo el mundo charla, todo el mundo emborrona un lienzo y garrapatea el pentágrama —gritan escandalizados los buenos muchachos.—¿Qué es esto? ¿Dónde estamos? ¿A dónde vamos á parar? Señores; el que más y el que ménos de los que *en nada figuramos*, conocemos algo de esas materias, y pudiéramos echar en ellas nuestro cuarto á espadas *practicando* un poco; pero ¿sería esto suficiente? ¿nos autorizaría para erigirnos en maestros ni en directores de la opinion pública? ¡No faltaba más!.... ¡Pues no son pocas las pretensiones de *la gente del dia!*

Así se explican: veamos cómo se portan.

Estarán Vds. cansados de hallar en los periódicos de *su pueblo* centenares de remitidos al tenor del siguiente:

«Señor Director de *El Vigilante*.

«Muy señor mio y de mi mayor consideracion: aunque aje-»no por carácter y por mis habituales ocupaciones á las li-»des periodísticas, me tomo la libertad de remitir á Vd. las »adjuntas mal perjeñadas líneas, por si tiene á bien insertar-»las en su apreciable periódico. La cuestion que las motiva »es, *en mi humilde sentir*, de *gran* interés para toda la po-»blacion, y en ello confío para que Vd. etc., etc., etc.»

El asunto que se desenvuelve en el remitido y que, segun el *humilde sentir* del comunicante, encierra gran interés para toda la poblacion, es un guarda-esquina que sobresale media pulgada más de lo que previenen las ordenanzas, ó un árbol que se seca en el paseo... ó si debe andar cubierto ó en pelo por los claustros, durante la celebracion de la Misa, el perrero de la catedral.

Otros tres detalles esencialísimos distinguen siempre á estas *producciones*, á saber: lo poco que figuran en ellas los artículos *el* y *la*, y lo demasiado que juega la *rosa de vientos*, lo cual dá motivo á cada paso á frases del siguiente jaez: «entrando *en mencionado* paseo por el lado del *Sud-este;* tomando la alineacion por la *fachada vendabal* de *repetida casa...*» Por último, la firma. Esta tiene que ser necesariamente

un curioso, un contribuyente, un vecino ó *un amante de su país.*

Pues bien, lector, cualquiera de estos *motes* es el *modesto* velo con que tapa el rubor de su vera efigies para dirigirse al público, un buen muchacho, es decir, uno de esos hombres sensatos, aplomados y sin pretensiones, que detestan la prensa porque no sabe tratar cuestiones que enseñen algo, porque no es capaz de exponer teorías de *trascendencia* ó de *universal interés*; uno de esos hombres, en fin, que no hallan jamás otro bastante autorizado para erigirse en intérprete, ya que no en director, de la opinion pública.

Y no puede quedar la menor duda de que *citados* artículos pertenecen á *referidos* autores, porque estos en el mismo dia del *alumbramiento* ó en el siguiente á más tardar, teniendo la bondad de interesarse mucho por la salud de uno, se le acercan en la calle para enredarle en un diálogo como el siguiente:

—¿Cómo vá, amigo mio?

—Pues, hombre, vamos viviendo.

—¡Cuánto me alegro!

—Muchísimas gracias... ¿Vd. tan gordo y tan guapo?

—Gracias á Dios.... Pero, retírese Vd. un poquito á la derecha.

—¿Qué ocurre?

—Que está Vd. colocado junto á una losa quebrada, y un pié se disloca con la mayor facilidad.

—No veo yo la quebradura...

—En efecto, era una ilusion mia.... Como en este pueblo anda el ramo de empedrados peor que en Marruecos.... Y, á propósito, ¿ha visto Vd. un comunicado que publica ayer *El Vigilante*?

—¿Sobre Marruecos?

—No, señor; sobre el guardacanton de la calle X...

—Sí que le he visto.

—¿Y qué le ha parecido á Vd?

—Pues, hombre.... bien.

—Lo celebro infinito, pues como está hecho *al correr de la pluma*, no hubiera sido difícil que algun descuidillo....

—Segun eso, ¿es de Vd?

—Ya que Vd. lo ha conocido, no lo quiero negar.

—Es Vd. muy modesto.

—Hombre, no; pero *no tengo pretensiones* de escritor. Así es que cuando *quiero llamar la atencion del público* hácia un asunto de interés tan general como el que ayer saco á relucir en mi escrito, firmo con un nombre cualquiera.... Yo he escrito mucho sobre policía, ¡muchísimo! solo que no me

gusta darme importancia, porque, vamos, no tengo pretensiones de ninguna clase.

—Oh! ya se conoce bien.

—Por lo demás, el artículo de ayer creo que abraza cuanto se puede decir sobre el particular.

—¡Vaya si abraza!

—Pues me alegro mucho; que eso me ha de animar á concluir otro que traigo entre manos acerca de la maldita costumbre que hay aquí de colgar la ropa blanca á los balcones.... Por supuesto, que es un trabajillo sin pretensiones de ninguna clase.

—Naturalmente; pero eso no impedirá que yo le lea con gusto.

—Muchas gracias.

—No hay por qué.

Tambien me consta que estos *remitidos* se leen por su autor en familia, con gran aplauso del severo papá que, rebosando satisfaccion por todos los poros de su cuerpo, se vuelve hácia su conjunta para decirle, muy bajo, pero de modo que lo oiga el elogiado: «Estos muchachos son el mismo demonio. ¡Mira que está bien hilado el tal impreso!»

Vamos ahora á otro terreno.

Hay una junta de acreedores, de contribuyentes, de vecinos *formales*, ó de arraigo; una junta, en fin, en la que se trata del vil ochavo, ó de *salvar los intereses de la plaza*. Toman la palabra los más expertos y autorizados; llénanse recíprocamente de piropos, acometen la cuestion por cien lados diferentes, llégase tras de muchos sudores y fatigas á vislumbrar un acuerdo definitivo; vá á darse por concluida la sesion, y hé aquí que se oye una voz perezosa y afectadamente tímida que pide la palabra. Concédesela el presidente y se levanta una persona que comienza á hablar en estos términos:

—«Señores: como desconozco completamente la ciencia del derecho, y soy en materia de negocios la más incompetente de todas las personas que componen esta respetable reunion, y como tampoco tengo pretensiones de orador, quizá vaya á decir un disparate al hacer uso de la facultad que me ha concedido el digno señor presidente; pero, *así y todo*, me parece á mí que teniendo en cuenta esto y lo otro (resume desastrosamente cuanto han dicho los que han hablado ántes y añade cincuenta desatinos de su cosecha) la dificultad está vencida. Repito, señores, que tal es el punto desde el cual debe mirarse la cuestion segun *mi humilde entender*. Hé dicho.»

Bravos! por acá y bravos! por allá. Rumores en todos

los rincones.—¿Quién es ese?—*Pues* el hijo de D. Zutano.—¡Excelente chico!—Nómbrase la indispensable comision y entra en ella el primerito el *orador*. Al dia siguiente no se le puede sufrir.—«Como yo dije, como yo propuse.... bien que ya Vd. me oiria.... y eso que no está uno hecho á esos lances, ni tiene pretensiones de orador.... ¡Ah, pues si no me tira de la levita don Práxedes que estaba á mi derecha, qué cosas salen á relucir! Pero es uno condescendiente y poco amigo de llamar la atencion, ¡que si nó!....

Aunque no necesito decir quién este *orador*, bueno es que se tenga presente que pertenece, por su tipo, al tercer modelo.

Veámosle ahora en el teatro. Se acaba de representar un drama moderno que ha alcanzado un triunfo. A él no le ha merecido un solo aplauso. Léjos de ello, se vuelve á su adlátere y le dice:

—Amigo, yo no sé si diré un disparate, porque no soy competente en literatura, pero esta obra, segun mi *humilde entender*, no merece el ruido que está metiendo. Valerse de una aldeana para el principal papel y no haber en toda la comedia más que dos personajes de buena sociedad, me dá muy pobre idea del talento del autor. De ese modo tambien yo hago comedias.

El adlátere le mira estupefacto, y el censor, creyendo que le apoya, continúa:

—Desengáñese Vd., el teatro vá en decadencia; ya no se escriben comedias como *La trenza de sus cabellos* y *La conquista de Granada*. Pues y los actores? Ahí han estado ustedes aplaudiendo á ese primer galan como si supiera lo que hacia.... ¡Donde estaba aquel Lozano!.... ¡Este sí que *cortaba el verso!* Parece que le estoy viendo salir vestido de moro y á caballo por debajo del palco del ayuntamiento. Valia más una mirada de aquel hombre que toda esta comiquería junta.

Oyendo música, aunque no ménos descontentadizos, son más lacónicos siquiera.

—¿Qué le parece á Vd.?—se pregunta á uno de ellos.

Y responde necesariamente:

—Hombre, yo no soy del arte; pero por más que Vds. digan, esta música está tomada *al pié de la letra* de «*El Hernani.*»

Si le buscamos á la esquina de la plaza, se le hallará deteniendo á un transeunte para decirle con mucho misterio:

—¿Vé Vd. aquella chica que está hablando con un cabo de la guarnicion? Pues es la cocinera de D. Ruperto Puntales: dos horas lleva ahí: he tenido la curiosidad de contarlas en mi reló. Buena andará aquella cocina, ¿eh?

O si nó:

—D. Aniceto, una palabra: esa doncella que cruza ahora la esquina y vá cargada de cartones, me parece que sirve en casa de doña Telesfora.

—Bien, ¿y qué?

—Nada, que es la sexta vez que en hora y media que llevo en esta esquina, ha salido de ese bazar cargada de género. Sospecho que el pobre marido de su ama no hace hoy el gasto con dos mil reales. Despues vendrán los apuros.... y algo peor. Bien empleado les está.

En un paseo público hacen el mismo papel: comparar las galas que ven con los caudales de quienes las lucen, y demostrar siempre y donde quiera que llevan el alza y baja de cuanto respira y se agita en la poblacion.

Creo que el lector no necesita más noticias para orientarse por completo en el terreno á que he querido traerle, ni para hallar pertinente y hasta de alguna trascendencia moral la exhibicion de estos apuntes....

Se me olvidaba decir que los buenos muchachos son, por regla general, solteros. Si les dá por casarse, son en el hogar doméstico unos tiranuelos, chismosos y casca-rabias, y esto es lo único en que varian al variar de estado.

Otro dato.—Casados ó solteros, son en política *conservadores*, de *justo medio* y *ancha base*.

III.

Si tratáramos ahora de llamar las cosas por su verdadero nombre, deduciríamos de todo lo expuesto, dentro de la más inflexible lógica, lo siguiente:

El buen muchacho no es otra cosa que un quidam soberbio, entremetido é ignorante. Con su capa de mansedumbre y tolerancia, espía á todo el mundo, nada halla disculpable en su criterio ramplon de comadre; y con su afan de fiscalizar, censura en el prójimo hasta los defectos que más resaltan en sí propio. Escandalízanle los hombres que sin remilgos ni estudiadas protestas de humildad se exhiben en lo que valen; y él, con la prévia advertencia de que no vale nada, se atreve á meterse en todas partes para imponer su razon á los demás. A nadie concede competencia para nada, al paso que él, confesándose el último de los hombres, se porta como si la tuviera para todo; no halla en la pluma ni en los lábios de su vecino una cuestion que le parezca bastante digna de ocupar la atencion pública, y al dia siguiente pretende él absorberla entera sacando á plaza pequeñeces y vulgaridades de portería. Ofende su moralidad un pecado oculto, y él, para enmendarlo, le descubre, le comenta y le propaga. No juega,

no jura, no malgasta, pero con la mejor intencion *se conduele* á gritos de Juan y de Pedro que juran, no ahorran y, *segun sus noticias*, juegan. En suma, sus lábios jamás se abren para elogiar: siempre para maldecir.

Por lo demás, el ser buen muchacho es un gran negocio, máxime cuando el teatro representa una poblacion lo suficientemente pequeña para que todos nos codeemos y nos conozcamos.

El vecino de enfrente, persona que tiene el don de discurrir con alguna claridad más que la multitud, es víctima de una adversidad cualquiera acarreada por una série de sucesos inevitables.—Me alegro—dice el rum rum—ese hombre lo tenia *bien merecido:* es una mala cabeza, un fátuo, un pretencioso.

Sucédele eso mismo á un buen muchacho y dice la Fama: —¡Pícara suerte, que nunca quiere protejer á los buenos!

Acúsasele por alguien de una accion poco edificante, y dice la misma señora:—¡Calumnia!... Fulano no puede ser reo de semejante delito; yo abono su conducta; porque.... es un *excelente muchacho.*

Al primero se le enreda, al pasar, un boton en los flecos del chal de una modista, y doña Opinion, *la mala*, le marca con el dedo como á un desenfrenado corruptor de la pública moralidad.

Enrédasele al otro la honra entera entre los hechizos de la mujer de su vecino, asoma el escándalo la oreja, y exclama doña Opinion, *la buena:*—«Atrás, que es un buen muchacho, incapaz de cometer tan feo delito.» Si el escándalo pugna, y forcejea y vence al cabo, la mujer es la serpiente que le ha *seducido:* todo ménos lastimar en lo más mínimo la *cándida* sensibilidad de su amante.

Hay vacante un puesto que exijé á quien ha de ocuparle mucho tacto y mayor esperiencia; y sin saber cómo, empieza á sonar el nombre de un buen muchacho; crece el ruido, fórmase la atmósfera, provéese la plaza en un hombre nulo ó sin merecimientos; y apenas la justicia severa se dispone á condenar la eleccion, grita el rum rum atronador de la Fama: —Me alegro, porque el elegido es.... un buen muchacho.

Trátase de una heredera rica que se halla *en estado de merecer*, y al punto dice aquella señora:—¡Qué buena *pareja* haria *esa chica* con.... Fulano, que es *un gran muchacho!* Y los ecos van repitiendo la ocurrencia, y se lo llevan á la aludida, y se echa ésta á cavilar, y comienzan las embajadas oficiosas de los aficionados á la diplomacia casamentera, y aceptan la mediacion las partes beligerantes y....—Es cosa hecha—exclama un dia con aire de triunfo *la gente.*—Y

añade:—Y me alegro, no solamente por el novio, que es un buen muchacho, sino por lo que van á reconcomerse *los otros*.

....Los otros, lector, son los desheredados de la fama de buenos muchachos que tal vez no conocen á la novia y que, de seguro, no han cruzado una palabra con ninguno de los que forman la opinion que tan cordialmente antipática se les presenta.

Cuando un padre sencillo reprende á su hijo por una falta propia de la edad, vuelve los ojos con envidia á un buen muchacho; si estos no van al teatro más que dos veces por semana, no se puede ser hombre de bien yendo tres; cuanto en costumbres es un pecado, deja de serlo desde el momento en que le comete un buen muchacho; las mamás los miran con un memorial en cada ojo; las autoridades los saludan como á las mejores garantías del órden.... hasta los agentes de policía los acatan y reverencian porque ven en ellos otros tantos futuros concejales....

Júzguese ahora del riesgo que yo corro al estrellarme contra tanta popularidad.... y eso que todavía no he dicho que un buen muchacho es necesariamente tonto de remache.

Y dirá aquí el lector cándido: ¿Cómo puede un tonto adquirir tal fama de discreto?

Y pregunto yo á mi vez á ese lector:—¿Han sido nunca otra cosa los ídolos del vulgo de levita?

Por de pronto apuesto una credencial de buen muchacho á que si yo tomo de la mano un hombre, de los muchos que conozco, que se pasan la vida luchando brazo á brazo con la adversa fortuna, sin reparar siquiera que á su lado cruzan otros más felices con menores esfuerzos; á uno de esos hombres verdaderamente discretos, verdaderamente generosos, verdaderamente honrados; apuesto, repito, la credencial consabida á que si le tomo de la mano y le saco al público mercado no encuentro quien le fíe dos pesetas sobre su legítimo título de *buen muchacho*, título que se le ha usurpado para ennoblecer á tanto y tanto zascandil como se pavonea con él por esas calles de Dios.

Por tanto, lector amigo, y para concluir, voy á pedirte un favor: mientras no se adopte en el mundo *civilizado* la costumbre de dar á las cosas y á las personas el nombre que legítimamente les pertenezca, si por chiripa llegara yo á *caerte en gracia* (lo que no es de esperar) y desearas darme por ello un calificativo honroso, llámame.... cualquiera perrería; pero, ¡por Dios te lo ruego! no me llames nunca *buen muchacho*.

JOSÉ M.ª DE PEREDA.

HOJA PERDIDA.

Cuando los bosques despoja
el ábrego asolador
¿quién se duele de la hoja
que arrebata en su furor?

En torbellinos perdida
á morir muy léjos vá,
nadie de su suerte cuida.
nadie su fin llorará.

Sin que sus furias mitigue
la arrastra el ábrego en pos,
¡solo la vela y la sigue
la providencia de Dios!

. . . .

Tal es el viajero: avaro
le empuja destino cruel,
los que le disteis amparo,
pensad un momento en él.

De vuestro hogar huésped era
ayer, partió vuestro pan
y hoy corre á donde le espera
nueva angustia y nuevo afan.

. . . .

Por ese sol cuya llama
en vuestros ojos lucís,
por el rio que en la grama
sollozar trémulo oís,

por el árbol que os dá sombra,
por la estrella que os dá fé,
por el césped que es alfombra
de vuestro cansado pié,

por cuanto el alma os desvela,
no sea yo para vos
hoja por quien solo vela
la providencia de Dios.

AMÓS DE ESCALANTE.

CUARENTA LEGUAS POR CANTABRIA.

(BOSQUEJO DESCRIPTIVO.)

VI.

SAN VICENTE DE LA BARQUERA.

Las marismas de la Rábia son tristes, solitarias, más solitarias y tristes á causa de su extension. En las orillas bajas no hay pueblos, ni caseríos, ni bosques, ni los verdes collados que tanto abundan en este país. Las árgomas, un linaje de yerbas espinosas que se adornan de florecillas menudas parecidas á las de la retama, invaden todo el suelo. Lo que de este queda libre se lo toman para sí los helechos que estienden sus dominios absolutos, allí donde no entra jamás ni arado, ni dalle, ni azada. En la Rábia debieran existir hermosos y espesos pinares; pero no hay nada más que charcos salobres y cien mil islas bajas, formadas por intrincado dédalo de canales, que unos á otros se quitan ó se dán el agua, segun sube ó baja la marea.

Únese luego el camino á la carretera de Torrelavega á Oviedo, y poco despues, vencidos los cerros que dominan la ria, se distingue el incomparable panorama de San Vicente. La inmensa anchura del valle á cuyo extremo se alza esta villa, la proximidad del mar, la gallarda situacion del caserío entre dos puentes, las lejanas y altísimas montañas que forman un fondo magestuoso y parecen agrandar aun más el paisaje, hacen de esta perspectiva una de las más admirables y grandiosas que pueden ofrecerse á la vista del viajero. Allí

todo es grande, tierra, cielo, montes, praderas, rio, mar, marismas. Hasta el mismo pueblo de San Vicente, parece un pueblo de primer órden á causa de la maravillosa fantasmagoría que produce su situacion al pié del cerro, en cuya cima está la iglesia; reflejando en el agua dormida sus pintorescas casas; alargando á una y otra ribera sus dos puentes como brazos con que se sostiene en los montes para poder zambullirse mejor en el agua. Tan bello es esto, que verdaderamente da pena el ver que á continuacion de la perspectiva de San Vicente, venga San Vicente mismo, cuando lo mejor seria que despues de ofrecerse en imágen lejana y fascinadora á los ojos del atónito pasajero, desapareciese y se ocultara allá entre juncos de la mar, ó que se desvaneciera con las figuras del humo en los aires.

Al pasar el gran puente del siglo VI, de treinta y dos arcos, se siente verdadera amargura al ver que no se entra por allí á un pueblo como Glasgow, Hamburgo ó Nueva-York. No se comprende que aquella gran ribera haya sido criada por Dios para sustentar al pobre San Vicente, y que las inmensas marismas que quedan atrás no sustenten miles de calles y plazas donde hierva afanoso gentío; no se comprende que esté tan cerca un mar sin barcos y un abra sin puerto, y un rio sin fondo ni muelles, y que toda aquella singular belleza y amplitud sea tan solo un gran charco de lodo salobre donde mojan sus cimientos algunas casas antiguas, tristes y negras, como los pensamientos del desesperado.

Al fin, el puente se acaba, y es preciso entrar en la villa. Un convento que fué de Franciscos parece que vigila la entrada. Ya se sabe que ellos no se situaban en los peores sitios. Torciendo á derecha mano, despues de hacer una reverencia muy devota á lo que fué asilo de aquellos humildes siervos de Dios, entramos en la calle principal de San Vicente, una especie de avenida de fango, formada á la izquierda por larga fila de altos caserones con zancudas arcadas, y á la derecha por la muralla inmediata al rio. A un lado, oscuras y feísimas tiendas, balcones de hierro, en los cuales parece haber trabajado el mismo Vulcano, segun son de antiguos y pesados; á otro, serena extension de agua en que nadan gruesas vigas de roble, y en los muelles ni un buque, ni una grua, ni un tonel, ni una caja, ni un cable, ni un ancla rota. Allá léjos, junto á la orilla, semejante á una choza de pescadores, está el santuario de la Barquera, donde no faltarán imágenes, ante las cuales recen los hijos del país siempre que no tengan otra ocupacion peor en que invertir las pesadas horas.

Para ver el resto de San Vicente, es preciso abandonar la

calzada llana y trepar por las empinadas calles que conducen á la hermosa iglesia ojival. Pero entonces el asombro del viajero sube de punto al verse rodeado de imponentes ruinas, como si la villa hubiera padecido terremotos é incendios horribles sin tener despues una mano solícita que la reedificase. Por un lado y otro se ven enormes muros y rotos arcos y restos de edificios que fueron vivienda de hidalgas familias, y que hoy son esqueletos coronados de yedra, cuya espantosa fisonomía pone miedo en el corazon. Tristeza más honda que la tristeza de Santillana es la de San Vicente, porque la villa del marqués conserva en su momificado y entero rostro la forma y aun la espresion de la vida, mientras este desbaratado pueblo marítimo ha sufrido la postrera descomposicion de la carne, y los vientos de la mar y la lluvia del cielo le han arrebatado partícula tras partícula, dejándole en los puros huesos.

Aumenta nuestra pena al oir que el orígen de tanta ruina no ha sido un cataclismo como en Pompeya, ni maldicion del cielo, como en Jerusalem, ni fuego de Dios como en Gomorra, sino decadencias puras por esas misteriosos sentencias que suele extender el tiempo, y por esto San Vicente de la Barquera tiene algo de la majestad de Itálica. Pero el *amarillo jaramago* de esta pobre villa no es tal que despierte un exagerado afan de llorar sobre él, ni de extasiarse largas horas contemplando las nobles piedras, ó leyendo lo que quede de algun escudo comido de los años, ó las últimas letras de la inscripcion heráldica que el dedo del tiempo ha empezado á borrar.

En San Vicente ha rodado, al parecer, la cuna ilustre, no sabemos si de *marfil* y *oro*, del inquisidor D. Antonio del Corro, cuya hermosa estátua existe en la iglesia, atenta á la lectura de un libro. La expresion y belleza son tales, que el observador se detiene instintivamente y aguarda con ansioso afan á que el reverendo levante la marmórea cabeza y aparte del libro los ojos sin pupilas para mirarle á él. La semejanza de este enterramiento con el que existe en la capilla de Bedmar de la catedral de Sigüenza, es grande y su mérito no inferior al de esta primorosa obra de arte.

Es preciso salir de San Vicente. No sólo lo exige el plan de la expedicion, sino tambien el atractivo del hermoso país que rodea á la villa caduca y del cual jamás se sacian los ojos. Pasamos otro puente y subimos la pendiente del camino de Asturias. Desde allí el panorama no es ménos admirable que cuando se baja por la otra orilla en busca del puente citado. Los charcos de las marismas que rodean á San Vicente ofrecen el más complicado mapa que puede imaginar el delirio

de la geografía. Todas las combinaciones posibles de rayas de agua, discurriendo sin órden ni tino por entre juncos; todas las formas geométricas de islas y penínsulas que serian posibles si estuviese en proyecto una nueva Creacion del mundo, se ven allí, y nadie puede eximirse de observar con pueril atencion tan graciosa cosmogonía. Entre estos caprichosos juegos del agua y el fango, se alza el cerro de San Vicente muy semejante al lomo de un cocodrilo, y despues las múltiples séries de colinas que escalonadas suben sirviendo de plinto á los montes, y en último término las descomunales crestas de Andara, último esfuerzo de la tierra para llegar al cielo.

B. PEREZ GALDOS.

(Continuará.)

EL SULTAN ACHMET.

TRADUCCION DE VICTOR HUGO.

Oh! permets, charmante fille,
j'enveloppe mon cou avec tes bras.
HAFIZ.

A Juana la granadina,
que bulliciosa y alegre
en el harem juguetea,
y canta sus penas siempre,
el sultan Achmet un dia
con tierno afan la requiere:
«Yo diera, dijo, sin pena
por Medina la celeste
mi reino, y por tus amores
diera á Medina mil veces.»
—Hazte, gran señor, cristiano!
que son del amor los bienes

criminales en los brazos
del dueño de cien mujeres.
Yo tengo temor al crímen:
el pecado es suficiente.
—Por esas perlas de nacar
cuya cadena de nieve
realza tu hermoso cuello,
tan blanco como la leche,
yo haré lo que tu deseas,
sultana mia, si quieres
que por rosario mis manós
tu rico collar empleen.

ADOLFO DE LA FUENTE.

EL MAR.

RECUERDOS DEL CANTÁBRICO.

El corazon tiene sus razones que
la razon no comprende.

¡Costas alegres del Cantábrico mar; rocas pintoroscas que, inmóviles sobre el bullente Océano, levantais vuestra pelada cabeza por encima de la blanca espuma, recibid mi cariñosa salutacion!

Cuántas veces quien esto aquí escribe ha prorumpido en parecidas esclamaciones al contemplar el rincon en donde se meció su cuna al suave arrullo de las movibles ondas.

De niño y aun de adolescente, misteriosa atraccion le lle-

vaba á la orilla del mar, sitio predilecto de sus recuerdos y continuadas meditaciones, á esa línea casi indefinida que marca la brillante y menuda arena y que parece como que ciñe el cuadro de lo infinito: á sus piés juguetonas en los dias de calma, como niña hermosa que hace gala del poder de sus encantadores hechizos, las olas murmuraban eternamente, como suspiros confundidos, misteriosas frases que en su imaginacion hallaban eco: levantiscas ó furiosas, con sus rizadas cabelleras cubiertas de manchada espuma en los dias de tempestad, llevaban en el batiente ruido de sus furores ese grito de amenaza, que intimida al niño y á la débil mujer, que atrae y sorprende al hombre: sobre su cabeza otro mundo no ménos grande, como el mar tambien infinito, campo de inagotables contemplaciones, por donde corre el pensamiento humano y busca la vista del mortal un giro que le permita entrever lo absoluto.

¡Bendita tú, oh mar! arpa grandiosa de la naturaleza, en cuyo seno viven encerradas notas admirables, que hieren el corazon con delicados sones y trasportan el alma á las regiones del espacio sin límites: tú haces vibrar en los dulces giros de tus ondas los acentos de la pasion infinita: dulce como el amor, cuando el viento roza con amoroso beso tus cimas coronadas de festoneada espuma; ardiente, avasalladora, como la pasion, al azotar tus líquidas montañas el huracan del otoño.

Tú eres medio poderoso de comunicacion entre los hombres: por tus trasparentes aguas se abre paso la tajante proa de la nave, que tras sí deja, al rasgar tu seno, brillante estela que, como el tiempo y la felicidad veloz, se forma leve para desvanecerse al momento. ¡Tumba inmaculada, que has sepultado á tantos héroes y á tantos mártires del deber! tú guardas sus restos con cariño sin límites, y jamás la mano del hombre profanar pudo por completo el archivo de tus secretos: en el fondo de tus azuladas capas reposan sus blancos huesos gozando de absoluto reposo.

Qué de estraño tiene ¡oh mar! que mi torpe pluma se lance á cantar tus infinitas bellezas, si tu recuerdo nunca se aparta de mí, y más de una vez sirve de lenitivo á mi ansiedad, en las largas horas que tu ausencia me llena de mortal fastidio: cuando, agobiado bajo el peso del dolor é invadido de la amarga tristeza de la nostalgia, que abate mi espíritu, pienso en las cortadas costas que reciben el abrazo de tus olas, me consuela tu recuerdo y parece que siento cerca de mí el no interrumpido ruido de tus eternas palpitaciones, cuando ellas se desvanecen en prolongados círculos sobre la desierta playa, campo de tus misteriosas confidencias.

¡Quién sabe lo que en su lenguaje espresan! Quizá en ellas venga el último suspiro de algun ausente enamorado, que te tome como seguro confidente é intérprete fiel de sus largas horas de angustia y dolor. Quizá en ellas, cuando soberbia levantas tu cabeza dominando los escuetos peñascos de la costa, venga envuelto el último pensamiento del que encontró sepultura inmensa en lo profundo de tus aguas!

Tú eres ¡oh mar! misterioso como el amor; profundo como lo infinito; como lo absoluto sin límites; atraes con la fuerza irresistible del vértigo y eres el campo en donde el hombre desenvuelve las fuerzas de su inteligencia, riñendo contigo batallas continuadas: al empuje de tus materiales esfuerzos opone el vigoroso aliento de su génio: ha tratado de dominarte, y casi lo ha conseguido. Cuando tranquilo y bonancible, apenas ligero viento riza tus ondulosas capas, se desliza suavemente el arca que tantos afectos lleva y débil embarcacion apenas corta con su tajante quilla tus rizadas aguas: si, agitado por misteriosos impulsos, sacudes con poder el frágil leño, lucha contigo, y entre los fragores de tus desordenados ruidos y la furia de tus azotes sostiene lucha desigual, y espera el momento en que calmes tus agitadas olas. ¡Te ha vencido una vez más! y postrado de hinojos sobre dura y mojada tabla doblega el navegante la cabeza, rendida bajo el peso del reconocimiento, y eleva sus ojos por las lágrimas humedecidos hácia el cielo, otra vez purísimo, en donde está *Aquel* á cuya imperiosa voz has dominado tus furores, ante cuya voluntad has inclinado tus iras.

Y ¿sabes por qué te ha vencido? Porque ante tu brutal fuerza y mecánico empuje, has tenido un ser animado, en el cual latía con fuerza un corazon de esperanzas lleno; ante cuya mente han pasado el recuerdo de séres queridos, para quienes vive, y cuya sola idea le ha dado poder bastante para mantener siempre fija y fuerte la salvadora barra que le encamina á seguro puerto.

Tú te has calmado porque el presentimiento de la desgracia ha producido el lamento del padre, el suspiro desesperado del amante, el gemido del inocente niño, las lágrimas de la mujer, y estas plegarias del corazon alcanzaron de Dios, para vencerte, su misteriosa fuerza.

Tú has servido para estrechar los lazos entre los hombres; por tú medio la fé santa é imperecedera del *Crucificado* se ha esparcido por la faz de la tierra, consiguiendo por tí abandonado navegante, ayudado por magnánima reina, implantar el morado y glorioso pabellon de Castilla en continentales tierras, envueltas hasta entonces en la profunda oscurídad de la ignorancia.

Tú has abatido el orgulloso poder de los grandes y has levantado la humildad de los pequeños: misterioso instrumento de los providenciales arcanos, llevaste á profunda sepultura «La Invencible» del rey hispano, y dejaste arribar á bonancible é ignorada playa la pobre carabela del genovés Colon. Has abatido en lo profundo de tus simas el poder del agareno, ahogando con tus rugidos el último grito de rábia del muslim altivo, y has sído mudo espectador del valor heróico, que el génio español desenvolvió en Trafalgar.

Y ¡cómo habrás sentido el victorioso empuje del hélice, cuando el vapor ha rasgado tus compactas gotas y hayas escuchado el grito del navegante, que sobre cubierta ha cantado el himno de su poder! ¡Tus murmullos se han apagado y tus suspiros, al convertirse en blanca espuma, han sido nublados por el penacho de negro humo, que, como aliento de gigante, ha lanzado por la chimenea la volcánica caldera! Estás una vez más dominado! El rey de la creacion se ha apoderado de tus propias fuerzas, las ha empleado contra tí, y tus rugidos de mal comprimida cólera son inútiles contra él.

¡Cede, cede al empuje victorioso del hombre ¡oh mar! y préstale tus fuerzas, para juntos servir al progreso del mundo y á la extension de la verdad eterna!

Sé tambien el confidente de mis íntimos pensamientos, y murmura en mi nombre eterno cántico de amor, que encuentre dulce eco en el corazon á quien mi alma se dirije: en tu elocuente lenguaje la puedes espresar, mejor que pudiera nunca hacerlo el lábio humano, mis profundos sentimientos.

MANUEL MARAÑON.

Diciembre de 1876.

LAS ESTACIONES DEL ALMA.

Cuando, apoyada
sobre tu reja,
das á mis ojos
con tu presencia
la más preciosa
visible muestra
de los querubes
que el cielo alegran;
aunque los astros
su brillo pierdan
y pardas nubes
cerquen la tierra,
dice mi alma
libre de penas:
*¡Qué hermoso dia
de primavera!*

—

Cuando tu gracia
miro y admiro,
sin que te oculten
velos ni vidrios,
y de tus ojos
rayo divino
viene á posarse
sobre los mios;
aunque las flores
mueran de frio
y en torno caigan
rudos granizos,
dice mi alma
con regocijo:
*¡Qué placentero
dia de estío!*

—

Cuando en lejano
lúgubre fondo
columbro apenas
tu bello rostro,
y entre cristales
sombras y polvo
pierdo las líneas
de tu contorno;
aunque florezcan
frescos pimpollos
y el sol destelle
rayos de oro,
dice mi alma
en triste tono:
¡Qué anubarrado
dia de otoño!

—

Cuando de verte
no existe medio,
y en tu ventana
tupido lienzo
celoso cubre
hasta el estremo
de tu vestido
color de cielo;
aunque la sangre
hierva en mi cuerpo
y oiga á mi lado
dulces gorjeos,
dice mi alma
con desconsuelo:
¡Qué insoportable
dia de invierno!

TOMÁS FERNANDEZ DE CASTRO.

CARTAS DE ROMA.

I.

ESPAÑOLES EN ITALIA.

SR. D. JOSÉ M.ª DE PEREDA.

Roma 1.° de Febrero de 1877.

Mi carísimo amigo. *Et in Arcadia ego.* Séame lícito traer á mi cuento estas palabras que se escribieron con propósito muy distinto. Tambien yo he venido á Italia, y lo que es más, á Roma. Y como todo el que hace este viaje parece obligado *ipso facto* á decir bien ó mal algo de lo que ha sentido y visto, aun á riesgo de aumentar el lastimoso catálogo de los *touristes* impresionables, comienzo hoy esta série de epístolas, en que hablaré de lo primero que me venga á las mientes, sin mas pretension ni otro intento que el de conversar con Vd. cual pudiera de palabra, y dar materiales para algunas páginas de nuestra TERTULIA.

No poco me ha costado hallar asunto para esta primera carta, porque la misma variedad y riqueza de la materia, y el encontrarla ya de tantos modos estudiada, quitan la pluma de la mano, y de la mente el deseo de escribir acerca de Italia. Mas al cabo tropecé con un argumento que, no á una epístola, sino á muchos y abultados libros pudiera servir de rótulo, á ser desarrollado cual de justicia se merece. Pensé, digo, en apuntar breves consideraciones acerca de los muchos é ilustres compatriotas nuestros que en diversas épocas y con opuestos fines han visitado el *bel paese*, trayendo ó llevando elementos de saber y de cultura, ó semillas de desolacion y guerra.

Porque está de Dios que las dos penínsulas *hespéricas*, principal morada y asiento de la raza latina, han de comunicarse eternamente la vida y la muerte, las tinieblas y la luz, siendo ora influyentes, ora influidas, cual cumple á sus particulares destinos y al general de la humanidad que en Italia y en España ha visto cumplirse algunas de sus más prodigiosas evoluciones.

¡Cuántas huellas han quedado aquí del paso de nuestras gentes! Desde los albores de la historia pátria parece que una oculta fuerza dirigia á nuestros mayores hácia la riente Ausonia. En las cátedras de latinidad hemos aprendido, traduciendo á Tito Livio, las portentosas hazañas de aquellos celtíberos que guiados por el cartaginés, rayo de la guerra, triunfaron en el Tesino, en Trebia, en Trasimeno y en Cannas, infundiendo no usado terror á la soberbia Roma. En pos de estos recuerdos de guerra y de esterminio, otros más apacibles, y clásicos tambien, asaltan el ánimo del español que por primera vez visita estos lugares. España, ya *romanizada*, pagó á su metrópoli copioso tributo de grandeza y de ingenio. Por los pórticos, foros y vías de la Roma antigua cruzaron adornados no pocas veces con el laurel y con la púrpura, aquellos inmortales cuya série empieza en el cónsul gaditano Balbo y en el bibliotecario Julio Higinio. Basta recordar á Porcio Latro, el primer declamador de esclarecido renombre; á Séneca el retórico, docto compilador y atinado juez en las *Controversias* y *Suasorias;* á Séneca el filósofo, cortado en la frase, profundo en la sentencia, trasformador del estoicismo, inconstante en la metafísica, grande en la moral é inferior á sí mismo y á su doctrina en casi todos los actos de su vida; á Lucano, cantor de los farsálicos horrores, poeta sin rival por el vigor y el nervio entre los latinos; á Marcial, fotógrafo implacable y sin conciencia de aquella sociedad perdida; á Quintiliano, último y fortísimo antemural contra la corrupcion literaria, hermana siempre de la política; á Pomponio Mela, único y elegantísimo geógrafo en aquella literatura; á Silio Itálico, buen narrador aunque ingénio de corto vuelo; á Columela, purísimo y acrisolado artífice de la diccion en una materia árida; al brillante compendiador Floro, y á aquellos tres gloriosísimos emperadores

Ante quien muda se postró la tierra...

Y si algun despertador necesitásemos para traer á la memoria estos nombres, aún está en pié la columna de Trajano, vencedor de los Dácios; aún se levanta la *mole Adriana*, trocada en castillo de Santángelo, y aún señala la tradicion mi-

lanesa (si bien con poco fundamento) el sitio en que San Ambrosio rechazó á Teodosio despues de la matanza de Tesalónica. Mas no en piedras ni en lugares, sino en los versos de Claudiano, vive la memoria de aquella infortunada *Serena*, noble y simpática figura entre las ruinas de un grande imperio. Y no en versos ajenos, sino en los suyos propios, brillantísimos de fé y de hermosura, vive el alma de Prudencio, *el más grande de los líricos que florecieron desde Horacio hasta Dante.*

Mas demos tregua á recuerdos latinos inagotables cuanto dulces al alma. No son menores los que ofrecen los siglos medios. No tanto por letras como por armas reanudóse desde el siglo XIII la íntima comunicacion entre ámbas penínsulas. Relaciones comerciales, como entonces podian existir, teníanlas de tiempo atrás catalanes, genoveses y pisanos. Relaciones políticas puede decirse que las hubo desde que el último de los Berengueres pasó los Alpes para avistarse con Federico Barbaroja, y mucho más, despues que Pedro II, el futuro defensor de los Albigenses, infeudó la corona de Aragon á la Santa Sede. Pero más tarde, peregrinos acaecimientos, convirtieron en *gibelinos* á los monarcas aragoneses, y sonó el tremendo toque de vísperas en Palermo; y Pedro el *Grande*, recogiendo la herencia de Manfredo y de Conradino, humilló en Mesina á Cárlos de Anjou; y Roger de Lauria infestó aquellos mares de tal suerte, que *ni los peces se atrevieron á moverse sin llevar las barras de Aragon en la espalda.* Sicilia, teatro de inauditas proezas, fué desde entonces joya del *Casal d' Aragó*, como lo fué Nápoles, rendida mucho tiempo despues por el magnánimo Alfonso V, el rey guerrero y sábio, político y humanista.

En los siglos XIII, XIV y XV no solo habia enviado Aragon sus guerreros á Italia. Tambien habia resonado allí la voz de sus sábios. Arnaldo de Vilanova, perseguido en su país como estravagantísimo y herético teólogo, peregrinó por Italia y Sicilia, haciendo portentosas curas, dando vida á la escuela salernitana, y adquiriendo al par que la fama de médico, la de alquimista y nigromante, tras la de hereje que ya de antiguo, y con justicia, traia. Señalábasele con terror como afiliado en una especie de secta pitagórica, y no faltaba quien le achacase la blasfemia *de tribus impostoribus.*

Tambien el iluminado doctor Raimundo Lulio recorrió más de una vez la Italia en demanda de proteccion y apoyo para los dos grandes proyectos de su vida: la cruzada y la adopcion del *Ars Magna* en las escuelas en vez de la enseñanza averroista. Frustráronse los propósitos del gran pensador mallorquin, y fué á coronar su heróica vida con la

palma del martirio sufrido en las inhospitalarias costas africanas.

Diónos Italiá (en cambio de todo esto y del influjo ejercido en su renaciente poesía por la provenzal-catalana) el sistema teológico del grande Aquinate, la alegoría dantesca cuyo introductor en Castilla fué el genovés Micer Francisco Imperial, el derecho romano vivificado por doctos intérpretes y célebres escuelas, la poesía petrarquesca que se purificó y acrisoló en manos de Ausias March al pasar de la blanda lengua de Ausonia á la acerada y vibrante de los Almugavares; y finalmente el renacimiento clásico que, llegando á su apogeo en el siglo XV, fué acogido con sin igual amor en la corte napolitana de Alfonso V, al par que en Castilla le allanaban el camino D. Alfonso de Cartagena, primero, y despues Alonso de Palencia, educado en Italia y discípulo del sábio griego Jorge de Trebisonda.

A fines de aquel siglo y principios del siguiente ¡cuántos y cuán poderosos lazos unian á entrambas penínsulas! De una parte, aquel reino de Nápoles convertido á la contínua en campo de batalla y asegurado al fin por nuestras armas con los triunfos de Ceriñola y del Garellano. De otra parte, Roma que vió en el sólio pontificio dos valencianos. Florencia donde concurrian mancebos portugueses á las aulas de Angelo Policiano; Bolonia y su colegio de San Clemente, fundacion del esclarecido cardenal Gil de Albornoz, brazo de la Santa Sede y acérrimo propugnador de sus derechos en los turbulentos dias del siglo XIV.

Todos estos motivos y otros más trajeron en el XVI á Italia cuanto en letras y en armas, en santidad y en virtudes, en política buena y mala produjo España durante aquella extraordina centuria, sin igual en los anales del mundo. Grandes caractéres y grandes hechos, la personalidad humana que se levantaba más grande y poderosa que nunca alentada por los grandes descubrimientos y por el despertar súbito de la antigüedad; la audacia teológico-filosófica lanzada á los torcidos caminos de la *Reforma*, el *humanismo* en su mayor grado de exaltacion y convertido á veces en *paganismo* puro; el desenfreno artístico en las costumbres públicas y privadas; la verdadera *reforma* brotando del seno de la Iglesia misma; la revolucion política donde quiera, las monarquías absolutas y los ejércitos permanentes, el poder de las armas y el de la imprenta, todo batalló encarnizadamente en aquel siglo, verdadera clave de la historia, siglo de fisonomías acentuadas y vigorosas, cuando no de gigantes, en quienes aparecieron confundidas y mezcladas la edad antigua que resucitaba, la edad media que moria y la moderna cuyos ele-

mentos iban trabajosamente elaborándose. España participó en grado eminente de todas las grandezas y errores del gran siglo, é Italia fué el palenque en que dieron de sí más gallarda muestra sus hijos. En Italia aprendieron y enseñaron muchos de sus humanistas, superando no raras veces á sus maestros. Aquí tradujo Sepúlveda á Aristóteles y escribió su *Antapología* contra Erasmo. Aquí Antonio Agustin solazaba con las flores de la elocuencia y de la poesía la aridez de los estudios canónicos. Aquí acudieron Paez de Castro y Aquiles Stazo y Juan de Verzosa y Pedro Chacon, sedientos de admirar la antigüedad en sus ruinas y en sus códices, para hallar nuevas luces con qué ilustrarla. ¿Y qué decir de aquel nuestro incomparable embajador D. Diego de Mendoza, que enriqueció la erudicion helénica con un tesoro de códices hasta entonces punto menos que desconocidos?

El hecho capital de aquel siglo, la llamada *Reforma* de Lutero, continuador de las desdichadas tentativas de Wiclef, de Juan de Hus y de Pedro de Osma, vino á conmover y trastornar los ánimos así en España como en Italia. De la primera pasó á la segunda el discreto y profundo Juan de Valdés, prosista sin igual entre los del reinado de Cárlos V. Tolerado en Nápoles por el virey D. Pedro de Toledo, esparció de buena fé y con hondo fervor, doctrinas tan peligrosas como seductoras por traer colorido místico y venir envueltas en dulces frases y arreadas con una elocuencia de oro. En aquellas secretas reuniones de Chiaja solía Valdés esplicar las epístolas de San Pablo ó dilatarse en *consideraciones divinas* ante un auditorio de teólogos y humanistas, de bizarras damas y atildados poetas. Carnesechi, Ochino, Pedro Mártir, Vermiglio, Victoria Colonna, Julia Gonzaga, oian con respeto y admiracion la severa palabra del hijo de Cuenca, amenizada tal cual vez con las agudas *facecias* del *diálogo de Mercurio y Caron* ó con los filológicos primores del *diálogo de la lengua.*

Mas no solo en dulces coloquios y en atrevimientos dogmáticos ó escépticos ocupaban las horas los hijos de aquel siglo. No pocas veces venia á turbarles el ruido de las armas y la noticia de combates estupendos. Con asombro supo Europa la prision de Francisco I en Pavía, y con asombro y terror de unos, con indignacion y escándalo de otros recibióse más tarde la noticia del espantable saqueo de Roma y de las profanaciones y atropellos inauditos cometidos en la santa ciudad por las huestes imperiales. De horror fué la impresion general y justísima, mas no faltaron hombres, ó severos ó sospechosos de adhesion al luteranismo, que viesen en aquel suceso un castigo providencial de anteriores extravíos. El

secretario Alfonso de Valdés, hermano de Juan, escribió con tal espíritu su *diálogo de Lactancio.*

No solo humanistas y herejes y soldados españoles visitaban la Italia. Teólogos, canonistas y hasta fundadores de órdenes religiosas hacian esta peregrinacion con tanta ó más frecuencia. ¿Quién no recuerda á los prelados de Trento? ¿Quién no trae á las mientes el proceso del arzobispo Carranza que en Roma se terminó, no muchos dias antes de la muerte del procesado? ¿Cómo no hacer memoria de su sábio y generoso defensor Martin de Azpilcueta? ¿Y quién no piensa en los primeros jesuitas, en San Ignacio, en Lainez y en Rivadeneyra, por lo ménos?

Pero ¿á dónde voy á parar con todos estos recuerdos? Usted debe estar cansado, y los lectores tambien, y á mí me enfada no poco el estilo declamatorio que insensiblemente he ido tomando en los párrafos anteriores. Mas séame permitido repetir en llana y no oratoria prosa, lo que nadie ignora, despues de todo, quiero decir, los nombres de algunos eximios poetas nuestros que en el siglo XVI viajaron ó residieron en Italia. Sabido es que las comedias de Torres Naharro encantaban á la corte de Leon X, no poco fustigada por el satírico estremeño en aquellos célebres versos

Virtud en el mundo no cabe ni mora.

Y en efecto, no debia ser grande la virtud en los tiempos en que corrian con aplauso los *razonamientos* de Pedro Aretino, y la *Lozana Andaluza* de nuestro clérigo Francisco Delicado que (entre paréntesis) la escribió en Roma y la imprimió en Venecia.

Volvamos al asunto. De Garci-Lasso ningun español debe ignorar que tuvo en Italia amores y aventuras caballerescas, y que celebró en sus versos á cierta *sirena del mar napolitano*, y que compuso la *Flor de Gnido* para cierto amador de Doña Violante Sanseverino. A orillas del Tesino, del Pó y del Sebeto entonaron asimismo dulces cantares el bachiller Francisco de la Torre, su buen amigo Francisco de Figueroa, el sevillano Escobar (de quien, dicho sea de paso, he encontrado versos inéditos), Francisco de Medrano, imitador felicísimo de Horacio, D. Juan de Jáuregui, incomparable traductor del *Aminta*, Alonso de Acevedo, cantor maravilloso de *la creacion del mundo* y otros que no tengo tiempo ni paciencia para enumerar. Solo diré que Mateo Aleman debió pasar en Roma algunos años, cual se deduce de su *Guzman de Alfarache*, y que Cervantes conocia admirablemente la península itálica, como puede ver el curioso en el *Persiles*. Sabemos además por testimonio del *manco sano* en el *Viaje*

del Parnaso que *pisó las ruas de Nápoles más de un año.*

Las imprentas italianas del siglo XVI, así en los estados españoles de Nápoles, Milan, etc., como en Venecia, en Roma y hasta en Génova y Turin, producian sin cesar libros españoles ó traducciones de los escritos por nuestros ingenios. No hubo ninguno, aun de los medianos, que no se viera reimpreso ó traducido en Italia.

¿Pues qué diremos de los pintores, escultores y arquitectos que vinieron á Italia en demanda de ejemplos, de enseñanza ó de inspiracion artística? No ha de olvidarse que Pablo de Céspedes admiró en el *etrusco Vaticano* las obras de Miguel Angel, y tengo para mí que á vista de las ruinas de la Roma antigua escribió aquello de

Viene espantosa con igual porfía
A los hombres y mármoles la muerte.

En el siglo siguiente y al amparo del virey de Nápoles, conde de Lémos, tuvimos en Nápoles una verdadera colonia poética presidida, digámoslo así, por los hermanos Argensolas. A Bartolomé, que estuvo más de una vez en Roma y alcanzó al fin un canonicato del Pilar, debieron disgustarle los enredos y amaños de los curiales y aun otras cosas más graves, y por eso dijo con sequedad aragonesa:

Y Crisófilo cauto, con la treta
Del volador Simon, la mitra agarra,
Con que despues la indocta frente aprieta.

Lo cual se dijo y estampó en España á vista y paciencia de la inquisicion, porque no era tan fiero el leon como nos le pintan, y en tiempos del Santo Oficio se decian y escribian muy buenas cosas.

Otro virey de Nápoles, aquel Osuna, de quien cantó Quevedo

Tumba y cárcel le dieron las Españas
De quién él hizo esclava la Fortuna,

formó (como es sabido) con otros generosos españoles el proyecto de destruir la república de Venecia, pero en guerra franca y leal, no por medio de aquella conspiracion absurda que forjó, para conjurar la tormenta que amenazaba á la reina del Adriático, su consejero el servita Fra Paolo. Era el brazo derecho de Osuna en esta y otras arriesgadas empresas nuestro ilustre Quevedo, á quien Roma inspiró dos enérgicos cantos, el soneto:

Buscas en Roma á Roma, oh peregrino,
Y en Roma misma á Roma no la hallas:
Cadáver son las que ostentó murallas,
Y tumba de sí propio el Aventino,

y la cancion:

Esta que miras grande Roma ahora....

rica de pensamientos y de frases felices, como solo sabia encontrarlas aquel portentoso y universal ingenio.

Pero noto que me voy distrayendo á prolijidades impertinentes, y así me decido á terminar esta carta; mas no sin recordar á otros españoles de quienes en Italia han quedado huellas ó fama. Y dejando á los hombres de armas y de negocios, así como á los artistas, quiero terminar esta descosida letanía con la dulce memoria del cardenal Aguirre, de Nicolás Antonio y del dean Martí, brillantísima *Triada* española en Roma, á fines del siglo XVII, es decir, en los ominosos tiempos de Cárlos II, el Hechizado. Entonces salieron de las prensas de la ciudad eterna, la *Collectio maxima conciliorum Hispaniae*, la *Bibliotheca Hispana Vetus*, y la *Nova:* entonces escribió el Dean de Alicante aquellas epístolas, elegías, odas y epigramas, dignos de los áureos tiempos de la musa latina.

Aquí iba á cerrar la carta, pero ¿cómo hacerlo si se me queda en el tintero la brillante pléyade de jesuitas, á quienes la cesarística intolerancia del gobierno de Cárlos III arrojó en masa á los Estados Pontificios, sin duda en obsequio á la *civilizacion* y á las *luces*, es decir, para que sacasen la ciencia de casa y la esparciesen entre los extraños? ¡Qué sabio y paternal gobierno el que desterró, por el solo crímen de vestir cierto hábito, más de *cien* escritores de nota (á parte de otros muchos santos y sábios varones que no escribieron) entre quienes los habia de la talla de Hervás y Panduro, Andrés, Eximeno, Lampillas, Arteaga, Masdeu, Lasala, Colomés, Isla, Pou, Alegre, etc., etc! Pero de estas cosas he hablado ya y sigo hablando en LA TERTULIA, y no me gusta insistir en lo dicho ni repetirme.

Con otros dos nombres españoles, el de D. José Nicolás de Azara, embajador que fué en Roma, literato notable y protector munífico de las artes y de las letras, y el del inmortal Moratin, pongo término á esta reseña. Inarco escribió su propio *viaje*, que es dignísimo de leerse. En Italia compuso además, muchas de sus poesías líricas, señaladamente la *epístola* á *Jove-Llanos*, la oda á *los colegiales de San Clemente de Bolonia* y el himno á *la vírgen de Lendinara*.

Adios, amigo mio. Celebraré que esta mal pergeñada epístola halle gracia á los ojos de Vd., como recuerdo del amigo ausente, no por otro mérito ni circunstancia. Suyo devotísimo

M. MENENDEZ Y PELAYO.

LÁGRIMA PERDIDA.

Solitaria pasó ante mí pupila;
Solitaria en mi párpado vacila,
Y sola rodará.
Las demás, como plomo derretido
Cayeron en mi pecho, carcomido
Por los pesares ya.

Cual la trémula gota de rocío
Cae del árbol, la recibe el río,
Y la devora el mar;
Así mi ardiente lágrima olvidada
Irá á morir al golfo de la nada,
¡Oh Elvira! á mi pesar.

¡Ultima vibracion del arpa rota!
¡Ultimo brillo de la luz que azota
El yerto Septentrion!
¡Unica muestra de un dolor sublime!
¡Unica voz con que en silencio gime
Marchito el corazon!

¡Ay! esta sola lágrima destruye
Toda mi juventud: con ella huye
Mi esperanza, mi paz:
Quema do pasa, y mi dolor no cede....
¿Será tal vez la última que ruede
Por mi pálida faz?

Esta lágrima cruel, dentro del seno
Con mi sangre formada, y el veneno
De un secreto pesar;
Esta lágrima inútil que aniquila
El pobre corazon de que destila
Tras largo suspirar;

Esta furtiva lágrima de fuego
Que agosta, devastando mi sosiego,
El verdor de mi fé:
Ignorada, sin gloria, sin potencia,
Caerá en la invencible indiferencia
De la beldad que amé.

CASIMIRO COLLADO.

EN LA MONTAÑA.

No por desvariado y ciego
mi pensamiento te enfade,
cegó persiguiendo al tuyo
de pena de no alcanzarle.

Caminos de la Montaña,
duros y escondidos sois,
para mí cual tú ninguno,
camino de un corazon.

AMÓS DE ESCALANTE.

CONSEJA.

Un mozo de *Huergo* (palabra derivada de *Orcus*, latino, que en castellano antiguo se decia *huerco)* concibió una pasion intensa por *Colomba*, señorita de la casa de *Guiána*, con quien de niño andaba á nidos y flores por los prados, cuetos y arboledas del contorno. Se llamaba *Tirso*, y, ahogando por respeto y timidez su amor, cayó enfermo de melancolía, en cuyo estado hizo voto de ir, si sanaba, en peregrinacion á Santiago.

Camino de Santiago, halló una mujer misteriosa de mala catadura que le dió un libro rarísimo llamado el *Tumbo de San Ciprian*, con el cual podria conseguir cuanto quisiese, valiéndose del ministerio del solitario de *Lledales;* y sin cumplir el voto, se volvió, en su afan de recabar pronto el cariño de *Colomba*.

Subió á *Lledales*, en cuya cueva vivia vida penitente *Acisclo*, alimentándose de yerbas y de la miel que manaba por las quiebras de las rocas. En la cueva estaba, toscamente esculpida en la roca la figura de la Virgen á caballo con el niño Jesús en brazos, y San José al lado, representando la huida á Egipto.

Tirso se le presentó con el *Tumbo*, y *Acisclo*, entusiasmado, le dijo que con él podrian obligar al demonio á aprontarles riquezas sin cuento, con las que *Tirso*, hecho un potentado, lograria fácilmente la mano de *Colomba*, y *Acisclo* levantaria allí un soberbio monasterio; y se convinieron en ir á la *Peña negra* de Huergo á hacer la evocacion.

Cerca de media noche, estaban *Acisclo* y *Tirso* sobre aquel peñon, situado á la derecha del rio, poco más arriba del pozo de *l' Olla*, entre dos sendas; *Tirso* alumbraba con gamones encendidos.

Acisclo trazó con un hisopo un círculo en torno de ambos pronunciando cierta fórmula; luego asperjó hácia los cuatro puntos cardinales, imponiendo silencio al agua, al viento, a los cárabos y á las ranas: en seguida ardió un montoncito de yerbas mágicas que á sus piés habia.

Tras esto empezó á leer por el *Tumbo* en voz baja de cara

hácia el pozo de *l'Olla*, de donde á poco salió una voz terrible, entre rencorosa y plañidera, diciendo:—*¿Qué quieres?—Que vengas á obedecer mis órdenes.—Tuyo soy, ¿en qué forma he de presentarme?* (esto ya se oyó en el aire).—*En forma de caballero.*—Y de repente, rodeado de una luz cárdena, apareció en el aire, encima de la cascada, un caballero de tez bronceada y mirar triste y torvo, montado en uno de esos moscardones verdinegros llamados *caballos del diablo* que andan sobre los rios, solo que este era de colosales proporciones.)—*Manda.—Mándote que pongas á nuestra disposicion todas las riquezas que hay sepultadas en el mar.—Serás servido.*

Y como un relámpago voló hácia el Norte, dejando en pos un gran surco de luz cárdena, á cuyo resplandor vieron *Acisclo* y *Tirso* venir del mar por anchísima via y dirigido por él, un imponente convoy de carros cargados de incalculables tesoros y escoltados por dos filas de feísimos demonios, armados de guadañas, con las que segaban, como una mies, las cabezas del sin número de gentes que de uno y otro lado se avalanzaban codiciosas sobre aquellas riquezas.

Acisclo y *Tirso*, aterrados por tan espantoso cuadro, se taparon los ojos con las manos, esclamando á una: *¡Vírgen Santísima!* y quedando convertidos en estátuas de piedra en aquella actitud. La vision se desvaneció. Oyóse un resuello terrible en el pozo de *l' Olla*. Sonaba á lo léjos el primer canto del gallo.

Setenta años permanecieron petrificados *Acisclo* y *Tirso*. La peña estaba incandescente y exhalaba olor de azufre; de noche parecia una hoguera, y en torno de ella daba lentamente tres vueltas, cantando el *De profundis*, la *Hueste* con unas andas vacías. Las estátuas de estos, al terminar la procesion y sonar lejano el canto del gallo, exhalaban el grito de *¡Vírgen Santísima!* Por el dia se cernian sobre ellas graznando terriblemente siete enormes cuervos, que anidaban en *Peña corvera*, al lado opuesto al rio. Al fin de cada decenio se precipitaba uno de ellos en el pozo de *l' Olla*, quedando para lo último el más grande y jefe de todos los cuervos. Cuando á este le llegó su turno, vino una noche serenísima: músicas desconocidas y cantos de ángeles se oian por cañadas y arboledas; la fragancia de todas las flores del valle parecia confluir hácia Huergo. La Vírgen, bajando de Lledales (de donde desapareció la tosca escultura, y en cuyas inmediaciones se vé grabada sobre una lastra del camino la herradura de su hacanea) pasó junto á los petrificados (tal como en la cueva estaba figurada) llevando una *colomba* en la mano derecha, y les dijo: «No en vano me invocásteis en el

último instante: ya terminó vuestro purgatorio: ven, Tirso, á celebrar tus bodas en el cielo: allí verás, Acisclo, que el mejor santuario es un corazon puro.» Y en el acto, recobrando su ser primero, exhalaron sus almas luminosas, con las cuales se fué la Vírgen rio arriba hácia las alturas, quedando grabada la herradura de su hacanea al lado de la *Peña negra*, mientras la *Hueste*, recogiendo en las andas los cuerpos, los llevaba lentamente á la iglesia de San Jorge, cuyas campanas sonaban calladamente y sus puertas se abrieron y cerraron por sí solas, oyéndose allá en el fondo del santuario: «Bienaventurados los que mueren en el Señor.» La Peña negra, roja por la accion del fuego, se llama desde entonces *Peña rubia*.

G. LAVERDE.

SONETO.

Á UN DIPUTADO.

Eras buen padre y excelente esposo,
y á tu esposa y tus hijos tu amor tierno
robaste, aconsejado del infierno,
de brillar en las Córtes codicioso.
Y, diputado al fin, con tu reposo,
al gobierno vendiste el fuero interno,
por ser pobre importuno del gobierno
en bien no más del elector gracioso.
Tú votarás, como al ministro cuadre,
de la razon contra la justa homilia
y aun contra el santo voto de tu madre.
Y así ves cómo todo se concilia,
pues no á ganado en tí la pátria un padre
y se quedó sin padre tu familia.

EDUARDO BUSTILLO.

DE LAS EPIDEMIAS

CONSIDERADAS EN SUS RELACIONES CON LAS CONDICIONES HIGIÉNICAS DE LOS PUEBLOS.

La salud de los pueblos es una de las cuestiones que más debiera preocupar el espíritu de las corporaciones en cuyas manos depositaran aquellos sus destinos.

La cuestion de salud ha sido siempre cuestion preferente en aquellas naciones que más se distinguieron por su civilizacion y cultura. El *mens sana in corporœ sano* grabado con gruesos caractéres en el pórtico de los gimnasios de Grecia y Roma, son una buena prueba de la verdad de lo espuesto. No se arguya qué sociedades guerreras aquellas daban una gran preferencia al desarrollo físico, al que posponian quizá el desenvolvimiento intelectual, no: si bien entonces la profesion de las armas era preferente, no lo era ménos el cultivo de las letras y de las artes, y si hubo brillantes capitanes, tambien hubo sábios eminentes y artistas renombrados que establecieron las bases de nuestros actuales conocimientos.

Hoy como ayer, los pueblos en que predomina el movimiento científico, son tambien los que más importancia dan á la cuestion de higiene de las poblaciones. Testigo Inglaterra, cuyo Consejo general de Sanidad arbola su bandera con el lema *National health is national wealth;* y bien sabido es el número de millones que anualmente emplean en la realizacion de esta máxima. Pudiera citar tambien otras naciones, pero ninguna como aquella ha llegado á preocuparse y poner en práctica òbras importantísimas de saneamiento y mejoras, sin reparar en obstáculos y venciendo todo género de dificultades.

Solo nuestra pobre España, en donde á la cuestion política y política rastrera por desgracia, se posponen los más sagrados intereses de la nacion: solo en España, en la que el mezquino interés personal consume las fuerzas vivas del país y un ciego y funesto positivismo mata las más bellas aspiraciones del espíritu: solo España, dominada por un ciego y funesto fatalismo que nos dejara como legado la dominacion islamita ó heredáramos de nuestras viejas y rancias preocu-

paciones: solo España, repito, ha permanecido dormida ante el grito constante de sus pueblos, que claman sin cesar por reformas radicales en todo lo que se relaciona con su salud y bienestar material.

Este grito, sin embargo, ha sido desoido, y si de vez en cuando han despertado sus hijos ante la voz de peligro, pasado este vuelven á quedar sumidos en el letárgico sueño de la indiferencia, hasta que de nuevo se levanta ante su vista el descarnado y horrible fantasma de la muerte que con su inexorable guadaña, se apresta á cortar el hilo de nuestra miserable existencia.

Son tantas y tales las consideraciones que sobre este tema podrian esponerse, que al hacerlo tal como afluyen á mi mente, ocuparian por sí solas un lugar mayor del que pienso dar á este trabajo, por lo que, dejándolas á un lado, procuraré entrar de lleno en el asunto, que ha de resentirse siempre de las pocas fuerzas de que dispone el que, guiado por un buen deseo, solo aspira á que su país empiece á plantear las reformas higiénicas que en otros más adelantados están á punto de terminarse.

La salud de los pueblos es una de las bases fundamentales de su bienestar material é indirectamente de su regeneracion moral.

Partiendo del hecho de que el trabajo es el único fundamento legal de la riqueza, que esta á su vez al satisfacer las necesidades materiales de la vida ha de influir necesariamente sobre la moral individual, tanto más predispuesta á los buenos sentimientos cuanto menores sean los esfuerzos y la lucha por la existencia; no pudiendo desempeñarse el trabajo faltos de instrumentos para su ejecucion, y estando en la naturaleza humana representados los instrumentos más indispensables al trabajo por nuestros propios órganos, ha de resultar necesariamente que cuanto más completos y perfectos sean estos, tanto mayores han de ser las aptitudes individuales para el ejercicio de su propia actividad.

Si tenemos, por otra parte, en cuenta que las manifestaciones del espíritu han de ser tanto más perfectas y regulares cuanto mayor sea el perfeccionamiento orgánico del hombre, nos habremos convencido de la necesidad de rodearnos de un conjunto de condiciones higiénicas que tiendan á satisfacer una necesidad con tanta urgencia reclamada y que tan favorablemente habia de influir en el curso de los acontecimientos humanos.

Dadme hombres sanos y robustos, en el pleno ejercicio de sus funciones orgánicas, desplegando su actividad en un medio que satisfaga sus justas y naturales aspiraciones, y la

cuestion social tan debatida y para lo cual no ha encontrado aún la política una fórmula apropiada, habrá quedado por sí sola resuelta.

No hay efecto sin causa: y la causa que mueve hoy mi pensamiento en determinado sentido y despierta en mi mente un órden de ideas, que desearia ver grabadas en la mente de todos, y principalmente de las autoridades locales, es el desarrollo que en pocos dias tomara entre nosotros una terrible enfermedad, que ha llevado el luto y la desolacion á más de una familia: me refiero á la *fiebre tifoidea.* No circunscribiré mis conceptos á este solo padecimiento; mis consideraciones procuraré hacerlas estensivas á todo un grupo de enfermedades que presentan, como carácter especial, la propiedad de no limitar su accion á un solo individuo, sino que, trasmitiéndose de uno á otro, llegan en poco tiempo á afectar á un número considerable de personas, por cuya razon se las ha designado con el nombre de contagiosas.

Antes de pasar más adelante y con objeto de hacer más comprensibles los diferentes modos de contagio, creo oportuno hacer una rápida esposicion de la teoría de los gérmenes y fermentos, aplicada á la produccion de las enfermedades; teoría que despues de los brillantes trabajos de Pasteur, está llamada á dominar la patología especial de las enfermedades contagiosas.

Desígnanse hoy con el nombre de contagiosas ó *zimoticas*, todas aquellas enfermedades que á su propiedad de trasmision, reunen la circunstancia de ser producidas por organismos microscópicos—*microcimas*—que viven y se reproducen en el seno de nuestros propios tejidos, dando lugar á fenómenos de fermentacion. Esta teoría, espuesta y sostenida por Pasteur, cuenta gran número de partidarios entre los hombres que se dedican al estudio no solo de las ciencias hipocráticas, sino tambien de las ciencias físicas y naturales. Buen ejemplo de esto tenemos en el autor de la teoría mecánica de la luz y del calor—Tindall—que con una perseverancia solo reservada á los hombres de génio, procura resolver la batallona cuestion de la teoría de los gérmenes y generaciones espontáneas.

Que el aire tiene en suspension y acarrea incesantemente un gran número de partículas orgánicas, ha sido perfectamente demostrado por Pasteur, que despues de haber filtrado el aire á través de una capa de *fulmi-algodon* y haber disuelto este por el éter, ha estudiado los resíduos al microscopio y encontrado: 1.°, sustancias inertes procedentes de las diversas sustancias que nos rodean; 2.°, espórulos y organismos vegetales inferiores, espórulos de criptogamas, torula-

ceas de 1.5 á 7 milésimas de milímetro de diámetro, mucedineas, etc.; 3.°, óbulos de infusorios, bacterías de 0 mm 0006 de diámetro, pequeños vibriones, y en fin, corpúsculos ó granulaciones que parecen ser el último término de la forma organizada al que las observaciones microscópicas pueden estender su accion.

Las partículas orgánicas no susceptibles de vida y de desarrollo, importan poco al médico, y por lo tanto no nos detendremos en su estudio.

Pasaremos tambien en silencio todo lo referente á los espórulos ú organismos vegetales, por más que su conocimiento ya sea de mayor importancia, pues sabemos que gran número de afecciones cutáneas no reconocen otra causa que el desarrollo de criptógamas en la piel y las mucosas.

En el curso de este trabajo nos fijaremos principalmente en los óbulos ó gérmenes animales que por su desarrollo dán lugar á un gran número de descomposiciones pútridas. Estos óbulos unas veces se ponen en contacto con nuestros tejidos por intermedio del aire, siendo un gran número de ellos absorvidos con los alimentos y bebidas. Diremos tambien algo de ciertos organismos de naturaleza indeterminada que se encuentran en el seno de los humores procedentes de un gran número de enfermedades graves.

M. Armando Gautier, en su monografía *Desfermentations* y siguiendo con ligeras variantes las doctrinas de Berthelot, divide los fermentos en *figurados* y *no figurados*, comprendiendo los primeros los fermentos insolubles de Berthelot, y refiriéndose los segundos á los solubles de éste. Los fermentos figurados se componen de individualidades dotadas de vida, es decir, de organismos completos é independientes que presentan las tres propiedades fundamentales de todo ser vivo, la de tener una forma determinada, la de nutrirse y la de reproducirse en un medio apropiado. Estos pertenecen tanto al reino animal como al reino vegetal.

Los fermentos no figurados (solubles de Berthelot) son aquellos que se encuentran diseminados ya en las partes acuosas de los fermentos figurados, ya en los líquidos de organismos mas complexos, ya en fin en las diversas regiones de la planta.

A estas dos clases de fermentos, corresponden dos géneros de fermentaciones: 1.°, las fermentaciones producidas por un fermento figurado, y 2.°, las fermentaciones producidas por un fermento no figurado ó soluble.

Berthelot ha reducido el número de fermentos, y por lo tanto el de las fermentaciones. Cree este célebre químico que todos los fermentos quedan en último término reducidos al

género de fermentos solubles, esplicando la accion de los fermentos figurados, como un acto puramente digestivo de estos organismos elementales, que encerrando en su interior el fermento líquido, vendrian á realizar el acto de la fermentacion por absorcion de la sustancia fermentacible. De cualquier modo que esto suceda, siempre nos quedaremos con el hecho averiguado de que en toda fermentacion es indispensable la existencia de un fermento que unas veces se presenta bajo la forma de organismo elemental y microscópica y otras bajo la forma líquida. Conviene á nuestro propósito y para mayor claridad conservar la division de los fermentos en las dos especies establecidas por Gautier, bajo el nombre de *fermentos figurados* y *fermentos no figurados*.

Los primeros son los que se consideran hoy como productores de las enfermedades *zimaticas*.

No es mi propósito ni lo consienten las condiciones de este trabajo, discutir todo aquello que pueda relacionarse con la doctrina de las generaciones espontáneas y de panspermismo: fáltame la propia esperiencia, y al esponer algunas consideraciones sobre el asunto tendria necesariamente que repetir los hechos esperimentales y los argumentos de aquellos que se han dedicado á este género de trabajos, Schwaun, Helmhol, Poucheltz, Pasteur, etc. Tampoco, para el objeto que me propongo, seria de gran importancia la resolucion del problema, basta á nuestro fin la nocion del hecho, de que las enfermedades *zimaticas* reconocen como causa la presencia en el organismo enfermo de un fermento del género de los figurados.

Estos elementos proceden generalmente de dos orígenes distintos. Unas veces se desarrollan en aquellos puntos en que existen sustancias vegetales en descomposicion y constituyen el miasma palúdico; reproduciéndose otras en organismos enfermos que por distintos medios los trasmiten á otros sanos, en los que más tarde darán lugar á fenómenos morvosos de idéntica naturaleza á los esperimentados por el organismo enfermo en que ejercieron su anterior actividad.

J. J. Zorrilla.

(Continuará.)

LAS BELLAS TEORÍAS.

¡Dichosa edad, dichoso siglo XIX! Tú, con tu ciencia, arrancaste á los pueblos de la barbarie de sus antecesores; tú, con la razon por bandera, redimiste á la humanidad del pecado de la estúpida ignorancia de nuestros abuelos! Ya no hay privilegios, ya no hay distancias, ya no hay razas, ya no hay fuertes ni débiles, victimas ni verdugos. Las diversas naciones del mundo *culto* forman un solo pueblo, los hombres una sola familia; todos somos hermanos con una sola religion, la ciencia; con un solo gobierno, la virtud; con una misma riqueza, el trabajo.

La antorcha de la razon, disipando las densas tinieblas de las viejas preocupaciones, ha trasformado la naturaleza *pensante*. La razon es la luz, la razon es el pan, la razon es la Providencia, la razon es la famosa palanca que soñó el sábio. Yo digo que *blanco*, mi vecino que *negro:* hé aquí la palanca. Demuestro yo mi *teoría*, sostiene el otro la suya: hé aquí el punto de apoyo. Se la combato, me la protesta, se formaliza el debate, la *discusion*, que llamamos; he aquí que el mundo se tambalea y que al fin acaba por dar la voltereta.

Resúmen.—El talento es el árbitro soberano de la tierra.

Corolario.—Solo los necios tendrán hambre, sed y frio.

Vamos á verlo.

Juan era todo un mozo modelado *á la última* (no quiero decirlo en francés.) Admiraba la ciencia, adoraba la idea y respetaba el talento. Tenia fé ciega en el progreso moderno, soñaba con la *perfectibilidad* hasta el extremo de vislumbrar lo *perfecto;* creia en todo, de tejas abajo, porque todo cabia dentro de la razon; dudaba de todo cuanto debia dudar un hombre que creia como él creia, cuanto debia dudar un verdadero *espíritu fuerte;* dudaba, en fin, de tejas arriba, de todo.

Juan habia mamado en sus libros favoritos la esencia pura de la flamante filosofía, y no llegó á ser un sábio completo porque á la mitad del camino se halló huérfano y sin recursos.

Juan, en una palabra, era *ilustrado* y pobre y tenia talento.

Cuando se vió solo en el mundo y abandonado á sus propias fuerzas, despues de llorar las prendas queridas de su corazon, tuvo miedo al porvenir y decayó su ánimo; mas luego apeló á su razon, descubrió su ciencia, abrazóse á ella, y con el mayor entusiasmo esclamó:—«El dolor me hizo ingrato contigo, mi noble compañera; juzgábame solo y te encuentro á mi lado dulcificando la herida que han hecho en mi corazon los santos afectos de la naturaleza. Bajo tu amparo no temo el porvenir; tu me haces *necesario.* La sociedad es una cadena cuyos eslabones somos los hombres *útiles* y virtuosos. Para nosotros no hay *favores;* la sociedad nos debe su proteccion, porque la sociedad somos nosotros: la Justicia es su ley, y la Justicia ha destronado á la Fortuna que era, en épocas ominosas, el amparo de los necios, de los atrevidos y de los tiranos.

Pasáronse algunos dias tras este arranque de entustasmo. Juan consumió durante ellos los poquísimos restos de su miserable herencia, y la equitativa sociedad no se presentó á sus puertas pidiéndole ciencia á cambio de proteccion. Siguió el tiempo pasando; y como aquella señora no iba á buscarle aun, se resolvió Juan á salir á buscarla á ella. Indagó, encontróla al fin y se metió entre sus laberintos, pliegues y sinuosidades. Hízose el interesante, miró de frente, de reojo, al sol, al polvo, atrás, adelante... y nada; ni una sonrisa para él, ni una palabra cariñosa, ni una mano que estrechara la suya.

—¡Es natural! pensó el iluso: no mè ha visto: no es hora aun. Esperemos.

Entre tanto, como su estómago no se nutria, como su razon, de teorías, si no de pan, y el pan costaba el dinero y él no lo tenia, sintió los amagos del hambre y trató de conjurarla.

—Mientras *esto* cambia, se dijo, busquemos algun recurso.

Y salió á pedírsele á la Patria creyendo de buena fé que està señora los tenia de sobra siempre para sus hijos virtuosos, inteligentes y necesitados, como la razon aconsejaba.

—¿Quién es usted? le preguntó la Pátria por boca de uno de representantes, (a) ministro, director, ó lo que ustedes quieran.

—Juan Portal, respondió tímidamente el interpelado.

—Y ¿qué es lo que usted quiere?

—Pan (léase *destino.*)

—Y ¿quién le recomienda á usted?

—Mi necesidad, mi honradez y mi aptitud.

—Y ¿*nadie* mas?

—Nadie más.

—Y tiene usted descaro para acercarse á mí de esa manera?

—Me parece que un hombre honrado, con amor al trabajo....

—Le digo á usted que todo eso es hojarasca, música celestial.

—No comprendo!

—¿Vé usted esa montaña de papel que está sobre la mesa? pues son recomendaciones de *hombres influyentes* en pró de necesitados como usted.

—Luego quiere decir que....

—Que está usted aquí de más.

—Tiene razon, dijo Juan para sí, retirándose: las necesidades de esos hombres serán más antiguas y más grandes tal vez que la mia. ¡Cuando los recomiendan las personas *influyentes!*....

Acosado más de cerca por el hambre, buscó en más bajas regiones lo que en las altas se le negaba.

—Para qué sirve usted? le preguntó un banquero.

—Para todo, contestó Juan.

—¿Conoce usted alguno de los misterios de la máquina bursátil?

—No señor; pero lo aprenderé.

—Bah! Yo necesito una persona que los conozca hoy, ahora mismo. No me conviene usted.

Y Juan siguió buscando.

—¿Sabria usted administrar mi hacienda? le dijo un propietario.

—Sin duda alguna.

—Y ¿quién le garantiza á usted?

—Mi honradez, mi aptitud....

—Y ¿cómo me las hace usted constar?

—Con mis obras.

—Pero quién me responde hoy...?

—Mi palabra.

—¿Nadie más?

—¿Duda usted de ella?

—Como no le conozco á usted....

—Me llamo Juan Portal.

—Muy señor mio.... pero nunca he oido ese nombre. Si usted me diera el de alguna persona de arraigo, yo me informaria.

—Soy muy jóven aun, y esta es la primera vez que busco el amparo de un estraño... Sin embargo, en la universidad...

—No trato á esa señora.

—Allí soy bien conocido.

—¿Como estudiante?

—Como *buen* estudiante.

—Pero como lo que yo necesito es *un buen administrador*... Beso á usted la mano.

Juan sufrió con resignacion este nuevo desengaño, y siguió recorriendo, con el heroismo del que no tiene que comer, todas las categorías del comercio y de la industria buscando un pedazo de pan al precio de su trabajo. ¡Inútiles pesquisas! Cuando Juan no conocía el ramo á que se le destinaba, se le desechaba por inútil; cuando le conocia, no se le aceptaba por falta de *responsabilidad*, y ¡cosa rara! por todo se le preguntaba menos por aquello que constituia su orgullo: su talento.

Entretanto el hambre avanzaba á pasos de jigante, y el pobre teorista se vió tan apurado, que se decidió á pedir un puesto detrás del roñoso mostrador de un aceitero.

—Aquí, se dijo, no se escrupulizará tanto en la cuestion de garantías; tampoco me rechazarán por incompetente; y pues solo se trata de paciencia y humillaciones, yo procuraré ser un héroe de este género. De paso estaré más á la vista de la sociedad, que, al cabo, tomará en cuenta tan grande sacrificio.

Y salió resuelto á ejecutar su plan.

—¿Qué *casta* de hombre es usted, le dijo, al oirle el grosero mercader, mirándole receloso, que con ese traje y esa elocuencia se atreve á servir en mi casa?

—Un hombre acosado por la necesidad, respondió Juan, que busca trabajo y no le encuentra; que tiene hambre y no quiere robar para comer; que tiene títulos universitarios y los vende por un pedazo de pan.

—Pues, amigo, usted sabe demasiado para vender jabon y aceite. Para luchar con mi parroquia necesito hombres de grasa, no de ciencia... Lo siento, pero no me conviene usted.

Este último golpe anonadó á Juan. Encerróse en su oscura boardilla, renegó de la fatal *casualidad* que le habia conducido ante los *poquísimos ejemplares* del grosero positivismo que *aun* quedaba en medio de la llama civilizadora de la época, y así por entretener el hambre como para consolarse algun tanto de los reveses sufridos, se puso á escribir sobre el tema que le ofrecia su propia situacion. Y con tanta fé escribió, con tanto ahinco, que en poco tiempo se halló con un volúmen considerable.

—Hé aquí las ventajas de la ciencia, esclamó Juan con entusiasmo, despues de leer y corregir su manuscrito. Yo *demuestro* con argumentos irrebatibles que el hombre civilizado no debe, no *puede* tener hambre viviendo en sociedad,

conocidas las bases sobre que ésta descansa hoy; bases que expongo con toda minuciosidad y cuya exactitud nadie podrá negarme en el terreno de la razon.... ¡Si yo publicara este libro! ¿Y por qué no? El éxito es seguro: mi teoría está en la mente del público; y si se me halla algo atrevido, el efecto será mayor: me argüirán, haré ruido, se hablará de mí... Me alegro ya de mis recientes contrariedades; sin ellas no hubiera emprendido esta obra que tal vez está llamada á ser mi providencia. ¡Bendita sea la chispa civilizadora que inflamó, la mente del hombre para que brotara de ella el génio de nuestro siglo! Yo iba á ceder al peso de una *aparente* adversidad, y quizá seré mañana el ejemplo vivo de que el espíritu moderno se nutre de fuerza hasta en el egoismo, en la ignorancia que aun respiran entre nosotros; de que el fuego de la civilizacion purifica, como el de la naturaleza al oro, al hombre de las malas pasiones que le rodean y manchan con su contacto.

Y ocultando cariñosamente el manuscrito en el seno, salió radiante de entusiasmo en busca de un editor, tributando de paso fervientes alabanzas á estos modernos *industriales literarios*, con cuyo auxilio popularizan sus creaciones los ingenios desheredados de la fortuna.

—Quisiera publicar un libro, dijo al primer editor que halló al paso, despues de saludarle afectuosísimo.

—No habrá inconveniente en ello, respondió el industrial, si nos ponemos de acuerdo en los términos del negocio.

—Así lo espero.

—Veamos. ¿Quiére usted imprimir la obra por su cuenta?

—Carezco de recursos para ello. Desearia que usted me la comprase.

—Corriente. Y ¿cuál es el nombre...?

—*Conquistas y derechos de la razon.*

—No me ha dejado usted concluir. Preguntaba por el nombre de usted.

—Ah, por el mio! Me llamo Juan Portal.

—Juan Portal! Juan Portal.... Portal.... Portal. No quiero publicar su libro de usted.

—No comprendo....

—Es harto claro. Juan Portal es un nombre desconocido en el comercio de libros.

—Y eso ¿qué?

—Que no le conoce á usted el público.

—Pero vea usted el libro y juzgue. Si es bueno, ¡qué le importará al público el nombre de su autor?

—Es que no le verá aunque inundemos el mundo de ejemplares.

—¿Por qué no?

—Porque no le conoce á usted.

—Dále! ¿Qué tiene que ver la obra con mi apellido?

—Friolera!... ¿usted ignora que el público de España no compra un libro cuyo autor no sea conocido... ó estranjero?

—Ese es un cargo gravísimo que ofende el buen criterio de la sociedad moderna.

—Será lo que usted guste, pero es la verdad.

—El entusiasmo de la juventud...

—No hay tal entusiasmo; no hay mas que curiosidad, y esta solo la despierta un nombre popular.

—Y cómo se populariza un nombre?

—Zarandeándole unos cuantos años en la prensa periódica de la corte. Pero ¿de dónde viene usted, santo varon? ¿No sabe usted que hay una sociedad de elogios mútuos entre los hombres de letras, que se encarga de labrar reputaciones?

—¿Cómo ha de ser eso posible?

—Muy sencillamente. Usted escribe en el periódico A. y publica un trabajo literario, supongamos que con pretensiones de jocoso. Yo escribo en el periódico B. y le reproduzco en él con el siguiente preámbulo: «Tomamos del periódico A. la siguiente bellísima produccion que nos ha hecho tendernos de risa, etc., etc., debida á la pluma del festivo é ilustrado escritor Fulano de Tal.» Mañana, vice-versa, escribo yo en el periódico B. unas malas seguidillas con pretensiones de sentimentales, y usted, reproduciéndolas en el A., asegura á sus lectores que le han hecho llorar y que encierran más ternura que un puchero de lágrimas. Pasado mañana se pone usted á escribir del Chimborazo, y pegue ó no pegue, encaja de vez en cuando un «como dice muy oportunamente el *sensible* escritor Zutano de Cual», etc., etc. Hablo yo de las Batuecas otro dia, y cito una frase de usted ó que la supongo de usted, precediéndola del adjetivo, *chispeante, feliz*...; y de este modo una semana, y un mes y un año, llega el público á hacerse tanto á nuestros nombres, que cuando le faltan en los periódicos está inconsolable. Calcule usted qué hará este público el dia en que aparece un libro nuestro, máxime despues de haber dicho de él la prensa entera: «De un momento á otro debe ponerse á la venta la obra que acaba de publicar el señor D. Fulano de Tal. El nombre del autor es la mayor recomendacion que podemos hacer del libro, á todas luces digno de tan privilegiado talento y de la proteccion del público que tan familiarizado está con las producciones de la delicada pluma del señor Tal...»

—Pero, señor mio, si la obra es buena, no hallo del todo injustos esos elogios ni los que usted ha dicho se tributan

ántes recíprocamente de periódico á periódico. Si la obra es mala, ¿no bastará ella á castigar la desvergüenza de su autor?

—No señor; porque el público en general se paga mucho de lo que lee en la prensa periódica, y antes que asegurar que ésta no tiene razon, confiesa que él no lo entiende.

—Pero ¿dejará la verdad de brillar al fin y al cabo?

—Esa es otra cuestion. Por de pronto, antes que llegue ese caso, el bombo ha hecho efecto, los libros malos se han despachado como pan bendito y el escritor de pega es *popular*, es decir, una *reputacion*.

—Cualquiera que le oiga á usted creerá que no hay en España verdaderas glorias literarias.

—Dios me libre de negarlas. Lo que sí le aseguraré á usted es que estas reputaciones que han rechazado al nacer la *sociedad de elogios*, han sudado el quilo para desarrollarse, y solo á fuerza de años y de mérito han conseguido la consideracion en que se las tiene. Cierto es que sus nombres no mueren jamás y que los de artificio acabarán muy jóvenes; pero esa no es cuenta para nosotros, los editores, que sacamos más jugo de las obras de relumbron que de las de verdadero mérito. Por eso al recibir un manuscrito no leemos de él más que la portada.

—Luego usted está resuelto á no leer el mio?

—Resueltísimo.

—¿Y de qué medios me valdré para publicarle?

—Ingrese usted antes, si le admiten, en la *sociedad de elogios mútuos*.

—Oh, eso no lo haré jamás; y, por otra parte, yo necesito dinero hoy mismo para comer.

—¿De qué género es el libro de usted?

—Filosófico-social-económico...

—Basta, basta... No sirve.

—¿Qué pretendia usted?

—Si fuera una novela *patibularia*, *incendiaria*, *foragida*, *parricida* ó *adulterina*, poniéndole algunas láminas al *cromo* y portadas alegóricas á diez tintas, tal pudiera haber en ella de horrores que se la compraran á usted á pesar de su poco nombre.

—¡Cómo!

—Porque este es el género que hoy priva; y tantos pedidos tengo de él, que acaso nos arreglásemos. ¿No podria usted dialogar su libro, introduciendo en él siquiera un par de frailes cínicos, una ramera *virtuosa*, un bandido filantrópico, un banquero ex-presidiario, una marquesa adúltera.... cualquiera *cosa* así? Porque un título *ad hoc*, verbi-gratia: *El cráneo del Monje*, *La caverna del crímen*, *Cien genera-*

ciones de adúlteras, El puñal y el hisopo, le daríamos á luz con éxito seguro.

—Usted se está burlando de mi situacion é insultando de paso el buen sentido de ese público que le dá de comer.

—Por eso le conozco tanto, y por eso le vuelvo á asegurar á usted que de algun tiempo á esta parte, salvas honrosísimas pero cortas escepciones, repara no solo en el nombre de los autores, sino hasta en el color de las portadas.

—Usted le está injuriando.

—Es usted un inocente.

—Beso á usted la mano.

—Vaya usted con Dios.

JOSÉ M.ª DE PEREDA.

(Concluirá.)

LLOVIENDO.

Es domingo y llueve....: dos cosas que tienen poca novedad en una tierra cristiana vieja, donde llueve cada lunes y cada martes. Así es que no se consigna el hecho por lo raro; sino que al encerrado en su casa por el mal tiempo, abstraido, junto á la vidriera del balcon en la soñolienta ocupacion de ver llover y tocar el tambor en los cristales, se le ocurre preguntar: ¿qué se hace V., si llueve, un domingo por la tarde?

Si fuera dia de labor... Ah! cuántas cosas se harian si fuera dia de labor! Porque habrán Vds. advertido que no hay nada más trabajador que la pereza cuando solo se trata de proyectar trabajos, ni dia más ocupado que el imaginado de víspera por el perezoso. Un cierto amigo mio—que al fin dejó los libros que dedicó á la política—seria el hombre más sábio de España, si hubiera estudiado siempre lo que á mediados de semana se proponía estudiar *desde el lunes siguiente.*— Todos, quien más, quien ménos, tenemos tambien ese lunes de la enmienda y de la aplicacion, ese *lunes que viene,* y que no llega nunca. Con buenos propósitos para *mañana* se quiere acallar la voz íntima que reprende nuestra indolencia pre-

sente, y pensando en lo mucho que hay que hacer, no se hace nada.—Cosa fecunda y sana es el trabajo realizado; pero como exige esfuerzo costoso, es mucho más cómodo contentarse con el trabajo proyectado, con el cual se engaña uno á sí mismo de maravillosa manera, aquietando la sentida necesidad de trabajar—como á un acreedor exigente á quien se promete pronto y seguro pago—y dando plena satisfaccion á la pereza, que no entiende de vivir sino tendida á la bartola en el estéril lecho de su inercia. La conciencia dice: *trabaja*. El amor al ócio *huelga*. Y para complacer al uno y al otro se esclama con acento hipócrita: Si fuera dia de labor.... Pero ya hemos dicho que es dia de fiesta, que *no se puede trabajar* (¡decir esto á españoles!...) y que está lloviendo...

Esto último harto se conoce en él tono gris monótono de las anteriores reflexiones. Nada predispone tanto á moralizar como un cielo encapotado y un ambiente húmedo; y es seguro que la llovizna continuada puede producir profundo sueño ó un tratado de moral; cosas que no suelen andar separadas, sino en quien lo escribe, al menos, con frecuencia en quien lo lee.

¡Dichosa edad aquella en que á la infantil curiosidad ofrecian aliciente y satisfaccion las funciones del teatro por la tarde! Y bienaventurados los que, con no ser ya niños, se divierten en ellas todavía, conservando viva y entera esa honrada facilidad de divertirse, que es uno de los mayores bienes de la vida. No haya cuidado de que á estos privilegiados les aburra la lluvia del domingo por la tarde, ni que se les meta dentro del ánimo, como en casa con goteras, y les moje las alas del corazon. El teatro les ofrece un asilo enjuto y alegre, un paraiso, cuyas puertas se abren por poco dinero, brindando á la imaginacion encantados espacios, tan apartados de la realidad de la calle como el resplandor rogizo de las candilejas es distinto de la pálida luz difusa de la húmeda tarde. Yo no sé si las representaciones actuales podrán tener para ellos los encantos que tenian para nosotros—allá cuando Dios queria—las maravillas de *Juana la Rabicortona*, *La pata de cabra* y *El diablo predicador;* pero no cabe duda de que serán seductores los que atraen al público, al cual se hace ver *Sueños de oro*, ó dar *La vuelta al mundo*, ó asistir á los portentos de *El siglo que viene:* viajes estos últimos que no son para desdeñados, y más pudiéndolos hacer cómodamente, en pocas horas, sin moverse de su luneta, entre la cocinera del vecino y los chiquillos del pariente; sencillos y regocijados espectadores, cuya compañía puede ser parte de la diversion para quien no la huya por *cursi* ó por molesta.

Pero *no todos podemos ir á Corinto*, como decian los antiguos; y si V. y yo, amigo lector, somos de los dificultosos, si no nos gusta ya el teatro por la tarde, ¿qué nos hacemos ahora?

¿Nos vamos al círculo? Es verdad que hemos estado ya allí por la mañana y la cosa no ofrece novedad. Además, á estas horas y con este tiempo, no hay periódico que no esté en manos de un lector (sin perjuicio de que haya lectores que á despecho de los reglamentos acaparen tres ó cuatro, que leen despacio, desde el título hasta el último anuncio, como si los fueran deletrando). En la sala de conversacion no se encuentra una butaca libre, ni aire que respirar, como no sea saturado de humo de tabaco. Las mesas de billar tienen sus abonados, pegados siempre á ellas, como los mariscos á la peña. Vamos, en suma: que tampoco el Círculo nos sirve.

Si fuéramos devotos.... La devocion es, no solamente una cosa muy santa y muy buena, sino tambien un recurso escelente en la vida de provincía y de gente desocupada, sobre todo en tiempo de lluvia. El sermon de la novena, la música de la reserva ó de la funcion que corresponda, ayudan á pasar el tiempo provechosa y agradablemente hasta que llega la hora de tomar chocolate, del teatro ó de la tertulia. Pero tambien los devotos tienen sus cuartos de luna de tibieza, y sin duda en uno de esos nos encontramos nosotros, cuando escuchamos sin movernos, sin tender la mano al sombrero y al paraguas, la campana del rosario que suena melancólicamente en el aire ensordecido por la lluvia.

Esta es la hora y el momento críticos en que la accion de atracciones contrarias le coloca á uno entre una botella y un libro, como Hércules entre el Vicio y la Virtud. Hay quien vencido de la tentacion, cede á los halagos del Oporto ó del Jerez y ahoga su *spleen* en el fondo de la copa, como fumador de ópio que se entrega á los ensueños de su modorra, y se deja llevar por las fantasías y estravagancias de su imaginacion, como Hoffmann en la taberna berlinesa; sin más diferencia que muchas de las de este soñador, escritas y publicadas, le han valido alto renombre; y las otras, de que vamos hablando, permanecen inéditas en el cerebro que las produjo. Pero si no todos podemos escribir como él, no es difícil, en cambio, beber por el estilo, y váyase lo uno por lo otro. Aparte de que no dirán Vds. que no es lujo que un cristiano beba y sueñe y fantasee para él solo, consumiendo de una sentada toda una edicion de cuentos, siendo autor, editor y público á la vez.

Ello podrá ser vicioso y grosero y cuanto Vds. gusten; pero convengamos en que tiene muchos encantos el diálogo

con una botella. La tarde, la opaca luz, la monotonía de la lluvia, todo incita á divagadora sonnolencia, á sumirnos en ese estado particular, mitad sueño y mitad vigilia, en que el cuerpo, arrellanado en una butaca, duerme, y el espíritu vaga por los espacios imaginarios libremente. A través de los cristales medio empañados por la lluvia, se vé allá á lo léjos un trozo de la marina, ó un horizonte de montañas envueltas en nieblas. Y al recoger la mirada al propio aposento, la fija y la distrae la llama de la chimenea, que oscila caprichosamente y cambia de color fingiendo formas variadas en que descubre mil objetos distintos la fantasía. Cuando la luz del dia vá menguando, ó la roba la negra nube que se condensa y descarga cerrado aguacero, aquel resplandor rojizo y movible ilumina los diversos objetos de la habitacion, y ora alumbrando este, ora aquel, parece que llaman la atencion sobre cada uno de ellos. Qué buena ocasion para viajar *alrededor de su cuarto*, como el ingenioso prisionero de la ciudadela de Turin!

Lo desapacible é ingrato del ambiente exterior, de la calle enlodada y húmeda, hacen que nos parezca más amable aquel abrigado asilo, aseado y cómodo, que nuestro cuarto nos ofrece, con los muebles y objetos favoritos, á que nos liga el cariño engendrado por la costumbre. Allí el viejo sofá heredado, con más recuerdos que años; allí memorias de viajes realizados en dias felices; y el antiguo retrato, tan mal pintado como bien querido; ó la acuarela en que pincel amigo reprodujo un paisaje predilecto; allí, en fin, como principal tesoro, la estantería henchida de libros, no muchos, pero escogidos, como deben ser los amigos. Y ninguno más verdadero que un libro. Cuando de él tenemos necesidad, pronto á servirnos le encontramos; si caprichosos le dejamos, no se queja; si en horas de engreimiento ó distraccion le olvidamos, no se enfada; siempre igual, nos acoge con no entibiada amistad cuando volvemos á él, y nos prodiga con la misma generosidad su ciencia, su consejo ó su recreo, pretendiendo por único premio á sus favores nuestra enseñanza y provecho, ó al menos el posible olvido de las miserias y contrariedades que nos empequeñecen y nos aburren en la vida real, ó mejor dicho, en la vida ordinaria ya que la verdadera realidad está en la vida del espíritu.

Feliz el que siente sus encantos y cede á la muda invitacion del libro, y se engolfa en la lectura de sus páginas: para él no tendrán ya desabrimiento y fastidio la tarde oscura, la lluvia incesante: antes, viniendo á concentrar toda su actividad en la vida interior, contribuirán á la libertad y al embeleso con que la mente se deleita en esa alta y serena co-

municacion con el mundo de las ideas y de las creaciones ideales. La inteligencia y la imaginacion se ensanchan y vigorizan bajo la influencia fecunda del ingenio superior, cuyos pensamientos estudiamos, en cuyas fantasías nos recreamos: y segun la índole de nuestras aficiones, discurrimos con el filósofo, aprendemos con el historiador ó el naturalista, soñamos con el poeta. Qué bien se comprende y se advierte entonces la alteza del talento y su mision divina, al sentir en la meditabunda soledad del ánimo sus beneficios, su influencia, su vida inmortal que se comunica á la nuestra á través del tiempo y del espacio.—Los génios de la antigüedad viven con perenne juventud en sus obras: de ella se exhala perfume de eterna primavera; y ni la apartada tierra ni el estranjero idioma son obstáculos á que los pensamientos que brotaron en una mente privilegiada se esparzan á lo léjos y vayan á enseñar, á fortalecer y consolar tal vez á un humilde é ignorante lector en apartado rincon del mundo. Premio este, si no tan brillante y magnífico como la fama y el aplauso universal, quizá más íntimo, más dulce y ménos ocasionado á desengaños y amarguras. Lástima que las más veces no llegan á conocimiento del escritor esa sincera gratitud y esas calladas bendiciones que, sin conocerle, le dirige desde su ignorado retiro un lector para quien su libro ha sido enseñanza, distraccion y consuelo sabrosísimos, guía y despertador quizá de altos pensamientos y acciones generosas que á su vez puede conducirle á la notoriedad y al aprecio de las gentes, ó al propio mejoramiento, que vale tanto, aunque sea desconocido: comercio y amistad de las almas, que se hablan y se comprenden en esa region altísima del espíritu, cuya radiante luz nos anima y conforta en medio de la melancólica oscuridad de una tarde de lluvia.

Y para que el provecho que los libros procuran sea completo y de diversos órdenes, así como hay muchos que con las atrevidas concepciones de los sábios ó las bien urdidas fábulas de los poetas le hacen á uno soñar, se ven tambien algunos que, mas modestos, se contentan con hacernos... dormir. ¿Y es poco servicio—pregunto yo—y sobre todo en horas de pereza y de tédio—procurarle á uno el regalo de sabrosa y sosegada siesta? ¿No lo estiman así muchos autores de disertaciones, tratados, memorias y otras producciones de cierta literatura docta y maciza que pretende ser muy grave y es en efecto precisamente lo contrario de la literatura que llaman ligera? Tiene además esa clase soporífera de libros *sérios* la ventaja de apartar al lector de la tentacion de murmurar de quien los escribe; pues como parezca pecado de ignorancia el desconocerlos, y no hay quien tenga valor para leerlos de

cabo á rabo, todos, al hablar de ellos, salen del paso alabándoles mucho, con lo cual queda á salvo la comodidad de los lectores y la reputacion del autor.

Quizá escribia éste en tiempo de lluvia y se le aguó la tinta; pues no hay duda de que la niebla ó el sol ejercen en la mente para adormecerla ó inspirarla contrarias influencias, que trascienden á sus producciones. Ejemplo que advierte á los precavidos que en tarde de mal tiempo no elijan, entre sus distracciones la de escribir para el público, porque se expondrá á que un lector displicente, á quien ni siquiera haga dormir, reniegue de la prosa llovediza y diga que tales cuartillas como estas son papeles mojados.

ADOLFO DE AGUIRRE.

SECCION BIBLIOGRÁFICA.

...CON CIENTIFICO POPULAR, por *D. Emilio Huelin*, ingeniero de minas de la real Academia Freibergense, individuo de número de la sociedad geológica alemana, de la de Francia, etc.—...nio segundo.—Tomo 2.°—Madrid.—Administracion de la *Guirnalda y episodios nacionales*, Barco, 2 duplicado.

...necesidad nueva de nuestro espíritu trae providencialmente ..., ó á cortísimo plazo y distancia, los modos de ser remediada ó ...ha.

...encia humana camina por la estension y la variedad hácia la ...de principio, á la cual acaso no llegue nunca, sin que por ello ...en en su investigacion y conquista las inteligencias soberanas ...ales fué dado presentir y vislumbrar el sublime término.

...i la penetracion, estudio y conocimiento de las leyes científi... ...esencia, forma y manera de obrar son patrimonio esclusivo

de los hombres á la cienci... sus desenvolvimientos ...ciales, sus aplicaciones vast... n é interesará todo el ...do, siendo uno de los carac... de la sociedad con te...ránea el que ninguno de su... ueda lcitamente ... confesarse estraño al prodigio... o cientíco que ... sean cuales fueren su clase, oc... stos.

Por eso nacen en todas pron... pendio, destina... plir el áula en las personas ... asisti á las au... eso se imprimen libros en que ... gilias, lecturas y es... sin cuento, el hombre de verd... sidad y ciencia re... analiza y condensa el pormenor ... escubrimientos, ad... tos, proyectos, teorías nuevas, ... usioné y controv... se producen en los centros de a... er, y los conmue... agitan derramándose á llenar su... es más perezosas y ... nos afortunadas, obedeciendo á ... greso moderno q... la universalidad de sus beneficios.

Así ha nacido y tal es el Croni... o popular, cuyo ... mer tomo del segundo bienio pub... D. Emilio Hue in... erudito y diligente autor pone á ... as mejores public... nes científicas de Alemania, Ingla... aciones septentri... les de Europa, las de Italia y Fra... dar naturalmen... de Portugal y España desdichadar... en número, y c... cabal posesion de sus diversos idi... inio de las mat... tratadas, y la acreditada práctica a... rgos años de im... ho trabajo, de que fué buena mues... o del mismo C... con con éxito raro, tiempo ha publi... cta, resume, e... y comenta con tino, método y crit... llevando á té... dichoso una meritoria empresa, qu... apreciará de... mente el público agotando la edic... omo, como ago... de su predecesor y compañero.

Además de sus metódicas noticia... últimos adela... verificados, como decimos arriba, a... especulativas y ... tractas, como en las esperimentales ... on, desde las ... vas clasificaciones de la ciencia en ... los procedimie... industriales, contiene el Cronicon ... índice bibliog... co, registro utilísimo donde acudirá ... aquel que de... ahondar en el conocimiento del ram... su predileccion...

Los inevitables límites impuestos ... de nuestra re... nos impiden insistir como seria justi... lles y alaba... tan notable publicacion.

